HISTORIA
GENERAL
DE ANDALUCIA.

IV.

SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y sierpes 21.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO IV.

E. PERIÉ,
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ,
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1870.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

HISTORIA GENERAL
DE ANDALUCÍA.

Andalucía bajo la dominacion de las razas Africanas.

I.

Pocos ejemplos nos presenta la historia de una decadencia tan rápida, de una trasformacion tan radical como la que sufrió la Andalucía de los Árabes, que en el breve trascurso de unos veinte años, cayó para no volverse á levantar desde la inmensa altura en que la habian colocado el génio y la fortuna de los Abderrahman, Al-Hakem y Almanzor en un abismo tal de degradacion y miseria, que andando algunos años mas cometió el último y mas funesto de sus errores, que fué llamar en su auxilio las feroces tribus y kábilas moradoras de las faldas del Atlas, para conservar siquiera un palmo de tierra donde sepultarse despues de haber llenado el mundo, por espacio de cerca de cuatro siglos, con la fama de su ciencia, de su grandeza mi-

litar y de su admirable cultura de la cual hoy todavía se envanece la Europa.

Despues de los siglos III y IV de la Hejira (IX y X de J. C.) durante los cuales Andalucía fué considerada como la region mas civilizada de nuestro continente; Córdoba como la Atenas de la primera mitad de la Edad Media, y la dinastía Ommiada como la de los príncipes mas esclarecidos é ilustrados del mundo, nos sorprende á manera de una horrible pesadilla el siglo V en cuyos primeros años tuvo lugar la desmembracion del Califato de Occidente; comenzó la destruccion de la raza árabe-andaluza, y nació aquella espantosa anarquía que redujo á la nada en poco tiempo la obra de trescientos veinte años.

Sin embargo, en los albores de aquella funesta centuria conservábanse todavía en ella, con el génio de la raza árabe, los seiscientos mil volúmenes de la Biblioteca del palacio de Merwan, y el blanco pendon de los Ommiadas ondeaba desde Fez hasta Pamplona, desde Almería hasta el *Farum Brigantium*, y desde el nacimiento del Segre en los Pirineos Orientales, hasta la desembocadura del Tajo en el Océano.

Revolucion estraordinaria fué aquella, que concluyó en una hora con tanta grandeza, fruto del penoso é incesante trabajo de diez generaciones que se sucedieron sin interrupcion de labor, desde la batalla del Guadi-Becca 711, hasta la muerte del hijo segundo del grande Almanzor, en 1009. Fenómeno singular que solo puede comprenderse estudiando

detenidamente las múltiples causas que produjeron aquella catástrofe, y confesando la infalibilidad de esas leyes providenciales que rijen los destinos de las sociedades, y á las cuales no puede desafiar impunemente ningun pueblo, ninguna raza.

«Con el mundo, dice M. Michelet (*Histoire Universèlle)* comenzó una guerra que solo con el mundo acabará. Guerra del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad.»

Si á alguna raza tienen esacta aplicacion estos conceptos—tomados en un órden de investigaciones menos trascendentales menos abstractas que las que se revelan en las palabras del célebre historiador—esta es la raza musulmana-andaluza de oríjen árabe puro, que luchó mas que otra alguna durante largos siglos contra el despotismo, la fatalidad, el materialismo y los dogmas absurdos contenidos en el Corán. Lucha que se manifestó con rasgos indélebles en Córdoba y Sevilla cuyas escuelas filosóficas tuvieron la gloria de ser anatematizadas por las de Oriente; porque los filósofos andaluces ya en el el V siglo de la Hejira, anticipándose á la profecía que en el XVII de J. C. hizo el sábio orientalista y teólogo sajon, Himkelmann, se burlaban audazmente de los dogmas del Islamismo.

Sin embargo; no seria razonable atribuir á estas solas causas morales la ruina del imperio musulman de Occidente y la estincion de la raza árabe-andaluza; puesto que aquel y esta subsistieron tres siglos con los vicios injénitos en su constitucion re-

ligiosa. Otras dos no menos impulsivas y mas inmediatas produjeron aquel terrible é inesperado acontecimiento. En efecto; con la gloria y casi simultánea decadencia del Califato de Córdoba, coincidió la formacion de las nacionalidades Española, Francesa y Alemana; el Oriente, pues, dejó de pesar sobre el Occidente, y la reaccion de este último sobre el primero le atacó en su desarrollo, le limitó el espacio y le obligó á encerrarse en sí mismo, es decir, en su sepulcro. La civilizacion del Corán se oscureció ante la luz que comenzó á irradiar en el siglo XI la civilizacion del Evangelio. Aquella fué una triple, simultánea é irresistible reaccion guerrera, religiosa y filosófica que se operó y coincidió, repetimos, con la decadencia del Califato de Córdoba, y que, para hacer mas inevitable su ruina se significó, bajo el punto de vista político y guerrero, en el pueblo mas *político* y mas *guerrero* de aquella edad, que se habia constituido allende el Tajo, frontera artificial entre los dos imperios cristiano y musulman de España. Esta fué la primera de las dos causas indicadas. La segunda veremos de encontrarla en la monstruosa organizacion política de aquella sociedad.

El principal fundamento de su constitucion política se encontraba en un libro pura y esclusivamente religioso, que reconcentraba en una sola mano todos los poderes civiles y religiosos; es decir, constituia la indivisibilidad del poder llevada hasta el absurdo de la exageracion. El soberano, supremo majistrado inviolable é irresponsable en el órden

civil, era al mismo tiempo gran pontífice de la religion á título de Vicario ó sucesor del Profeta; juez, además, de cuyas sentencias solo ante Dios se podia apelar, y frecuentemente ejecutor con sus mismas manos de los decretos de muerte que pronunciaba sin formacion de causa; generalísimo de sus ejércitos los conducia en persona á la Guerra Santa, á fin de que solo una frente en la nacion se viera sombreada con los laureles de la victoria; y, por último, señor de vidas y haciendas dejaba la primera como una gracia especial á sus súbditos y les concedia la segunda solo en usufructo.

Bajo este réjimen absurdo imperando en un pueblo sin tradiciones, historia ni educacion política; que no conocia iglesia propiamente dicha, ejércitos permanentes, nobleza de pergaminos, clero, clase media ni pueblo, en fin, tal cual entendemos estas cosas en nuestros dias, sino *fieles creyentes sometidos á la voluntad de Dios*, y un príncipe de estos mismos fieles que tenia en una mano las llaves del Paraiso y en la otra la balanza y la espada de la justicia humana—pero sin venda en los ojos—compréndese la posibilidad de aquella monstruosa unidad de poder, suceptibles sin embargo, de hacer próspero y temido á este pueblo de orígen y costumbres patriacarles, cuando el depositario de aquel inmenso poder se llamaba Abderrahman, Al-Hakem ó Almanzor.

Mas suprimid estos grandes hombres cuyo génio, virtudes y saber compensaban los mortales vicios de aquella organizacion político-social: poned

en su lugar en el trono un príncipe débil, inepto, falto de luces y valor para regir aquel pueblo tanto más difícil de gobernar cuánto que sus costumbres domésticas fueron siempre las que trajo del desierto, y que careciendo de leyes positivas y de leyes escritas para resolver muchas y trascendentales cuestiones de derecho comun, administrativo, de gentes, y sobre todo la vital de sucesion al trono, era, no obstante, vivo, impresionable, apasionado y ardiente, y se encontraba en pleno goce de una relevante cultura moral, de una civilizacion que habia alcanzado un alto grado de perfeccion intelectual; dad el gobierno de este pueblo á un príncipe débil é inepto, repetimos, y vereis romperse inmediatamente la unidad y desplomarse á seguida el edificio político por falta del único cimiento que su monstruosa construccion permite; esto es, un grande hombre que sostenga sobre sus robustos hombros y apuntale con su mano vigorosa aquella inmensa balumba primorosamente enlucida y deslumbrante con el oropel que la cubre á trechos.

Esto es lo que sucedió en el imperio musulman de Oriente siglo y medio antes de que aconteciera en el de Occidente. El sanguinario y disoluto al-Motawah, fué al Califato engrandecido por el génio de Arun-al-Raschid y Al-Mamun, lo que el débil y perpétuamente menor Hixem II, al que ennoblecieron el génio de Abderrahman y Al-Hakem.

Así como bastó la imprudente creacion (833-842) en la corte de los Califas de Bagdad de una guardia de esclavos turcos para destruir desmembrando

aquel imperio, así bastó en la de Córdoba la de los eunucos eslavos y la de los Africanos para desmembrar y destruir el musulman español. Tan débiles eran los cimientos sobre que se apoyaban aquellos dos colosos, que bastaron algunos miles de esclavos libres del freno y del látigo de un amó déspota para derribarlos y reducirlos á pequeños fragmentos.

En cuanto bajó al sepulcro el último Ommiada digno de este nombre, alzáronse audaces en Córdoba los partidos estrangeros, nacidos de las intrigas cortesanas y tolerados por los Califas omnipotentes que se sirvieran de ellos para humillar á la rancia nobleza. No sintiendo ya la férrea mano del déspota que los tuviera sujetos, se apoderaron del gobierno que les abandonó el sucesor de Al-Hakem II, niño que reinaba bajo la tutela de una muger—primer ejemplo de minoría que se daba en la constitucion musulmana.

Entonces se rompió aquella unidad de poder único cimiento del edificio político, habiéndose hecho fatalmente necesario el confiar el mando de los ejércitos y la direccion de los negocios del Estado á uno ó mas hombres que no eran el Califa; y no siendo el Califa hubieron de emplear la parte del poder de que cada uno se veia investido mas bien que en favor del trono, de la dinastía reinante y de los grandes intereses que á la sombra de esta habíanse creado, en beneficio del partido que los habia elevado y de cuyo auxilio no podian prescindir.

Aquí, pues, tuvo comienzo la ruina de aquel

imperio cuya constitucion política entrañaba, por otra parte, tantos elementos de destruccion. En un pueblo que vivia en perpétua guerra con todos sus vecinos y que, por lo tanto, hacia de la guerra la condicion indispensable de su existencia, bastaba poner á un hombre al frente de los ejércitos y darles poderes ilimitados para conducirlos contra los enemigos esteriores é interiores para que este hombre, teniendo génio y ambicion usurpase al poco tiempo todos los demás poderes.

Esto fué lo que aconteció con el primer ministro del inepto Hixem II, Almanzor. El mismo dia en que el terrible Hadjib empuñó la espada de la dictadura militar y las riendas de la gobernacion del Estado, dispuso tambien del Tesoro público; y como este no bastaba á satisfacer la prodigalidad que se veia obligado á usar para hacerse muchos amigos y parciales, tuvo que recurrir á otro órden de estímulos y recompensas, concediendo gobiernos, feudos y tierras en propiedad á sus hechuras. Este último ataque á la integridad del poder único y supremo fué el golpe de gracia que acabó con el prestigio y omnipotencia de los Califas, rompiendo definitivamente los lazos de la servidumbre ó dependencia que unian todos los intereses, todas las voluntades al interés y voluntad del soberano, fuente hasta entonces de todos los derechos y señor absoluto de la vida y hacienda de sus súbditos.

El ejemplo de lo que acontecia en Leon, Castilla, Navarra y Barcelona debió necesariamente influir en la trascedental innovacion introducida en el

modo de ser político del califato de Córdoba. Mas al llevarla á cabo, Almanzor, desconoció ó cerró los ojos sobre un hecho de la mayor importancia; y fué, que la constitucion de los pueblos cristianos no se basaba, como la de los musulmanes, única y esclusivamente en la absoluta unidad del poder y en el despotismo de los reyes, y que, por lo tanto, en aquellos, la division del poder era una consecuencia racional y lógica; de la misma manera que el feudalismo que establecia una dependencia de derecho y una independencia de hecho entre los grandes vasallos y la corona, era la constitucion natural de los cristianos de orígen Godo ó Germánico, al paso que era artificial é imposible entre las razas Árabe, Siria, Egipcia y Africana educadas por el Coran.

Débense, pues, reconocer como causas impulsivas que determinaron la ruina del califato de Córdoba en los primeros años del siglo XI: la reaccion del Occidente contra el Oriente, el principio y rápido progreso de la civilizacion europea que nacia del Evangelio, y el rompimiento de la unidad del poder entre los musulmanes andaluces, comenzado en 976 cuando el cetro de los Ommiadas pasó de las robustas manos de Aberrahman III y Al-Haken II á las de un niño débil y afeminado, y continuado y realizado por la política de Almanzor durante el último tercio del siglo IV de la Hejira (X de J. C.) Política que dió, en interés de su fundador, la supremacía á los partidos estranjeros, eslavos y africanos, sobre la raza árabe-andaluza; que introdujo en aquel

gobierno esencialmente unitario y absoluto el régimen feudal, y que se atrajo la adhesion del pueblo, no otorgándole franquicias y libertades sinó remachando hábilmente las cadenas de su servidumbre, escitando su fanatismo religioso contra los filósofos y contra las familias ilustres ó acaudaladas acusadas de poco celosas en la observacion de los preceptos del Corán; esta política, en suma, que creó una situacion de fuerza sostenida por un ejército permanente, el primero que se conociera en la España musulmana, dió por resultado inevitable y en el breve trascurso de seis años, la completa ruina de aquel colosal imperio que habia resistido durante mas de trescientos á las armas de los Califas de Oriente, á las de los reyes de Francia, á las de los emires de África y á todas las fuerzas vivas y activas de la cristiandad española.

Mientras vivieron Almanzor y su hijo primojénito heredero del talento, poder y fortuna del terrible Hadjib, los partidos en Andalucía se prestaron mal su grado, á ser instrumentos de aquella funesta política que tenia por objeto el engrandecimiento de una familia que no era la del lejítimo soberano; empero se odiaban de muerte y asechaban la ocasion de dar rienda suelta á sus rencores. El mas poderoso, á la sazon, era el de los mercenarios Africanos, el único que estaba constantemente sobre las armas, y el que, en tal virtud, se imponia por el temor á los demás. Mas á la muerte del último de aquellos dos grandes hombres, alma y brazos de la situacion, los partidos volvieron á levantar la

cabeza; y Ommiadas, nobleza andaluza, Ameridas y el país todo á una sola voz y como un solo hombre se alzaron contra aquellos insolentes mercenarios, que perdieron en un solo dia honores, privilegios, distinciones, feudos, grandes propiedades y todo cuanto habian atesorado durante los treinta años que ejercieron el poder, y guerrearon sin sufrir una derrota contra todos los príncipes cristianos de la Península.

A haber sido posible reconstruir en aquel dia y en toda su integridad la unidad del territorio y la del poder soberano en la forma que se conoció en los tiempos de Abderrahman, el imperio Árabe de Occidente hubiera prolongado su existencia algunos siglos mas. Pero aquella unidad habiase rota de manera que no cabia en lo humano rehacerla.

Sin embargo; intentaron la empresa los emires de Sevilla de la alcurnia de los Beni-Abed, y tambien los emires de la Mauritania. Mas unos y otros naufragaron á pesar de su fortuna y decidido empeño. Los primeros porque quisieron reconstruir el edificio con sus mismos escombros cuando lo que se necesitaba eran materiales nuevos; y los segundos porque si bien trajeron estos materiales eran tan toscos y tan viles que los rechazó el país, y tan exóticos que fué imposible aclimatarlos en Andalucía.

Y, hay mas todavía; aquella unidad á que aspiraron los emires andaluces y africanos era ardientemente deseada por el pueblo musulman, que sufria todo género de calamidades, resultado inevita-

ble del fraccionamiento y del régimen aristocrático que se sustituyó, sin preparacion, al régimen monárquico absoluto que existiera desde la fundacion del califato de Córdoba. Aquel réjimen, ó mejor diremos, las condiciones sobre que se estableció, produjeron un estado de guerra contínuo entre los emires de las pequeñas dinastías. Así que, «el pacífico labrador (Dozy) que veia á cada instante sus tierras taladas por los indisciplinados jinetes á sueldo del emir; el honrado ciudadano que vivia atormentado incesantemente con el temor de ver su pueblo, su casa y su familia entrada á saco de improviso, no por un príncipe cristiano sino por un príncipe musulman cuyos feroces soldados llevaban la deshonra y la muerte en la punta de sus sables; las poblaciones todas, en fin, que se veian recargadas con crecidos impuestos para que sus señores pudiesen mantener sobre pié de guerra un ejército, único elemento de existencia con que contaba su efímero poder, deseaban como en los tiempos del primero y tercer Abderrahman, ver la España musulmana reunida bajo un solo cetro; de tal manera que cuando el Almoravide Yussuf Ben-Taschfin entró en Andalucía al frente de sus Morabitas, recibiéronle con los brazos abiertos, secundaron sus proyectos de conquista y le ayudaron á derribar las pequeñas dinastías. Desde entonces la aristocrácia andaluza cayó para no volverse á levantar, y desde entonces tambien la literatura árabe entró en plena decadencia.»

La unidad política y la unidad de territorio,

eran, pues, la aspiracion vehemente y universal en Andalucía, que comprendió á costa de una dolorosísima esperiencia que solo con ella podrian volver los dias de su prosperidad y grandeza. Pero los medios puestos en juego para satisfacer tan generosa aspiracion fueron precisamente los que la hicieron imposible. El pueblo la queria para el bien general; pero el pueblo que á la sazon en ninguna parte, y menos entre la raza musulmano-andaluza, representaba un poder, confiaba su reconstruccion á quien quiera que se brindaba á la empresa; y en cuanto á los emires cada uno pretendia rehacerla en su propio particular beneficio: y como los emires eran muchos y se consideraban como otros tantos centros de aquella unidad, acabó por no encontrarse en ninguna parte por lo mismo que estaba en muchas.

Como remedio heróico para tan mortal enfermedad el emir de Sevilla buscó el auxilio de los africanos, como en otro tiempo lo hiciera el grande Almanzor; pero lo hizo no reclutando soldados en aquella region sino llamando al poderoso fundador del imperio de Marruecos. Yussuf convertido de auxiliar en soberano restableció, en efecto, aquella deseada unidad; mas no lo hizo con elementos andaluces, sino con elementos africanos, tan odiosos para el país que se le sometió de grado ó por fuerza. Así es que siendo ficticia y no pudiéndose arraigar en un suelo que la repelía instintivamente de su seno, solo subsistió en tanto que unos cuantos descontentos no alzaron la bandera de la insur-

reccion en un apartado rincon del Algarbe y llamaron para que los auxiliase en la empresa á una nueva raza africana, á los bravíos Almohades vencedores de los Almoravides.

Cosa estraordinaria: esta nueva irrupcion de Bárbaros procedentes del África estuvo á punto de reconstruirla bajo el gobierno de los dos primeros Emires sucesores de Abd-el-Mumen; Mecenas de los Averroes y de los Aben-Zohar, y fundadores y restauradores de la belleza monumental de Sevilla. Si no lo consiguieron, si su dominacion en Andalucía pasó mas rápida que cualquiera de las que le precedieron, y si ahondó mas y mas la profunda division que dió por resultado la ruina de la raza musulmana en España, debido es á que fueron príncipes muy superiores á la raza que gobernaron y acaudillaron; inculta, fanática y grosera esta, sábios é ilustrados aquellos. Y debido fué tambien á la intolerancia religiosa de los Unitarios; al ódio de secta que estalló entre árabes-andaluces, Almoravides y Almohades; á la providencial victoria de las Navas de Tolosa, y á la infatigable actividad guerrera de los Alfonsos de Castilla, Leon, Aragon y Portugal, y de Fernando III que trabajaban impelidos por la Providencia para constituir la verdadera unidad nacional de España; en tanto que las armas de los Beni-Taschfines y Beni-Abd-el-Mumen obraban arrebatados por la ambicion de conquista y por el deseo de esterminarse las unas á las otras.

No debemos terminar estas breves consideracio-

nos acerca de las causas que produjeron la ruina del imperio musulmano andaluz y la conquista de la España Mahometana por los reyes Mauritanos, sin detenernos un momento sobre el suceso verdaderamente providencial del simultáneo desbordamiento, en los siglos XI, XII y XIII, de la Europa en Asia por el canal de Constantinopla y del Africa en Europa por el estrecho de Gibraltar. Acontecimiento el mas estraordinario é importante que rejistra la historia de toda la Edad Media, dispuesto por la Suprema Sabiduría, en el preciso momento en que sólo ella podia salvar al cristianismo de una inminente catástrofe, ó cuando ménos de una nueva ocultacion en las Catacumbas, asi como disipar las tinieblas de la semi-barbárie que todavía envolvian la mayor parte de nuestro continente y abrir nuevos horizontes al progreso de las ciencias, de las artes, del comercio y de la libertad y gobierno de los pueblos de raza latina y germánica. El importante papel que España, y sobre todo Andalucía, tuvo en aquel drama heróico en el que las víctimas se contaron por millones, cual si solo por la sangre del hombre el hombre se pudiera regenerar, nos obliga, en justo desagravio de la indiferencia con que la historia ha mirado á uno de los *protagonistas*, á dedicarle algunas palabras.

Durante el siglo XI, á pesar de la disolucion de los grandes Califatos de Bagdad y de Córdoba, la religion de Mahoma parecia haber vuelto á encontrar sus antiguos bríos conquistadores y recobrado de nuevo su ciego afan de proselitismo. En efecto;

los Turcos Selyúcidas habianse apoderado del Egipto, de la Siria y del Asia menor, y devuelto al imperio del Profeta su antigua grandeza. Los Sultanes del Rum, establecidos en Nicea solo esperaban una escuadra para cruzar el Bósforo de Tracia y plantar la media luna sobre la cúpula de Santa Sofia. El Africa toda era musulmana y el Corán penetraba en Europa por Andalucía, por la Sicilia y por el canal de Bizancio.

El génio de Gregorio VII comprendió que no habia redencion, salvo Dios, para la cristiandad si no se ponia un dique á aquel torrente asolador, si la Europa entera no se arrojaba sobre el Asia. Al efecto anunció desde el púlpito cristiano la primera *Guerra Santa* contra los infieles; la cual se realizó veinte años despues bajo el pontificado de Urbano II. A la voz del Vicario de Cristo, á los gritos de venganza de Pedro el Ermitaño, respondió Europa tomando la Cruz y desbordándose sobre el Asia (1095.)

Godofredo de Bouillon llegó hasta Jerusalem con unos cuarenta mil guerreros, glorioso resto de los seiscientos mil Cruzados que emprendieron desde Europa el camino de la Tierra Santa. Ya era tiempo; las hordas turcas dirijian desde Scutari miradas codiciosas sobre Constantinopla, y la *cruzada* Almoravide acababa de cubrir con una tupida alfombra de cadáveres cristianos los campos de Zalaca. Con la toma de la Ciudad de David la invasion musulmana del Asia en Europa quedó contenida para mas de tres siglos. Mucho fué; pero noto do cuanto

el cristianismo tenia derecho á esperar de los inmensos sacrificios que habia hecho para rescatar el Santo Sepulcro. Un año despues de la conquista de Jerusalem, Godofredo de Bouillon solo contaba con trescientos caballos para defender su reino; los demás abandonaron cobardemente las banderas de la Cruz. Dos años despues de la espantosa derrota de Zalaca los cristianos de España se habian repuesto enteramente de aquel desastre; y mas entusiastas y numerosos que nunca tomaban por do quier sobre los musulmanes un sangriento desquite de su pasada humillacion.

A fines del siglo XII, unos cien años despues de la conquista de Jerusalem y de la derrota de Zalaca, renovóse la *Cruzada* cristiana y musulmana. La cristiana dirigida por el emperador de Alemania y los reyes de Francia y de Inglaterra, que tenia por objeto vengar el desastre que en 1147 á 1149 sufrieron dos ejércitos cristianos en el Asia menor, fué destruida por los turcos en una batalla empeñada en las llanuras de Cilicia y en el sitio de Toleimada (1189-1193.) La musulmana, acaudillada por el emperador Almohade de Marruecos, Yakub ben-Yussuf, destrozó completamente en los campos de Alarcos (1195) uno de los mas brillantes y numerosos ejércitos que la España cristiana opusiera á la conquista musulmana.

El Corán, pues, y las armas mahometanas triunfaban en todas partes de los cristianos. Jerusalem y la Tierra Santa quedaban perdidas para la cristiandad, y el entusiasmo por las cruzadas habíase es-

tinguido en el Occidente. Nada se oponia ya á la invasion de Europa por los musulmanes; nada, sinó la heróica España que renacia de sus derrotas como el Fénix de sus cenizas. Despues del desastre de Federico Barbarroja que pereció ahogado en las aguas del Cidno, y del tratado celebrado entre Ricardo Corazon de Leon y Saldino, la Europa, que habia dejado sembrada de cadáveres toda la Tierra Santa, obtuvo como único resultado directo de su sangriento y titánico esfuerzo por recobrar el Santo Sepulcro, el paso libre y seguro para ir en peregrinacion á Jerúsalem. Despues de la desastrosa batalla de Alarcos, los cristianos españoles pascaron sus banderas por las tierras de Jaen, Baeza y Andújar, y dieron de beber á sus caballos en el Guadalquivir.

Así como al finalizar el siglo XI la Europa y el África desbordáronse simultáncamente, aquella sobre el Asia y esta sobre la Europa, así tambien en los primeros años del décimo tercero se realizaron las dos últimas Guerras Santas que como postrer esfuerzo intentaron los cristianos y los musulmanes para decidir de una vez la contienda entre el Evangelio y el Corán. Con la diferencia que la cristiana solo fué una inocente farsa representada en 1212 por *cincuenta mil niños* franceses y alemanes, que tomaron la cruz para morirlos unos al cruzar los Alpes y los otros como esclavos vendidos en África por mercaderes sin entrañas, y la musulmana fué la del *esfuerzo supremo* que arrojó mas de medio millon de hombres sobre España.

Muy pocos de aquellos inocentes volvieron al regazo de su madre; muy pocos de estos guerreros bravíos regresaron á sus desiertos. En las Navas de Tolosa (1212) quedaron casi todos sepultados. La Europa, pues, comprometió la causa del cristianismo, que era su propia causa, dejándose vencer por sus desaciertos mas bien que por las armas de los Mahometanos en el Ásia menor, en la Siria, en la Palestina y en el Egipto; franqueó á los turcos el camino de Constantinopla primera etapa para llegar á Roma, y si consiguió por medio de las cruzadas importantes y beneficiosos resultados para el renacimiento de su cultura moral y material, no fueron ciertamente estos los que fué á buscar con su inmortal y guerrera peregrinacion á la Tierra Santa. España, á pesar de sus desastres de Zalaca y Alarcos salvó la Europa del yugo mahometano con su victoria de las Navas. Si los Africanos hubiesen pasado victoriosos el puerto de Muradal ¿hubieran sido el Tajo, los Pirineos, el Ródano y los Alpes barreras capaces para detener al nuevo Alarico y sus seiscientos mil bárbaros Mauritanos que se sentian empujados hácia Roma?

No olvidemos que en 1453 los turcos, *al fin*, tomaron á Constantinopla y se establecieron en Europa donde todavía permanecen; y que en 1492 los españoles barrieron del suelo de esta misma Europa los restos del Islamismo. Y sin embargo, ningun historiador de las Cruzadas se ha dignado hacer un lugar á España en aquella maravillosa epopeya, que se dice libró á Europa de verse convertida en

provincia del vasto imperio fundado por Mahoma. Los que blasonan de mas benévolos con nosotros se limitan á decir, que los españoles no tomaron parte en ellas porque tenian harto que hacer en su propio territorio con resistir á la invasion de los moros; pero la crítica imparcial, la verdad histórica no pueden menos de confesar que en el estrecho de Gibraltar, no en el Bósforo de Tracia existia el verdadero peligro para la cristiandad; y que cuando los españoles vencieron, *solos*, en las Navas, los franceses, ingleses, italianos y alemanes, solo conservaban ya Tiro y Tolemaida en la Tierra Santa.

No queremos empequeñecer el renombre ni escatimar la gratitud que han merecido de la cristiandad Pedro el Ermitaño, Godofredo de Bouillon, Felipe Augusto, Ricardo *Corazon de Leon*, Federico Barbarroja y San Luis cuyos heróicos esfuerzos salvaron *por algun tiempo* á Europa de la invasion de los turcos; pero no cambiamos por aquella gloria la que se conquistaron Alfonso el *Batallador*, Alfonso Enriquez, Alfonso VIII, el arzobispo D. Rodrigo de Toledo, Jaime I y San Fernando que salvaron *para siempre* á Europa de la invasion de los africanos.

Terminada esta corta digresion que estimamos como preliminar indispensable para entrar con desembarazo en la nueva situacion que vamos á encontrar á Andalucía durante la época de transicion que medió entre la dominacion árabe y la restauracion cristiana, reanudaremos el hilo de su historia; que á partir de este momento se nos presenta con rasgos enteramente nuevos, sino mas interesantes,

originales y conmovedores que los que dejamos bosquejados en los tomos precedentes, al menos tan importantes, dado que en ellos comienza á dibujarse la fisonomía moral con que ha llegado hasta nuestros dias, y á acentuarse ese carácter original que ha distinguido siempre á esta magnífica region de las del resto de la Península.

A partir tambien, de esta época, que podemos considerar como la aurora del renacimiento de las letras hispano-latinas, y como la del nacimiento de la lengua vulgar, se hace menos penoso el trabajo del historiador, visto que comienzan á multiplicarse las crónicas españolas que en cada reinado aparecen escritas por un contemporáneo y muchas veces testigo ocular de los sucesos que refiere. Desgraciadamente no podemos decir lo mismo con respecto á los restos de la dominacion musulmana en Andalucía, pues comienzan á escasear las fuentes, ó al menos las que traducidas han llegado hasta nosotros. Verdad es, por otro lado, que este período de la dominacion musulmana no se distinguió por su cultura literaria, y que, además, su historia dejó de ser la privativa del país para convertirse en accesoria y seguir á remolque la cristiana. Así que tendremos que contentarnos con lo que acerca de él nos han dejado los autores traducidos por Conde y el historiador magrebino Ebn-Abd-el-Halim el Gharnaty (de Granada), á quienes seguiremos en todo lo perteneciente á los hechos de los moros que quedaron establecidos en Andalucía hasta su definitiva espulsion por S. Fernando y su hijo D. Alfonso X.

II.

Desde la batalla de Uclés hasta la conquista de Coria.

1108 á 1142.

Muerto en 1106, Yussuf ben-Taschfin, fundador de Marruecos, fué proclamado en la capital del nuevo imperio de Africa, su hijo Ali ben-Yussuf, apellidado Abu-l-Hasan, que fuera jurado sucesor de su padre, en Córdoba, en setiembre de 1103.

Desde el advenimiento de Ali al trono de los Morabitas hasta el año 1109, nada turbó la paz material entre cristianos y musulmanes, si se esceptuan las obligadas escaramuzas de los primeros en las fronteras de Andalucía. Pero en este último año, el nuevo emir de Africa queriendo continuar la empresa entablada por su padre en España, dispuso pasase á la Península al frente de un numeroso ejército de Lamtunes, su hermano Abu Taher Temin;

quien en cumplimiento de las órdenes que recibiera, marchó ejecutivamente sobre la ciudad é importante fortaleza de Uclés, (en la provincia de Cuenca) defendida por una fuerte guarnicion castellana.

Al rumor de tan recia acometida, el rey Alfonso VI, envió una formidable hueste en socorro de la plaza sitiada mas fué completamente derrotada por los Almoravides, pereciendo en la sangrienta refriega veinte mil cristianos, siete condes, que dieron este número por nombre á la batalla, y con ellos el príncipe Sancho, hijo de la hermosa Zaida y único varon que logró D. Alfonso VI de las seis esposas que tuvo, que en ella hizo sus primeras armas á la edad de once años. A tan lamentable derrota se siguió para los cristianos la pérdida de Uclés, Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra y otras poblaciones importantes, con cuyas ciudades y territorios se habian dilatado recientemente aquende el Tajo, las fronteras del reino de Leon.

La noticia de aquel funesto acontecimiento llenó de mortal congoja el corazon del esforzado conquistador de Toledo, que falleció de sus resultas en la noche del 30 de junio de 1109, dejando por sucesora de la corona de Castilla, á su única hija lejítima, Urraca, viuda, por fallecimiento en 1107 de Raimundo de Borgoña, á quien D. Alfonso diera con la mano de la infanta el condado de Galicia.

Turbulento hasta el esceso y calamitoso fué para Castilla el tristemente célebre reinado de D.ª Urraca, del cual, sin embargo, no nos ocuparemos

porque no ejerció influencia alguna en los destinos de Andalucía; bastando á los fines de nuestra historia anotar aquellos rasgos mas señalados para que no se interrumpa la ilacion de los sucesos.

Tuvo D.ª Urraca de su matrimonio con Raimundo de Borgoña, primo hermano de Enrique, de la misma ilustre casa, casado con Teresa, hija bastarda de D. Alfonso IV—dos hijos, Alfonso y Sancha. Muerto su primer esposo, trató su padre de que se enlazara con Alfonso de Aragon, hijo de Sancho Ramirez á fin de reunir así las dos coronas. Quedó en proyecto este matrimonio, hasta que en octubre de 1109, reunidos los condes y magnates en el Castillo de Muñon, con propósito del bien del Estado, resolvieron casar «é avuentaron, dice el Anónimo de Sahagun escritor contemporáneo, á la dicha, D.ª Urraca con el rey de Aragon.» Matrimonio funesto que fué origen de los infortunios y grandes calamidades que afligieron desde luego el reino.

Entre tanto, criábase en Galicia bajo la tutela del conde de Trava, el príncipe Alfonso hijo de D.ª Urraca y de su primer esposo Raimundo, de cuyo nombre se servian los ambiciosos de todos los bandos, incluso sus tios D. Enrique y D.ª Teresa de Portugal, para mantener viva la sangrienta discordia que habia estallado entre los dos esposos D.ª Urraca de Castilla y D. Alfonso de Aragon, y echar combustible á la hoguera de la guerra civil que ardia en todos los estados del reino Castellano.

En medio de aquellos desórdenes y calamidades sin cuento, el Papa declaró nulo, por incestuoso, el

matrimonio de D.ª Urraca, sin que por eso llegasen á término los sangrientos disturbios de la monarquía Castellano-Leonesa; hasta que falleció en marzo de 1126, despues de un reinado el mas tempestuoso, aquella desdichada reina.

Muerta D.ª Urraca de Castilla, su hijo Alfonso Raimundez, rey nominal de Galicia que ejerciera mucha influencia en los asuntos del reino desde algunos años antes del fallecimiento de su madre, fué proclamado rey de Castilla y de Leon bajo el nombre de Alfonso VII, celebróse su coronacion con general aplauso y contentamiento por la nobleza y el pueblo castellano y leonés, que veian en el jóven monarca el iris de paz que anunciaba el término de la deshecha borrasca que habia puesto el reino á dos dedos de su ruina.

En tanto que tenian lugar en Castilla los memorables acontecimientos que dejamos brevemente apuntados, Andalucía atravesaba una dolorosa crisis, durante la cual renováronse para ella, hasta cierto punto, los calamitosos acontecimientos de la invasion de los Bárbaros, en los comienzos del siglo V de nuestra era. La sustitucion de sus príncipes indígenas de gloriosa memoria, con un monarca africano, que favorecido por las circunstancias habíase trocado de amigo y aliado en amo déspota é insolente, causó en el país una violenta y funesta revolucion. Aquella sábia y brillante cultura que tan célebre la hizo un siglo antes, retrocedia ruborizada ante la barbárie de la tribus de la mauritania que se complacian en humillarla; aquella clara

inteligencia é ilustrada tolerancia de que tan relevantes pruebas diera en los buenos tiempos del Califato de Córdoba, se veian reemplazadas por la estúpida intolerancia y el supersticioso fanatismo de sus nuevo dominadores los Morabitas de Lamtuna. «El país, dice un autor de nuestros dias, gemía bajo el sofocante régimen del clero y de la soldadesca; en lugar de las sábias y discretas discusiones de las academias, de las doctas disertaciones de los filósofos de la escuela hispano-musulmana y del canto armonioso de sus inspirados poetas, solo se oia la voz monótona de los sacerdotes en las mezquitas, y la grosera palabreria de los soldados que circulaban por las calles.

«Empero si la situacion de los andaluces era aflictiva, infinitamente mas lo era la de los cristianos que vivian entre ellos. Los Morabitas africanos estremaban su brutal fanatismo contra ellos, declamaban incesantemente contra lo que llamaban impía y criminal tolerancia que se habia tenido con los cristianos. Miraban las iglesias como monumento de oprobio para la Península y pedian un dia y otro que fueran destruidas todas hasta sus cimientos. No menos fanático y mojigato que los faquíes, el *Príncipe de los fieles* se hizo un deber de dar cumplimiento á los *fetfas* (declaraciones) de aquellos energúmenos. ¿Qué aconteció además? Es imposible saberlo; los escritores musulmanes nada dicen acerca de este particular, y en cuanto á los cristianos carecian de cronistas; pero es de presumir que los faquíes no se limitarian á pedir la des-

truccion de los templos católicos. El ódio que profesaban á los cristianos era demasiado violento para que dejasen de vejarlos y perseguirlos de todas maneras.

«Los cristianos sufrieron silenciosos y durante una larga série de años aquel doloroso martirio; hasta que al fin, colmada la medida del sufrimiento, suplicaron al rey de Aragon, que viniese á libertarlos del insoportable yugo que los agobiaba.»

Éralo, á la sazon, Alfonso el *Batallador*, de triste memoria para Castilla, á quien tantas lágrimas y sangre hizo verter durante los años de su funesto matrimonio con D.ª Urraca. Mal esposo, pero príncipe ilustre y guerrero hazañoso, Alfonso I no bien vió rotos los lazos que le unieran á la reina de Castilla, vinculó todos sus conatos en hacer una guerra de esterminio á los musulmanes de España. En alas de su valor y fortuna, ganóles Ejea, Tauste, Tudela y otras importantes poblaciones y fortalezas, hasta que en 1116 puso sitio á Zaragoza, cuya conquista preocupaba su animoso corazon; rindiéndola despues de cien combates venturosos que le valieron el dictado de *Batallador*, en el verano el año 1118.

Despues de la conquista de aquella memorable ciudad, paseó su victoriosa bandera por las riberas del Ebro, poniendo bajo el dominio de las armas aragonesas un gran número de poblaciones musulmanas, y por último Calatayud en 1128. Poco tiempo despues, en Cutanda, cerca de Daroca, derrotó en campal refriega una numerosa hueste Almora-

vide, que, al decir de los mismos historiadores musulmanes, dejó veinte mil hombres tendidos sobre el campo de batalla.

Conquistado el emirato de Zaragoza, el único cuya independencia habian respetado los príncipes Almoravides, Alfonso I el Batallador salvó los Pirineos y realizó una atrevida escursion en la Gascuña francesa (1122); de vuelta de la cual llevó sus armas victoriosas por el emirato de Valencia; y devastando la tierra y demoliendo fortalezas musulmanas, avanzó de la otra parte del Jucar, entre la vega de Denia y prosiguió victorioso por el emirato de Murcia hasta cerca de Almeria de donde regresó á su reino.

Este fué el ínclito y poderoso monarca á quien recurrieron los mozárabes andaluces, pidiéndole les libertase de las crueles persecuciones de los bárbaros y fanáticos Morabitas. Alfonso respondió á su llamamiento y marchó sobre Andalucía.

«La espedicion de Alfonso (Dozy, *Recherches*, t. 1.° p. 344 y siguientes) que fué el desquite ó reparacion de la que poco mas de un siglo antes verificára Almanzor contra Santiago de Compostela, ha sido narrada por dos cronistas cristianos, Orderico Vital, y el autor de una antigua crónica aragonesa, que se ha perdido, pero que tuvo á la vista Zurita. Conviene completar aquellas relaciones con las de dos historiadores arábigos, Ibn-al-Khatib, y el autor anónimo de un libro que tiene por título *al-Holal al-manchia*. La narracion de el *Holal*, ha sido traducida por Conde, y aunque esta traduccion no

está exenta de faltas, es, sin embargo, una de las mejores del académico español.

»Desgraciadamente todos los nombres de los pueblos y lugares teatros de los acontecimientos, están desfigurados hasta el punto de que es imposible reconocerlos; así es que no me extraña que un sábio aleman haya manifestado el deseo de que la espedicion de Alfonso I el *Batallador* en Andalucía, fuese tratada como asunto especial á fin de fijar con exactitud la situacion de las localidades.

»Deseando satisfacer este deseo, voy á dar en este lugar una traduccion del relato de Ibn-al-Khatib, y del autor del libro *al-Holal al-manchia*, que he reunido en uno solo; cosa no difícil, puesto que uno y otro autor han copiado la narracion de Ibn-az-Zairafi de Granada, quien escribió hácia mediados del siglo XII, una historia de los Almoravides.»

La siguiente narracion, traducida por un crítico y sábio Orientalista tal como es Dozy, tiene además del mérito de la novedad y de ser obra de un historiador árabe contemporáneo, el de arrojar una brillante ráfaga de luz sobre uno de tantos puntos oscuros todavía, no solo de la historia de Andalucía, sino tambien de la situacion en que se encontraban los cristianos que vivian entre los musulmanes.

Dice, pues, el historiador arábigo, describiendo la

Espedicion de Alfonso el Batallador a Andalucia, el año 1125.

«Breve y sucinta relacion de lo que aconteció

en esta provincia entre los musulmanes y sus aliados cristianos.

«Dice el autor: Cuando el islamismo se estableció en esta noble provincia, y que el emir Abu-l-Khattar hubo domiciliado en ella las tribus árabes de la Siria, y señaládoles para su mantenimiento la tercera parte de los productos de las tierras de los cristianos, aquellas tribus se establecieron entre estos que quedaron en pacífica posesion de sus bienes y de sus pueblos bajo el gobierno de gefes de su religion. Estos gefes eran hombres experimentados, inteligentes y conciliadores que sabian cuanto debia pagar cada uno de sus correligionarios por su capitacion. El último lo fué un hombre que gozaba mucha celebridad y la consideracion de los gobernadores de la provincia: llamábase Ibn-al Calas (hijo de Calas.)

«Aquellos cristianos tenian una hermosa iglesia situada á dos tiros de ballesta de la ciudad, frente á la puerta de Elvira. Habia sido mandada edificar por un noble principal de su religion á quien un príncipe habia dado el mando de un poderoso ejército de *Rum* (romanos), y era reputada como única en su clase por la belleza de su fábrica y de su ornamentacion. Pero el emir Yussuf ben-Taschfin, cediendo á las repetidas instancias de los faquíes, que habian dado una declaracion en este sentido, la mandó destruir. Ibn-az-Zairafí, dice lo siguiente acerca de este particular.—Los granadinos dieron comienzo á su demolicion un lunes, último dia de Djumada 2.ª, del año 492, (23 de mayo de 1099.)

Fué arrasada hasta los cimientos y cada cual se llevó un trozo de sus escombros ó alguno de los objetos que servian para el culto.—Hoy todavia subsiste un trozo de los muros de aquel templo, cuyo espesor revela la solidez que tuvo. En una parte del terreno que ocupó existe en la actualidad el conocido cementerio de Sahl-ibn-Malic. (Este fué un célebre predicador.)

«En el reinado de los Almoravides, cuando las armas del rey Ibn-Rademiro (Alfonso el Batallador hijo de Ramiro) el enemigo de Dios; triunfaban en todas partes.—El Eterno, como es sabido, destruyó mas tarde su poder en la batalla de Fraga —los cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de vengarse de los musulmanes y erigirse en señores del pais. Al efecto se dirigieron á Ibn-Rademiro con repetidas cartas y mensajeros, rogándole que se aprestase para venir contra Granada: mas viendo que vacilaba en acometer la empresa, le enviaron una lista en la que estaban inscritos doce mil de sus mejores guerreros, sin que entre ellos se contase un solo anciano. Anunciáronle tambien que además de los hombres comprometidos contaban con otros muchos que vivian en lejanas tierras, pero que no faltarian en su puesto en cuanto el rey se presentase. Al mismo tiempo trataron de excitar su codicia ponderándole la escelencia de las cosas que abundaban en Granada y que hacen de este pais el mas hermoso del mundo. Describiéronle su magnifica Vega y la abundancia de sus trigos, cebadas, sedas, viñas, olivares y frutas de todas clases; sus

ricos manantiales y numerosos rios; sus recias fortalezas; el buen trato de la gente de campo y la urbanidad de los ciudadanos, en fin, la belleza de sus mujeres y la dignidad de sus nobles; y añadieron que conquistada por sus armas esta ciudad mil veces bendita, podria hacer de ella la base de sus operaciones para conquistar otras muchas; en suma, dijéronle que en las historias de la provincia se aseguraba que esta era la mejor de toda España. Pintáronle el cuadro con tan vivos colores que al fin movieron el ánimo del rey en la medida de su propio deseo.

»El rey reunió la flor de sus guerreros y se puso en campaña al frente de cuatro mil caballeros aragoneses seguidos de sus escuderos, gente toda briosa y lucida que habia jurado sobre los Evangelios auxiliarse los unos á los otros.

»El rey salió de Zaragoza en los primeros dias de Chavan del año 519 (principios de setiembre de 1125) ocultando el objeto de su espedicion. Acercóse á Valencia donde se encontraba una guarnicion Almoravide capitaneada por el Caid Abu-Mohammed ibn-Bedr ben-Warcá. Mientras combatia la ciudad reuniéronse muchos cristianos á su ejército para servirle de guias ó para indicarle lo que debia hacer en daño de los musulmanes y en provecho de su empresa. De Valencia pasó á Alcira que sitió inútilmente durante muchos dias. Despues marchó sobre Denia que combatió en la noche que terminó el ayuno, (31 de octubre) y recorrió todo el Este dia por dia y etapa por etapa, saqueando los distritos

por donde pasaba. Cruzó el desfiladero de Játiva, llegó sobre Murcia, despues á Vera, luego á Almanzora (no el rio, sino la ciudad que lleva este nombre) y por último hácia Purchena, permaneciendo ocho dias acampado en las márjenes del rio Tiola (rio que pasa entre Purchena y Seron.) De aquí se dirijió sobre Baza, ciudad situada en una llanura y mal fortificada de la que intentó apoderarse; pero Dios no le prestó su ayuda.

»El viernes, principios de Dhulcada (4 de diciembre) se puso sobre Guadix y atacó la ciudad por el lado del cementerio, hasta el lunes (7 de diciembre.) El martes (8) se retiró hácia el Zenete donde se puso en emboscada. El miércoles (9) levantó su campo, y lo puso en el villorro de Ghayena (hoy Gracna) y combatió la ciudad de Guadix por el lado del Oeste. Trasladó su campo al villorro que tiene por nombre Alcázar y volvió á combtair la ciudad, mas sin conseguir el entrarla. Un mes permaneció en los alrededores de Guadix.

«El autor de un libro intitulado *al-anwar al-djalia*, se expresa en los siguientes términos.—En el entretanto hablase descubierto el complót fraguado por los cristianos de Granada y adquirido el convencimiento de que el rey habia sido llamado por ellos. El emir de España Abu-t-Tahir Temim ibn-Yussuf, que residia en Granada, quiso ponerlos presos á todos; mas tuvo que renunciar á su propósito. Los cristianos favore idos por las circunstancias se dirijieron por diferentes caminos al campo del rey, en tanto que las tropas musulmanas se reconcentra-

ban en Granada á las órdenes del Emir, cuyo hermano, el príncipe de los musulmanes, le enviaba desde África crecidos refuerzos. Así es que los ejércitos formaban un círculo cuyo centro era Granada.

«Ibn-Rademiro levantó el cerco de Guadix y vino á acampar en el pueblecito de Dejma (hoy Diezma). El dia de la fiesta de los sacrificios (10 Dhu-l-hidja 7 de Enero de 1126), los granadinos armados como para entrar en batalla hicieron la oracion del temor (rezo ordinario, pero abreviado) y en la mañana del dia siguiente distinguieron las tiendas de los romanos (aragoneses) en an-Nibal, al este de la ciudad. Diéronse algunos combates parciales á poca distancia de Granada. El populacho abandonó la ciudad, y los ciudadanos se agolpaban en las calles.

«Ibn-Rademiro se aproximó á Granada al frente de cincuenta mil hombres. El dia de la fiesta del Sacrificio (7 de Enero), acampó en las orillas del Fardes; de aquí se trasladó á.... (el nombre está confuso en el manuscrito) y luego al villorro de an-Nibal, cerca de Granada, donde permaneció mas de diez dias. Como llovia sin cesar y la niebla envolvia los campos, no pudo destacar tropas por aquellos contornos; pero los cristianos abastecieron de víveres su ejército.

«Viendo que no podia tomar la ciudad, levantó el campo el 25 de Dhu-l-hidja del año 519 (22 de Enero de 1126), mostrándose muy enojado contra los que le habian llamado y sobre todo con su gefe Ibn-al-Callas; pero los cristianos se disculparon di-

ciendo que solo al rey debia atribuirse el mal éxito de la expedicion; pues con la lentitud de su marcha y sus frecuentes detenciones, habia dado lugar á que se reuniesen las tropas musulmanas; y añadieron que ellos lo habian sacrificado todo y quedaban expuestos á la venganza de los musulmanes.

«Desde Maracena el rey se trasladó á Pinos. Al dia siguiente llegó á as-Sicca, en el distrito de Cala-Yahzob (Alcalá la Real) despues á Luque, luego á Baena, Ecija, Cabra y Lucena, en tanto que las tropas musulmanas le seguian de cerca. Detúvose algunos dias en Cabra y luego se dirijió sobre Polei (hoy Aguilar) seguido siempre de las tropas musulmanas que de vez en cuando hostilizaban su retaguardia. Por último, ambas huestes se detuvieron en Arnisol cerca de Lucena. Al despuntar la aurora los musulmanes atacaron el campamento cristiano y le tomaron algunas tiendas. A la hora de medio dia, Ibn-Rademiro se armó, puso su ejército en batalla y formó con él cuatro divisiones cada una de las cuales tenia una bandera. Entonces los cristianos cargaron sobre los musulmanes, que estaban desprevenidos, merodeando ó encerrados en su campo y Dios permitio que estos sufriesen una completa y vergonzosa derrota. A la entrada de la noche el emir mandó trasladar su tienda desde una cañada en que se encontraba sobre una altura; este movimiento fué mal interpretado por los tímidos, comenzó el desconcierto, siguióse el desórden y por último cada uno buscó su salvacion en la fuga. El

enemigo se acercó al campo, lo entró á altas horas de la noche y lo saqueó. (La batalla de Arnisol tuvo lugar el dia 9 de Marzo de 1126).

«A seguida, Ibn-Rademiro, se dirigió hácia la costa; cruzó la provincia de Reya, y las Alpujarras cuyos habitantes no esperaban ciertamente aquella visita. Un Caid de aquel pais asegura, que cuando el rey pasó por los profundos valles del rio Salobreña (rio de Motril) que corre entre peñas escarpadas, esclamó en su lengua, dirijiéndose á uno de sus principales capitanes—¡Oh qué gentil sepultura si alguno arrojase puñados de arena sobre nosotros!—Luego torció á la derecha y llegó á Velez, (Velez Málaga) cerca del mar. Allí mandó construir una barca y en ella entró en el mar, donde cojió algun pescado que comió. ¿Hízolo en cumplimiento de un voto, ó fué con el propósito de que en lo futuro se hablase de él? Lo ignoro. Despues rompió la marcha hácia Granada, y puso su campo en el pueblecillo de Dilar al Sur de la ciudad. Dos dias andados se trasladó al pueblo de Hemden (Albendin) donde los musulmanes le combatieron encarnizadamente. Los granadinos tenian una profecía acerca de los sucesos que debian cumplirse un dia en aquel lugar. Esta llanura, dice Ibn-az-Zairafi se encontraba señalada en algunos libros de adivinacion con una letra que significa *de los huérfanos y de las viudas*, y aquel dia parece que la profecía debia tener cumplimiento. Pero Dios protejió á los Granadinos.

«Dos dias despues Ibn-Rademiro se trasladó á la

Vega, que llenó con sus tropas. Habiéndole los granadinos obligado á levantar el campo, fuese á ponerlo en las cercanías del manantial de....

«Pasando por Sierra Nevada llegó á Alicun y luego á Guadix. En estas marchas y contramarchas perdió algunos miles de sus mejores soldados. Además, la peste se habia declarado en su ejército.

»Por último regresó á su país alabándose de haber derrotado á los musulmanes, recorrido su tierra de un estremo al otro y tomado en ella múchos prisioneros y un cuantioso botin. Sin embargo, no se habia apoderado de ningun pueblo fortificado grande ó pequeño; limitando su correría á destruir las casas de campo abandonadas por sus habitantes, en tanto que su ejército habia tenido pérdidas considerables sin haber combatido á penas. Ibn-Rademiro permaneció un año y tres meses en el territorio musulman.

»Cuando los musulmanes hubieron adquirido pruebas de la traicion de sus vecinos los cristianos llenáronse de inquietud y de coraje; y en tanto que tomaban las precauciones que dictaba la prudencia, el Cadi Abu-l-Walid ibn-Rochd (el abuelo del célebre Averroes) creyó hacer una obra meritoria dirigiéndose al Africa. Pasó, pues, á Marruecos, y manifestó al emir Ali ibn-Yussuf ibn-Taschfin la situacion de los negocios de España. Rifirióle las tribulaciones de los musulmanes á resultas del crimen cometido por los cristianos que habian llamado á los Rum, y dijo que aquellos cristianos ha-

bian perdido, en consecuencia el derecho á ser protegidos. Luego dió una declaracion por la cual, los culpables se habian hecho acreedores, cuando menos, á la pena de ser desterrados del país. Tomóse su consejo, y en este sentido se publicó un edicto del emir.

»En el mes de Ramadhan de este año (Setiembre—Octubre de 1128) muchos cristianos fueron embarcados para África, sufriendo mucho en el viaje á resultas de los temporales y de los malos caminos. Sin embargo, no pocos cristianos permanecieron en Granada bajo la proteccion de algunos príncipes, y su número volvió á crecer considerablemente. Pero en el año 559 (1164) se dió una batalla en la cual todos fueron pasados al filo de la espada. Hoy solo existe una reducida tropa de ellos, que vejeta en el desprecio y en la humillacion. ¡Dios quiera dar el triunfo definitivo á sus servidores!»

Tal fué la memorable y por demás arriesgada espedicion de Alfonso el *Batallador* á Andalucía; ruidoso acontecimiento no mencionado por ningun cronista cristiano, escepto Zurita, por mas que llene una de las páginas mas gloriosas de la historia de España. De la sucinta pero gráfica relacion que de ella nos han dejado los escritores musulmanes, se deduce lo mucho que habia cambiado, en el discurso de poco mas de un siglo, la situacion de las

dos razas que venian batallando sin tregua desde 718, por el triunfo de su respectiva fé religiosa, y por la definitiva posesion del suelo de la Península, cuando le fué posible á un príncipe cristiano penetrar en son de guerra y permanecer muchos meses recorriendo Andalucía, no ya como auxiliar de alguna de las parcialidades que con tanta frecuencia encendian la guerra civil en esta region, á la manera que lo fueron los reyes de Leon y los condes de Castilla, sino como conquistador bastante fuerte para luchar de poder á poder con la raza musulmana de España y de África.

Cierto es que de aquella temeraria y victoriosa empresa guerrera, el rey de Aragon no obtuvo fruto alguno material, y que de sus resultas se empeoró notablemente la situacion que los fanáticos Morabitas habian hecho á los Mozárabes; pero su efecto moral fué inmenso, puesto que abrió camino para las nuevas espediciones que el emperador Alfonso VII verificó en Andalucía, en los años de 1133 y 1138, y despertó, por primera vez desde la conquista musulmana, el deseo de emancipacion en el pecho de los cristianos andaluces, que hasta entonces habian vivido sumisos á los Califas y emires de raza árabe, y por último dejó establecida la superioridad de las armas de Castilla y Aragon sobre las de los vencedores de Zalaca.

Ocho años despues de aquel suceso, durante los cuales los cristianos de Toledo y los Almoravides dominadores de Andalucía se hostilizaron haciendo frecuentes correrías en sus respectivos territorios,

Alfonso VII, victorioso en una campal refriega empeñada contra un numeroso cuerpo de ejército Africano, resolvió dar un nuevo impulso á la guerra atacando al enemigo en el mismo corazon de sus estados. Al efecto reunió en Toledo una escojida hueste, y puesto á su cabeza se dirigió á tierra de Andalucía, renovando la atrevida empresa que acometiera en 1125 su padrastro el rey *Batallador*.

Era el tiempo de la recoleccion, segun refiere la crónica de Alfonso VII, y los soldados de Castilla, en cumplimiento de las órdenes del rey entraron en la tierra de Andalucía, talando é incendiando los panes, viñas y olivares. Aterrados los Almoravides y los musulmanes andaluces huyeron, abandonando sus campos y los pueblos que no podian defender, para refugiarse en las plazas fuertes, en las sierras, en los montes y en las islas del mar. El ejército cristiano llegó sin encontrar resistencia hasta Sevilla, al pié de cuyos muros plantó sus tiendas. De aquí se dirigió sobre Jerez que entró por fuerza de armas, y luego adelantó sus avanzadas hasta las cercanías de Cádiz. Los estragos que por todas partes causaba la hueste cristiana saqueando pueblos, arrasando fortalezas, incendiando mezquitas y pasando al filo de la espada los faquies morabitas, aterraron de tal manera á los príncipes Andaluces, que enviaron en secreto un mensagero al emir Safad-Dola (hijo del antiguo soberano de Zaragoza Abd-el-Melek Amad-Dola, lanzado de sus estados por la espada del *Batallador*. (Safad-Dola, cansado del humillante protectorado del rey de Aragon, se habia re-

conocido vasallo del de Castilla (1132) recibiendo de de él, grandes mercedes y la honra de capitanear una division del ejército espedicionario de Andalucía) para suplicarle hablara al rey de los cristianos á fin de que los *librase de los Almoravides*, ofreciéndole, si lo hacia, reconocerse vasallos suyos y servirle como le servia el mismo Safad-Dola. Este despues de consultar al rey respondió al mensajero: «Anda y di á mis hermanos los príncipes de Andalucía, que se apoderen de todas las plazas fuertes, hagan guerra á los Almoravides, y el rey de Leon y yo acudiremos en su socorro.» Sin embargo, Alfonso VII conseguido el objeto que se habia propuesto en su espedicion, no quiso esponerse á los azares continjentes á una larga permanencia en pais enemigo y regresó á sus estados arrastrando consigo un cuantioso botin (1133)

En el año siguiente (1134) los Almoravides obtuvieron un tremendo desquite de las repetidas humillaciones que les hicieran sufrir las armas cristianas. Alfonso I de Aragon, el infatigable *Batallador*, rey y soldado siempre victorioso, despues de haber paseado su triunfante bandera por las comarcas de Molina y Cuenca, y por las riberas del Ebro, del Cinca y del Segre plantó sus reales delante de la inespugnable fortaleza de Fraga, que resistió gallardamente todos los esfuerzos del inclito aragonés.

Sin embargo, á punto estaba ya de rendirse la fortaleza, cuando llegó en su socorro el walí de Lérida, cuyas tropas se habian reforzado con diez mil Almoravides recien venidos de Africa. El *Batalla-*

dor á fuer de entendido capitan, levantó el sitio de la plaza y presentó la batalla al ejército auxiliar. Trabóse porfiada y sangrienta y en ella fué completamente derrotado el aragonés que huyó dejando el campo cubierto de cadáveres entre los cuales se contó el heróico Alfonso el *Batallador*.

«Así acabó el conquistador de Tudela, Zaragoza, Tarazona, Calatayud, Daroca, Mequinenza y de mil otras plazas y ciudades; el vencedor de cien batallas, la gloria de Aragon y el terror de los moros. D. Alfonso I de Aragon fué un rey cual convenia en aquellos tiempos, batallador, activo, incansable; jamás hizo alianza ni transijió con los infieles.»

Muerto D. Alfonso, las córtes reunidas en Monzon acordaron poner la corona en las sienes del monje Ramiro, hermano del *Batallador*, á quien los grandes y el pueblo llamaron por menosprecio el *Rey-Cogulla*. Mas el de Castilla que se creia con mas derecho á título de biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, se dirigió con poderoso ejército sobre Zaragoza. Entró en la ciudad sin resistencia, en diciembre de 1134; y Ramiro el monje que se encontraba en ella se la cedió con una buena parte de sus Estados, reconociéndose vasallo del rey de Castilla por la que se habia reservado.

Satisfecho con el buen resultado de su espedicion, D. Alfonso VIII dejó en Zaragoza un cuerpo de tropas castellanas y regresó á Leon, donde muy luego se le presentó el rey de Navarra solicitando su alianza que obtuvo á condicion de hacerse vasallo suyo.

Es cosa muy digna de notarse, y que solo se comprende estudiando la constitucion política y el conjunto de leyes que rejian los dos pueblos que mas encarnizada y directamente se disputaron en aquellos siglos el dominio total de la Península, el castellano y musulman, que en medio de las discordias intestinas, y guerras civiles y estranjeras que perturbaban sin cesar y con la misma intensidad así al uno como al otro, el primero se engrandecia y consolidaba á pesar de los disturbios interiores que atormentaban su existencia, y el segundo, en situacion igual y semejante, se empequeñecia y debilitaba en términos de anunciar su próximo é inevitable fin. El largo período de calamidades públicas que sucedió en Castilla y Leon al glorioso reinado de Alfonso VI, fué un doloroso paréntesis entre la conquista de Toledo sobre las orillas del Tajo en 1085, y la de Jaen y Andújar sobre las del Guadalquivir en 1151 y 1155. El período de anarquía que se inauguró en toda la España musulmana á la muerte del hijo segundo de Almanzor se convirtió muy luego en estado normal del pueblo musulman, y solo cesó cuando despues de haber devorado á la raza Árabe y á la raza Mauritana establecidas en Andalucía entregó la Alhambra de Granada á los Reyes Católicos. El Islamismo erijió en España un alcázar soberbio y deslumbrante que tenia por cimientos las arenas que sus arquitectos trajeron del desierto; es decir, el despotismo puro de sus reyes, la inmovilidad del pueblo, y el dogma de la fatalidad consagrado en

las pájinas del Corán. El cristianismo fundó en España un edificio severo y majestuoso estribado sobre la moral evangélica, el progreso y la libertad.

Esto considerado, no nos sorprende, que en la época que venimos historiando los poderosos califas de Córdoba hubiesen degenerado en gobernadores puestos por los emires de África, y que los reyes-caudillos cuya córte, cuyo pueblo y cuyo ejército cupieron un dia juntos todos en un pequeño valle de la montañosa Astúrias, llegado el año 1135, se hiciesen coronar en la iglesia de Santa Maria de Leon, *Emperadores de España*. Que quien, como Alfonso VII, habia hecho vasallos del trono de Castilla á los reyes de Aragon y Navarra, á los condes de Portugal y Estremadura, y recibiera ofrecimientos de vasallaje de los príncipes musulmanes andaluces, bien ganado tenia este título con que le recompensó la gratitud nacional.

Todavia resonaban en las orillas del Tajo y del Duero las aclamaciones con que fué celebrada la imperial coronacion, cuando Alfonso VII despues de haber zanjado dignamente ciertas diferencias ocurridas entre él, el rey de Navarra y el conde de Portugal, resolvió una segunda espedicion contra los Almoravides del Mediodia. Al efecto, reunió las milicias de algunas de las principales ciudades de Castilla y Leon, y con ellas penetró en Andalucía (1138) hasta poner sus reales á orillas del Guadalquivir. El recuerdo de la terrible invasion de 1135 en lugar de servir de aguijon á los musulmanes para que se aprestasen á la defensa de sus templos y

de sus hogares, los acobardó en términos que huyeron á refugiarse á los montes; dejando á la merced de las tropas castellanas las comarcas y pueblos de Andújar, Baeza, Ubeda y Jaen que sufrieron todos los horrores de aquella campaña. Un descalabro imprevisto que tuvieron las banderas de Estremadura, á orillas del Guadalquivir, y la proximidad de la mala estacion, obligaron al emperador á dar por terminada la campaña y á regresar á Toledo.

En Julio del año siguiente (1159) el conde de Portugal, Alfonso Enriquez, hijo de Enrique de Borgoña, no queriendo ser menos que los reyes de Castilla y Aragon en esto de acometer temerarias invasiones en territorio musulman, y alentado ademas por las discordias que habian estallado en Andalucía entre los Árabes y los Almoravides, y en África entre estos últimos y los Almohades, pasó el Tajo al frente de su ejército y entró á sangre y fuego las tierras de los sarracenos. Saliéronle al encuentro los walies y alcaides del Algarbe, y le presentaron la batalla en una llanura que se estiende al S. de Beja, al pié de la sierra, donde se asentaba el castillo de Ourique. El resultado fué fatal para los musulmanes, que huyeron derrotados dejando el campo cubierto de cadáveres. Los soldados portugueses ébrios de gozo con tan señalado triunfo, proclamaron rey sobre el campo de batalla al bizarro caudillo que los habian conducido á la victoria. La batalla de Ourique verificada el dia 25 de Julio de 1159, fué el memorable cimiento de la mo-

narquía portuguesa. Alfonso Enriquez alcanzó por el camino de la gloria lo que su padre, el borgoñon, intentó en vano por el de la perfidia.

Entre tanto continuaba como de costumbre la guerra de fronteras entre los Cristianos de Castilla y los Musulmanes de Andalucía; hasta que en el año 1142 el emperador D. Alfonso dispuso una espedicion formal contra la antigua y fuertísima ciudad de Coria (en la provincia de Cáceres) que rindió despues de un sitio largo y sangriento.

III.

Invasion de los Almohades en Andalucía. Guerra civil entre Árabes, Almoravides y Almohades. Espulsion de los Almoravides.

1142—1161.

Basta la breve y compendiosa narracion que dejamos hecha de los sucesos de mas bulto que tuvieron lugar en Andalucía durante la primera mitad del siglo XII, para tener una idea bastante apróximada de la calamitosa situacion en que se encontró este país durante los años que contaba de verse convertido en provincia de África. Empero mucho se equivocaria quien atribuyese solo á las armas cristianas los males sin cuento que cayeron sobre él. Por muchos que estos fuesen, aun mas numerosos fueron los que le causó la insufrible dominacion de los Almoravides. Los primeros eran, indudablemente, de una naturaleza feroz y vandálica; pero los atenuaba y servia de alivio la *costumbre* y las *represalias*; y eran, ademas, una consecuencia

precisa, que nadie podia desconocer, del duelo á muerte empeñado entre las dos razas instintivamente enemigas, verdaderamente irreconciliables; en tanto que los segundos herian mas á lo vivo el sentimiento de los pueblos de Andalucía y causaban mas desastrosos efectos en el órden moral, por cuanto que procedian de unos correligionarios que en los instantes de una crisis suprema fueron llamados para conservar y no para destruir: cosa la primera que no hicieron, mientras que la segunda la llenaron superabundantemente.

En efecto; los Almoravides no solo destruyeron todos los príncipes andaluces apoderándose de sus Estados, á despecho de la palabra empeñada, sinó que aniquilaron moral y materialmente aquella egregia aristocracia de origen árabe, que supo captarse el respeto y la admiracion del mundo por su ciencia, por sus virtudes y por su valor. Dicho se está, que con ella desaparecieron todos los rasgos, todas las manifestaciones características de aquella civilizacion que tan alto nivel alcanzó; en los siglos IV y V de la Hejira, en Andalucía, y que á partir de aquel dia, la ciencia fué un sambenito, y la filosofía, sobre todo la especulativa, un crímen perseguido, de muerte allí mismo donde medio siglo antes tenia fundada una escuela rival de las mas afamadas de Oriente. Aquel fué uno de tantos episodios de la implacable guerra entablada en todos los tiempos entre la civilizacion y la barbárie; episodio tanto mas cruel cuanto que en él tomaron parte los ódios de sectas nacidas en el seno de una mis-

ma religion. Los andaluces eran, como es sabido, Schiitas, y los africanos Sunnitas; los primeros eran motejados de tibios muslimes, sus filósofos acusados de racionalistas y muchos de sus príncipes fueron anatematizados por impíos; los segundos se encontraban en el primer hervor de un fanatismo grosero y supersticioso, y en tal virtud pasaban el arado lo mismo sobre las iglesias cristianas que sobre las academias de los sábios andaluces, y quemaban en una misma hoguera el libro de los Evangelios y los libros de la biblioteca del palacio de Merwan.

La situacion, pues, se habia hecho intolerable para la nobleza andaluza que se sentía arrastrada violentamente hácia su total extincion, y para el pueblo víctima de «la insolencia de los almoravides que hacian todo género de agravio á los naturales y vecinos de las ciudades, (Conde T. 2.° C. 24) pues no solo les robaban sus bienes y estragaban sus jardines, sino que entraban en sus casas y les forzaban sus hijas y mujeres.» Así que la indignacion llegó á tal estremo, que viéndose desahuciados por el rey de Castilla, Alfonso VII, de quien se ofrecieron vasallos en 1133, por conducto de Safad Dola, á condicion que los libertarse del yugo de los Almoravides, resolvieron apelar á las armas, como última razon de su derecho contra sus tiranos.

Las circunstancias eran las mas favorables para la rebelion que proyectaban los andaluces; dado que la guerra civil que ardia entre Almoravides y Almohades desde algunos años, estaba en vísperas de resolverse por el triunfo definitivo de estos últi-

mos; lo cual obligaba á los primeros á desatender la defensa de una de sus provincias, por acudir á la de su imperio de Africa amenazado de una próxima destruccion.

El emir Taschfin,—hijo de Ali ben-Yussuf, emperador de Marruecos—que habia reemplazado en el gobierno de España, á su tio Abu Taher Temir, muerto en Granada en 1126, encontrándose en 1143 en la ciudad de Cuenca, donde acababa de sofocar una insurreccion de su vecindario contra los Almoravides, recibió cartas de su padre en las que le apremiaba para que pasase á Africa para darle el mando y direccion de la guerra, contra los victoriosos Almohades. Apresúrose el príncipe á cumplir las órdenes del Emperador, y pasó á Africa llevándose la flor de la la caballería Almoravide, y cuatro mil ginetes escogidos de Andalucía, con lo cual el fuego de la sublevacion lanzó sus primeros resplandores, alentados los descontentos con la falta de fuerzas en que quedaron los generales Morabitas para combatirlos.

Así fué que en principios del año 1144, estalló en el Algarbe una sublevacion acaudillada por Ahmed ben-Kosai, Mohammed ben-Omar y Mohammed Sid Ray, hombres nobles y principales, que puestos al frente de numerosas bandas de insurrectos, se apoderaron denodadamente de las fortalezas de Mertula (hoy Mertola en la provincia de Alem-tejo) de Merdjek y de la ciudad de Beja (tambien en el Alem-tejo) defendidas por los Almoravides. Animados con aquellas victorias, y viendo el

eco que encontraba en el país su grito de guerra contra los Mauritanos, pasaron el Guadiana y fueron á poner sitio á Huelva, de cuya importante ciudad se apoderaron sin tener que vencer mucha resistencia; despues de Huelva tomaron á Libla por asalto, tras muchos dias de rigoroso sitio.

Habiendo dejado guarnicion en estas plazas, se dirigieron, engrosando sus filas con numerosos parciales durante la marcha, hácia la comarca de Sevilla, donde ocuparon Hisn Alcazar y Talyata, y por último entraron en el barrio de Triana donde se fortificaron. La noticia de aquella formidable sublevacion llegó á Córdoba donde se encontraba Abu Zakarya ben-Ganya, mayor general de las tropas Almoravides, quien reuniendo aceleradamente un numeroso cuerpo de ejército, marchó sobre Sevilla para combatir á los sublevados. Estos no estimaron prudente aguardar en Triana las aguerridas tropas de ben-Ganya, y se retiraron á marchas forzadas allende el Guadiana. El general Almoravide los persiguió hasta el waliato de Huelva, donde se detuvo con propósito de recobrar la fortaleza de Libla.

Tres meses llevaba ben-Ganya asediando la plaza sublevada, cuando se vió obligado á levantar el cerco por noticias que le llegaron de haberse pronunciado contra los Almoravides Córdoba y Valencia. En su consecuencia se puso en marcha hácia la primera ciudad. Mas antes de llegar á ella, recibió nuevas comunicaciones anunciándole que Murcia y Almeria tambien se habian sublevado, y que el vecindario de Málaga habia batido á los Al-

moravides, obligándoles á evacuar la poblacion y á encerrarse con el gobernador en la Alcazaba, donde los tenian estrechamente sitiados. Estas malas nuevas y otras semejantes que le llegaban de distintos puntos, le hicieron temer que la España entera quedase muy luego perdida para los Almoravides; en cuya virtud envió una órden al wali de Sevilla, para que dispusiese inmediatamente el embarque de los Almoravides que daban guarnicion á esta ciudad, y se trasladase con ellos á Mallorca, único punto de España donde se conceptuaba seguro.

Sus órdenes fueron cumplidas. El mismo dia en que salieron de Sevilla las tropas y los buques Almoravides se sublevó la ciudad, y muy poco despues los distritos de Jerez, Arcos y Sidonia.

El fuego de la insurreccion no tardó en comunicarse á Granada, cuyo vecindario atacó con tan desesperado empuje á los Almoravides, que estos se vieron obligados á encerrarse y atrincherarse en la Alcazaba, donde se vieron estrechamente sitiados por el victorioso pueblo granadino.

Aquel mismo año de 1144, falleció en Marruecos el emperador Ali ben-Yussuf, habiendo reinado cuarenta y nueve años y medio. Sucedióle en el vacilante trono de los Almoravides su hijo Taschfyn, que fué inmediatamente reconocido y proclamado *Emir de los Musulmanes*, así en África como en España. En los comienzos de su reinado el nuevo Emperador de Marruecos obtuvo algunas señaladas ventajas sobre los bárbaros Almohades; pero á los dos años fué vencido por ellos y murió de una ma-

nera desastrosa, á fines de 1145, dejando por sucesor de su desmoronado imperio, á su hijo Abu Ishac Ybrahim.

Entre tanto continuaba la guerra civil en Andalucía entre Árabes y Almoravides, con fortuna varia para los beligerantes, en los emiratos de Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga; pero decididamente favorable para los sublevados en el Algarbe, donde su caudillo Ahmed ben-Kosai, dominaba casi todo el país desde la fortaleza de Mertula. Noticioso aquel infatigable iniciador de la insurreccion, de la muerte del Emir Taschfyn y de la prosperidad que acompañaba en África las armas Almohades, envió mensajeros á su príncipe Abd-el-Mumen, proponiéndole una alianza contra sus enemigos comunes los Almoravides, y ofreciéndole reconocer su autoridad en Andalucía. Aceptó Abd-el-Mumen el ofrecimiento, y en su virtud nombró á ben-Kosai wali del Algarbe. Estos tratos disgustaron á muchos caudillos sublevados, y fueron motivo de profundas desavenencias entre ellos, que dieron por resultado la destitucion de ben-Kosai y su reemplazo con Mohammed Sid Ray.

Sin embargo, hubieron de producir sus naturales y amarguísimos frutos en daño de Andalucía; pues en el año siguiente, terminada la conquista del Magreb con la toma de Fez, Aghmat, Sale, Mequineza y otras ciudades y plazas importantes, el príncipe de los Almohades, Abd-el-Mumen, dispuso, en cumplimiento de lo pactado con ben-Kosai, que su general Abu Amran ben-Said, pasase desde

Ceuta y Tánjer á España al frente de un respetable cuerpo de ejército.

A mediados de abril del año 1146, verificóse el primer desembarco de los Almohades en las playas de Algeciras. Tomada esta ciudad despues de una corta resistencia que opusieron los almoravides que la guarnecian, los vencedores marcharon sobre Gibraltar que rendieron igualmente. De aquí se dirigieron á marchas forzadas sobre Jerez ante cuyos muros pusieron sus tiendas dispuestos á sitiar la plaza; lo cual no tuvo lugar, por haberla evacuado los Almoravides, y entregádose á discrecion su vecindario. Abu Amran trató con mucha consideracion á los jerezanos y permaneció entre ellos hasta el mes de Diciembre, en cuya época, habiendo recibido refuerzos de sus auxiliares los sublevados del Algarbe, marchó sobre Sevilla. Tampoco tuvieron necesidad de recurrir á las armas los Almohades para entrar en esta ciudad; pues sus habitantes les abrieron las puertas recibiéndolos como á libertadores, y los Almoravides, temerosos de las manifestaciones del ódio popular, y de la saña de los vencedores, huyeron á refugiarse en Carmona. En la mañana del dia siguiente al de la entrada de Abu-Amran hízose la oracion pública en todas las mezquitas de Sevilla por Abd-el-Mumen, Emir de los fieles.

Creemos llegado el momento oportuno de dar á conocer el orígen de estos bravíos dominadores de Andalucía; *nuevos Bárbaros* que procedentes de los desiertos y vertientes del Atlas entraron en ella á mediados del siglo XII como manadas de lobos hambrientos para devorar el cadáver putrefacto del que fué magnífico Califato de Occidente; de la misma manera que en el V. los Bárbaros salidos de las regiones setentrionales de Europa, Vándalos, Suevos, Alanos y Godos llegaron á la Bética donde saciaron su voracidad con los despojos corrompidos del cadáver del imperio de los Césares de Roma.

Tomamos por guias en esta narracion á Conde y á la traduccion que del escelente *Kartasch menor*, de Ebn-Abd-el-Halim de Granada, en la parte relativa á los Mowahhidynes y Beni-Merinyes, ha publicado Cárlos Romey en su Historia general de España.

Por los años 500 de la Hejira (1107) salió de Herga, pueblo de su naturaleza, en el Sus Aksah, un hombre llamado Abu-Abdalla, y pasó á Andalucía para estudiar ciencias en Córdoba. De aquí se trasladó á Oriente, y en Bagdad asistió á las lecciones del gran filósofo Abu-Hamid Al-Ghazaly, autor de un libro intitulado: *Hyyau ulawmi Eddyni*—libro que por contener doctrinas contrarias á las opiniones ortodoxas, fué condenado por la Academia de Córdoba y declarado, así como su autor, herético é impío: el Emir de los Musulmanes Alí ben-Yussuf, dió en vista de esta declaracion, un decreto mandando recojer todas las copias de él que pudiesen

encontrarse en África y España y quemarlas públicamente. Creemos escusado hacer notar, que aquel *auto de fé*, hecho con una obra en que se trataba DEL RENACIMIENTO DE LAS CIENCIAS Y DE LA LEY, y aquella persecucion decretada contra aquel filósofo *racionalista*, no tuvo lugar en España y África durante la dominacion Árabe, sino durante la de príncipes Mauritanos.

Cuenta el autor del *Salat*, que el filósofo Al-Ghazali, viendo un dia entre sus oyentes á un hombre vestido con un traje raro, entabló con él el siguiendiálogo: ¿de qué país sois?—De Sus el-Aksah, en tierras de Occidente—¿Habeis estado en Córdoba, la escuela *mas afamada del mundo*?—Sí.—¿Conoceis mi libro que trata del *Renacimiento de las ciencias y de la ley*?—Lo conozco.—¿Y qué se dice de él en Córdoba?—Vuestro libro ha sido condenado al fuego por la Academia de Córdoba como impio y contrario á la fé pura del Islam. Alí ha confirmado la sentencia, y han sido quemados los ejemplares en Córdoba, en Marruecos y en Fez. Al-Ghazaly se inmutó, y con los brazos levantados al cielo hizo la siguiente plegaria: «¡Oh Dios; aniquila el imperio y destruye los estados de este hombre, así como él ha destrozado mis libros!» Abu-Abdallah que era el estrangero con quien conversaba el filósofo, esclamó:—Y que sea yo, oh ilustre iman, el ejecutor de vuestros votos.—Así sea, prorumpió Al-Ghazali; Señor, cúmplase mi deseo por manos de este hombre.

Desde aquel momento, Abu-Abdallah, creyén-

dose el ejecutor de los decretos divinos, emprendió la ímproba tarea de destruir el imperio Almoravide. Regresó á su patria en África y comenzó á predicar con fervoroso celo, de ciudad en ciudad, la doctrina del filósofo Al-Ghazali, tronando contra la relajacion de las costumbres de los musulmanes y dando ejemplo con la austeridad de las suyas. No tardó en reunir algunos prosélitos, y se dió á sí mismo el nombre de El-Mahedy (el conductor). Empero sus predicaciones le valieron una persecucion que le obligó á huir. En su peregrinacion apostólica, encontró en una aldehuela cercana á Budjica un jóven de noble raza y arrogante figura llamado Abd-el-Mumen, hijo de Alí, y le hizo su compañero, anunciando que con el tiempo vendria á ser su sucesor.

De allí se dirigió á Marruecos, residencia del emir de los musulmanes, Aly ben-Yussuf, donde la desmoralizacion y corrupcion de las costumbres enardeció su fé y puso á prueba su celo religioso. Hallándose en una ocasion en la mezquita Aljama en presencia del *Emir*, le dirigió estas palabras: «Pon remedio á los abusos de tu gobierno y á los males de tu pueblo, porque Dios te pedirá cuenta del poder que te ha confiado.» En otra ocasion cometió un grave desacato con una hermana del emperador á quien encontró al paso á caballo acompañada de sus esclavas, todas jóvenes que dejaban sus rostros descubiertos, contraviniendo el expreso mandamiento del Corán.

Este celo imprudente concitó en su daño, el

de los doctores de Marruecos, que obtuvieron una órden de destierro contra él. No se alejó mucho de la capital el nuevo Profeta, puesto que puso su tienda en medio de los sepulcros del cementerio (al-Djebanat). Allí se le reunieron sus discípulos, y mucha parte del pueblo que acudia á oir su palabra.

El-Mahedy que acusaba á los Morabitas de hereges é impíos porque suponian á Dios forma corporal, predicaba una doctrina que se encerraba en la fórmula sencillísima de la unidad de Dios, por lo que apellidó á sus discípulos *Almohades* (esto es *Unitarios*) y les compuso, en lengua berebere, un libro con su doctrina arreglada por divisiones y subdivisiones al estilo del Corán. Estas predicaciones llegaron á inquietar sériamente al soberano, quien mandó prender al peligroso ajitador; mas avisado del peligro que le amenazaba, huyó arrebatadamente y seguido de buen número de prosélitos hácia la ciudad de Aghmat; y cruzando las asperezas del Atlas, entró por el país de Sus, y las tribus de la alcurnia de Masmuda, hasta llegar á la ciudad de Tinmal (1120.)

Allí se hizo reconocer por sus discípulos como Iman, conductor del pueblo de Dios, y soberano fundador de un nuevo imperio. Aclamáronlo así los habitantes de Tinmal y de los aduares inmediatos; y reuniendo un ejército de 10.000 caballos y mayor número de infantes, se encaminó con él hácia Aghmat, en ocasion que el emir, Alí, volvia de España á Marruecos (1121.)

Las alarmantes proporciones que habia tomado aquella insurreccion, obligaron al walí de Sus á marchar contra los rebeldes, á quienes, sin embargo, no se atrevió á combatir. Noticioso de tales sucesos, el emir Ali, envió un considerable cuerpo de ejército al mando de su hermano Ibrahim para sosegar el país de Sus; pero el caudillo Almoravide fué derrotado dos veces por los soldados del Mahedy. No mas estuvo afortunado un nuevo y mas formidable ejército enviado contra los Almohades. Estos le esperaron atrincherados en las alturas de las sierras del Atlas, y lo derrotaron completamente como á los anteriores.

Durante los tres primeros años que sucedieron á estos señalados triunfos, el Profeta solo se ocupó en allegar los grandes medios que conceptuaba necesarios para llevar á cabo la colosal empresa que meditaba contra la misma capital del imperio Almoravide. Reunidos que los hubo, envió una hueste de hasta cuarenta mil hombres, los más procedentes de las feroces kábilas del Atlas, al mando de los caudillos Abu-Mohammed el Wenscherijschy y su favorito Abd-el-Mumen, contra Marruecos. Tras una victoria ganada en abierta campaña, los Almohades pusieron sitio á la plaza; empero mas diestros en la pelea que en expugnar baluartes, se dejaron sorprender una noche en su campamento por las tropas de Lamtuna, y fueron casi todos pasados á cuchillo (1125.) Cuando llegó á Tinmal la noticia de aquel desastre, el Mahedy, que se habia quedado allí enfermo preguntó si se habia salvado Abd-

el-Mumen; y como le contestasen que sí, exclamó: «Que yazcan allí los difuntos, puesto que les llegó la hora, pero con Abd-el Mumen se ha salvado nuestra causa.»

Poco tiempo despues agravóse la enfermedad del Profeta, quien sintiendo su fin próximo, congregó los principales de sus sectarios, y en presencia de la asamblea proclamó á Abd-el-Mumen, *Emir el-Alumenin* (príncipe de los fieles) le entregó el libro de la fé que él habia recibido de manos del mismo Al-Ghazaly, y falleció cuatro dias despues (Diciembre de 1129.)

Las campañas del valeroso sucesor del Mahedy, contra los Almoravides, fueron desde luego tan venturosas, que en no mas de tres años encerró en los mas reducidos límites el vasto imperio de los Morabitas de Africa; habiéndose él hecho dueño de todo el país comprendido entre las montañas de Darah y Salé. Aterrado el emperador Alí, con la incontrastable supremacia que habian adquirido las armas y doctrinas de los *Unitarios*, apeló al supremo recurso de confiar á otras manos la direccion de los negocios del Estado; y al efecto, asoció al imperio á su hijo Taschfin, que se habia granjeado reputacion de caudillo afortunado y valiente en la guerra de España. Pasó, pues, Taschfin á Africa, donde todo su talento militar no fué bastante á contener la marcha victoriosa del invencible Abd-el Mumen.

Muerto desastrosamente Taschfin, y perdidas para el imperio Almoravide las importantes plazas de Tremecen y Oran, las pocas ciudades de Africa

que aun reconocian la soberanía de los sucesores del gran Yussuf, proclamaron á Ibrahim Abu-Ishak hijo de Taschfin. Poco tiempo le duró al nuevo Emir el ruinoso imperio que le legaron su padre y abuelo. El infatigable y victorioso Abd-el Mumen envió sobre Fez sus mas afamados caudillos y mejores tropas para poner sitio á la ciudad. Como este se dilatara mas de lo que consentia la impaciencia del príncipe de los Almohades, pasó este á dirigir en persona las operaciones del cerco. Dióse tan buenas trazas que merced á una atrevida estratajema, cual fué desviar el curso de un rio para lanzar sus aguas contra las murallas de la plaza, logró hacerse dueño de ella. Tomada Fez, Abd-el-Mumen se hizo proclamar emperador de los Almohades, y coronó, por último, su gigantesca empresa, rindiendo todas las ciudades y plazas del Magreb, hasta solo dejar al desdichado Ibrahim Abu-Yshak, reducido á las murallas de Marruecos, donde se encerraban su corte y las reliquias de su imperio.

Por este tiempo fué cuando toda Andalucía levantada en armas contra sus insolentes dominadores los Almoravides, reclamó el auxilio de los Almohades, que Abd-el-Mumen se apresuró á prestarle, enviando á su caudillo Abu-Amran para tomar posesion en su nombre de este hermoso país que consideraba como suyo, puesto que formaba parte del imperio africano.

En tanto que el blanco pendon Almohade, ondeaba sobre los muros de Aljeciras, Medina-Sidonia y Jerez y que se acercaba á Sevilla, ben-Ganya, el mayor general de los ejércitos Almoravides en España, habia celebrado un tratado de amistad y alianza con el emperador de Castilla en virtud del cual Alfonso VII entró con poderosa hueste en Andalucia. Despues de apoderarse de Andújar, Baeza y otras plazas importantes, los cristianos se reunieron al ejército Almoravide que estaba sitiando á Córdoba, sublevada en favor de los Almohades, que al fin tuvo que capitular no pudiendo resistir á tan considerable número de sitiadores.

Pocos dias permanecieron los aliados en la antigua corte de los Califas, pues noticiosos de que Abu-Amrán habia salido de Sevilla dispuesto á tomar á Córdoba, convinieron el emperador Alfonso VII y el general ben-Ganya en que no pudiendo mantenerse en la plaza debian retirarse á sus respectivas tierras para reunir el mayor número de tropas posible contra los nuevos invasores.

La situacion de la raza musulmana en España, y particularmente en Andalucía donde Árabes, Almoravides y Almohades batallaban sin tregua mas bien por esterminarse los unos á los otros que por asegurar su dominacion en el país, era tan comprometida é insostenible en aquella época que brindaba con fáciles triunfos á las armas cristianas. Así debió comprenderlo Alfonso VII, cuando en el año siguiente acometió una de las empresas mas gloriosas de su reinado, cual fué la conquista de Alme-

ría; ciudad musulmana la mas opulenta en la costa del Mediterráneo y puerto de donde salian multitud de buques corsarios que inquietaban todas las ciudades del litoral de Cataluña é Italia y causaban perjuicios incalculables al comercio marítimo. Como la empresa era de sumo interés no solo para la España cristiana, sinó que tambien para los puertos de Italia, fácil fué á D. Alfonso obtener auxilios de los condes de Barcelona, Provenza, de los Estados de Génova y Pisa y aun de los Pontificios, con los cuales y con las fuerzas de toda la cristiandad de España, cercó por mar y tierra á Almería, que al fin se rindió en 17 de Octubre de 1147.

En el año siguiente, 1148, la bandera Almohade obtuvo dos señaladas victorias que decidieron su completo triunfo en África y la supremacía de sus armas en España contra los Almoravides. Abd-el Mumen conquistó la ciudad de Marruecos, donde perecieron mas de cien mil personas a los rigores del hambre, y su general Abu-Amrán entró en Córdoba que los Almoravides le rindieron á instancia del vecindario.

Poco tiempo despues, el mayor-general ben-Ganya, convencido de que no podia sostener la campaña contra los Almohades con sus solas fuerzas, reclamó de nuevo el auxilio del emperador de Castilla, quien le envió un brillante cuerpo de caballería al mando del conde Manrique de Lara. Con este refuerzo pudo mantenerse ben-Ganya en tierras de Jaen peleando con fortuna varia, hasta que noticioso que los Almohades habian pe-

netrado en la vega de Granada, salióles al encuentro resuelto á aventurar el éxito de la guerra al trance de una batalla. El resultado le fué fatal; su hueste fué completamente destrozada y él quedó en el campo cubierto de heridas, de las que falleció á los pocos dias. Lloráronle sus amigos como al *último Almoravide*. Con la muerte de este bizarro caudillo acabó de eclipsarse la estrella de los Morabitas en Andalucía.

Resuelto Abd-el-Mumen á terminar de una vez la conquista de España, cuya posesion le disputaban de un lado los exiguos restos de la parcialidad Almoravide y del otro las potentes armas del rey de Castilla, dispuso, en 1151, abrir una campaña formal y decisiva, para lo cual envió un numeroso ejército Almohade al mando de su hijo Cid Abu-Said y del caudillo Abu-Hafs, que debian dar comienzo á sus operaciones con la reconquista de Almería. Con arreglo á estas instrucciones los generales de Abd-el-Mumen cercaron estrechamente por mar y tierra aquella importante plaza que los cristianos defendieron gallardamente durante seis años. En tanto que seguian las operaciones del sitio de Almería, un cuerpo de ejército de Almohades tomó por asalto, despues de una desesperada resistencia de su guarnicion, la ciudad y fortaleza de Líbla (Niebla) y otro no menos afortunado recorrió las tierras de Granada, batió á los Almoravides en varios encuentros, y finalmente entró en la ciudad que se le rindió por capitulacion. Mas al poco tiempo, aprovechando la ausencia de la mayor parte de la guar-

nicion que habia salido á una empresa militar, los granadinos se sublevaron y dieron muerte al gobernador y soldados Almohades que habian quedado en la plaza.

Entre tanto las armas de Castilla no permanecieron ociosas, si bien no guerrearon con la actividad que lo favorable de las circunstancias se lo aconsejaba. Limitáronse, pues, á dos espediciones que hizo el emperador en persona, en Andalucía la una en 1151 donde tomó y saqueó á Jaen, regresando á Toledo sin haber intentado nada contra Córdoba que guarnecian los Almohades, y la otra en 1155, en que se apoderó de Pedroche, Andújar y Santa Eufemia, que abandonó despues de haber tomado en estas ciudades cuantiosa presa.

A principios del año 1157, rindióse Almería á las armas Almohades, bajo la condicion de respetar la vida á los cristianos que la defendieran tan heróicamente. A la sazon desembarcó un nuevo ejército mauritano acaudillado por otro hijo de Abd-el-Mumen, llamado Cid Yussuf, cuyas fuerzas incorporadas con las de su hermano Cid Abu-Said, el reconquistador de Almería, marcharon sobre Granada, que despues de recios combates tomaron por asalto. Perdida esta ciudad, último baluarte de los Almoravides en Andalucía, retiránrose hácia la costa, y en ella se embarcaron rumbo á Mallorca los pocos parciales é individuos de la famila del valiente ben-Ganya, el último Almoravide.

Así terminó á los 71 años, á contar desde la batalla de Zalaca, la dominacion de los Morabitas de

Lamtuna en Andalucía. Venciólа mas que otra cosa alguna el ódio del país, que concitaron contra sí con su insolencia y desenfado militar y con la feroz intolerancia que desplegaron contra los cristianos y contra sus propios correligionarios, los Árabes, cuyos libros quemaron, cuyos filósofos persiguieron y cuyas academias religiosas, científicas y literarias cerraron ó convirtieron en cuadras para sus caballos. Sustituyóla la de los Almohades, Africanos de raza pura, que hicieron del orígen Árabe un título de proscripcion.

A partir de este dia, la poblacion musulmana de Andalucía se compuso de Moros africanos... Dicho se está con esto que se acerca con asombrosa rapidez la hora de la emancipacion de este hermoso suelo de todo yugo extranjero.

Sin embargo; todavia le queda que atravesar el mar de sangre de Alarcos, para vengar de una vez y para siempre en las Navas de Tolosa ciento veintiseis años que vivió afrentado, escarnecido y flajelado por las feroces tríbus procedentes de los desiertos de Sus y de las faldas del Atlas.

El mismo año del definitivo triunfo de los *Unitarios* sobre los *Morabitas* de Lamtuna, falleció, el dia 21 de agosto, á resultas de una enfermedad aguda, el emperador Alfonso VII de Castilla y Leon. Fué su lecho mortuorio una encina nacida en un sitio llamado Fresneda, cerca del puerto de Muradal. Lloróle el ejército que acababa de conducir á la victoria, y toda la España cristiana como á uno de sus mas grandes, mas gloriosos y mas infatigables re-

yes. Sucediéronle sus hijos Sancho III y Fernando II, entre quienes el emperador, siguiendo las fatales huellas de sus abuelos Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno, dejó dividida la monarquía, Sancho quedó reinando en Castilla y Fernando en Leon.

En 31 de agosto del año siguiente (1158) falleció en la flor de su edad, D. Sancho III, nombrado el *Deseado*, dejando por sucesor de su corona á un hijo de menos de tres años, llamado Alfonso, cuya larga minoría fué origen de grandes perturbaciones y turbulencias, como aconteció siempre en España durante las regencias y tutorías.

Aquellas turbulencias movidas por las rivalidades entre las poderosas familias de los Laras y de los Castros, que se disputaban la regencia del príncipe Alfonso, y la guerra civil que hizo necesaria la intervencion en Castilla de D. Fernando II de Leon, deseoso de poner término á las calamidades que afligian al reino de su sobrino, asi como la que se continuaba en la España musulmana entre los exiguos restos de la parcialidad Almoravide y los prepotentes Almohades, libraron á Andalucía, por espacio de algunos años, de las terribles invasiones que á título de justas represalias verificaban en ella los reyes cristianos de allende el Tajo, que ya miraban como feudo de su corona esta opulenta region, de la que durante tantos siglos recibieran leyes.

VI.

Dominacion de los Almohades en Andalucía. Derrota de Alarcos, Victoria de las Navas de Tolosa 1161 á 1224.

Terminada con la toma de Marruecos la conquista de todo el Magreb, y aniquilada la dinastía fundada por el gran Yussuf ben-Taschfin, el no menos grande y afortunado Abd-el-Mensun, verdadero fundador del vasto imperio de los Almohades, dirigió sus invencibles armas contra los estados del Oriente de Africa. Despues de haber conquistado entre los años 1158 y 1160, Kairwan, Tunez, Mahadya (ciudad fuertísima junto á Tunez) que tenian los cristianos en nombre de Rojer, rey de Sicilia, y en suma, todos los pueblos de la provincia de Yfrikya desde Barca á Tlemcen, el príncipe de los Almohades, hallándose en Tanjer, el año 1160, volvió los ojos hácia Andalucía, codiciado país que

á pesar del abatimiento y postracion en que le habian sumido ciento cincuenta años de indescriptible anarquía é incesante guerra civil, todavia se resistia á sufrir resignada el aborrecido yugo de los bárbaros de la Mauritania. Esto unido á la inquietud que no podia menos de causarle el progreso de las armas cristianas, que lenta pero incontrastablemente iban acortando el diámetro del círculo de hierro en que se veia encerrado el imperio musulman de España, movieron Ab-el-Mumen, á pasar el Estrecho. Desembarcó en Gibraltar en 1161 y se dirigió por Sevilla á Córdoba, donde acudieron los walies y jeques de Andalucía á renovar el juramento de obediencia al Emir de los Musulmanes. Mandóles activar la guerra por todos lados contra los cristianos, y envió al caudillo ben-Abu Hafs, con crecida hueste hácia Estremadura y el Algarbe donde los Almohades conquistaron Badajoz, Evora, Bejar, el Castillo de Alcocer y otras ciudades y fortalezas importantes, regresando victoriosos á Córdoba y Sevilla con rica presa y considerable número de cautivos. Detúvose Ab-el-Mumen dos meses en Andalucía, al cabo de los cuales volvió á sus estados de África, despues de haber puesto en órden los negocios del país.

El año 1163, en el waliato de Jaen, estalló una sublevacion contra los Almohades, que se corrió por las tierras de Guadix y las Alpujarras hasta Almuñecar. Los sublevados con fuerzas considerables reforzados con tropas de Valencia y Murcia acaudilladas por los emires de aquellos estados, llegaron

á poner sitio á Granada. Pero los Almohades salieron de esta ciudad y los derrotaron en campal refriega.

Estas repetidas é infructuosas sublevaciones que mantenian constantemente en jaque la dominacion de los Unitarios en Andalucía, obligaron al Emir de los Musulmanes á pensar sériamente en atajarlas, combatiendo el espíritu de rebelion y principalmente á los castellanos que le alentaban. Al efecto publicó en África la *Guerra Santa* contra los cristianos de España, y muy luego reunió un formidable ejército compuesto de Almohades, Bereberes de las tribus del desierto, Lamtunes, Gomares y Zenetas. Empero al mover aquel torrente de bárbaros hácia la costa para embarcarlos y lanzarlos sobre Andalucía, Abd-el-Mumen enfermó de improviso y falleció el dia 18 de Mayo de 1163.

Sucedióle en el trono de Marruecos su hijo Yussuf Abu-Yakub, que á la muerte de su padre se hallaba en Sevilla de donde pasó inmediatamente á África. Sin embargo pasáronse dos años antes de que fuera solemnemente proclamado Emir el-Mumenin, á resultas de la oposicion que le hicieron sus hermanos Cid Mahommed walí de Bujía y Cid Abu-Abdallah walí de Córdoba. Uno de los primeros actos de su reinado fué licenciar el ejército reunido en Sale, por su padre, para hacer la *Guerra Santa* en España: hecho lo cual se dedicó con activo y perseverante celo al arreglo de los negocios de su dilatado imperio, y á consolidar su poder por medios blandos y conciliadores.

El año 1169, el emperador Yussuf envió á Andalucía su hermano Abu-Hafs, para activar mas y mas la guerra contra los cristianos. El príncipe desembarcó en Tarifa al frente de veinte mil Almohades; cruzó de Sur á Norte toda la Andalucía y penetró en la provincia de Toledo, donde guerreó con fortuna varia. En el mes de Safar (mediados de Junio á mediados de Julio) de 1170, el poderoso Emir de los fieles granadinos, vino á Andalucía, y estableció su corte y gobierno en Sevilla. En el siguiente dirijió en persona una campaña contra Toledo, de la que volvió ufano y triunfante á la capital. Celoso cual ningun otro soberano musulman de la grandeza y embellecimiento de la reina del Guadalquivir, heredera de los grandiosos restos de la opulenta cultura de Córdoba, Yussuf decretó (1171) la construccion de la mezquita mayor de Sevilla, llamada *Djema Mukyarrim*. El primer katib que dió pláticas en ella fué el faki Abu-el-Kasem de Niebla. El mismo año en que se concluyó el edificio Yussuf, mandó construir sobre el rio un puente de barcas encadenadas, y en sus inmediaciones grandiosos almacenes para la comodidad del comercio (Abd-el-Halim). Además, se labraron muros de contension y muelles por ambas orillas para facilitar la carga y descarga de los buques; finalmente, mandó reformar las carreteras que partian de la puerta de la ciudad, y poner cañerías para la distribucion de agua por los barrios de la poblacion. La permanencia en Sevilla de aquel príncipe Mauritano que tanto se desveló por su embellecimiento, fué de seis años y diez me-

ses, al cabo de los cuales regresó á Marruecos en los primeros dias del mes de Enero de 1176.

Dirijamos una ojeada sobre lo que aconteció en Castilla y Leon durante estos últimos años. Encuéntranse tan íntimamente enlazados los sucesos que tuvieron lugar en los dos reinos enemigos mortales, y á la sazon ya solo separados por los montes Marianos, que no es posible desentenderse mucho tiempo de ninguno de ellos si hemos de seguir la ilacion lógica de los acontecimientos.

Proclamado (1166) en Toledo el jóven rey Alfonso VIII, todavía no salido de menor edad, por astucia y diligencia de un noble caballero llamado D. Esteban Illan, proclamacion que fué confirmada por las cortes reunidas en Búrgos en 1170, y casado el mismo año con la princesa doña Leonor, hija del rey Enrique II de Inglaterra, terminaron las turbulencias que durante tantos años habian lacerado el reino de Castilla. En su vista, uno de los primeros cuidados de D. Alfonso, cuando tuvo en sus manos las riendas del gobierno del reino, fué tomar ejecutiva satisfaccion de las usurpaciones que durante su menor edad habia hecho el rey de Navarra en la Rioja. Al efecto estrechó la amistosa alianza en que viviera con el rey de Aragon, y ambos soberanos unidos declararon la guerra á Sancho de Navarra. Duró aquella hasta fines del año 1176, en que habiendo el de Castilla recuperado las plazas que el Navarro le usurpara, se celebró entre los beligerantes una suspension de hostilidades.

Mas en tanto que las armas cristianas se teñian

en la sangre de sus hermanos, las de los moros fronterizos no permanecieron ociosas aprovechando lo favorable de las circunstancias. Es así que los de Cuenca, numerosos y además prevalidos de los grandes recursos de que disponian y de la fortaleza de la ciudad que les servia de abrigo, hacían frecuentes correrías y devastaban las comarcas cristianas limítrofes de su comarca. En su vista, Alfonso VIII de Castilla á su regreso de Navarra, dispuso apoderarse á toda costa de aquel nido de salteadores que estragaban sus estados. El jóven y animoso rey puso sitio á la ciudad, y al cabo de nueve meses de porfiado acedio, durante los cuales tuvo que luchar con un ejército Almohade que acudiera en socorro de la plaza, la rindió por capitulacion, y entró en ella el dia 21 de Setiembre de 1177.

La conquista de Cuenca, importante por muchos conceptos y sobre todo por el militar, dada su situacion topográfica, realizada por el rey de Castilla; las de Santarem, Cintra, Lisboa, y sitio de Badajoz, verificadas algunos años antes por el denodado Alfonso Enriquez rey de Portugal, y la señalada victoria obtenida por Fernando II de Leon contra un ejército Almohade que intentara apoderarse de Ciudad-Rodrigo, produjeron la mas viva inquietud en el ánimo del Emir Yusuf, que consideró en inminente peligro de perderse para el imperio Almohade los estados de España y su predilecta provincia de Andalucía. En su consecuencia dispuso dirijir personalmente la guerra en la Península,

para lo cual cruzó el Estrecho en principios del verano de 1184, y desembarcó en Algeciras con un formidable ejército de moros. De Algeciras se encaminó á Sevilla por Sidonia, Jerez y Lebrija. En aquella ciudad convocó las banderas de Andalucía, y reunidas estas, así como todo el material de guerra que necesitaba para emprender la campaña, marchó hácia el Occidente de España, hata poner sus reales ante los muros de Santarem. Un mes hacia que duraba el sitio de la plaza, heróicamente defendida por su guarnicion portuguesa y reciamente combatida dia y noche por los Almohades, cuando llegó al campo musulman la noticia de la próxima llegada de un ejército leonés al mando de su rey Fernando II en auxilio de los cercados. Yussuf como prudente capitan, levantó el sitio, y salió al encuentro del ejército que venia á sitiarle en su propio campo. Avistáronse las dos huestes; pero en el momento de dar principio á la batalla, el Emir Yussuf cayó del caballo para no levantarse mas, (Julio de 1184) no se sabe si acometido de un repentino accidente. La muerte del emperador difundió el espanto en el ejército musulman, que huyó á la desbandada perseguido por el cristiano.

Fué, Yussuf bu-Yakub hijo de Abd-el-Mumen, príncipe, segun sus historiadores de grandes y relevantes dotes de gobierno; benévolo y afable con sus súbditos y amigo y protector de los sábios. Debióle Andalucía y sobre todo Sevilla importantes mejoras así morales como materiales, y dispensó señalado aprecio á los andaluces. Tuvo dos secreta-

rios de Estado, españoles, y por médicos los dos sábios mas ilustres de aquella época. Abu-el-walid ben-Roschd (Averroes) y Abu-Merwan ben-Zohard (Abenzoar) natural de Sevilla y judío, á quien nombró wali del tesoro de Marruecos.

Sucedióle en el imperio su hijo primojénito Yussuf, apellidado Almanzor, digno heredero de las virtudes y grandezas de su padre.

En principios de Diciembre 1185, falleció cargado de años y de gloria el ilustre fundador de la monarquía portuguesa Alfonso Enriquez, dejando por sucesor de su corona á su hijo Sancho. Tres años despues (enero de 1188) falleció tambien Don Fernando II rey de Leon, sucediéndole en el trono, por voluntad unánime y decidida de los nobles leoneses su hijo primojénito D. Alfonso habido en su primera esposa doña Urraca de Portugal.

El mismo año de su proclamacion, D. Alfonso XI, que contaba entonces 17 de edad, se presentó en las Córtes que celebraba su primo don Alfonso VIII, en Carrion, y en ellas se hizo armar caballero por el rey de Castilla. En aquellos dias fué tambien armado caballero por Alfonso VIII el príncipe Conrado de Suabia, hijo del emperador de Alemania Federico Barbaroja, que viniera á Castilla á desposarse con doña Berenguela primojénita de Alfonso VIII. Celebróse este matrimonio; mas antes que se consumara, fué anulado por el Papa á instancias de doña Berenguela, quien quedó *inmupta*, que es la espresion de que se vale el historiador D. Rodrigo de Toledo. Esta princesa estaba

destinada por el cielo para ser la gloriosa madre de Fernando III el conquistador de Córdoba y Sevilla.

Alfonso VIII, desentendiéndose del tratado de paz y alianza que habian celebrado los reyes de Leon, Portugal y Aragon, celosos del creciente poder del de Castilla, y sin cuidarse del aislamiento en que le habian dejado sus émulos, realizó por los años de 1193 atrevidas escursiones en Andalucía, haciendo muchos cautivos y talando los distritos de Ubeda, Jaen y Andújar. Alentado con el éxito de aquella algarada y con el terror que sus armas infundian á la morisma, el rey de Castilla ejecutó en el año 1194, una grandiosa espedicion militar contra Algeciras, atravesando como conquistador toda la Andalucía musulmana hasta sentar sus reales á la vista de aquella plaza. Desde su campo bañado por las aguas del Estrecho, el esforzado Alfonso VIII, (Conde part. 3., c. 51) envió un cartel de desafío al emperador de Marruecos, quien á la sazon, se encontraba gravemente enfermo en Fez.

No tanto aquel temerario reto como los estragos que las armas castellanas hacian sin cesar en Andalucía, y las portuguesas en el Algarbe, donde en 1190 se habian apoderado de Bejar y Evora, obligaron al emperador Yakub ben-Yussúff á proclamar en todo su vasto imperio la *Guerra Santa* contra los infieles de España. Acudieron de Yfrikya y de todo el Magreb, enjambres innumerables de moros armados y pertrechados para tomar parte en el-Djihed.

Aquella hueste mas numerosa que las arenas

del mar, como dice el arzobispo D. Rodrigo, historiador contemporáneo, desembarcó en las playas de Tarifa. Marchó ejecutivamente á Sevilla, de aquí se encaminó á las campiñas de Córdoba, y por fin, sin darse un momento de descanso, sin cuidarse de los que se detienen ó rezagan, llegó como un torrente impetuoso y desbordado agostando la yerba bajo los cascos de sus caballos, volcando los peñascos que le atajaban el paso, tramontando encumbradas sierras y agotando las corrientes de los rios hasta plantar sus tiendas á dos jornadas de la ciudad de Alarcos (término de Ciudad-Real).

El rey Alfonso VIII se habia retirado hácia Toledo, no conceptuándose con fuerzas suficientes para oponerse al desembarco de aquel formidable ejército. Desde allí hizo un llamamiento á los reyes de Leon, Aragon, Navarra y Portugal, pidiéndoles su auxilio en interés de la cristiandad y de la conservacion de sus propios reinos, amenazados como nunca de ser avasallados por las armas musulmanas. Prometiéronle aquellos príncipes ayudarle con todas sus fuerzas, y le anunciaron que muy luego se pondrian en marcha para reunirse á su ejército en Toledo.

Entre tanto el torrente Almohade salvaba los montes Marianos. Impaciente D. Alfonso con la tardanza de sus aliados y temiendo comprometer su honra si retardaba el combate que habia provocado arrojando su manopla al rostro del emperador de Marruecos, desoyó las razones de los que le aconsejaban no se arriesgase solo contra fuerzas

tan inmensamente superiores, y salió denodado al encuentro del ejército africano, al que avistó en la llanura de Alarcos.

«El dia 9 de la luna de Xaban del año 591 de la Hejira (19 de julio de 1195) dice el historiador Ebn-Abd-el-Halem el granadino, cuya relacion de la batalla de Alarcos extractamos, ambos ejércitos tenian puestos sus escuadrones en órden de batalla; el de los musulmanes cubria la llanura, y el de los cristianos ocupaba el cerro donde estaba situada la fortaleza de Alarcos. Los infieles fueron los primeros en atacar destacando del grueso de su hueste una masa de caballería fuerte de siete á ocho mil ginetes, cubiertos de malla y lorigas ellos y sus veloces potros. Los muslimes resistieron á duras penas dos briosas cargas de aquellos guerreros cubiertos de hierro, y amagada la tercera, sus filas comenzaron á vacilar cuando Ebn-Senadid, cadi Andaluz que mandaba la vanguardia compuesta de las banderas españolas, vocó volviendo la cabeza á todos lados: «Vergüenza, musulmanes. no haya temor; que Alá afirmará vuestros piés contra esta acometida.» Los caballeros cristianos se revolvieron con tal empuje y coraje sobre el centro que acaudillaba Abn-Yahia, primer visir del emperador, á quien tomaron por el Emir, que rompieron y desbarataron los escuadrones musulmanes, y lancearon al mismo Yahia que cayó peleando por su ley entre montones de cadáveres de los hijos de las tribus de Henteta y Motawahes. Acuden arrebatadas para contener el descalabro numerosas taifas

de voluntarios africanos que envolvieron á los cristianos por todos lados. Zenetes, Gomares y otros se lanzaron como un alud sobre el cerro en que estaba el rey Alfonso, cuyas tropas rompieron de manera que no pudieron rehacerse. Allí fué mas empeñada y sangrienta la refriega, muriendo en ella unos diez mil caballeros escojidos que llevaban la bandera de Alfonso (probablemente fueron estos los caballeros de las órdenes militares). Los cristianos que combatian en la llanura viéndose ya perdidos intentaron retirarse hácia el collado donde se encontraba su rey; mas viéndose atajados por los musulmanes de Ebn-Senadid que les cortaron el paso, revuelven despavoridos sobre el llano y allí fenecen casi todos al filo de las espadas musulmanas. Algunos africanos acudieron á la tienda del Emir El Mumenin, y le dijeron: «Alabanza á Dios, que ha derrotado á los infieles.....»

«El príncipe Yakub Almanzor salió con las reservas Almohades para acelerar la hora de la victoria. Alfonso se mueve tambien para disputársela al Emir. Corre la sangre á torrentes. Pelean con igual rabioso teson ambos ejércitos, cuando de improviso sintió el rey de Castilla el ruido de los atambores á su derecha, y vió por entre la densa polvareda que cubria el campo, ondear el blanco pendon de los Almohades: «¿Qué es esto? preguntó:—¿Qué ha de ser, enemigo de Dios....? ¡El Emir de los fieles que te ha vencido!

»Desordénanse los cristianos; entra el pánico en los corazones y huyen despavoridos arrojando

las armas y todo cuanto puede embarazarles en su desesperada fuga. Siguen su alcance los muslimes cebando las espadas en su sangre, hasta las puertas de la fortaleza de Alarcos, que entran de rebato creyendo encontrar en ella al rey Alfonso. Mas este habia entrado por una puerta y salido por la otra. Dueños los vencedores de la ciudad la entregaron al mas horroroso saqueo. Entre los innumerables prisioneros que en ella hicieron se contaban veinticuatro mil soldados veteranos, á quienes el generoso Emir mandó poner inmediatamente en libertad sin pedir rescate; cosa que desagradó á los Almohades, que la calificaron de extravagancia caballeresca propia de reyes.

»Despues de la batalla de Alarcos, la mas insigne y memorable que ganaron las armas Almohades, el Emir dirigió su ejército por tierra de cristianos hasta llegar á la sierra de Soleiman (cerro de Zulema, situado á la orilla izquierda del Henares), arrasando pueblos, aldeas y fortalezas, talando los campos y haciendo cautivos cuantos hombres, niños y mugeres encontró á su paso. Luego regresó á Sevilla arrastrando un cuantioso botin, cuyo quinto aplicó al realce de la mezquita mayor y *construccion de su Giralda.*»

La desastrosa jornada de Alarcos, una de las mas tristes que registran las páginas de la historia española, ha sido descrita en las crónicas cristianas casi en los mismos términos que en las magrebinas; aquellas confiesan haber muerto en ella mas de veinte mil cristianos. Cifra exagerada; pero es sa-

bido que este género de exageraciones fué achaque comun á todos los escritores de la Edad Media.

Es digno de notarse, que las invasiones de las tres razas musulmanas que se verificaron en España, iniciaron y realizaron su dominacion cada una con una espantosa batalla que perdieron los cristianos; los Árabes la de Guadi-Becca en 711; los Almoravides la de Zalaca en 1086, y los Almohades la de Alarcos en 1195. Las distancias se estrechan; se acerca la de las Navas de Tolosa, en que quedaron completamente vengados aquellos tres luctuosos dias.

Despues de la *gran matanza de cristianos en Alarcos*, lacónica frase con que los Anales Compostelanos describen aquélla memorable batalla, el rey D. Alonso se retiró con su destrozado ejército á Toledo, donde encontró al de Leon con su hueste. Mediaron entre los dos primos sérias contestaciones y dirigiéronse recíprocos cargos, el uno por no haberle acudido á tiempo y el otro por no haberle esperado, y se separaron desavenidos, ó mejor diremos, enemigos, puesto que al poco tiempo vinieron á las manos y se entraron en son de guerra sus respectivos reinos.

Esta nueva guerra civil entre los cristianos, en ocasion en que mayor necesidad tenian de reunir sus fuerzas para resistir al enemigo comun, facilitó al emir Yakub Almanzor el emprender nuevas correrías y devastaciones en territorio cristiano. Así que en 1196 se apoderó de las ciudades fuertes de Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Hena-

res y Uclés, y saqueó las comarcas de Maqueda, Talavera, Santa Olaya, Plasencia y Trujillo, regresando despues á Sevilla, donde destinó el quinto de la p esa general, fruto de la campaña que le pertenecia, á las obras de la mezquita mayor y á la construccion del alcázar de Hisn-el-Faradj sobre el rio Guadalquivir. Poco tiempo desp es, á fines de junio de 1198, regresó á su capital de Marruecos, donde falleció á los siete meses menos algunos dias de su salida de Andalucía (enero de 1199).

En el reinado de Yakub, hijo de Yussuf, y nieto de Abd-el-M men, el imperio de los Almohades llegó á su apojéo; estendiase en África desde Suifala de los Beni-Matkudes, montañeses del África oriental, hasta Beled Nun, al estremo del Sus-el-Aksah y hasta el de Kibla; y en España desde Tudela, en la part oriental, hasta Santarem en el Algarbe. «Fué Yakub, dice Abd-el-Halim, príncipe el mas señalado entre todos los reyes Almohades por su discrecion, religiosidad, esplendidez y comedimiento.» Con su muerte se eclipsó para siempre en Andalucía la estrella de la dinastía fundada por Abd-el-Mumen.

Muerto Yakub sucedióle en el trono de Marruecos su hijo Mohammed Abu-Abdalá, que fué proclamado en el Mugreb, África y España *Emir-el-Mumenin* con el dictado de *Nasre-dino Alá* (defensor de la ley de Dios.) Las empresas militares mas señaladas de los primeros años del reinado de El-Nasr, fueron la pacificacion de la Yfrikya que se ha-

bia sublevado contra su autoridad, y la conquista de Mallorca (1203) que llevó á cabo con una escuadra equipada en el puerto de Al-Djezais, (Argel). Mallorca fué el postrer asilo de los restos del partido Almoravide expulsado de España.

Por los años de 1208, 9 y 10, encontrándose El Nasr en Marruecos, recibió frecuentes y alarmantes comunicaciones de los walies y jeques de Andalucía, dándole cuenta de las incesantes correrías que hacian los cristianos en territorio musulman, talando los campos, arrasando las fortalezas y cautivando hombres, niños y mugeres. En su vista, el Emir-el-Mumenin mandó pregonar en todos sus estados la *Guerra Santa* contra los cristianos de España, señalando como punto de reunion de las banderas la ciudad de Marruecos.

En efecto, los temores de los moros acampados en Andalucía, estaban por demás fundados. Ni la derrota de Alarcos, ni la guerra que se siguió entre Castilla y Leon, fueron obstáculos para contener la patrióticas empresas del noble Alfonso VIII, quien despues del casamiento de su hija D.ª Berenguela—la desposada en otro tiempo con el príncipe Conrado de Alemania—con el rey D. Alfonso IX de Leon, cuyo matrimonio con D.ª Teresa de Portugal acababa de ser disuelto por bula pontificia, y despues del casamiento con el Delfin hijo de Felipe Augusto rey de Francia, de su hija menor D.ª Blanca, madre que fué de San Luis, viéndose, en fin, en paz desacostumbrada con todos los reyes cristianos de España, desnudó la espada contra los musulma-

nes y entró en Andalucía (1209) llevando á sangre y fuego las tierras de Jaen, Baeza y Andujar; espedicion que repitió al año siguiente con mayores fuerzas, mas aparato y mayores daños para los musulmanes.

El año, seicientos siete de la Hejira (1211), terminados en África los preparativos militares para llevar la *Guerra Santa* á España, el Emir-el-Mumenin cruzó el Estrecho al frente del ejército mas numeroso y formidable que nunca pisara el suelo español. Componianse, segun el historiador Ebn-Abd-el-Halim, de 160,000 voluntarios, 300,000 reclutas de diferentes paises, 30,000 negros de la guardia personal del emir, 10,000 ballesteros de la tribu de los Aghzares, é inumerables flecheros Zenetas, Árabes y de las tribus semi-bereberes de ambos Magrebes. Dos meses (desde el 17 de Marzo al 14 de Mayo), tardó en cruzar el mar entre Alcazar-el-Aḳewah y las playas de Tarifa aquel huracan de bárbaros africanos, que inundaron todo el Sur de Andalucía como un rio salido de madre.

El dia 1.° de Junio de 1211, llegó el Emir-el-Mumenin á Sevilla, donde se detuvo para dar lugar á que se le incorporasen las banderas de Andalucía, y reunir todo el material de guerra indispensable para emprender aquella campaña decisiva; puesto que debia resolver de una vez y para siempre la lucha empeñada en España, hacia cinco siglos justos, entre el Evanjelio y el Corán; aquella verdadera campaña del *poder supremo*, que como la de 939 emprendida por el glorioso califa Abderrah-

man III, debia resolverse en una sola batalla por el esterminio del soberbio y audaz invasor.

Debiendo tratar en la segunda parte de nuestra historia general de Andalucía, este memorable episodio que decidió de la suerte de España, con la conveniente estension y teniendo á la vista las crónicas y documentos cristianos contemporáneos que se refieren á él, nos limitaremos á dar en este lugar un estracto de la traduccion publicada por Carlos Romey (Historia de España, parte 3.ª c. 4.º) de la descripcion de la batalla de las Navas de Tolosa, hecha por el historiador magrebino Ebn-Abd-el-Halim; descripcion ó narracion sumamente interesante, toda vez que siendo obra de un cronista de la raza de los vencidos, contiene detalles curiosos no consignados en las crónicas cristianas, y pormenores que á la par que confirman muchos de los referidos en la historia de D. Rodrigo arzobispo de Toledo, testigo y actor en la batalla, nos dará una idea del efecto moral y material que produjo aquel desastre en la raza vencida, que de sus resultas quedó relegada á un rincon de Andalucía, despues de haberla poseido toda entera así como la mayor parte de España durante quinientos años.

«Cunde el estruendo, dice Ebn-Abd-el-Halim, de la llegada del Emir-el-Mumenin con tan formidable aparato guerrero á España. Los reyes cristianos se llenan de pavor; algunos le envian mensajeros pidiéndole la paz, y entre ellos el rey de Navarra que además solicitó su permiso para venir á saludarle en persona. Concedióselo El-Nasir, y le en-

vió un salvo conducto para que pasase los estados musulmanes sin sufrir contrariedad; mas bien fué obsequiado espléndidamente á su paso por todos los walíes y caides de fortaleza. En esta forma llegó á Carmona, donde le retuvieron la escolta con que saliera de su reino. El rey de Navarra traia entre otros regalos para El-Nasir, la carta que escribió el Profeta á Heraclio rey de los Romanos; conservaba el de Navarra esta carta, habida por sucesion, envuelta en una tela verde y encerrada en un cofrecillo de oro perfumado con almizcle. Dispúsole el emir de los fieles un pomposo recibimiento, y desde las puertas de Carmona hasta las de Sevilla, mandó que se tendieran sus tropas, ginetes é infantes, formando calle á derecha é izquierda de la carretera; y así el rey de Navarra vino á pasar las seis leguas que separan á Carmona de Sevilla á la sombra de las espadas y lanzas de los musulmanes.

«El-Nasir habia mandado poner un elegante pabellon en las afueras de Sevilla, y en él recibió al rey de Navarra con quien conversó largo rato por medio de un intérprete. Terminada aquella primera entrevista los soberanos montaron á caballo y seguidos de los altos funcionarios de la corte del Emir y de la guardia negra armada de alabardas, entraron en Sevilla por la puerta de Carmona, entre el inmenso gentío que se agolpaba para saludar al Emir y á su régio huésped.

«En los dias que el rey de Navarra permaneció en Sevilla celebró varias conferencias con el Emir. Por último, ajustaron un tratado de paz, firmado el-

cual y recibidos los preciosos regalos que le destinó El-Nasir, el rey cristiano regresó á sus estados.

A la misma temporada, dice Cárlos Romey, corresponde la no menos estraña embajada que recibió en Sevilla el emperador de Marruecos Mohammed ben-Yakub, del rey de Inglaterra Juan-sin-Tierra, cuando aquel indigno hermano de Ricardo Corazon de Leon, andaba mendigando auxilios donde quiera contra el papa y contra los ingleses. Refiere sus particularidades Mateo de Paris que las sabia por un hermano suyo que formó parte de aquella embajada.

«El dia 1.° de Safar del año 608, (14 de Julio de 1211) salió el Emir-el-Mumenin de Sevilla al frente de su formidable ejército. A los pocos dias llegó á la vista de Salvatierra, fortaleza grandiosa e inexpugnable asentada en la cúspide de una alta sierra. Detiénese asombrado ante ella El-Nasir, y dando oidos á los imprudentes consejos de su primer wasir y Hadjib, Abu-Said-ben-Djamea, acuerda poner sitio á la plaza. Era este Abu-Said de humilde origen y hombre vano y pretencioso, cuya desapoderada conducta traia profundamente disgustados á los Almohades principales y á los jeques de la nobleza andaluza. Puso el Emir sus reales delante de la fortaleza y la cercó durante tanto tiempo, «que las golondrinas-como dice el historiador, labraron sus nidos en las tiendas, empollaron sus huevos y volaron los pajarillos antes de que lograse estrechar el fuerte. El ejército musulman permaneció ocho meses delante de la plaza sin gloria ni provecho. So-

brevino el invierno, escasearon los abastos, y perecieron á miles hombres y caballos de hambre y de enfermedad.

«Cunde el desaliento, desmoralízase el ejército, y jeques y caudillos murmuran sin reparo de una dilacion que malogra la campaña y deja en libertad al rey de Castilla para allegar los medios de combatir á los musulmanes.

«Así es, que Alfonso VIII, viendo al Emir empeñado y ciego delante de una fortaleza solitaria, cuya rendicion ningun provecho político podia reportarle, levantó cruzes y pregonó una cruzada por toda la cristiandad, á la que respondieron los reyes rumes (romanos) de todas partes, que le enviaron hombres y caballos.

—En efecto, el pontífice Inocencio III publicó en Roma una cruzada concediendo indulgencia plenaria á los que concurriesen á la guerra de España contra los enemigos de la Fé. La predicacion del pontífice y la voz del ilustre arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, escitaron el fervor religioso y guerrero de multitud de caballeros de Francia, Italia y Alemania que se dirijieron á Toledo ansiosos de tomar parte en la gran cruzada española.—

«Junta Alfonso y acaudilla sus tropas, y abre la campaña poniendo sus reales ante una fortaleza musulmana llamada Kalaat Rabah (Calatrava) donde se hallaba de caide el esclarecido y afamado Abu-el-Hedjad ben-Kades, quien la defendió con heróico teson; que hasta apurados todos sus recursos en víveres y armas arrojadizas y viendo que quedaban

sin respuesta sus comunicaciones al Emir pidiendo socorro,—por haberlas detenido el wasir Ebn-Djamea—capituló con los cristianos y les entregó la fortaleza bajo seguro de la vida para la guarnicion. El sin ventura ben-Kades se presentó en los reales de Al-Nasir para darle cuenta de los motivos de su capitulacion; pero el cruel Ebn-Djamea lo hizo prender y alancear por los negros, produciendo aquel asesinato sumo descontento en el ejército y sobre todo en lós andaluces, quienes lo manifestaron sin reparo. Airado el wasir contra ellos, llamó á sus jeques y caides, y en presencia del Emir los maltrató de palabra y los mandó acampar y prestar su servicio separados de los Almohades.

«Activase, sin embargo, el sitio de Salvatierra, que combatida con inaudito rigor tuvo al fin que rendirse, *por hambre, ó por cohecho*, dice el historiador Ebn-Abd-el-Halim, en 1.° de junio de 1212.

«Noticioso de la toma de Salvatierra, Alfonso con los reyes cristianos sus aliados (al enumerarlos el historiador nombra con desprecio al de Navarra, á quien hemos visto ajustar un tratado de paz con el Emir-el Mumenin en Sevilla, y ahora encontramos guerreando contra él) marchó resueltamente sobre Andalucía; muy mermado su ejército con la cobarde defeccion de los cruzados estrangeros, que despues de la conquista de Calatrava pretestando no poder sufrir los rigorosos calores propios del clima y de la estacion, desertaron las banderas de la Cruz y regresaron á su pais.

El-Nasir, impaciente por medirse con los cristianos movió su campo hácia ellos.

«Por fin, avistáronse ambos ejércitos en un sitio llamado Hins-el-Ycab (el fuerte de la Cuesta—Las Navas de Tolosa) el Emir-el Mumenin mandó poner sobre un alto cerro su vistoso pabellon encarnado, y él sentóse á su sombra sobre un escudo, teniendo cerca su caballo de batalla ensillado. Los negros de su guardia personal rodearon la tienda á manera de impenetrable muralla erizada de espadas y lanzas. Las reservas compuestas de tropas selectas, los estandartes mayores y los tunbales bajo el mando del wasir Abu-Said ben-Djamea, se escuadronaron al frente. Delante y dando cara al enemigo formáronse en batalla las gruesas masas de voluntarios compuestas de las varias tribus Árabes, Bereberes y del Magreb en número de 60.000 hombres.

«Avanzan las tropas cristianas en demanda de los musulmanes, tan numerosas que parecen enjambres ó nubes densas de langostas. Lanzánse los nuestros á la carga. Abrense los escuadrones cristianos y dejan pasar el torrente de nuestras banderas que penetra mas y mas en la llanura. Cierránse los infieles; rodean á los muslimes, los encierran en un círculo de espadas, lanzas y ballestas, y los cubren de manera que ya no se los vió mas. Reñidísimo es el encuentro; espantosa la carnicería; dura algunas horas la refriega y al cabo triunfan los cristianos. Los voluntarios quedaron todos muertos, (*martirizados* dice el historiador) *ni uno solo se salvó.*

«Los Almohades árabes sometidos y los andaluces contemplaban inmóviles y absortos aquella feroz matanza, hasta que terminada los cristianos revolvieron contra ellos con irresistible empuje. Renovóse la batalla con no menos furor; cuando de improviso y en lo mas recio de ella, los Andaluces volvieron grupas y huyeron á toda brida dejando desamparado á Ebn-Djamea, aquel wasir hombre oscuro, engreido y despótico que los habia escarnecido é insultado, y á quien odiaban de muerte sobre todo por el asesinato de Ebn-Kades, el Alcaide de Calatrava.

Recordarán nuestros lectores, que el autor del *Akhbar-Madjmua*, al dar cuenta de la batalla de Simancas, atribuyó la derrota del grande ejército musulman acaudillado por Abderrahman en persona, á la conjuracion de los generales de noble orijen, que se convinieron en dejarse derrotar, resentidos del Califa, porque habia puesto su confianza y la direccion de los negocios del Estado en manos del esclavo Nadjda de Hirá, hombre rudo, arrogante y estúpido que se complacia en humillar á la rancia nobleza andaluza.

«Con la defeccion de los caides andaluces, la victoria se decidió inmediatamente por los cristianos; pues los Almohades al ver muertos todos los voluntarios y en precipitada fuga á los andaluces, se llenaron de espanto y huyeron á la desbandada en todas direcciones, dejando desamparada la persona del Emir. Cebados los cristianos en su persecucion, llegaron rompiendo todo cuanto se oponia

á su paso, hasta el parapeto reforzado con gruesas cadenas y defendido por los negros de la guardia personal de El-Nasir. Estréllanse contra él en su primera embestida: *vuelven grupas y presentan las ancas de sus caballos bardados con cota de malla* á las lanzas de los negros y los arrollan.

«Entre tanto el emir-el-Mumenin permanecia sentado bajo su tienda encarnada, y repitiendo sin cesar: *Sahek-el-Rohman, we-kadeb-el-Schytan* (Dios será quien diga verdad, y el diablo quedará por embustero; palabras que vienen á formar en árabe una cadencia ó sonsonete aconsonantado). Inmovil se mantenia el-Nasir en su sitio, en tanto que los cristianos pasaban al filo de la espada los diez mil negros que le defendian. Un momento mas y llegan hasta él, cuando un árabe jinete en una yegua se acercó á él diciéndole: «Hasta cuando, ¡oh príncipe de los fieles, permanecerás ahi sentado... La voluntad de Dios está manifiesta; hoy es el último dia de los muslimes! Levantóse el-Nasir y pidió su alazan volador; pero el árabe se apea y le dice: «Monta, señor, esta castiza yegua, que no sabe dejar mal al que la cabalga; y Dios quiera ayudarte porque en tu vida consiste la salvación de todos.» Monta el emir en la yegua y el árabe en su caballo y huyen á toda brida seguidos por un crecido escuadron de negros, en cuyo alcance se dispararon los cristianos, arrollando y matando musulmanes á diestro y siniestro hasta la noche, en términos que apenas vinieron á salvarse de cada mil uno, pues los heraldos de Alfonso anduvieron voceando sin cesar

durante la refriega: «No hay cuartel para los cautivos; el que traiga un esclavo muere con él,» y así ningun musulman quedó prisionero.

»Este tremendo y pavoroso descalabro quebrantó el denuedo de los musulmanes, que perdieron el estandarte de la dicha y nunca mas volvieron á rehacerse, ocurrió el lunes 14 de Safar de 609 de la Hejira (16 de Julio de 1212).

Desde el campo de batalla de las Navas de Tolosa, el Emir-el-Mumenin Mohammed El-Nasir, se refugió en Jaen donde acudieron los exiguos restos de aquel formidable ejército que hubiera renovado el desastre del Guadi-Becca, si otra raza que la raza pura española, hubiese cerrado el paso del puerto de Muradal. De Jaen pasó á Sevilla, y aquí desahogó su despecho, haciendo decapitar á los jeques Andaluces que pudo haber á las manos, en castigo de su defeccion á la que atribuia la derrota y esterminio de los Almohades en Hisn-al-Ycab.

En diciembre del año siguiente, 1213, Mohammed El-Nasir falleció en su Alcázar de Marruecos, víctima de una ponzoña que le hizo dar un wasir por mano de una de sus mujeres. Sucedióle en el imperio su hijo Cid Abu-Yakub Yussuf, apellidado el-Mostansir.

Tres dias despues de la memorable batalla de las Navas de Tolosa, cuya gloria pertenece á los Castellanos, auxiliados por los Aragones y Navarros, pues los Leoneses y Portugueses no asistieron á la cruzada contra el *Miramamolin*, el ejército cristiano

se apoderó de los castillos de Vilches, Baños, Ferral y Tolosa, que venian á ser las llaves de Andalucía, y mas tarde de Baeza y finalmente de Ubeda ciudad que les opuso una desesperada resistencia. Dejó el rey de Castilla suficiente guarnicion en las fortalezas conquistadas y regresó á Toledo.

Á principios del año de 1213, D. Alfonso VIII de Castilla, despues de dejar arregladas las diferencias que habian surjido entre él y sus dos yernos D. Alfonso II de Portugal y D. Alfonso IX de Leon, á resultas del abandono en que le dejaron en la campaña decisiva del año anterior, rompió de nuevo las hostilidades contra los musulmanes de Andalucía. Con las banderas de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca, y Uclés, apoderóse de la fortaleza de Dueñas situada en la falda de Sierra-Morena, diósela á los Caballeros de Calatrava, y despues de realizar la conquista de otros castillos avanzó sobre Alcañiz plaza inespugnable que los moros defendieron con teson, mas que hubieron al fin de rendir á las armas castellanas el dia 22 de mayo. Terminada esta corta y feliz campaña, D. Alfonso regresó á sus estados.

Al despuntar la primavera de 1214, malogróse-le una nueva espedicion en Andalucía que le obligó á firmar una trégua con los moros; por último, á principios del otoño, en ocasion en que se dirigia á Plasencia para celebrar una entrevista con el rey de Portugal, le acometió en el camino una fiebre maligna de la que falleció en una aldea de la provincia de Avila, el dia 6 de Octubre de 1214, á los

57 años de edad y unos 55 de reinado.

«Así como al nombrar á Alfonso VI se añade siempre: *el que ganó á Toledo*, así al nombre de Alfonso VIII acompaña siempre la frase: *el de las Navas*, que fueron los dos grandes triunfos que decidieron de la suerte de España y prepararon su libertad. Sus restos mortales fueron llevados al cementerio de las Huelgas de Búrgos una de sus mas célebres fundaciones.»

Con la victoria de las Navas de Tolosa que dió comienzo á la rápida decadencia de la dominacion Almohade en Andalucía, quedó definitivamente establecida la supremacía de las armas cristianas sobre las musulmanas en España; superioridad que ya venia caminando en progresion ascendente desde la Conquista de Toledo por Alfonso VI. Verdad es que desde algunos años antes de que los reyes cristianos del norte de la Península trasladasen las fronteras de sus estados del Duero al Tajo, sostenian la lucha con un imperio moral y materialmente desorganizado; y que despues la continuaron con enjambres de africanos que se encontraban en un estado próximo á la barbárie; pero no es menos cierto, que tanto ó mas que á la espada debieron á la constitucion política, religiosa y civil de sus reinos, aquella superioridad de la que nunca mas se vieron despojados.

Asi, pues, á la muerte de Alfonso VIII, digno continuador de la política de sus predecesores el VI y el VII, la España cristiana se encontraba caminando por las anchas vias del progreso, en tanto que la musulmana retrocedia á los primeros años de la conquista de Tarik y Muza; aquella constituia su nacionalidad y trazaba los rasgos de esa su fisonomía original, que ha llegado hasta nosetros; mientras que esta lo perdia todo, hasta el nombre que la hizo tan grande á los ojos del mundo, durante tres siglos.

Y, cosa que nos pareceria estraña, si no tuviésemos su esplicacion á la vista; las mismas causas que destruyeron el imperio musulman, existian con tanta ó mayor intensidad en el cristiano; es decir, la discordia, la anarquía, el espíritu de rebelion, las ambiciones bastardas que sacrifican los intereses de la pátria al intéres individual, y ese funesto instinto que aborrece la unidad y tiende tenazmente al fraccionamiento del imperio. Pero estas causas morbíficas evidentes las unas y ocultas las otras, se veian modificadas entre los cristianos por su constitucion política y por su constitucion religiosa ambas madres de la libertad y del progreso, en tanto que entre los musulmanes, residia en su misma constitucion el principio deletéreo, mortífero que aniquilaba sus fuerzas vitales.

Por eso vemos que en Sevilla, Málaga, Granada, Badajoz, Murcia, Valencia y Zaragoza, fracciones del Califato, estados independientes formados con los escombros del imperio musulman de Oc-

cidente, subsiste en ellos inmutable la constitucion política que rigió durante tres siglos y medio en Córdoba, á donde llegó desde la Meca pasando por Damasco. En tanto que los de Oviedo, Leon, Burgos y Toledo uno en pos de otro y á las veces simultáneamente, modifican la constitucion que heredaron de los godos, siempre en un sentido liberal y progresivo. Entre los primeros, lo mismo en los tiempos de Muza que en los de Abderrahman III, de Yussuf ben-Taschfin y del Emir-el-Mumusin Mohammed El-Nasir, no se conoce mas que un pontífice-rey y un pueblo que se arrastra á supiés; entre los segundos existe un rey cuyo poder está limitido por la Constitucion; las cortes *de la nacion* formadas por la nobleza, el clero y los *ciudadanos* ó estado llano, y un pueblo con privilegios, inmunidades, fueros y cartas pueblas que le ponen á cubierto de la tiranía dándole medios legales para defenderse.

Este es el secreto de la supremacía que, en los siglos que venimos historiando, adquirió la raza hispano-cristiana sobre la raza hispano-musulmana, y esta la causa impulsiva del progreso de la primera y del retroceso de la segunda. Una vez destruidas por el fanatismo y supersticion Almoravide y Almohade las academias de Córdoba y Sevilla, ya no fué posible restablecerlas; pero una vez abiertas las universidades de Palencia y Salamanca por los Alfonsos VIII de Castilla y IX de Leon, ya no ha sido posible cerrarlas en los siglos que van trascurridos desde su creacion. De la misma manera

que una vez adulterada y corrompida la hermosa, la sonora, la aristocrática y elegante lengua Arabe con la jerigonza que importaron á España los Bereberes procedentes de las sierras que se estienden desde el Sur que ciñe el Océano hasta las de Oleletys que dominan las llanuras del Kairwan en el reino de Tunez, ya no es posible encontrarla como no sea en los pocos manuscritos que pudieron salvarse de la catástrofe que destruyó para siempre al pueblo que la hablaba, de la misma manera, repetimos, una vez dado el primer impulso á la formacion del romance castellano, á fines del siglo XI, ya no fué posible contenerle en el camino que emprendió hácia su perfeccion; camino ó marcha tan rápida, que ya, casi en su primitivo origen, produjo los poemas del Cid y de fray Gonzalo de Berceo, y esto cuando todavía Italia ni Francia poseian un solo libro escrito en lengua vulgar.

Desgraciadamente ese progreso, esa cultura cristiana que se vé ya próxima á salir de la adolescencia, no se deja sentir todavía en Andalucía. Atraviesa un periodo de transicion; debátese en las convulsiones de una crísis suprema. Ha dejado de ser árabe; no es todavía cristiana y se resiste con todas sus fuerzas á ser africana. Sin embargo, el pueblo cristiano que se agita en su seno, comenzó, en aquel período, a dar señales de vitalidad. El llamamiento de Alfonso el *Batallador* á Andalucía, y la sublevacion de los cristianos de Granada, acontecida despues de aquel memorable suceso, el año 1194, son una prueba irrecusable de que ya los

cristiano-andaluces suspiran por una nueva Sion.

No se hará esperar mucho el cumplimiento de sus votos. Tres años despues de la muerte de D. Alfonfo VIII, su hija primojénita D.ª Berenguela, esposa separada por bula pontificia del rey de Leon D. Alfonso IX, y declarada heredera del reino por su padre en el caso de morir sin sucesion varonil, abdicará la corona que puso en su frente la prematura muerte de su hermano D. Enrique I, en su hijo Fernando III, príncipe elejido por la Providencia para plantar el estandarte de la cruz sobre la *casa santa* de los musulmanes de Occidente, y sobre la torre (Giralda) de la gran mezquita de Sevilla.

Antes de entrar de lleno en la nueva situacion en que va á encontrarse Andalucía á resultas de la victoria del 16 de Julio de 1212, y de la superioridad que sobre las musulmanas adquirieron las armas cristianas, creemos conveniente para el órden y claridad que nos hemos propuesto seguir en el curso de nuestra historia, condensar en breves renglones los sucesos de mas bulto que tuvieron lugar en Castilla y en Leon desde la muerte de D. Alfonso el *Noble* hasta el dia que por primera vez aparecieron en Andalucía las banderas de su nieto D. Fernando III.

Terminados los funerales de D. Alfonso VIII de Castilla, fué alzado y jurado su hijo D. Enrique I, jóven á la sazon de once años bajo la tutela de su madre D.ª Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra. Habiendo fallecido esta señora á los 25 dias despues de la pérdida de su esposo, los prela-

dos y magnates de Castilla, nombraron con arreglo á las disposiciones testamentarias de D. Alfonso, tutora-regente de D. Enrique á D.ª Berenguela su hermana mayor. Borrascosa y casi anárquica fué la menoría de D Enrique I, á influjo de la ambicion y codicia de mando de la familia de los Laras, que acabó por despojar de la regencia á la princesa D.ª Berenguela. Siguiéronse de aquí bandos y parcialidades entre la nobleza de Castilla, á los que puso término un funesto y casual accidente que privó de la vida al jóven rey. Fué el caso, que hallando un dia el rey niño jugando con otros donceles de su edad en el pátio del palacio del obispo de Palencia, desprendióse de lo alto de la torre una teja que hirió al rey en la cabeza con tal gravedad que falleció del golpe á los pocos dias (6 de Junio de 1217.)

Al tener noticia D.ª Berengnela de la muerte del rey su hermano, solicitó de su marido D. Alfonso IX de Leon, (de quien como sabemos estaba hacia mucho tiempo separada) le enviase á su hijo D. Fernando. Complacióla su esposo, y ella se dirijió con el infante á Valladolid. En esta ciudad reunió las cortes del reino, que la reconocieron y proclamaron heredera lejítima del trono de Castilla por haber muerto todos sus hermanos varones. En los dias mismos de su proclamacion, abdicó generosamente la corona en su hijo D. Fernando, que fué solemnemente proclamado rey el dia 31 de Agosto de 1217.

Diez y ocho años contaba el hijo de D. Alfonso IX de Leon y de D.ª Berenguela de Castilla cuando

ascendió al trono de Toledo. Durante los dos primeros años que sucedieron al dia de su proclamacion, vióse réciamente combatido por su padre D. Alfonso y por la incorrejible familia de los Laras; mas vencidos al fin todos sus adversarios de con ayuda de sus pueblos y de los sábios consejos su madre, pudo dar por sofocadas las discordias que habian inquietado su reino. Por consejos de D.ª Berenguela, contrajo matrimonio (Noviembre de 1219) con la princesa Beatriz hija de Felipe de Suabia y prima hermana del emperador de Alemania Federico II, en la cual tuvo un hijo (23 de Noviembre de 1221) que recibió en la pila bautismal el glorioso nombre de Alfonso.

En paz su reino, feliz en su casa y ardiendo en deseos de proseguir por la noble senda que le habian dejado trazada sus abuelos, Fernando III dispuso llevar la guerra al territorio musulman. En la primavera de 1224 traspuso la sierra Morena al frente de una brillante hueste y acompañado del arzobispo de Toledo, el historiador, y de muchos y principales caballeros. En aquella su primer campaña contra los moros conquistó várias fortalezas ó hizo vasallo suyo al Emir de Baeza. Alentado con la fortuna que acompañaba sus armas, cada año, en la buena estacion hacia una entrada en Andalucia. Así es, que en el de 1227 era ya dueño de Andujar, Martos, Priego, Loja, Alhama, Capilla, Salvatierra, Burgalimar, Alcaudete, Baeza y otras plazas y fortalezas.

V.

Termina la dominacion de los Almohades en Andalucía.

—

Conquista de Córdoba, Jaen y Sevilla. Reinado de Fernando III. 1224 á 1252.

Hemos dicho en una de las últimas pájinas del capítulo precedente, que con el desastre de las Navas de Tolosa comenzó á decaer rápidamente el poder y prestijio de la raza Almohade en Andalucía. Y no podia ser de otra manera; un pueblo como aquel que habia llegado fatalmente á hacer de la guerra su *único* elemento de existencia, las derrotas le condenaban irrevocablemente á perecer. Así pues, de un lado el desprecio público que recayó sobre los *unitarios* cuando se les vió vencidos y en la imposibilidad de rehacerse, y del otro la torpe ferocidad del vengativo El-Nasir, que pretendió avar su afrenta en la sangre de los andaluces, á

quienes acusaba de ser causa de su ruina, sublevó al pueblo y nobleza de Andalucía contra los Almohades, que respondieron al desden ó provocaciones de sus víctimas con violencias y tropelías de todo género, que acabaron de exasperar á los pueblos y los dispusieron para alzar la bandera de la insurreccion contra sus tiranos, á quienes motejaban de Bárbaros y acusaban además de herejes y escomulgados.

Muerto el hijo y sucesor de El-Nasir, el consejo de los jeques proclamó en Marruecos á Abd-el-Wahid, á quien depusieron muy luego aclamando en su lugar á Cid Abu-el Ola el-Mamun, que con su hermano Cid Abu-Mohammed gobernaban tiránicamente la España musulmana en nombre de los emperadores de Marruecos.

Dicho se está cual seria la situacion de Andalucía durante aquellos calamitosos tiempos, víctima de las vejaciones y rapacidad de los Almohades y de las armas cristianas, que penetraban periódicamente por sus fronteras arrasando pueblos y fortalezas y cometiendo todo género de tropelías. Llena al fin la medida del sufrimiento, recurrió á las armas como la última razon de su derecho; y en agosto de 1228 juntáronse los descontentos en una fortaleza del término de Ujíjar, en la falda meridional de Sierra Nevada, y proclamaron Emir de los musulmanes de España á un gallardo caballero llamado Abdalla Ebn-Hud, descendiente de los antiguos Emires de Zaragoza. Muy luego acudió bajo las banderas del nuevo Emir la flor de la nobleza de

Andalucía deseosa de vengarse de los bárbaros Almohades, y con ella, ginetes y peones en número bastante para constituir un respetable ejército.

Al rumor de tan imponente sublevacion en sus dominios de Andalucía, el emperador El Ola-el-Mamun se dió prisa á ajustar una trégua con el rey Fernando III, y salió de África con un cuerpo de ejército dispuesto á destruir los rebeldes. Ebn-Hud acudió para rechazar el desembarco, y en las campiñas de Tarifa, los caballeros andaluces derrotaron completamente á El-Mamun (julio de 1219) que perdió en la refriega sus mejores generales. Este primer descalabro le obligó á regresar precipitadamente á África dejando encargados del gobierno de España y de la continuacion de la guerra á su hijo Abu-el-Hasan y á sus hermanos Cid Abu-Abdalla, y Cid Abu-Mohammed.

La sublevacion de Andalucía tuvo eco en Valencia y en Murcia, de donde fueron arrojados los Almohades por Abu-Djomail en la primera provincia, y por Mohammed ben-Yussuf ben-Hud en la segunda. Todo, pues, favorecia los intentos de Ebn-Hud, y permitia á Andalucía congratularse con la esperanza de verse pronto libre de sus bárbaros é insolentes dominadores africanos. En el otoño del año 1231, el wali de Sevilla Cid Abu-Abdalla, fué completamente derrotado en batalla campal por el Emir de Andalucía, junto á Albanche, y obligado á refugiarse en Mérida. Con este nuevo triunfo la fama y el ejército de Ebn-Hud crecieron lo bastante para hallarse en condiciones de hacer frente al

poder de los emperadores de Marruecos.

Entretanto las armas cristianas de Toledo no permanecieron ociosas. D. Fernando III, quien por muerte de su padre D. Alfonso XI, acaecida el dia 24 de Setiembre de 1230, y renuncia de sus hermanas consanguíneas D.ª Sancha y D.ª Dulce, acababa de reunir sobre su cabeza las dos coronas de Castilla y Leon, que ya nunca debian separarse, D. Fernando III, repetimos, en alas de su celo religioso y entusiasmo guerrero, continuaba sus campañas anuales en Andalucía favorecido por las discordias y guerras civiles que tenian divididos á los musulmanes, y en la imposibilidad de oponerle una formal resistencia. Así, pues, de correría en correría tomando fortalezas, saqueando los pueblos y los campos y cautivando moros de todas edades sexos y condiciones, llegó á la vista de Córdoba; pero no conceptuándose todavia con fuerza suficiente para intentar su conquista, continuó su marcha triunfante y asoladora, sin encontrar tropiezo, hasta los términos de Sevilla y Jerez. Es decir, atravesó toda la Andalucía de N. O. á S. siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir.

El titulado Emir de los musulmanes de España, Ebn-Hud, á pesar de hallarse en guerra con los Almohades y profundamente desavenido con el Emir de Granada, Alhamar, no vaciló un momento en acudir contra los cristianos á quienes sorprendió acampados á las orillas del Guadalete en las cercanías de Jerez. (1233) Obligóles á aceptar la batalla, que fué porfiada y sangrienta. Las crónicas cristia-

nas conceden la victoria á los castellanos, lo cual nos parece probable, visto que las musulmanas dejan en duda el éxito. Las primeras niegan que asistiera á ella Fernando III; las musulmanas dicen que concurrió en persona.

A fines de verano del año siguiente (1234) el infatigable Fernando III, abrió la campaña de Andalucía por la provincia de Jaen. Puso sitio á Ubeda, plaza fuerte bien abastecida y mejor guarnecida; pero el rey de Castilla y Leon, la cercó y combatió tan reciamente con todo género de máquinas é ingenios de batir, que su gobernador tuvo que rendirla sin mas condicion que salvar la vida de sus defensores.

La venturosa espedicion militar que paseó las banderas cristianas á la vista de Córdoba, Sevilla y Jerez; la muerte del emperador de Marruecos Abu-el-Ola el-Mamun, acontecida en 1232; la ocupacion de Loja, Alhama y todas aquellas sierras por Alhamar de Granada, proclamado por su parcialidad, Emir de los musulmanes el mismo año de la muerte de el-Ola, y finalmente, la conquista de Ubeda por Fernando III, señalan el término de la dominacion Almohade en Andalucía.

Justamente alarmado el Emir Ebn-Hud con la conquista de Ubeda por los cristianos, desde cuya plaza se les podia considerar enseñoreados de la parte oriental de Andalucía y en situacion de amenazar los waliatos de Jaen, Córdoba y Granada, dispuso hacer un vigoroso esfuerzo para recobrarla, á cuyo efecto convocó en Ecija las banderas de Anda-

lucía dispuesto á abrir inmediatamente la campaña. Mas en el entretanto, la guarnicion de Ubeda anticipándose al ataque que se proyectaba contra ella ideó acometer una de esas empresas temerarias y desaforadas, contando con el refran que dice: *De audaces es la fortuna.* Hé aquí la empresa cuya relacion estractamos de los autores musulmanes, reservándonos para la Historia particular de Córdoba, el dar mas ámplios detalles tomándolos de las crónicas cristianas y en particular de la historia del Arzobispo D. Rodrigo de Toledo.

Noticiosa la guarnicion cristiana de Ubeda de lo mal guardada que estaba la ciudad de Córdoba por falta de tropas y del mal estado de sus defensas, ideó un golpe de mano atrevido para apoderarse de ella. Al efecto se pusieron de acuerdo con los fronterizos de Andújar, y juntos todos marcharon sigilosamente sobre Córdoba. Érase una noche muy lóbrega cuando llegaron al pié de las murallas. Escalan las almenas y se apoderan de una torre despues de haber degollado á los centinelas y á la guardia á quienes cojieron descuidados. Aquella torre caia á levante. Al amanecer enterados los cordobeses de la sorpresa acuden denonadadamente para arrojar á los cristianos; mas la torre era fuertísima y los cristianos bizarros, de manera que no pudo ser recobrada por los musulmanes. Los notables de la ciudad enviaron correos al Emir Ebn-Hud dándole cuenta de la ocurrencia y pidiéndole auxilio, en vista de que el rey Fernando acudia á marchas forzadas para apoderarse de Córdoba. Eben-Hud mandó

acelerar en Ecija los preparativos para la campaña, y acudió en su socorro con las banderas que tenia reunidas. Pero á mitad de camino recibió nuevos pliegos que le anunciaban que los cristianos eran dueños de todo el arrabal de levante, y que el rey Fernando habia llegado con numerosas fuerzas y puesto sus reales en Alcolea. El Emir reunió en consejo á sus generales para tomarles parecer; unos fueron de opinion que se debia marchar inmediatamente en socorro de Córdoba; otros, que la prudencia aconsejaba enterarse de las fuerzas con que contaba el enemigo para obrar en consecuencia. Prevaleció este último dictámen, y Ebn-Hud envió á un Don Suar, que se encontraba en un campamento para reconocer al enemigo; pero aquel, que lo era de Dios volvió mintiendo y exajerando el poder de los cristianos; con lo cual, y con motivo de unos pliegos enviados por Djomail, wali de Valencia, en los cuales este le rogaba que volase en su auxilio para librarle de las manos del rey D. Jaime de Aragon, el Emir dejó lo de Córdoba para mejor ocasion, y se puso en marcha en auxilio de Djomail. La noticia de la retirada del ejército libertador sembró la consternacion entre los habitantes de Córdoba, quienes despues de haber peleado como leones durante muchos meses viéndose faltos de recursos y abandonados á sus solas fuerzas, pidieron capitulacion bajo honrosas condiciones; mas los cristianos seguros ya de su triunfo, solo les concedieron la vida y la libertad para marcharse donde lo tuvieran por conveniente.

Así se perdió la ciudad principal de Andalucía, rindiéndose al enemigo el 23 de Schawal del año 623 (30 de Junio de 1236), en cuyo dia vióse enarbolada la cruz sobre las mezquitas, y convertida la grande Aljama de Abderrahman en templo cristiano. Salieron de Córdoba los desventurados musulmanes para buscar refujio en otros pueblos de Andalucía, y los cristianos se repartieron sus casas y herencias. Al tener noticias de la rendicion de Córdoba, muchas fortalezas, poblaciones y ciudades entre ellas Baeza, Estepa, Ecija, y Almodóvar se entregaron sin resistencia al rey Fernando, ó se hicieron tributarias suyas.

En tanto que la lumbrera de Andalucía, la madre de los sábios pasaba á formar parte integrante del reino de Fernando III, Ebn-Hud, el titulado emir de los musulmanes de España se dirijia con su ejército á Almería, resuelto á embarcarse para acudir en auxilio de Valencia, estrechamente cercada por D. Jaime I de Aragon. Llegado á la antigua capital del pequeño reino de los Beni-Zomadih, el caide de la ciudad, Abd-el-Rahman, le obsequió y agasajó espléndidamente así como á todos los oficiales generales de su ejército; mas el alevoso huésped le hizo ahogar en su lecho la noche misma de su llegada á Almería (15 de Enero de 1238). Así feneció víctima de una negra traicion, Abdalla-Ben-Hud, príncipe valeroso y digno de mejor fortuna. El pérfido caide de Almería hizo circular el rumor de que habia muerto de un ataque de apoplejía fulminante, creyólo así su ejército, y en el acto se

disolvió renunciando á la empresa proyectada en auxilio de los Valencianos.

En Setiembre de aquel mismo año (1238) rindióse Valencia, por capitulacion, al rey D. Jaime I. La conquista de esta hermosa ciudad puso fin al imperio de los musulmanes en aquella magnífica rejion de España: de la misma manera que la de Sevilla realizada diez años despues por Fernando III de Castilla y Leon, terminará la de Andalucía, salvo el reducido vergel donde quedó engastada la perla de Alhamar.

La miserable situacion en que se encontró la antigua y opulenta capital del imperio musulman de Occidente despues que las armas cristianas la hubieron conquistado y despoblado á resultas de la radical trasformacion que operaron en ella, hizo necesaria, algunos años despues (1241), la presencia de Fernando III, para restablecer el órden, la administracion comunal y una sombra siquiera de aquella prosperidad que la hizo en otro tiempo la envidia del mundo.

Ocupado se hallaba el rey en estos asuntos de gobierno y apercibiéndose á compás para continuar la guerra contra los moros, cuando adoleció de una enfermedad que le obligó á aplazar la ejecucion de sus proyectos. Sin embargo, no fué este deplorable acontecimiento motivo para detener las banderas castellanas en medio del glorioso camino que habian emprendido, puesto que á fines del año 1242 y principios del 43, avasallaron á la corona de Castilla el reino de Murcia, conduci-

das por el príncipe Alfonso, hijo primojénito de Fernando III.

Aquella venturosa campaña, obra mas bien que del afan de conquista de la rivalidad entre el emir de Granada y el de Murcia, el primero de los cuales aspiraba á dominar los estados del segundo, quien obligado por la necesidad pidió auxilio al rey de los cristianos de Toledo, y se reconoció su vasallo para vengarse de las humillaciones que le hacía sufrir su ambicioso correligionario, tuvo por desenlace un sensible descalabro que padecieron los castellanos en tierra de Jaen.

Como preliminar para la conquista definitiva de aquel waliato, Fernando III habia dado órden á sus caudillos de frontera que entrasen y talasen sus campiñas. Hiciéronlo tan briosa y ejecutivamente, que en muy pocos meses (fines de 1244), se apoderaron de Arjona y varias poblaciones y fortalezas importantes entre otras Pegalbajar, despues de cuyas conquistas dirijieron sus banderas hácia el territorio granadino. Salióles al encuentro el titulado emir Mohamed al-Ahmar al frente de tres mil jinetes y alguna fuerza de infantería, y en una brava refriega batió á los castellanos y les arrebató la cuantiosa presa recojida en su correria. Este acontecimiento puede decirse fué el cimiento del reino de Granada, de cuyo orijen vamos á ocuparnos brevemente en este lugar.

Mohamed I Ebn-al-Ahmar, el emir de Granada, tronco de la dinastía que reinó en ella hasta 1492, era natural de Arjona, hijo de una familia de labra-

COLECCIÓN

dores, descendiente de un Ansary, esto es, de uno de los ciudadanos de Medina que acompañaron á Mahoma. En el comienzo de la decadencia de los Almohades sublevóse contra ellos con Ebn-Hud, y mas tarde contra este, haciéndose proclamar emir en Arjona pueblo de su naturaleza. Cuando se vió á la cabeza de suficiente número de partidarios para intentar empresas mayores, marchó sobre Jaen, que tomó por asalto en 1232, y luego sobre Guadix Baeza y otras poblaciones y fortalezas importantes donde se hizo aclamar Emir de los musulmanes. Despues del asesinato de Ebn-Hud, el alevoso caide de Almería reconoció la autoridad de Ebn-al-Ahmar; siguió su ejemplo el de Jaen y por último el de Granada, con lo cual su poder hasta entonces disputado y vacilante llegó á establecerse sobre sólidas bases, consolidándose, al fin, con el triunfo que obtuvo sobre los cristianos en las Fronteras de Granada y Jaen.

El descalabro de 1244 debió ser de poca monta y no influiria en la ejecucion de la empresa que meditaba Fernando III, cuando desde principios del año siguiente puso sitio á Jaen. El wali de la plaza la defendió gallardamente hasta el punto que el rey de Castilla llegó á dudar de rendirla sino dentro de un plazo mucho mas largo del que se habia propuesto. Entre tanto Ebn-al-Ahmar reunió un numeroso cuerpo de ejército, con el que acudió á la defensa de sus estados. Salióle al encuentro el de los cristianos en Hins-Bollullos, y sufrió una completa derrota que le obligó á retroceder acele-

radamente hácia Granada. Volvió Fernando III sobre Jaen, cuyo cerco estrechó con mayor enerjía esperando su próxima rendicion en vista del desamparo en que habian quedado sus defensores. No se engañó en sus cálculos sinó en cuanto á la manera como estos se realizaron.

Fué el caso, pues, que Ebn-al-Ahmar, no menos astuto político que incansable guerrero, apeló diestramente al recurso de sacrificar la menor parte de su reino por conservar enhiesta la mayor. Al efecto, presentóse sin acompañamiento alguno en el campo cristiano, y se hizo conducir á la tienda del rey. Ya en ella, besó la mano á Fernando III en señal de acatamiento, y le pidió la paz bajo las condiciones de entregarle la ciudad de Jaen y reconocerse vasallo suyo por el resto de sus estados. Suscribió Fernando á la pregunta; mas agregó nuevas condiciones por su parte; y fueron: que Ebn-al-Ahamar quedaria, con respecto al trono de Castilla, en la misma dependencia natural que los ricos-hombres cristianos, esto es, obligado á servir al rey en la guerra con cierto número de ginetes; que asistiria á las córtes siempre que se convocasen por el rey, y que pagaria un tributo anual de 300,000 maravedises de oro. Firmado y canjeado este tratado por las dos altas partes contratantes, el Emir Ebn-al-Ahmar regresó á Granada, y Fernando III entró en Jaen, en Abril de 1246.

Ocho meses despues,—durante los cuales Fernando III concertó por razones de alta política el matrimonio de su hijo primogénito D. Alfonso con

la infanta D.ª Violante hija del rey D. Jaime de Aragon, y perdió á su magnánima y virtuosa madre D.ª Berenguela, blason y honor de Castilla.—Ebn-al-Ahmar recibió en Granada pliegos del rey castellano, convocándole, como gran vasallo de su corona, para asistirle con sus lanzas á la conquista de Sevilla, dominada todavia por los moros Almohades. Dióse prisa en acudir al llamamiento de su señor natural, en la forma convenida en el tratado de paz de Jaen; no solo porque asi se lo aconsejaba el interés de la independencia de su propio reino, sino porque á fuer de buen andaluz odiaba de muerte á los Almohades.

Incorporóse, Ebn al-Ahmar, al ejército cristiano con quinientos jinetes escojidos, y tomó desde luego una parte muy activa en todas las operaciones de esta memorable campaña. Las primeras poblaciones musulmanas que sufrieron los estragos de la guerra, fueron Carmona, Constantina, Reina, Lora, Alcolea, Cantillana, Jerena, Guillena y Alcalá del Rio, reuniéndose, por último, el dia 20 de agosto de 1247 los diferentes cuerpos espedicionarios que habian llevado á cabo la conquista de aquellos pueblos, delante de los muros de Sevilla, cuyo sitio quedó formalizado ejecutivamente con todos los medios que conocia y poseia la ciencia militar en aquellos tiempos. El rey estableció desde luego un estrecho bloqueo en derredor de la ciudad, no solo por tierra sino que tambien por agua; á cuyo efecto mandó á Ramon Bonifaz, primer almirante de Castilla, equipar una flota con la cual el hábil y en-

tendido marino se situó en la desembocadura del Guadalquivir y estendió su crucero por la costa hácia el Estrecho. Avisada fué la precaucion de Fernando III, pues al poco tiempo de abierta la campaña, el almirante Bonifaz tuvo que sostener un combate naval contra treinta cárabos y zabras morunas, que procedentes de Ceuta y Tánger acudian en socorro de los sevillanos.

Diez meses contaba el ejército cristiano delante de los muros de la plaza combatiéndola réciamente, sin que flaquease la entereza de los moros, cuando el rey Fernando, comprendiendo que la resistencia procedia de la facilidad que tenian los sitiados para abastecerse por el puente de barcas que mantenia la comunicacion entre la ciudad y el arrabal de Triana, dispuso romper aquella comunicacion á fin de cortar todo socorro y mantenimiento al vecindario. Al efecto, dispusiéronse dos gruesas naves convenientemente reforzadas y lastradas, y aprovechando el impulso de un viento duro y favorable lanzáronlas con ímpetu á toda vela y remo contra las barcas del puente. La primera no hizo mas que quebrantarlo; pero la segunda, en la que iba embarcado el mismo almirante, rompió el puente cuyos trozos se vieron arrebatados por la coriente (mayo de 1248.)

Desde entonces comenzó á flaquear el teson de los sitiados, y ya no fué dudoso para nadie la rendicion de la ciudad en un plazo mas ó menos corto. La escaséz de víveres que muy luego se sintió en ella; la absoluta imposibilidad en que se encontraba de recibir socorros de ninguna parte, y la ani-

mosidad con que los combatian sus mismos correligionarios los jinetes granadinos, acobardaron en tales términos al vecindario y guarnicion sevillana, que desde algunos meses antes del dia de la rendicion, la defensa que hacian solo tenia por objeto obtener las condiciones mas favorables para la entrega. Finalmente, los sitiados se ofrecieron á capitular bajo condiciones que no fueron aceptadas por el rey, que exigió la entrega á discrecion. La necesidad les obligó á pasar por tan dura condicion, y el dia 23 de noviembre dia de San Clemente del año 1248, el walí de Sevilla Abu-el-Hasan (el rey Axataf de nuestra crónica) entregó á Fernando III las llaves de la ciudad.

El mismo dia de la entrada triunfal del ejército cristiano en la memorable ciudad que fué *asiento y residencia de la ciencia sagrada y profana en tiempo de los Romanos*, de los godos y de los árabes, salieron de su recinto TRESCIENTOS MIL MUSULMANES; pobres desterrados que con los ojos bañados en lágrimas y volviéndolos hácia atrás á cada paso que daban alejándose para siempre de Sevilla, fueron á buscar un asilo en las inhospitalarias playas africanas donde los aborrecian como las tinieblas aborrecen á la luz, ó en el Algarbe español, ó detrás de las murallas de Granada, último reflejo de aquella brillante luz que difundió Andalucía en la triste oscuridad en que vivió toda Europa durante la primera mitad de la Edad Media.

La conquista de Sevilla señala el término de la dominacion musulmana arábigo-africana en Anda-

lucía. Primera ciudad donde los árabes establecieron su gobierno, fué la última de reconocida importancia y de primer órden que el Evangelio arrebató al Corán. A partir de aquel suceso, Andalucía perdió completamente su genio y fisonomía mahometana, y aceptó de lleno, pasando por una rápida transicion, el genio, la fisonomía y el carácter del pueblo cristiano, que se reintegró en ella como de una de las alhajas mas valiosas de que se viera despojado durante quinientos treinta y siete años, por una raza digna de la mas alta consideracion y aprecio, puesto que *mejoró considerablemente la finca* en los cinco siglos y un tercio que la tuvo detentada. Si los recuerdos tanjibles y las tradiciones de aquella noble, generosa é ilustrada raza no viven todavia con rasgos originales y trazos profundamente gravados en el carácter, costumbres y pasiones de los andaluces de nuestros dias, no culpemos al pueblo árabe ni á la conquista de los cristianos: culpemos á la raza africana grosera, fanática y supersticiosa, que fué quien entregó á Fernando III una Andalucía que no era ya la de los Ommiadas sino la de los Almoravides y Almohades; es decir, una Andalucía flaca, empobrecida y dejenerada, que ocultaba los escuálidos restos de su pasada sin par belleza entre los pliegues del oscuro albornoz con que la cubrieron los *Morabitas* de Lamtuna y los *Unitarios* de el-Mahadi.

Cuando los ejércitos cristianos tomaron posesion de su suelo, encontraron muy pocas cosas en él dignas de admiracion y de respeto; á lo sumo al-

cázares cuya distribucion interior no se acomodaba á las costumbres y necesidades domésticas de los hombres del norte, y mezquitas cuya mayor parte no se podian convertir en templos cristianos, ó cuyo gusto arquitectónico estaba muy lejos de tener la grandiosidad é imponente majestad de la arquitectura gótica, á la sazon en su mayor apojeo en Europa. Todo lo demás Academias, liceos, bibliotecas, artes, agricultura, industria, comercio, járdines, vergeles y deliciosas alquerias habia sido destruido por los Bárbaros de la Mauritania, que dejaron en su lugar un ódio profundo é inestinguible entre *Moros* y *Cristianos*.

Dueño Fernando III de Jaen, Córdoba y Sevilla, y reconocida la independencia del reino de Granada en el concepto de vasallo y tributario de la corona de Castilla, pudo darse por terminada la obra de la reconquista de Andalucia, puesto que en la campaña siguiente las huestes cristianas rindieron y en pocos meses, las importantes ciudades de Lebrija, Sanlúcar, Rota, Jerez, Arcos, Puerto de Santa María, Cádiz, Medina-Sidonia, todas las poblaciones, castillos y fortalezas situadas «de la mar acá en aquellas comarcas» las unas por fuerza de armas y las otras por convenios ó capitulaciones.

Es muy digno de notarse, porque con ello se confirma que tambien en politica hay verdades que son de todos los tiempos, que inmediatamente despues de redondeada la conquista de Andalucía, Fernando III volvió los ojos hácia el África. Es decir, que así como los Romanos dueños de la Bética,

y los Árabes dueños de Al-Andalos, el rey de Castilla soberano de esta magnífica region, comprendió que todo el peligro que en adelante pudiera amenazar la tranquilidad é independencia de sus nuevos estados, solo podia venir del otro lado del Estrecho. Para conjurarlo, dispuso, á imitacion de los romanos y de los Árabes, llevar la guerra á las playas Africanas; y, á no serle posible agregarlas á título de provincias á su imperio, al menos establecer en ellas un ante mural que resistiera el primer empuje de nuevas y posibles oleadas de bárbaros mauritanos, que intentaran realizar una cuarta invasion en España.

Dispuesto lo tenia ya todo: un numeroso ejército de desembarco acaudillado por los capitanes que mas se habian distinguido en la pasada guerra, y la escuadra al mando del Almirante Bonifaz pronta á darse á la vela, cuando le sorprendió la muerte en Sevilla, el jueves 30 de mayo de 1252, á los 54 años no cumplidos de edad. Habia reinado 35 años y 11 meses en Castilla, y 22 en Leon.

Fernando III, el gran rey que levantó hasta el primer cuerpo el edificio de la unidad nacional española, mereció por sus preclaros hechos y por sus virtudes el título de *Santo* que se le dió públicamente, y el ser canonizado en 1671 por el papa Clemente X.

Como á partir del fallecimiento del primero que conservó y trasmitió á sus sucesores el título de rey de Castilla y de Leon, el interés todo de la política del gran reino cristiano de la Península pasó

de las orillas del Duero y del Tajo á las del Guadalquivir; como de hoy mas España comienza á sonar tomando una parte mayor ó menor en los asuntos de las demás naciones de Europa; y como, en fin, Andalucía continuará siendo, despues de su reincorporacion á la pátria comun, lo que fué bajo el dominio musulman; es decir, el gran palenque donde se discutirán todavía durante siglos los destinos de España, y donde batallarán sin tregua las ambiciones ya de los príncipes de la dinastía reinante á la sazon, ya de una nobleza soberbia y turbulenta que hubiera seguido los pasos de los magnates Godos, y de la aristocracia musulmano-andaluza, si el trono no hubiera contado para enfrenarla con el auxilio del pueblo, libre en tanto que el poder real le necesitó para robustecerse, creemos conveniente comenzar desde ahora á consignar en las páginas de nuestra historia los nombres de los infantes hijos de los reyes de Castilla, Leon, Córdoba y Sevilla; porque habremos de encontrarlos no pocas veces en lo sucesivo capitaneando los bandos y parcialidades que turbaron la paz de Andalucía, devastaron sus campos y ensangrentaron las calles de sus ciudades como en los tiempos de las rivalidades de las castas musulmanas.

Así, pues, diremos, que Fernando III, dejó al fallecer los siguientes hijos: D. Alfonso; D. Fadrique; D. Enrique; D. Felipe, arzobispo electo de Sevilla; D. Sancho que lo era de Toledo; D. Manuel y tres hijas, habidos todos en su primera mujer doña Beatriz de Suabia: y D. Fernando Alonso, Don

Juan, D. Luis y doña Leonor, en su segunda esposa doña Juana, hija de Simon conde de Ponthieu y biznieta de Luis VII rey de Francia.

Sin perjuicio de estendernos en mas ámplios detalles respecto á las conquistas de Córdoba, Jaen y Sevilla, y á los hechos particulares de Fernando III *el Santo*, en las historias particulares de cada una de estas provincias, no queremos terminar el rápido bosquejo que acabamos de hacer de aquellos memorables sucesos y de la vida del gran rey vencedor de los *moros*, sin consignar dos curiosas particularidades referentes á él, que las crónicas cristianas dejaron pasar desapercibidas, y que los autores musulmanes apuntan en sus libros.

Hélas aquí:

«Alfonso tuvo por sucesor en el trono (Historia de los reyes cristianos de España, por *Ibn-Khaldun*. Dozy, *Recherches*, t.° 1. p. 117) á su hijo Fernando (San Fernando) apellidado el VIEJO, que ganó Córdoba y Sevilla á los musulmanes.»

El mismo historiador (p. 115 de la obra citada) dice: «Léese en las crónicas de los Almohades, que en tiempos de Almanzor Yakub, hijo de Yussuf ibn-Abd-el-Mumen, reinaban tres reyes entre los cristianos; Alfonso (VIII de Castilla), el BABOSO (Alfonso IX de Leon) é Ibn-Henri (hijo de Enrique de Borgoña)»

Este Alfonso IX, el BABOSO, fué, como es sabido, el padre de San Fernando. Ahora bien; hé aquí lo que dice Dozy acerca de este particular:

«Dábase en la Edad media á este apodo (BABOSO

un sentido mucho mas injurioso que el que le damos en el dia; era sinónimo de *loco* porque los locos babean con frecuencia. Los españoles daban, pues, el epiteto de *loco* á D. Alfonso IX de Leon, cosa que sabemos solo por los autores arábigos que nos han conservado los apodos que se daban á los reyes cristianos: los cronistas latinos se abstenian de consignarlos en sus libros ya fuese por consideciones fáciles de comprender, ya porque temiesen faltar al respeto que se debe á la historia. ¿Merecia, Alfonso, aquel épiteto? ¿Tenia realmente el cerebro trastornado? El cronista latino de aquella época, Lucas de Tuy, no lo dice; verdad es que escribiendo en el reinado del hijo del *Baboso*, no podia espresarse con franqueza en este punto. Empero lo que no dice lo indica de una manera embozada. Habla de Alfonso como de un hombre cuyos jestos, cuando estaba á caballo y armado para entrar en batalla, espresaban mas bien la ferocidad que el valor. Propenso á encolerizarse su voz entonces se parecia al rujido del leon; pero se apaciguaba muy pronto y se mostraba el mas afable de los hombres. Hé aquí todo cuanto Lucas de Tuy podia decir sin faltar al respeto debido al rey; mas estas palabras son bastante significativas.»

Haremos notar que los epitetos con que se señalaba á Alfonso IX de Leon y á Fernando III, no les fueron dados por los musulmanes, sino por los cristianos segun se desprende de la narracion de Ibn-Kaldun, puesto que este historiador no pone ambos vocablos en lengua arábiga, sino en la vul-

gar que á la sazon se hablaba en Castilla.

El mismo año de la muerte de Fernando III, falleció, el 1.° de diciembre en Melun, su tia Blanca de Castilla, viuda de Luis VIII, madre de San Luis rey de Francia y regente del reino durante la larga y dolorosa peregrinacion de su hijo en el Egipto. Blanca de Castilla, hermana de la discreta y magnánima doña Berenguela madre de San Fernando, fué «mujer tierna y enérgica, piadosa y elegante, magnánima y fiel, cuya vida es un testimonio de lo que habian hecho del corazon y del espíritu de las mujeres el cristianismo y la caballería.» San Luis la amó como él decia «mas que á ninguna otra criatura mortal,» y se gloriaba de obedecer «á la voluntad de su señora y muy querida madre.»

VI.

Andalucía despues de la expulsion de los moros. Constitucion del reino de Granada. Reinado de D. Alfonso X. 1252 á 1274.

Así como la conquista de Toledo resolvió en favor de los reyes de Castilla y Leon el problema planteado por las armas en Andalucía, entre estos y los príncipes de la raza Árabe, así la rendicion de Sevilla dió por terminado el dominio que la raza Africana venia ejerciendo en ella desde los tiempos de Yussuf ben-Taschfin. Á partir, pues, de la muerte de Fernando III, es decir, desde los primeros albores de la segunda mitad del siglo XIII, la historia de Andalucía cambia completamente de carácter y fisonomía. Ya no es la de un Estado corazon y cabeza del imperio musulman de Occidente; la de un pueblo soberano, libre, feliz é independiente; ni la de una raza original con su carácter propio y sus condiciones fundamentales: no es tampoco la de un país conquistado, ó que lucha por su independencia, ó que se anexiona á otro por la libre volun-

tad de sus pobladores; es la historia de una vasta estension de territorio que se mantuvo largos siglos segregada del gran todo de que formara parte integrante bajo el punto de vista geográfico, en cuya posesion se ha reintegrado aquel á quien de derecho correspondia, y que entra, por consiguiente, á vivir la misma vida de este que se le reincorporó.

Es necesario tener presente, que en la época á que nos referimos, Andalucía habia dejado de pertenecer á la raza Árabe por haberse estinguido esta; que no pertenecia tampoco á sus destructores los moros desde la victoria de las Navas y la conquista de Jaen, Córdoba y Sevilla por las armas castellanas, y que por consiguiente estaba en manos de sus hijos naturales los españoles musulmanes que solo se diferenciaban de los españoles cristianos en el principio religioso. Esta circunstancia especialísima es lo que imprime, como dejamos indicado, un carácter nuevo á su historia que empieza con la segunda mitad del siglo XIII; que obliga á considerarlo bajo otro punto de vista, en todas sus relaciones con la madre pátria á cuyo regazo volvió, y que dá un nuevo aspecto á las guerras de que fué teatro su suelo, convirtiéndolas en civiles, de estranjeras ó de conquista y reconquista, que fueron hasta aquella fecha.

Si la nueva y dilatada fase bajo la que se nos presenta no tiene ni con mucho la originalidad de la que le precedió, es en cambio acaso mas interesante, puesto que vamos á presenciar durante su curso la

laboriosa jestacion de la gran nacionalidad española, tal cual ha llegado hasta nuestros dias. El suelo de Andalucía continuará siendo el vasto palenque donde se discuten y deciden con la palabra y con las armas los destinos de España. Veremos formarse en él la importancia internacional, la influencia política y diplomática que á partir de fines del siglo XV tuvo la corona de Castilla en Europa, y adquiriremos el convencimiento de que esta importancia nació el dia que los reyes de Toledo agregaron á este título el de reyes de Jaen, Córdoba y Sevilla. Admiraremos el fenómeno del desarrollo y perfeccion de la lengua vulgar en España, aquí donde durante cinco siglos y medio se habia hablado el Árabe con esclusion de todo otro idioma. Asistiremos á la creacion, primeras victorias y desastres de la marina militar castellana. Presenciaremos las dos grandes y memorables batallas que decidieron la lucha empeñada desde los albores de la monarquía española entre el trono y la nobleza; en la primera de las cuales quedó vencido aquel por la falta de energia del rey, y esta reducida en la segunda á la impotencia como poder político, por el génio y la entereza de un *fraile*. Contemplaremos el embarque de Colon en el puerto de Palos de Andalucía, y victorearemos su regreso, y con él el anuncio de la existencia de un nuevo mundo desconocido, al parecer, de los hombres desde la época de la creacion, hasta que el gran génio del inmortal genovés borró el dia 8 de octubre de 1492, la leyenda gravada en las columnas de Hércules. Admiraremos

la formacion, desarrollo, grandeza, larga agonía y dramática muerte de un reino tan pequeño por la reducida estension de su territorio como grande por su cultura y por sus hechos, cuyo recuerdo vive y vivirá mientras viva la historia; porque la poesía, su elegante y florido sepulcro, se ha encargado de honrar y eternizar su memoria; veremos, en suma, reconcentrarse en Andalucía bajo el cetro de los reyes de raza española como en los tiempos de Augusto, como en los del glorioso Abderrahman III, todo el interés histórico, toda la cultura, toda la vida y toda la grandeza de España durante los últimos años de la Edad Media y primeros de la moderna.

Dicho se está con esto cuán fértil en acontecimientos estraordinarios es el período histórico en que vamos á entrar, y cuán numerosos, vários é importantes fueron los sucesos en él acaecidos; de tal manera que se hace necesario un criterio muy superior al nuestro para apreciarlos, y dotes de inteligencia de que carecemos para esponerlos con claridad, para ordenarlos y clasificarlos metódicamente, á fin de evitar la confusion que hace ininteligibles las lecciones de la historia. En el convencimiento de nuestra insuficiencia para llenar cumplidamente el objeto que nos hemos propuesto, esplicando los importantes sucesos de este período de la Historia de España bajo la forma dogmática ó filosófica, recurriremos con preferencia al método cronológico y seguiremos con regularidad el curso de los tiempos y de los acontecimientos, por ser el

que está mas á nuestro alcance, y el mas fácil y desembarazado para el historiador; sobre todo cuando, como dejamos dicho en el capítulo I de este tomo, en estos tiempos comienzan á multiplicarse las crónicas españolas, que en cada reinado aparecen escritas por un contemporáneo y muchas veces testigo ocular de los sucesos que refiere.

Dijimos en la página 115 que á partir del triunfo obtenido en 1244 por Mohamed Ebn-al-Ahmar sobre la hueste cristiana que habia invadido las fronteras de sus Estados, pudo darse por resuelta la constitucion del reino de Granada, y que quedó definitivamente confirmada y asegurada en virtud del tratado de Jaen (Abril de 1246) celebrado entre Fernando III y Ebn-al-Ahmar, fundador este último de aquella larga dinastía de reyes que mantuvieron enhiesto hasta 1492 el estandarte del Islam sobre las torres de la Alhambra. Las crónicas de aquellos tiempos hacen el mas cumplido elojio de este ilustrado príncipe, que supo hacer de su pequeño estado, refujio de los musulmanes desterrados de las ciudades conquistadas por las armas cristianas, un reino relativamente poderoso, cuya casi escesiva densidad de poblacion, y la cultura que hizo su asiento en él, mantenia viva la memoria del opulento Califato de Córdoba.

Mohamed I, Ben-al-Ahmar, dicen los cronistas

musulmanes, dotó su reino de leyes sábias; estimuló con generosos prémios el estudio de las letras que tuvieron en él un entendido y decidido protector, y fundó colejios y escuelas cuyos maestros y profesores recompensaba pródigamente. Afanóse en hacer marchar de consuno la prosperidad intelectual y material, fomentando la agricultura, la industria y el comercio; estableciendo franquicias y exenciones en favor de los labradores, industriales y artesanos, ya naturales de su reino, ya procedentes de otros paises que venian á establecerse en él; protejió con marcada predileccion el arte de la seda, que llegó á perfeccionarse en Granada hasta el punto de ser preferida en los mercados á la fabricada en Siria; hizo beneficiar con grande aprovechamiento minas de oro, plata y estaño: por último, visitaba personalmente las aulas en los colegios y escuelas; inspeccionaba los talleres, se mezclaba entre los artistas y alarifes que construian y decoraban el magnífico palacio de la Alhambra; examinaba los baños públicos, los hospicios y los hospitales, y dá audiencia en su Alcázar dos dias en la semana para administrar justicia sin distincion de ricos y pobres. Con un príncipe de tan relevantes prendas y un pueblo tan vivo, intelijente y apasionado por todo lo bello, por todo lo grande como el musulman andaluz que se habia refujiado en Granada—porque es de advertir, repetimos, que las razas Árabe y Africana, si no habian desaparecido totalmente á la sazon, habian perdido toda significacion é influencia;—no es de estrañar que aquel

pequeño Estado tuviere toda la importancia de un reino en condiciones para subsistir rodeado de monarquías interesadas en su ruina é infinitamente superiores á él en estension territorial y en recursos para combatirle hasta su destruccion.

Verdad es, tambien, que Mohamed I poscia entre otras virtudes la de la prudencia y tacto político, y comprendia que no por medio de la guerra sino por los de la paz y de la religiosa observancia de los tratados podia conservar su pueblo y su mal segura soberanía. Así que no bien llegó á su noticia el fallecimiento de Fernando III, y la proclamacion de su hijo primojénito Alfonso X, verificada en Sevilla el dia 1.° de Junio de 1252, envió al nuevo rey de Castilla una solemne embajada para darle el pésame y pedirle la renovacion del tratado de amistad y alianza que habia suscrito con su ilustre padre, bajo las mismas condiciones estipuladas en el convenio de Jaen.

A los dos años (1254) mejor empleados por el rey de Granada que por el de Castilla y Leon, puesto que en tanto que el primero vinculaba todos sus afanes en derramar la felicidad por sus estados, el segundo puso en ejecucion una medida económica inmensamente perjudicial para los intereses materiales de sus pueblos, cual fué alterar el valor de la moneda, á pretesto de lo mucho que escaseaba el dinero á consecuencia de las largas guerras anteriores, Alfonso X envió sus cartas á Ben-al-Ahmar, pidiéndole, en cumplimiento del vasallaje de la corona de Castilla en que se habia constituido,

un cuerpo de caballería para auxiliarle en la guerra que tenia que hacer en los distritos de Lebrija, Jerez, Arcos y Medina Sidonia donde habia estallado una sublevacion musulmana escitada por los escasos restos de los moros Almohades que permanecian en Andalucía. Acudió puntualmente Ben-al-Ahmar al frente de un cuerpo selecto de ginetes granadinos y tomó una parte activa con los castellanos en la reconquista de aquellas ciudades y sus distritos.

En este año verificóse en Búrgos el enlace del príncipe Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, Enrique III, á quien sucedió despues, con la infanta de Castilla D.ª Leonor hija de Fernando III y de Juana de Ponthieu. Alfonso X dió á su hermana en dote la Gascuña con todos sus derechos y los condados de Ponthieu y Montreuil heredados por su madre. Como se vé, en estos años la familia real de España estaba emparentada con las de Alemania, Francia y de Inglaterra, abriéndose por este medio nuevos horizontes á la actividad española, cuya política tanto se habia de hacer sentir andando algunos años mas, en Europa.

Muy á los principios de su reinado, D. Alfonso, fiel continuador de los proyectos de su padre contra el África, eterna amenaza contra España, dispuso llevar sus armas á aquella region, á cuyo efecto mandó edificar las Atarazanas de Sevilla donde habian de construirse los buques necesarios para la espedicion. Atajóle por entonces en su propósito una enérjica reclamacion que se vió en la necesi-

dad de hacer al rey Alfonso III de Portugal, sobre ciertas plazas del Algarbe, que al fin le fueron entregadas. Vencido este asunto y la rebelion de la Andalucía meridional, D. Alfonso volvió á insistir en su espedicion á África (1255) á la que por segunda vez tuvo que renunciar, por las mu has complicaciones que con sus ambiciosos proyectos se atraia sobre los brazos.

De aquella contrariedad recibió en el año siguiente, 1256, dos cumplidas satisfacciones. Fué la primera el nacimiento de su primer hijo varon, D. Fernando de la *Cerda* (así llamado por un largo cabello con que nació en el pecho) y la segunda una embajada que recibió, hallándose en Soria con ocasion de celebrar una entrevista con su suegro D. Jaime de Aragon, enviada por la República de Pisa para ofrecerle oficiosamente el sólio del imperio de Alemania, vacante á la sazon por muerte del emperador Guillermo conde de Holanda. Admitió D. Alfonso la investidura, si bien se abstuvo de usar el título toda vez que la República de Pisa carecia de derecho electivo.

El año 1257 fué todavía mas fecundo en acontecimientos de suma entidad para Andalucía. Desde luego verificóse en él de una manera mas lejítima y mas autorizada la eleccion de Alfonso X para la corona de Alemania. Hé aquí condensado en pocas palabras lo mas importante del suceso.

El emperador Guillermo uno de los sucesores de Federico de Suabia, habia muerto, como dejamos dicho anteriormente, en una guerra contra los Fri-

sones, y el jóven *Conradino*, á quien el papa Inocente IV habia prohibido bajo pena de excomunion que le fuera dado el imperio, habia muerto en el cadalso despues de haber perdido la batalla de Tagliacoso. Reuniéronse para dar un sucesor á Guillermo los *siete electores*, tres arzobispos, el rey de Bohemia, el duque de Baviera, el de Sajonia y el margrave de Brandeburgo que tenian, desde hacia mucho tiempo, el derecho de *prelextations* (indicacion) que trasformaron en derecho esclusivo de elejir emperador. Dividiéronse los electores y los unos nombraron, en Francfort, á Ricardo conde de Cornualles hermano del rey Enrique III de Inglaterra y tio del príncipe Eduardo casado con una hermana de D. Alfonso X, y los otros nombraron en Tréveris á Alfonso de Castilla, descendiente de la ilustre dinastía de Suabia, por su madre, Beatriz, primera esposa de Fernando III, hija de Felipe de Suabia y prima hermana de Federico II, emperadores de Alemania. Los primeros dieron posesion á Ricardo de Inglaterra en Aquisgran, y los segundo enviaron una embajada al monarca español participándole su eleccion é instándole para que aceptase una corona que Alfonso X recibió con el mayor júbilo, y que no llegó á ceñir por su conducta v cilante, débil é irresoluta.

Vinieron á distraerle pasageramente de esta preocupacion, que fué la de toda su vida, las apremiantes atenciones del gobierno de sus reinos, y la necesidad cada vez mas imperiosa de acelerar, en cuanto cabia la unidad de sus estados, lanzando de

ellos las reliquias de la raza africana que todavia se enseñoreaba del Algarbe y de una porcion de territorio en la Andalucía Occidental. En efecto; á poco de recibida la embajada de los príncipes electores de Alemania, reunió un ejército para hacer la guerra á los Almohades que se habian reconcentrado y fortificado en los paises de que queda hecha reciente mencion. A fin de activar las operaciones de la campaña, y dar á su empresa un carácter mas bien nacional que religioso, llamó en su auxilio por segunda vez á Ben-al-Ahmar invitándole á combatir al enemigo comun. El rey de Gradada expidió órdenes terminantes á sus walies y en particular á las de Málaga, los Beni-Escaliolas para que se le incorporasen con sus repectivas banderas, y formada la hueste marchó con ella á reunirse á Alfonso X, quien dió principio á la campaña talando el pais de Schaltis y sitiando la importante ciudad de Niebla. Lo récio de los muros de la plaza y la numerosa guarnicion que se amparaba en ella detuvieron nueve meses al ejército cristiano; hasta que el hambre y la ninguna esperanza de recibir socorro de fuera obligaron al wali de la plaza á pedir capitulacion. Concedióselo Alfonso X con tanta generosidad, que no solo aceptó las condiciones que el general Almoravide, Ebn-Obeid, le propuso, sinó que otorgó á este el señorio de *la Algaba* de Sevilla, la *Huerta del Rey*, y el diezmo del aceite del Aljarafe que producia una pingüe renta. A este precio, Alfonso tomó posesion de todo el Algarbe, y de las ciudades de Huelva, Niebla, Schaloyan, Serpa,

Mora, Alaucin, Tabira, Faro, Saule é Inibos.

Esta importante conquista, asi como la fortuna con que Alfonso X habia vencido, tres años antes, la rebelion de los musulmanes de las comarcas de Jerez y Sidonia, alarmaron al rey de Granada, que veia en la desmedida extension de poder que adquirian los cristianos en Andalucia un peligro eminente para la seguridad de sus propios estados. Así que dispuso, para estar en situacion de hacer frente á cualquiera contingencia, poner en estado de defensa todas las plazas fuertes de su reino. A fin de acelerar los trabajos de fortificacion y allanar con facilidad todos los obstáculos que se opusieran al cumplimiento de sus órdenes, dispuso visitar las plazas mas importantes y donde su presencia se hiciese mas necesaria. Recorrió, pues los distritos y capitales de Guadix, Málaga, Tarifa, Algeciras y Gibraltar. Estando en esta última plaza dirigiendo la reconstruccion de sus murallas, llegáronse á él en secreto enviados de Jerez, Arcos, Sidonia y aun de Murcia á pedirle en nombre de sus representados auxilio y proteccion para levantarse contra los cristianos, cuyo pesado yugo habiase hecho insufrible para los musulmanes, comprometiéndose en pago á reconocerle por soberano. Tentador era el ofrecimiento; mas el prudente Ben-al Ahmar pidió tiempo para pensarlo y ofreció responder lo mas antes posible á la solicitud.

De regreso en Granada juntó el Consejo de Estado, y expuso en él la peticion de los musulmanes súbditos de los reyes cristianos. La mayoría fué de

opinion que se debia acudir en socorro de sus correligionarios; y aprovechar aquella favorable coyuntura para poner coto al engrandecimiento de Alfonso. Aplaudió Mohamed el celo de sus consejeros; pero hizo presente que lo arriesgado de la empresa exigia para no esponerse á una funesta derrota recurrir á las artes de la política antes de comprometerse con las armas. Propuso, pues, que se auxiliase secretamente á los Murcianos, que se facilitasen recursos á los de Jerez, y que se promoviese una sublevacion en el Algarbe, á fin de que estallando la rebelion en tres puntos á la vez y distantes entre sí, el rey Alfonso tuviese que dividir sus fuerzas y dejar desguarnecidas sus posesiones de Andalucía; en cuya situacion los granadinos buscarian un pretesto para romper los tratados que los ligaban al rey de los cristianos y le obligarian á declararles la guerra. Fué aprobado el proyecto de Eben-al-Ahmar, y desde aquel momento se buscaron todos los medios para ponerlo en ejecucion.

Cerca de cuatro años, desde 1299 tardaron los musulmanes en urdir y asegurar el éxito del vasto complot que, dirigido por los granadinos, tenia por objeto sacudir el yugo de los cristianos exterminando á los que vivian entre ellos en tierras de Murcia, de la Andalucía meridional y del Algarbe. Cuando todo estuvo dispuesto, en la primavera de 1264, reuniéronse los conjurados con el mayor sijilo, y en un mismo dia y hora estalló la tremenda sublevacion en Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos, Lebrija y otras poblaciones mas ó menos importan-

tes, donde todos los muslimes á una voz y como un solo hombre se lanzaron espada en mano contra sus enemigos entre rujidos de venganza y víctores al emir de los musulmanes Mohamed Ben-al-Ahmar Fué tan general é inesperada la acometida que ni aun las guarniciones de las plazas fuertes se libraron del degüello. En Jerez, fué mas espantosa la carniceria que en otra ciudad alguna, debido á la heróica é inútil resistencia que opusieron las tropas cristianas acaudilladas por el Conde D. Garcia Gomez que tenia la fortaleza por D. Alfonso X. Pocos meses despues, la sublevacion triunfante en todas partes, podia congratularse con la esperanza de haber devuelto la libertad al pueblo musulman. En Murcia, sobre todo, la victoria habia sido completa.

Veintiun años despues, (30 de marzo de 1282,) debia ocurrir en Palermo un suceso análogo, consignado en las páginas de la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

Solo Sevilla y Córdoba permanecieron bajo el dominio de los cristianos; por mas que en la primera de estas ciudades estallara tambien la sublevacion y que los conjurados intentaran apoderarse de la reina de Castilla.

La noticia de aquel alevoso atentado que tantas víctimas inocentes sacrificara, causó la mas viva indignacion á D. Alfonso, hasta el sctremo de obligarle á aplazar el viaje que estaba á punto de emprender á Alemania con objeto de gestionar personalmente cerca del papa y de los príncipes alemanes

la validez de sus derechos y eleccion al trono imperial. En su virtud dió órdenes terminantes y ejecutivas á los caudillos de sus tropas para que combatieran á sangre y fuego y en todas partes la insurreccion, y escribió al rey de Granada mandándole marchar sobre Murcia con un cuerpo de ejército. Escusóse Ben-al-Ahmar alegando el cumplimiento de las obligaciones contraidas con sus pueblos; visto lo cual D. Alfonso mandó á las tropas fronterizas entrar en territorio granadino y tratar como enemigos á sus habitantes.

Ben-al-Ahmar convocó en Granada las banderas musulmanas y los walíes de las provincias de su reino, y salió en busca de los cristianos al frente de un numeroso ejército. No mucho tardó en encontrar al cristiano acaudillado por Alfonso X, en las campiñas de Alcalá de ben-Zayde (Alcalá la Real) donde se empeñó una sangrienta refriega en la que los granadinos quedaron dueños del campo de batalla. Este fué el único combate de importancia que tuvo lugar en esta campaña, que se continuó y terminó con encuentros parciales y diarias escaramuzas que nada resolvieron en definitivo.

Sin embargo; ocurrió en ella un suceso que tuvo no poca influencia en aquella primera y larga guerra empeñada con los cristianos desde la fundacion del reino independiente de Granada; Ben-al-Ahmar, como los últimos califas de Córdoba, como Almanzor, como los emires de las pequeñas dinastías, y en fin, como todos los déspotas musulmano-andaluces, libraba la conservacion de su poder en

los mercenarios africanos con los cuales formaba el nérvio de sus ejércitos. La nobleza andaluza, enemiga irreconciliable en todos tiempos de aquella raza, miraba con enojo la conducta del Emir. Es así que habiendo Ben-al-Ahmar premiado generosamente los servicios que aquellos soldados le prestaron en la campaña de 1262 y manifestádoles, además, una señalada preferencia, los walies de Málaga, de Guadix y de Comares, se dieron por ofendidos y regresaron á sus respectivas provincias con ánimo de apartarse de la obediencia de su señor natural.

A fines del verano de 1263, el rey de Castilla movió sus armas contra los sublevados de Murcia, y el de Granada convocó sus banderas para acudir en auxilio de sus aliados. Negáronse los walíes descontentos á asistir á su rey en aquella campaña alegando livianos pretestos; pero temerosos de las consecuencias de su defeccion, así como anhelando vengar las ofensas que creian haber recibido de su rey, mancomunáronse y juntos enviaron mensajeros á D. Alfonso X, ofreciéndole declararse vasallos suyos bajo la condicion de que los protejiera contra las armas granadinas. Aceptado su ofrecimiento, y trazado en tal virtud un nuevo plan de campaña, los walíes rebeldes entraron en son de guerra en el territorio granadino, en tanto que D. Alfonso, libre por este medio de su mas formidable enemigo, marchó hácia la Andalucía meridional y puso cerco á Jerez.

Cinco meses duró el sitio, al cabo de los cuales

sus defensores pidieron capitulacion que les fué concedida, sin mas condiciones que salvar su vida. Dueño D. Alfonso de la plaza espulsó de ella todo su vecindario musulman. Despues de Jerez rindiéronse bajo las mismas estrechas condiciones Rota, Sanlúcar, Arcos, Sidonia y Lebrija, cuyos habitantes moros tuvieron que espatriarse en masa, pasando los unos á África, y los otros en mayor número se refujiaron en Granada. Por este tiempo una escuadra de galeras castellanas, al mando del Almirante Villamayor, apareció de improviso en las aguas de Cádiz y se apoderó por un atrevido golpe de mano de aquella importante ciudad, que los moros tenian mal defendida confiados en su fortaleza natural.

En tanto que las armas castellanas vencian la rebelion de los moros de Andalucía y estrechaban con rigor al rey de Granada, D. Jaime I de Aragon en virtud de convenios celebrados con su yerno D. Alfonso X, combatia sin tregua los rebeldes de Murcia á quienes arrebató todas sus plazas y ciudades importantes incluso la capital que se rindió por capitulacion. No menos afortunado D. Alfonso, obligó á Ben-al-Ahmar á pedir tréguas que le fueron concedidas bajo las siguientes condiciones: Que el rey de Granada y sus sucesores renunciarian todos sus derechos y pretensiones sobre el reino de Murcia; que el de Castilla romperia su alianza con los walies de Málaga, Guadix y Comares; que Mohamed I pagaria á D. Alfonso X un tributo anual de 50,000 marcos en tiempo de guerra, y que quedaba en la

obligacion de asistir á las córtes que se celebrasen en Castilla. La conquista de Murcia por D. Jaime y la entrega que de este reino hizo á D. Alfonso dejó sin efecto parte de las condiciones de este tratado (1266).

En este mismo año celebráronse los esponsales del príncipe D. Fernando *de la Cerda*, primojénito de D. Alfonso con Blanca, hija de San Luis rey de Francia. D. Fernando tenía á la sazon once años, y Blanca, nacida en Siria durante la primera cruzada de su padre, tenia catorce, lo cual hizo retardar tres años los desposorios. Ambos príncipes descendian al par en línea recta de D. Alfonso VIII de Castilla.

La union de las armas castellanas y aragonesas, y la cordial inteligencia que reinara entre los dos mas poderosos reyes cristianos de España para vencer la imponente rebelion de los moros verificada en 1261, así como la inmensa superioridad que el pueblo cristiano tenia adquirida sobre el musulman en Andalucía, hicieron comprender á Mohamed I de Granada lo precario de su situacion, puesto que solo por medio de ardides y á virtud de condescendencia, podia conservar una soberanía que habia dejado de ser independiente de hecho y de derecho. Así que hostigado por lo difícil de las circunstancias y por los clamores de su pueblo que veia cercano el dia de la completa estincion del Islamismo en España, no bien espiró la trégua de tres años que habia concertado con Alfonso X, abrió de nuevo la campaña contra los walíes rebeldes, á quienes no pudo reducir á la obediencia

por las armas ni por las artes de la política.

En el año de 1269, fué Sevilla teatro de un acontecimiento político poco importante de suyo, dada la constitucion del poder público en aquellos tiempos en España, empero que fué causa ó pretesto para grandes y profundas perturbaciones de todo género en el país.

Es el caso, pues, que vino á Sevilla, donde se encontraba la córte castellana, D. Dionisio, hijo de Alfonso III de Portugal y de Beatriz de Castilla, á rogar á su abuelo Alfonso X relevase á su padre del vasallaje y feudo que por los estados del Algarbe prestaba á Castilla. Lo grave de la pretension que envolvia la desmembracion de una parte del territorio de la corona, obligó á D. Alfonso á consultar á los infantes y ricos-hombres de su córte acerca del negocio. Dividiéronse los pareceres; la mayoría por servil condescendencia con el rey votó por que se alzase al rey de Portugal dél feudo y vasallaje que debia al rey de Castilla; pero la minoría se opuso á esta decision, y formuló una protesta en las siguientes palabras pronunciadas por el conde don Nuño Gonzalez de Lara, uno de los mas poderosos magnates castellanos: «*Que vos tiredes, señor, de la corona de vuestros reinos el tributo que el rey de Portugal y su reino son tenudos de vos facer, yo nunca, señor, vos lo aconsejaré.*» A pesar de esta protesta, que desagradó mucho al rey, fuéle alzado el vasallaje al portugués.

Algunos años hacia, desde los últimos del reinado de San Fernando, que la nobleza castellana es-

taba profundamente disgustada con el trono, y acechando una ocasion, un pretesto, que tuviese apariencias de justicia para rebelarse contra él. Este pretesto se lo facilitó el suceso que dejamos mencionado. Así que de sus resultas el conde D. Nuño de Lara regresó á sus estados de Castilla; y reuniendo en Lerma, villa de su señorio, á diez y siete ricos hombres, muchos barones castellanos, y á D. Felipe, hermano del rey, urdió con ellos una tremenda conjuracion que tenia por objeto levantarse en armas contra el rey, en demanda de satisfaccion de los agravios que la nobleza castellana decia haber recibido del monarca.

Hallábase, á la sazon (1271), Alfonso X en Murcia, y en lugar de acudir en persona para reducir á los conjurados en Lerma, recurrió á las negociaciones, con lo cual perdió un tiempo precioso que los nobles ayuntados aprovecharon grandemente. Por último, D. Alfonso regreso á Castilla; mas tuvo la debilidad de entrar en transacciones con D. Nuño, quien le espuso sin rodeos el capítulo de agravios que la nobleza castellana tenia contra él. Siete fueron los puntos fundamentales de aquellas quejas, cuya satisfaccion exijió en términos depresivos para la autoridad real. Satisfizo D. Alfonso la mayor parte de estas demandas; empero, á seguida los nóbles formularon otras nuevas, que tambien satisfizo el rey.

Alentados con la debilidad del monarca, los peticionarios exijieron que las concesiones fuesen ratificadas en Córtes del reino. Tambien fué satisfe-

cha esta peticion por D. Alfonso, que al efecto las congregó en Burgos (1272). Mas ni con esto cesaron las exijencias de los nobles, que buscando nuevos pretestos de disgusto—dado que las verdaderas causas del descontento (que mas adelante apuntaremos), permanecian veladas—se desavinieron completamente con el rey; y usando del derecho que el *Fuero* les concedia (Fuero viejo de Castilla. L. I, T. III, L. III) se *desnaturalizaron*, salieron atropelladamente de Búrgos y de Castilla, y fueron á la Córte del rey de Granada, sin que bastasen á volverlos al buen camino los ruegos que el rey y la reina les dirijieron antes y despues de llevar á cabo su defeccion. Ben-al-Ahmar los recibió con inequívocas muestras de satisfaccion, los colmó de obsequios y agasajos, y los alojó, al infante D. Felipe en el palacio de Abu-Seid, y á los demás nobles tránsfugas en casas principales.

No dió Alfonso X toda la importancia que debiera á aquel acto de incalificable deslealtad de una porcion numerosa de sus grandes vasallos, preocupado como estaba casi esclusivamente con sus pretensiones al imperio de Alemania, tan mal paradas á la sazon, dado que el pontífice Gregorio X, no solo la combatia con mas empeño que ninguno de los Papas sus antecesores, sino que las desechó (1272) resueltamente y con desden, é influia para que los electores del Imperio procediesen á nombrar nuevo emperador. No se desanimó D. Alfonso con tan grave contrariedad, y se propuso abogar en persona por sus derechos ante el mismo Grego-

rio X; á cuyo efecto pidióle una entrevista que el papa le concedió, fijando el punto de reunion en Belcaire, que por su situacion sobre el Ródano, entre España é Italia, parecia el punto mas conveniente para la conferencia.

Ben-al-Ahmar trató de utilizar la estancia de los nobles castellanos en su córte para combatir á los walies rebeldes, á quienes D. Alfonso no podia auxiliar con eficacia, debilitado como se encontraba á resulta de la grave perturbacion en que se encontraban sus reinos. Al efecto dispuso enviar contra ellos una hueste al mando de su hijo y sucesor Mohamed, á la que se unieron en calidad de auxiliares, los trásfugas castellanos. Durante aquella campaña, que no tuvo resultados decisivos para la pacificacion del reino de Granada, amistáronse estrechamente con el príncipe Mohamed el infante D. Felipe y el poderoso magnate D. Nuño de Lara, en tanto que los nobles castellanos que seguian su parcialidad se hacian acreedores á la gratitud de los musulmanes, derramando su sangre en favor de una causa que no era la suya. El mal éxito de aquella guerra y las incesantes gestiones de D. Alfonso á fin de atraer nuevamente á su servicio á sus antiguos vasallos, movieron á Ben-al-Ahmar á pedir auxilios al emperador de Marruecos y Fez, Yakub Abu-Yussuf para que le ayudase á poner término de una vez á la angustiosa situacion en que se encontraba el pueblo musulman, víctima entonces como siempre de sus discordias intestinas.

Mas antes de que le contestase el príncipe de

los Beni-Merines, no pudiendo Ben-al-Ahmar dominar la impaciencia que le atormentaba por reducir á la obediencia los walíes rebeldes, mandó reunir las banderas leales, y puesto al frente de su ejército, de que formaron parte el infante D. Felipe y los nobles cristianos refujiados en su córte, salió á campaña con los brios de un mozo, á pesar de su avanzada edad, que frisaba en los ochenta años. Empero á la media jornada de su capital, camino de Málaga, atacóle un grave accidente, del que falleció á las pocas horas el dia 21 de enero de 1273. Aquel príncipe de tan relevantes prendas habia reinado con gloria durante treinta y seis años. Fué su cadáver conducido á Granada y enterráronlo con estraordinaria pompa en el cementerio general, en un ataud de plata (Casiri).

Terminadas las exequias de Mohamed I, fué aclamado entre las mayores demostraciones de popular regocijo su hijo único Mohamed II, príncipe no menos distinguido por sus grandes merecimientos que eldifunto rey. El primer acto de su gobierno fué proseguir la campaña empezada por su padre contra los walíes rebeldes; y mas afortunado que éste logró alcanzarlos y derrotarlos completamente cerca de Antequera. De regreso en Granada donde fué recibido en triunfo, honró y premió generosamente á los nobles castellanos que le habian acompañado en la guerrera espedicion, y á cuyo esfuerzo debió en gran parte la victoria que coronó sus armas.

Entre tanto D. Alfonso X no cesaba en sus ges-

tiones por atraer de nuevo á su servicio á D. Nuño de Lara y sus parciales. Aviváronse estas gestiones despues del suceso de Antequera, en términos que el rey se ofreció á satisfacer la mayor parte de las pretensiones de aquella altiva nobleza, que se negaba á transijir en tanto no le fueran reconocidas todas. Esta era ya demasiada humillacion para D. Alfonso, que si bien pudo resignarse á que se motejase de débil su proceder para con los vasallos rebeldes, no podia sufrir el desprestigio y casi anulacion en que quedaria el trono, si pasaba por las duras condiciones que le imponian aquellos. En su virtud resolvió recurrir de nuevo á las armas contra el sultan de Granada, para lo cual hizo un llamamiento general á todos sus reinos, y escribió en demanda de auxilio á su suegro D. Jaime de Aragon.

No era sin embargo, tan llano de realizar el propósito que en un momento de justa y arrebatada indignacion hiciera D. Alfonso; porque si bien tenia en su favor la guerra civil que mantenian los walíes rebeldes, y el auxilio del rey de Aragon, Mohamed II podia contar con la cooperacion de los nobles castellanos refugiados en su córte, y con la intervencion que en favor de los musulmanes de España ofreciera á su padre el príncipe de los Beni-Merines de África. Estas consideraciones movieron al prudente rey de Castilla, á intentar por última vez la via de las negociaciones; mas dirijiéndose desde luego y directamente al de Granada á fin de facilitar el arreglo de aquellas lamentables disidencias. Abiertas de nuevo las negociaciones

por medio de la reina y del infante D. Fernando de Castilla, que se encontraban en Córdoba, resultó el acuerdo para celebrar una entrevista en Sevilla entre todos los interesados en dar una solucion satisfactoria á estos asuntos.

En el mes de abril de 1273, dirigiéronse á esta última ciudad, residencia á la sazon de la córte de D. Alfonso, el sultan de Granada Mohamed II, el infante D. Felipe, D. Nuño de Lara, D. Lope Diaz de Haro y demás nobles castellanos. Noticioso de su próxima llegada, salió á recibirlos el rey de Castilla seguido de un brillante y numeroso séquito, y los acompañó hasta Sevilla donde alojó en su própio alcázar al gallardo Mohamed de Granada. Lo que las armas ni los recursos de la política habian podido conseguir en tantos años de contínuo batallar, obtuviéronlo la cortesanía y la afectuosa intimidad en que vivieron durante algun tiempo los dos monarcas rivales. En efecto, ajustaron un tratado de paz y amistad sobre las siguientes bases: renovacion del convenio de Alcalá de Ben-Zaide celebrado entre D. Alfonso X y Mohamend I; obligacion del sultan de Granada de pagar un tributo anual al de Castilla en relevo del contigente de caballería con que Ben-al-Ahmar se obligara á asistir al de Castilla en la guerra; reconocimiento de las mismas franquicias y seguridades á Cristianos y Granadinos en sus tratos comerciales, y, por último, á solicitud de la reina de Castilla, la concesion de un año de trégua á los walies de Málaga, Guadix y Comares; gracia que otorgó muy á su pesar Mohamed II, conocien-

do que aquella peticion llevaba envuelto el pensamiento de dejar encendida en su reino la guerra civil. No pudo D. Alfonso congratularse con un resultado tan lisonjero en lo relativo al segundo, y acaso principal asunto, que motivara aquella entrevista, puesto que á instancias de Mohamed II, tuvo que confirmar lo que ya antes y sin su consentimiento habian otorgado á los nobles disidentes, en los preliminares de aquellas negocianiones, la reina D.ª Violante y el infante D. Fernando en Córdoba; esto es, la satisfaccion á D. Nuño de Lara y sus parciales «en todos sus pleitos y posturas.» De esta manera, pues, el sultan de Granada quedaba vengado del rasgo diplomático con que los monarcas castellanos le habian dejado á la merced de sus rebeldes walies, y los antiguos magnates de Castilla volvieron al servicio de su rey. Firmada la paz y satisfechas, al menos en la apariencia, las altas partes contratantes del resultado de su entrevista, el sultan de Granada regresó á sus estados, acompañándole hasta Marchena los infantes D. Felipe, D. Manuel y D. Enrique, hermanos de D. Alfonso X; y el rey de Castilla creyéndose al fin libre de complicaciones interiores se dirigió á Toledo con objeto de activar los preparativos de su viaje á Belcaire, donde se proponia defender personalmente ante el Papa, sus derechos á la corona imperial de Alemania (1274).

VII.

Desde la Invasion de los Beni-Merines en Andalucia, hasta la muerte de D. Alfonso X.

1274-á-1284.

No bien espiró el plazo de la tregua, que á solicitud de la reina D.ª Violante, otorgara á los walies rebeldes de Málaga, Guadix y Comares, Mohamed II reunió sus banderas leales y puesto á su frente marchó ejecutivamente contra ellos. El éxito de aquella campaña no correspondió á las esperanzas que en ella fundaron los granadinos; así que, llena ya la medida del sufrimiento y perdida la confianza en sus propias fuerzas, Mohamed, renovando la pretension de su padre, se arrojó desatentado en una empresa que tan funesta habia sido en todas las ocasiones para la raza musulmano-andaluza, y que si en esta no llegó á serlo en la medida

que otras veces, debido fué á que la oleada africana se encontró con el pueblo cristiano, ya suficiente robusto para resistir su empuje y obligarla á retroceder.

El Emir de África, Yakub Abu-Yussuf, hijo de Abd-el-Hak fundador del imperio de los Beni-Merines, habiase apoderado en 1269 de Fez y Marruecos despues de dar muerte al postrer Emir de la dinastía Almohade. Consolidado con este suceso su poder estendióse la fama de su grandeza por toda el África, y llegó, como no podia menos de suceder, á España. A este victorioso emperador recurrió, pues, Mohamed II, en solicitud de auxilio, y le envió una solemne embajada para proponerle que se constituyese en mediador de las sangrientas diferencias que existian entre él y sus rebeldes walies, tan perjudiciales al Islamismo cuya destruccion aceleraban en España, como favorables á las armas cristianas vencedoras en todas partes de los musulmanes. A fin de mover su ánimo á aceptar el arbitraje, ofrecióle en pago de sus buenos oficios las importantes plazas de Tarifa y Algeciras, llaves de España en el Estrecho. Yakub se apresuró á aceptar tan ventajosas proposiciones, contestó á Mohamed II en este sentido y comenzó desde luego á hacer grandes preparativos para realizar una empresa, que desde el emperador Almoravide YussufBen-Taschfin, habia sido la mas señalada de cuantas acometieron los Emires africanos que se habian sucedido en el discurso de ciento noventa años.

Al rayar la primavera del de 1275, el princi-

pe de los Beni-Merines salió de Fez para Tánger, punto de reunion señalado á las tribus africanas convocadas para la *Guerra Santa*, y en el cual debia verificarse el embarque del ejército espedicionario. En el entretanto que este se reunia en número suficiente para acometer tan arriesgada empresa, Yakub Abu-Yussuf envió á su hijo Abu-Zeyan al frente de cinco mil ginetes escojidos para tomar posesion de Tarifa y Aljeciras. El jóven caudillo desembarcó en la primera de las dos plazas en el mes de abril de aquel año, y tres dias despues del acto de la toma de posesion en nombre del emperador de Fez y Marruecos, verificó una espedicion por los distritos de Aljeciras y Sidonia hasta las cercanías de Jerez. Cargado de cautivos y despojos, que envió á Mauritania, regresó á Tarifa, y de aquí pasó á Aljeciras, donde se habian reunido el sultan de Granada y los walies rebeldes, despues de haber celebrado una tregua al tener noticias del desembarco de los africanos en las costas de Andalucía.

Desde aquella primera y venturosa correria hasta el mes de agosto permanecieron en suspenso las hostilidades esperando la llegado del Emir, que al fin desembarcó en Tarifa á las diez de la mañana del 15 de aquel mes, al frente de un innumerable enjambre de moros. En el mismo dia pasó á Aljeciras donde permanecian Mohamed II y sus ya dóciles walies, á quienes Yukub Abu-Yussuf reconcilió, al menos en la apariencia.

Realizado el primer objeto de la espedicion, tratóse de llevar á cabo el segundo y mas importante,

que era el reconquistar la Andalucía para la raza musulmana y espulsar de su suelo ó imponer la dura ley del vencedor á los cristianos. Al efecto púsose á discusion en consejo de generales los medios y la manera conducente al propósito, y se convino entre otras cosas, que el ejército aliado granadino-africano se dividiera en tres cuerpos: el primero al mando del Emir Yakub deberia operar en la Andalucía occidental tomando á Sevilla para hacer de esta ciudad la base de sus operaciones; el segundo capitaneado por los walies de Málaga, Guadix y Comares, marcharia sobre la central, teniendo á Córdoba por punto objetivo, y el tercero á las órdenes del sultan de Granada operaria en la oriental haciendo de Jaen el centro de sus operaciones. Como se vé, el plan de la campaña estaba hábilmente combinado dentro de los preceptos del arte de la guerra en aquellos tiempos. El innumerable ejército invasor debia marchar de frente, de Sur á Norte, obrando á manera de una inmensa red barredera, uno de cuyos estremos se apoyaria en el Guadalquivir y el otro en la línea que separa las provincias de Almería y Granada de la de Murcia.

El ejército musulman (dice el *Kartasch menor* de Ben-Abd-el-Halim, en su diario circunstanciado del reinado de Abn-Yussuf-Yakub. Cárlos Romey) avanzó por el territorio de Andalucía y sus tropas se estendieron á manera de un torrente impetuoso ó como un enjambre descomunal de hambrientas langostas. La vanguardia, compuesta de cinco mil ginetes, acaudillados por Abn-Yakub, uno de los

hijos del Emir, se adelantó sin encontrar resistencia hasta Almodóvar en la comarca de Córdoba, y de aquí se corrió por el Este hasta Úbeda y Baeza, dejando un mar de sangre cristiana á sus espaldas, y una inmensa hoguera en la que se consumieron pueblos, aldeas, alquerías y cortijos; en términos, dice el *Kartasch menor*, que no quedó casa sin quemar, árbol que no fuera cortado ni campo sin talar. Llenaron los Beni-Merines sus manos con todo género de despojos, hombres, niños y mugeres cautivos, alhajas y caudales bajo cuyo peso sucumbian las bestias de carga. Veíanse aquellos bárbaros los unos correr hácia adelante con la espada desnuda y la tea encendida, y á los otros retroceder pastoreando inmensos rebaños de potros, bueyes y ovejas y conduciendo largas cuerdas de cautivos, obedeciendo la órden del Emir, que dispusiera la reunion de toda la presa en un solo punto para trasportarla al África. Por espacio de muchas semanas se vió correr paralelo al Guadalquivir, desde su nacimiento hasta la confluencia del Genil un rio de sangre que acarreaba mil despojos de la muerte y la riqueza de las comarcas mas fértiles de Andalucía.

Talado y despoblado el pais, pues sus habitantes, muertos los unos al filo de los sables africanos, esclavos los otros y huyendo los mas, lo dejaron abandonado, el Emir de los musulmanes con noticias que tuvo de haberse puesto en movimiento un ejército cristiano que á marchas forzadas se dirigia hácia Andalucía, renunció á combatir las grandes

ciudades ante las cuales se hubiera visto detenido por los trabajos de un largo sitio, y mandó reconcentrar todas las divisiones en las cercanías de Ecija para esperar al enemigo. Reunido estaba el emperador de Fez y Marruecos con los principales caudillos y jeques de los Beni-Merines para tomar consejo acerca de lo que convenia hacer en aquellas circunstancias, cuando les llegó un correo con la noticia de la próxima llegada del ejército cristiano. En efecto, á los pocos momentos aparecieron las masas de infantería enemiga formadas en dos líneas y seguidas por la caballería. Era la hueste del Adelantado de aquella frontera, conde D. Nuño de Lara, el antiguo motor de la rebelion de los Ricos-hombres castellanos, quien en alas de su bizarra arrogancia no bien avistó los pendones africanos, sin contar los enemigos, sin cuidarse de la enorme desproporcion numérica, se lanzó á la carga como caudillo jamás vencido en el campo de batalla. El Emir de los musulmanes envió sus escuadrones zenetas para contener á los cristianos, y en tanto que unos y otros se acuchillaban gallardamente, la infantería africana se corrió por los flancos de la hueste castellana, y haciendo luego converjer las dos estremidades superiores de sus líneas sobre un punto, y apoyando las inferiores en su caballería formaron un círculo inquebrantable en el centro del cual combatieron largo tiempo y como leones los cristianos, hasta sucumbir todos, salvo un corto número que huyó á la cercana ciudad de Ecija, cada soldado en el puesto que ocupaba. Entre las

víctimas de aquel temerario arrojo se contó al esforzado D. Nuño de Lara con cuatrocientos escuderos de su casa y escolta. La funesta batalla de Ecija, «acaeció, dice el *Kartusch menor*, en sábado del bendito mes de rabi-el-awal, aniversario del nacimiento de nuestro profeta Mahoma (S. S. S.) en el año 674 de la Hejira (8 de setiembre de 1275).» El Emir Abu-Yussuf, envió la cabeza del sin ventura D. Nuño al rey Mohamed de Granada, y cuenta la crónica que al recibirla y contemplar las lividas facciones del antiguo amigo de su padre y suyo, se cubrió el rostro con las manos, y esclamó: «Guala! que no merecia tal muerte mi buen amigo!»

Lo inesperado y tremendo de la invasion de los Beni-Merines en Andalucía habia conmovido hondamente la España toda, que desde la batalla de las Navas y la espulsion de la raza mauritana por las armas de Fernando III y D. Jaime de Aragon, se creia ya libre de tan espantosa calamidad. El príncipe D. Fernando de la Cerda, que gobernaba el reino durante la ausencia de su padre Alfonso X, hizo un llamamiento en Búrgos donde se encontraba, á todos los ricos-hombres y consejos para que acudiesen á la defensa general. Reunida parte de la hueste y despues de dar órden que en el camino se le fuesen incorporando las tropas de los paises que tenia que atravesar, se puso en marcha hácia Andalucía; mas al llegar á Ciudad-Real, enfermó y falleció á fines de agosto, pocos dias antes de la desgraciada batalla de Ecija. Este malogrado prín-

cipe pocos momentos antes de espirar, recomendó *mucho afincadamente* á D. Juan Nuño de Lara, hijo mayor de D. Nuño, á quien esperaba una muerte gloriosa en el campo de batalla, cuidase de su esposa é hijos, y preparáse los medios para que su primogénito Alfonso sucediese en el reino á la muerte de su padre D. Alfonso X.

Entre tanto D. Sancho, hijo segundo de D. Alfonso, bizarro príncipe que á los diez y ocho años se habia señalado por su valor en la guerra, al tener noticia del fallecimiento de su hermano se dirijió á marchas forzadas con su hueste hácia Ciudad-Real, dispuesto á recoger la herencia de don Fernando de la Cerda. Llegado á esta ciudad confederóse inmediatamente con D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, y otros ricos-hombres que supo ganar á su partido, y se hizo reconocer y proclamar *hijo mayor del rey, sucesor y heredero de estos reinos.* Con propósito de mostrarse digno de tan elevado título, dispuso continuar sin pérdida de momento la guerra que el malogro de su hermano dejára en suspenso. Al efecto, púsose en marcha con la hueste castellana hácia Córdoba, dió á D. Lope Diaz de Haro el cargo de defender la frontera, y mandando reforzar las guarniciones y reparar las defensas de las plazas pasó á Sevilla donde dispuso que la armada de Castilla se hiciese á la mar y cruzara por las cercanías del Estrecho para impedir que los Beni-Merines recibiesen socorro de Africa.

En aquellos dias las armas cristianas sufrieron un nuevo descalabro, acompañado de circunstan-

ciasanálogas á las que tanto se señalaron en la derrota de Ecija. El infante D. Sancho, arzobispo de Toledo y hermano de la reina D.ª Violante, con menos prudencia y esperiencia en las armas que animoso corazon, acometió con escasas fuerzas de caballería en las mismas puertas de Martos, (11 de octubre) una division de Africanos que hacia mucho tiempo estaba estragando la comarca de Jaen. El resultado de su temerario arrojo fué el esterminio de sus soldados, y la muerte cruel que recibió, despues de hecho prisionero, de manos de un Granadino, que dirimió con tan bárbara manera la cuestion que se habia suscitado entre Andaluces y Africanos sobre quien dispondria del cautivo. Dos dias despues llegó sobre Jaen D. Lope de Haro con su hueste, sorprendió á los Africanos cerca de Hin-Azahara, y trabó con ellos una refriega sangrienta en la que la victoria quedó indecisa. En aquella accion de guerra comenzó á distinguirse el jóven Alfonso Perez de Guzman, que figura en la galería de los héroes con el sobrenombre de *el Bueno*.

Apesar de sus venturosas y vandálicas correrías por la Andalucía central y de la fortuna que acompañó á sus armas en todos los encuentros, el emperador de Fez y Marruecos no pasó de Ecija, y tuvo que replegarse sobre Aljeciras, sin haber conseguido apoderarse de una sola plaza importante, ni haber poseido mas tierra que la que pisara, ni obtenido mas fruto de su formidable invasion que el cuantioso botin que hizo trasportar á Africa. Comprendió muy á su costa, que habian pasado

para nunca mas volver los tiempos en que la envidiada y codiciada Andalucía estaba á la merced de cualquier raza estrangera que tuviera empeño en apoderarse de ella.

En este estado encontró Alfonso X las cosas de su reino cuando regresó á España de su deplorable entrevista con el Papa en Balcaire. Habia conseguido como único fruto de sus dementes afanes por ceñir sus sienes con la corona de los Emperadores de Alemania, un cruel desengaño y una sangrienta humillacion que le hizo sufrir el pontífice Gregorio X; en tanto que su destino inexorable le arrebataba su hijo primogénito, dejando en su lugar sembrada sobre el suelo de España la funesta semilla de una guerra civil parricida, y en tanto que los feroces Africanos daban muerte gloriosa á su cuñado, arzobispo de Toledo, y al poderoso magnate D. Nuño de Lara. Sin embargo, no se le presentó tan desesperada la situacion de Andalucía, á pesar de encontrar en ella todo el ejército granadino en campaña, y ocupada toda su estremidad sur con una formidable irrupcion de bárbaros mauritanos, merced á las acertadas medidas que habia dictado su hijo D. Sancho para hostilizar sin trégua por mar y tierra á los invasores, y merced al socorro que le enviaba su suegro D. Jaime de Aragon para ayudarle á espulsar la morisma. En Toledo, donde se habia detenido, recibió D. Alfonso mensajeros que le enviaba Abu-Yussuf, pidiéndole una trégua de dos años, que el rey de Castilla se apresuró á suscribir, por mas que la situacion de los Beni-Me-

rines en Aljeciras fuese la mas comprometida, bloqueados como se encontraban por tierra, é incomunicados con el Africa por haberse apoderado la armada española del Estrecho.

Profunda indignacion causó al sultan de Granada aquel concierto llevado á cabo sin haber contado con él; mas comprendiendo que no le era posible mantener la guerra con sus solas fuerzas contra los ejércitos aliados de Castilla y de Aragon, enfrenó su despecho y pidió á D. Alfonso ser comprendido en el convenio. De la misma manera los walies de Málaga, Guadix y Comares disculpándose con que se habian visto obligados por la fuerza á terciar en la pasada guerra, suplicaron al rey de Castilla que los admitiese otra vez en su gracia.

Este fué el resultado de la primera *Guerra Santa*, ó mas bien diremos, pasajera mansion de los Beni-Merines en Andalucía. Duró cinco meses y tres dias, desde el 15 de agosto de 1275 en que desembarcó Abu-Yussuf en Tarifa, hasta el 18 de marzo de 1276 en que regresó á la ciudad de Fez, donde entró el 15 de Schaban del año 674 de la Hejira, ó sea el 2 de febrero de 1276 (Kartasch el Saghyr.)

En cuanto á Mohamed de Granada, víctima de la política falaz de su aliado el Emir de África, y arrepentido demasiado tarde de haberle entregado Tarifa y Aljeciras, llaves de Andalucía, aprovechó los dos años de paz que le proporcionó la tregua asentada entre D. Alfonso y Abu-Yussuf en continuar la obra del embellecimiento de Granada, empezada y tan adelantada por su padre, y en fomen-

tar el desarrollo de la cultura y riqueza moral y material de su pueblo. Poeta y orador distinguido, Mohamed, hizo de su alcázar una academia donde concurrian los hombres mas doctos de Andalucía filósofos, literatos, médicos, astrónomos y cuantos hombres cultivaban con provecho las ciencias y las letras. Así aquel pequeño reino olvidado del mundo entero en medio de sus pintorescas sierras se habia convertido en un templo donde se refugiaran los restos de aquella sábia y brillante cultura del califato de Córdoba; en tanto que el eterno é irreconciliable enemigo de aquella egréjia y desgraciada raza árabe-andaluza, el reino de Castilla, cualquiera de cuyas provincias media mas estension territorial que los estados que se mantenian fieles al hijo de Ben-al-Ahmar, hervia en discordias intestinas, que arrancando del seno de la familia real se propagaban por todos los ámbitos de la monarquía.

En efecto, la ambicion de gloria que atormentaba al infante D. Sancho mantenia al reino todo en un estado de inquietud que anunciaba dias de grave perturbacion. No bien ajustadas las treguas entre su padre y el Emperador de Marruecos, acudió desalado á Toledo para solicitar del rey que lo declarase su inmediato sucesor, con esclusion de los hijos de su hermano D. Fernando de la Cerda. Vaciló D. Alfonso en asentir á los deseos de su hijo, dado que ya tenia fijado en su célebre código de las Partidas el órden de sucesion á la corona con arreglo al derecho romano, por el cual el príncipe muer-

to traspasa todos sus derechos á la persona de sus hijos. Empero, de un lado el no ser todavia ley en Castilla, y del otro hostigado por las instancias de su hermano el infante D. Manuel, del señor de Vizcaya D. Lope Diaz de Haro y aceptando el dictámen de su consejo, asintió á la pretension de su hijo segundo, y convocando córtes en Segovia hizo reconocer y jurar en ellas á D. Sancho sucesor y heredero del trono de Castilla (1276).

Motivo fué esta declaracion de sérios disturbios interiores y de graves complicaciones con Francia, cuya relacion omitimos por no haberse hecho sentir las unas ni las otras en Andalucía. Afortunadamente fueron dominadas por el momento, gracias á la eficaz intervencion en este asunto del papa Juan XXI y de su sucesor Nicolás III.

En tanto que aquellos lamentables sucesos traian desasosegado el reino de Castilla, la fé púnica de los africanos volvió á encender la guerra en Andalucía. El emperador de Marruecos atropellando el convenio firmado en el año anterior con D. Alfonso, desembarcó en junio de 1277 en Aljeciras, y se dirigió con numerosa hueste á Ronda; donde se le incorporaron al frente de sus respectivas banderas los walies de Málaga y Guadix. Con ellos marchó sobre Sevilla ante cuyos muros puso sus reales el dia 22 de julio, con ánimo de apoderarse de tan importante ciudad. No bien tuvo noticia D. Alfonso de la perfidia del Emir que poco tiempo antes habia solicitado una tregua para salvarse de la dificil situacion en que se veia comprometido, llénose de

justa saña y dispuso salir ejecutivamente á combatir al perjuro invasor. Reunida la hueste marchó en busca de los Beni-Merines á quienes avistó en las orillas del Guadalquivir. Ambos ejércitos se dispusieron para la batalla. «El de los cristianos (dice el *Kartasch menor* única crónica que da noticia de la campaña de 1277, no referida por Conde ni por ningun autor español, que sepamos) se escuadronó en vistosa formacion. Sus guerreros lucian bruñidos cascos, cotas de malla completas y blandian espadas que relampagueaban heridas por los rayos del sol. Los musulmanes se llenaron de temor ante aquel marcial aparato; empero los reanimó y fortaleció el Emir. Empeñada la refriega (13 de agosto) Dios concedió el laurel de la victoria á los fieles.» El rey D. Alfonso se refugió en Sevilla donde se preparó para sostener un sitio. El Emir se desentendió de él, y marchó sobre Alcalá de Guadaira cuyo pueblo y fortaleza tomó por asalto. De Alcalá retrocedió hácia Jerez en cuyo distrito se le unió el rey de Granada. Juntos revolvieron sobre Córdoba que intentaron ocupar por fuerza de armas. Perdida la esperanza de conquistar la antigua córte del Califato dirijiéronse sobre Jaen, cuyas tierras talaron é incendiaron. Hallándose en Baeza el Emir de los musulmanes recibió cartas y mensajeros de Alfonso, pidiéndole la paz. Concedióscla Yussuf de acuerdo con el rey de Granada, y ajustaron un tratado que fué ratificado en Aljeciras á fines de Ramadan del año 676 (Febrero 1278).

Esta es la sucinta narracion de la campaña de

1277, de la cual, repetimos, no dan noticia Conde ni las crónicas españolas, pero que tenemos por cierta no solo en atencion al crédito que merece el historiador magrebino que la refiere, sino porque en aquel mismo año D. Alfonso X tomó la iniciativa en una nueva guerra entre cristianos y moros, y la inauguró con un hecho de armas, que si bien desgraciado y decisivo para aquella campaña, revela que el suceso pasado le habia abierto los ojos sobre la verdadera situacion de su reino en sus relaciones con la raza africana. Es así que no podia ocultarse á la clara inteligencia de aquel monarca, tan digno de mejores tiempos, que Andalucía no se consideraría completamente protejida y resguardada de nuevas invasiones procedentes de África en tanto que sus plazas fuertes sobre el Estrecho estuviesen en poder de los reyes mauritanos, que encontraban en ellas toda la comodidad y toda la seguridad necesaria para verificar sus irrupciones en la Península; dado que carecian de una marina militar suficientemente respetable para trasladar en poco tiempo y facilitar el desembarco de los innumerables ejércitos con que aseguraban el éxito de sus empresas en Andalucía. En tal virtud se propuso conquistar aquellas plazas como preliminar indispensable para llevar á cabo la definitiva espulsion de la raza musulmana enseñoreada todavía de una parte del territorio español.

Al efecto, mandó aparejar en los puertos de sus reinos cuantas naves de guerra estuviesen disponibles para hacerse á la mar. Reuniéronse estas en

número considerable, pues ascendia á 24 buques de gran porte, 80 galeras armadas para la guerra y un enjambre de barcos lijeros. En tanto que se disponia esta escuadra, verdaderamente formidable para Castilla en aquellos tiempos, reuníase en Sevilla un ejército numeroso cuyo mando confió el rey al infante D. Pedro, su hijo tercero.

A principios del verano de 1278 las aguas de Aljeciras y las cercanías de la ciudad se vieron cubiertas de naves y de tropas de tierra, que establecieron un estrecho cerco sobre la plaza. Trascurrieron muchos meses de infructuosos ataques, pero de tan apretado bloqueo que el vecindario y la guarnicion musulmana de Aljeciras se vieron reducidos á los estremos de la desesperacion, por falta de víveres y de todo auxilio humano. No era ciertamente mejor la situacion de las fuerzas sitiadoras. A los escesivos calores de la estacion en aquel abrasado clima, y á la falta casi total de dinero y de vitualla en el campamento vino á agregarse una mortífera epidemia que se declaró en la escuadra. A fin de contener sus estragos se dispuso que las tripulaciones desembarcasen en la playa con lo cual la peste invadió tambien los reales castellanos. Tantas privaciones y miserias causaron una horrorosa mortandad en los sitiadores, que comenzaban á desesperar del éxito de la empresa, cuando un suceso doloroso é inesperado aceleró el desenlace de aquella funesta situacion.

Noticioso el emperador de Marruecos del miserable estado en que se encontraban la armada y el

ejército cristiano así como del aprieto en que se encontraba la plaza,—que no pudo socorrer cuando fué requerido al efecto, á causa de los grandes temporales que durante mucho tiempo tuvieron interceptado el Estrecho—dispuso, en cuanto abonanzó el tiempo, que su hijo Yussuf pasase á Tánger donde se habilitó una flota de veinticuatro galeras, con las que el príncipe africano cayó de improviso sobre las casi abandonadas naves castellanas, que fueron todas quemadas ó apresadas con muerte de su escasa y enferma tripulacion. Entre los pocos marinos cristianos que los moros hicieron prisioneros se contaron el almirante, un pariente del rey de Castilla, el príncipe de Bayona y varios capitanes principales. Este desastre marítimo y el incendio de los reales castellanos que los africanos realizaron á seguida de la destruccion de la escuadra, obligaron al infante D. Pedro á levantar apresuradamente el sitio (julio de 1279) y á huir dejando abandonados los bagajes á la rapacidad del enemigo. Tal fué el desenlace de aquella la mas importante empresa naval y militar que D. Alfonso X acometió contra los moros en los años de su reinado.

En el año siguiente, 1280, el sultan de Granada, juzgando la situacion favorable á sus miras con e duro quebranto que las armas cristianas habian sufrido delante de los muros de Aljeciras, abrió la campaña entrando por los estados del de Castilla en Andalucía y haciendo víctimas de sus depredaciones las comarcas de Ecija y Córdoba. D. Alfonso acudió en persona al frente de una hueste para rechazar á

los granadinos; mas habiendo adolecido de la vista entregó el mando á su hijo D. Sancho. Esta campaña no fué menos desgraciada que la del año anterior para las armas cristianas; pues habiendo caido D. Sancho con su ejército en una emboscada los granadinos le mataron mas de tres mil soldados y entre ellos muchos caballeros principales.

Entre tanto el rey Felipe de Francia, enojado por el desheredamiento de sus sobrinos los infantes de la Cerda, hijos de su hermana Blanca y del malogrado primogénito de D. Alfonso, se disponia á renovar las hostilidades contra Castilla, cuando por nueva intervencion del pontífice ambos reyes convinieron en desagraviarse mútuamente, para lo cual acordaron celebrar una entrevista en Bayona. El resultado de aquellas conferencias fué, que don Alonso X, abuelo de los infantes de la Cerda, concedió al mayor D. Alfonso el reino de Jaen, con la obligacion de hacerle pleito homenaje por él como á su soberano. Felipe de Francia, aceptó la cesion en nombre de su sobrino, y en tal virtud se firmó el tratado que debia garantizar la ejecucion del convenio.

Mas el infante D. Sancho, considerando aquella cesion como atentatoria á la integridad del reino que estaba llamado á heredar de su padre, se opuso á su ejecucion, protestando tumultuariamente en union de sus muchos parciales contra el tratado de Bayona. Enconáronse mas y mas los ánimos; menudearon los tratos y conferencias entre los conjurados y los reyes de Portugal y Granada que espera-

ban obtener ventajas de las discordias que agitaban el reino de Castilla, y preparábase, en fin, el total rompimiento entre el padre y el hijo, que tantas calamidades habia de ocasionar á Castilla.

La campaña que en 1281 abrió el rey D. Alfonso contra los Granadinos aplazó por poco tiempo el suceso de la guerra civil que ya se consideraba como inevitable. Tan desgraciados como en las dos anteriores, los cristianos que acaudillados por don Alfonso y D. Sancho se acercaron á las puertas de Granada fueron completamente derrotados por Mohamed II (junio) y regresaron á Córdoba sin haber sacado provecho alguno de esta jornada.

«Desde este tiempo, dice un historiador moderno, subieron de punto los errores y desaciertos de Alfonso X de Castilla, errores que acabaron de enajenarle las voluntades de sus vasallos, ya no muy satisfechos de su gobierno, que le atrajeron los enemigos de su hijo y heredero D. Sancho, y que ocasionaron grandes discordias y perturbaciones en el país, y que costaron la corona y la vida á un monarca que mereció el dictado de Sábio, pero que habia empleado su sabiduría mas en el conocimiento de las cosas de los astros que en el de los hombres que aquí en la tierra tenia que regir y gobernar.»

Con el fin de atajar los males que afligian á su reino y prevenir los mayores que se veian en cercana perspectiva, D. Alonso convocó córtes en Sevilla (1281). Mas esta asamblea fué un nuevo combustible echado á la hoguera; dado que en ella jer-

minaron nuevos resentimientos entre el padre y el hijo. Por último, tras visicitudes mil, cuya narracion no es de este lugar, D. Sancho se declaró en abierta rebeldía contra su padre, y se hizo proclamar rey en las córtes que de su propia autoridad convocó en Valladolid (1282), donde concurrió toda la nobleza castellana y leonesa.

Apurados, por parte de D. Alfonso, todos los medios conciliadores, reunió su consejo en Sevilla, y ante este y el pueblo llamado á presenciar el acto, declaró desheredado de la corona á su hijo D. Sancho, y lo escomulgó por impío, parricida, rebelde y contumaz; (Zurita. A. de Aragon).

D. Sancho se desentendió de aquella escomunion; y D. Alfonso reducido á la sola ciudad de Sevilla, abandonado de todos los príncipes de la cristiandad á quienes habia implorado infructuosamente, y privado hasta de medios para atender al decoro de su persona, recurrió al estremo de solicitar la alianza del emperador de Fez y Marruecos, y le remitió su corona para que sobre ella le prestase alguna cantidad. El Emir de los musulmanes le envió sesenta mil doblas de oro y con ellas la promesa de acudir en su socorro.

Sobresaltado D. Sancho con aquella alianza que amenazaba producir una larga guerra civil en España, solicitó con premura la del sultan de Granada, ofreciéndole el fuerte de Arenas por prenda de su palabra. Aceptóla Mohamed II, y en una entrevista que tuvo en Priego con el príncipe rebelde, rati-

ficaron aquella alianza y trazaron el plan de la campaña.

En julio de 1282, desembarcó Abu-Yussuf Yakub, en Aljeciras (Kartasch menor) y continuó su marcha hasta Zahara. Acudió D. Alfonso á esta ciudad para estrechar su alianza con el emperador de Marruecos, y convenidos los dos soberanos marchó unida al ejército africano la corta hueste cristiana sobre Córdoba, donde se habia hecho fuerte D. Sancho. Al mes de puesto el sitio tuvieron que levantarlo noticiosos de la aproximacion de un numeroso ejército granadino que acudia en socorro de la plaza. El cristiano-africano se retiró talando las cercanías de Andújar y Jaen; fué alcanzado y derrotado cerca de Úbeda por Mohamed II, despues de cuyo descalabro D. Alfonso regresó á Sevilla y el Emir retrocedió sobre Aljeciras.

En abril de 1283, el Emir, resentido de la derrota que le hiciera sufrir el sultan de Granada en los campos de Úbeda, pasó á Málaga, tomó á Kartama, Schil y otros castillosdel reino de Granada, y se disponia á continuar la guerra contra Mohamed, cuando este recurrió para conjurar la tormenta que se cernia sobre sus estados á la mediacion del príncipe Yussuf, hijo de Yakub; quien negoció en secreto la paz entre los dos soberanos musulmanes, y recabó de su padre que se desentendiese mañosamente de los granadinos y solo hiciese armas contra los cristianos. En su consecuencia, Yussuf-Yakub, abrió la campaña en territorio de Córdoba contra D. Sancho, á quien derrotó en un encuentro.

Despues de esta victoria dejó la presa y principal bagaje en la fortaleza de Baeza, y marchó á lijera á tierra de Toledo, cuyos pueblos y campos corrió á hierro y fuego, hecho lo cual se volvió á Aljeciras, cargado de despojos y cautivos. Durante esta campaña, no solo respetó los estados del rey de Granada, sino que impidió que la hueste de D. Alfonso causase en ellos el menor desman. Sospechando los castellanos alguna alevosía de parte del Emir, abandonaron sus reales y se volvieron á Sevilla, donde infundieron en el ánimo de D. Alfonso sus propias inquietudes acerca de los tratos secretos entre el emperador de Marruecos y el rey de Granada.

Dióles oido D. Alfonso, y en este sentido escribió al Emir de los musulmanes. Yakub se disculpó, y en prueba de la lealtad con que habia suscrito á la alianza le ofreció abrir de nuevo la campaña contra todos sus enemigos. Mas la proximidad del otoño y los negocios de su gobierno en Africa le retrajeron de cumplir el ofrecimiento, en cuya virtud, desde Aljeciras regresó á la Mauritania en octubre de 1283 (Kartasch el Sahir).

Pocos meses despues, en abril de 1284, falleció en Sevilla D. Alfonso X, á los 62 años de edad, y 32 de reinado. Diéronle sepultura en la iglesia de Santa María, junto al rey D. Fernando, su padre, segun él lo dejara dispuesto.

Fué D. Alfonso X, mas conocido con el nombre antonomástico de *El Rey Sábio*, uno de los mayores monarcas que tuvo España, considerándolo como

legislador, filósofo, historiador, matemático, astrónomo y poeta. Dedicado desde sus mas tiernos años á estudios fundamentales, y versado en cuantas ciencias se conocian á la sazon, dió á España un vigoroso impulso por el camino de la cultura intelectual. Fomentó la universidad de Salamanca, creada por su abuelo D. Alfonso IX, estableciendo en ella cátedras de derecho civil, dos de canónico, otras dos de filosofía y una de música, cuyos profesores dotó generosamente. Como filósofo, supónenle autor de un tratado de filosofía intitulado *El Tesoro*; como historiador, compuso la *Crónica general de España*, una de las joyas literarias de nuestra nacion; como matemático y astrónomo tomó una parte principal en la formacion de las *Tablas Astronómicas* llamadas de su nombre, *Alfonsinas*; como poeta, mostró gran copia de erudicion, atildado y galano decir en sus *cántigas* y en sus *querellas*. Y en estas, como en todas sus obras escritas, es forzoso concederle el envidiable mérito de haber creado la prosa castellana ano esta descolorida prosa de nuestros dias falta de carácter y de individualidad, que con harta frecuencia es pura y simplemente el idioma francés traducido palabra por palabra al español; sino la verdadera prosa castellana, la de los buenos tiempos antiguos, prosa que espresa con tanta fidelidad el carácter español; prosa, en fin, sonora, armoniosa, rica, grave, noble y sencilla al mismo tiempo;— y esto en un tiempo en que los demás pueblos de Europa, sin esceptuar los italianos, estaban muy le-

jos todavia de haber producido una obra que se recomendase por su buen estilo.» (Dozy. *Recherches*, p. 384.)

Por último, como lejislador, y en esto se funda su mayor gloria, «estableció la unidad del derecho, tan necesaria ya á un Estado que habia dado tan grandes pasos hacia la unidad material, con el *Fuero Real de España*, coleccion legislativa interesante y útil como obra de actualidad y de inmediata aplicacion; y terminó y dejó á la nacion como un precioso regalo para el porvenir, el célebre código de las *Siete Partidas*, la obra mas grande y colosal de la edad media, y el monumento que nos asombra todavia al cabo del trascurso de seis siglos.» (Lafuente).

Precisamente en esta envidiable gloria que como legislador se conquistó entre sus contemporáneos y en la posteridad el *Rey Sábio*, encontramos nosotros la causa secreta pero verdadera del descontento y de la rebelion que por los años de 1270 estalló en Castilla contra D. Alfonso X.

Opinamos, pues, que no hay que atribuir precisamente aquellas profundas alteraciones en el reino, aquella incalificable defeccion que teniendo el enemigo en frente cometió la nobleza castellana, á la alteracion de la moneda decretada con acuerdo de las cortes en dos ocasiones por D. Alfonso; ni á la renuncia que hizo en el príncipe Eduardo, hijo del rey Enrique III de Inglaterra, con motivo de su casamiento con la infanta D.ª Leonor su hermana (1294), de todos los derechos que tuviera ó pudiera tener al ducado de Gascuña, que pertenecia á la

corona de Castilla desde el matrimonio de la princesa Leonor de Inglaterra con D. Alfonso VIII; ni á la donacion que por los años de 1265 hizo á su hija bastarda D.ª Beatriz, casada con el infante Don Dionisio de Portugal, del dominio y jurisdiccion del Algarbe, á título de feudo, de que mas tarde, en 1269, quedaron relevados por voluntad espresa del rey de Castilla; ni á sus legítimas pretensiones al imperio de Alemania, que mantuvieron á España falta de gobierno durante muchos años, y la empobrecieron con el mucho oro que de ella sacó el rey de Castilla para cohechar en Roma y comprar en Alemania votos favorables á su eleccion; ni á la cesion que del reino de Jaen hizo á su nieto el infante de la Cerda para desarmar al rey Felipe de Francia, tio materno de los príncipes desheredados; á ninguno de estos motivos, en fin, que, cuando mas pudieron servir de liviano pretesto á una trascendentalísima rebelion, que andando el tiempo acabó por atraer á sus miras al príncipe declarado heredero de la corona de Castilla, sino á la publicacion del *Fuero del Libro*, ó *Fuero Real*, que en 1259 dió D. Alfonso X á los Consejos de Castilla, para anular con él todos los fueros municipales que venian sirviendo de regla y norma en los tribunales de Castilla.

«Sintieron desde luego los Nobles é Hijosdalgos castellanos, (Asso y Manuel. Discurso preliminar al Fuero Viejo de Castilla) el que por estas disposiciones se les despojase de sus antiguas leyes, y lo resistieron con empeño hasta que en el año 1270

hicieron el último esfuerzo para oponerse á su ejecucion, reuniéndose ya amotinados y conjurados contra la magestad en la villa de Lerma. Hubo entre el rey D. Alfonso X y el estado noble de Castilla bastantes motivos de resentimiento; hasta que convencido el primero de las fatales consecuencias que amenazaban á sus Estados, á pesar de lo opuesto que desde el dia de su coronacion se habia manifestado á los privilegios y exenciones que gozaba la nobleza castellana, se avino á restituir á los Hijosdalgos de Castilla sus antiguas leyes y *Fuero*, conforme lo gozaban en los tiempos de D. Alfonso el Noble y de su Santo padre D. Fernando.»

Debemos advertir que el *Fuero Real*, cuya publicacion causó tan lamentables perturbaciones en el reino, fué adoptado desde luego y sin resistencia en Sevilla, Córdoba, Jaen, y en toda la Andalucía cristiana.

VIII.

Definitiva espulsion de la raza Mauritana de Andalucía. Reinado de D. Sancho el Bravo.

1284 á 1295.

Al morir D. Alfonso X dejó, por sus dos testamentos hechos en Sevilla, el primero á 8 de Noviembre de 1283, y el segundo á 22 de enero de 1284, por herederos de todos sus reinos á los infantes de la Cerda D. Alfonso y D. Fernando sus nietos; derogando, por consiguiente, la declaracion que hiciera en favor de su hijo D. Sancho ántes de que se levantara en armas contra él. Sin embargo, asegúrase que le perdonó poco ántes de su fallecimiento. De todas maneras, es evidente que ratificó sus primeras disposiciones testamentarias, puesto que dejó los reinos de Sevilla y Badajoz á su hijo el infante D. Juan, y el de Murcia á D. Jaime, con obligacion de reconocerse vasallos del rey de Castilla.

Hallábase D. Sancho en Ávila cuando recibió la

nueva del fallecimiento de su padre. Manifestó gran desconsuelo, lo cual no le impidió pasar inmediatamente á Toledo, donde desentendiéndose del testamento y última voluntad de D. Alfonso, se hizo jurar rey de Castilla y de Leon (Abril de 1284.) Terminada la ceremonia de la jura, dirijióse sobre Sevilla, de cuyo reino el infante D. Juan, su hermano, habia tomado posesion. La sola presencia de D. Sancho bastó para despojar al infante de su soberanía, y el rey hizo su entrada en Sevilla en medio de las aclamaciones del pueblo.

En esta ciudad recibió una embajada granadina que venia á felicitarle en nombre de Mohamed II, su antiguo amigo y aliado. No muchos dias despues llegó el caudillo Merinita Abd-el-Hac, con cartas del emperador de Marruecos, en las que el Emir de los Musulmanes brindaba al nuevo rey de Castilla con la misma amistad y alianza que habia tenido con su padre. D. Sancho recibió con destemplada arrogancia aquel acto de cortesía con que un príncipe Africano mostraba su acatamiento al derecho de gentes, y contestó al enviado: «Decid á vuestro Señor que hasta ahora no me ha hecho la guerra; pero que ni la temo ni la deseo. Que estoy dispuesto á todo, *teniendo en una mano el pan y en la otra el palo*.»

No mucho tardaron en dejarse sentir las consecuencias de aquellas altivas palabras, pues á fines de aquel mismo año el emperador Yussuf desembarcó en Aljeciras con un crecido cuerpo de ejército, y corrió en son de guerra los distritos de Alcalá

de los Gazules, de Sidonia y de Jerez.

D. Sancho habia previsto sin duda este suceso, puesto que algun tiempo ántes de la invasion de los Beni-Merines, habia tomado á su servicio al célebre marino genovés, Miser Benito Zacharias, para que con doce galeras de su bandera tuviese la guarda del Estrecho. Entretanto llegaban, el rey de Castilla reunió los Consejos y milicias que estimaba necesarias para aquella campaña, y puesto á su frente marchó hácia Sevilla con ánimo de poner la ciudad en estado de defensa. Ya en ella no tardó en presentarse en las puertas de la ciudad una formidable division de caballeria musulmana, fuerte de 12,000 hombres, destacada desde los campos de Jerez por el Emir de los Musulmanes, y acaudillada por su hijo Abu-Yakub. A pesar de su número, y merced á una estratagema de que se valió Don Sancho, los Beni-Merines no se atrevieron á atacar la ciudad, y se retiraron á dar cuenta al Emir del mal éxito de su expedicion. Esto visto, el rey de Castilla salió de Sevilla al frente de una crecida hueste de «caballería, así de Cristianos como de «Musulmanes, y partió contra el rey Yussuf, que «tenia estrechamente cercada la ciudad de Jerez. «Noticioso de su llegada, el Emir no quiso aventu«rar una batalla con aquella gente tan osada y con«ducida por un rey *jóven y belicoso, lleno de esperan«zas y sin género de temor*. Así que, Abu-Yussuf le«vantó el sitio y se retiró á Aljeciras.» (Conde. t. 3. c. XII.)

Poco tiempo despues el rey D. Sancho recibió

en Sevilla proposiciones de paz, así del emperador de Fez y Marruecos como del sultan Mohamed II de Granada. Pidió consejo á sus ricos-hombres sobre cual de las dos amistades le convenia aceptar; y como se desaviniesen los pareceres el rey obtó por la de los Beni-Merines, con disgusto del infante D. Juan y de algunos caballeros de su córte, que despechados se retiraron á sus tierras y señoríos, donde muy luego tomaron una actitud sospechosa, que fué orígen de funestas perturbaciones en el reino. En su consecuencia el rey de Castilla y el emperador de Marruecos tuvieron una entrevista en la que ajustaron una trégua de tres años, que costó al de África dos millones de maravedís. Hecho lo cual D. Sancho volvió á Sevilla, donde al poco tiempo su esposa D.ª María de Molina dió á luz un infante (6 diciembre de 1285) á quien se puso por nombre Fernando; y Abu-Yussuf regresó á Algeciras, y «allí enfermó y pasó á la misericordia de Dios el año 685 en la luna de Safer» (1286) Conde, t. 3.° c. XII).

Las tréguas recientemente asentadas entre el rey de Castilla y el emperador de Marruecos se prolongaron mucho mas allá del plazo señalado en el convenio ajustado por ellos. Así que, durante aquellos años las armas cristianas y musulmanas permanecieron en reposo en Andalucía; si bien las discordias civiles y las complicaciones interiores é internacionales no se dieron un momento de descanso así en los Estados de D. Sancho como en los de Mohamed II. La poca influencia que tuvieron las

primeras y la no muy grave trascendencia que tuvieron las segundas en nuestra region, nos obliga á referir muy de lijero aquellos sucesos; limitándonos, por lo tanto, á señalar sus rasgos mas salientes, con objeto solamente de no dejar rezagado ningun acontecimiento importante, visto que todos ellos contribuyeron mas ó menos directamente á la realizacion de los dos grandes hechos históricos de aquel período de la Edad Media en España; estos son, la trabajosa consolidacion del poder real, y la laboriosa formacion de la unidad nacional.

Desembarazado D. Sancho de la guerra con los musulmanes, abrió negociaciones con el rey Felipe el *Hermoso*, para que Francia retirase la proteccion que dispensaba á los infantes de la Cerda, nietos de San Luis y sobrinos del rey de Castilla. Las negociaciones fracasaron por falta de tacto político de los enviados de D. Sancho. A la sazon tuvo principio la privanza de D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, que andando el tiempo adquirió tan desmedido poder que acabó por eclipsar momentáneamente la majestad y persona del rey. Aquella privanza y el rigor con que D. Sancho trató á la nobleza produjeron alteraciones y alzamientos de parte de los ricos-hombres y señores á quienes capitaneaba el infante don Juan, hermano de don Sancho, que tuvieron un sangriento término en las córtes de Alfaro (1288). En la misma sala de las casas del rey, donde se celebraban las sesiones, fué muerto á golpes de espada D. Lope de Haro; mal

herido de mano de D. Sancho, su hermano D. Diego Lopez, y puesto en prision cargado de grillos el infante D. Juan.

Siguióse á esta escandalosa escena una guerra civil, en la cual los nobles descontentos unidos á la familia de Haro, proclamaron por rey de Castilla al infante D. Alfonso de la Cerda, auxiliados por el rey de Aragon, quien hostilizó al de Castilla si bien con poca fortuna. En situacion tan calamitosa continuó el reino hasta 1291, en cuyo año el rey Felipe de Francia renunció en nombre de los infantes de la Cerda todos los derechos de estos al trono de Castilla, obteniendo en compensacion, para el mayor D. Alfonso, el reino de Murcia en el concepto de feudatario de la corona de Castilla. Por otro lado, D. Jaime II, hermano y sucesor de D. Alfonso III de Aragon, propuso á D. Sancho su amistad, lo cual unido á la fortuna é inexorable justicia con que el rey de Castilla combatió y ahogó la rebelion en sus estados, devolvieron la paz al reino, y permitieron al esforzado monarca, con razon llamado el *Bravo*, volver toda su atencion hácia la *guerra del moro*, base principal de la política española en aquella edad.

En tanto que tenian lugar en los reinos cristianos los acontecimientos á que acabamos de aludir, en el musulman de la Península habian acontecido otros muchos sucesos menos graves y de carácter puramente político en sus relaciones con el soberano de Marruecos. Sin embargo, andando el tiempo complicáronse lo bastante para producir la guerra en-

tre Mohamed II de Granada, y Yussuf Abn-Yakub, hijo y sucesor en el imperio Mauritano, de Abu-Yussuf, muerto en 1286.

Resentido el nuevo Emir de los musulmanes de la doblez con que habia procedido en sus tratos el Sultan de Granada, cruzó el Estrecho (1291) al frente de un ejército y desembarcó en Aljeciras. A seguida abrió la campaña por los Estados de su enemigo, y llegó talando la tierra hasta Verger, cuyo cerco formalizó. Resistió la fortaleza el ataque; y en tanto se continuaban las operaciones del sitio, el Sultan de Granada renovó sus pactos de amistad y alianza con D. Sancho el Bravo; quien en su virtud se dispuso á marchar á Andalucía, despues de dar órden á su almirante Benito Zacharias para que con la flota castellana ocupase el Estrecho. Estas nuevas causaron la mas viva inquietud en el ánimo del emperador Abu-Yakub, quien temeroso de que le fuera cortada la retirada á África se dió prisa á levantar el cerco de Verger, y á embarcarse secretamente en Algeciras para Tánger.

En esta ciudad convocó las banderas de las provincias cercanas; y reunido que las hubo en número de doce mil caballos dió órden de aparejar suficientes barcos para conducirlas á Andalucía. Disponiéndose estaba el embarque del ejército espedicionario africano, cuando apareció la flota castellana que á la vista del Emir y de las numerosas fuerzas que tenia reunidas, quemó impunemente todos los barcos sarracenos que habia en la costa de Tánger (1292.) El Emir Abu-Yakub partió ardiendo en

impotente rabia hácia Fez, donde le llamaban atenciones urgentes de su reino.

Alentado con el éxito feliz de las primeras operaciones terrestres y marítimas de aquella campaña, D. Sancho de Castilla resolvió proseguirla con actividad y en mayor escala, acometiendo la empresa intentada por su padre D. Alfonso de arrebatar á los musulmanes todas las plazas que constituian la llave del Estrecho en las costas de Andalucía. Al efecto, mandó armar en los puertos de Galicia y Asturias todos los buques de guerra disponibles, con órden de incorporarse á la flota de Benito Zacharias que cruzaba los mares de Gibraltar, en tanto que el rey, reunida su hueste, llegaba á Sevilla, donde le acompañó la reina, que le seguia en todas sus campañas, y que dió á luz, en aquellos dias, en esta ciudad, al infante D. Felipe.

Terminados los preparativos, decidióse en Consejo de Ricos hombres y capitanes, conquistar la plaza de Tarifa por ser mas fronteriza al Africa y dominar mejor el Estrecho, por mas que el parecer de D. Sancho se inclinase á la de Aljeciras.

Poco despues, el rey Sancho de Castilla (conde t. 3.° C. XII,) fué á poner cerco á Tarifa y la redujo á grande apreto combatiéndola sin cesar con muchas máquinas é injenios por mar y tierra; y aunque los de la ciudad la defendian bien, al fin la entró por fuerza de armas causando gran matanza en los musulmanes.» (21 de setiembre de 1292.)

Con la posesion de tan importante plaza, y en vista de la proximidad de la mala estacion, D. San-

cho resolvió dar por terminada la campaña de aquel año y regresó á Sevilla dejando en ella con una fuerte guarnicion al maestre de Calatrava, D. Rodrigo Perez Ponce, quien se obligó á pagar todos los gastos de su conservacion y defensa, mediante una indemnizacion que le otorgó el rey de dos millones de maravedis por año.

Sin embargo, en la primavera del año siguiente (1293) D. Alonso Perez de Guzman, que se habia enriquecido extraordinariamente, asistiendo al emperador de Marruecos en las guerras que durante los años anteriores habia mantenido con otros príncipes africanos, y que con aquellas riquezas adquiridas en la forma mas usual de aquellos tiempos, esto es, con la punta de la espada, habia comprado grandes territorios en Andalucía que unidos al señorío de Sanlúcar de Barrameda que heredara de sus mayores le constituian en uno de los mas opulentos magnates de la tierra, D. Alfonso de Guzman, repetimos, se ofreció á tener la plaza por el rey de Castilla por la suma anual de seiscientos mil maravedis, ofrecimiento á que suscribió D. Sancho.

Trascurrió aquel año en paz para Andalucía, provincia á quienes no podian afectar las perturbaciones del resto del reino, ni los graves disgustos que aquejaron á la sazon á D. Sancho, promovidos por la turbulenta nobleza castellana y mas principalmente por el incorrejible infante D. Juan, hermano del rey, que perseguido por este se refujió en Portugal, de donde fué espulsado á peticion del monarca de Castilla. Mal aconsejado por la ira, el des-

dichado infante abandonó aquel reino y pasó á Tánger donde ofreció su espada al emperador de Marruecos.

Aceptó sus servicios el Emir; y aun consintió en poner á sus órdenes una hueste africana para que hiciese la guerra al rey de Castilla su hermano, bajo la condicion de que abriria la campaña cercando y reconquistando á Tarifa. Una vez celebrado el convenio, el infante D. Juan al frente de cinco mil caballos mauritanos pasó de Tánger á Aljeciras donde se le incorporaron nuevas tropas con las que fué á poner sus reales delante de la plaza de Tarifa, cuyos muros comenzó desde luego á batir con un tren completo de máquinas é ingenios.

La bizarra guarnicion y su esforzado gobernador rechazaron gallardamente todos los ataques, en términos que el infante D. Juan, perdida la esperanza de cumplir por medios nobles la palabra que habia dado al Emir de los musulmanes, recurrió á un estremo cuya inaudita barbarie no es sin embargo tan espantosa como el acto de heroismo á que dió lugar. Habiase apoderado el desleal infante de un niño de muy corta edad, hijo de D. Alfonso Perez de Guzman, con el cual se puso á la voz de los de la plaza, y envió á decir á su gobernador que si no se la entregaba haria degollar en el acto aquella inocente víctima. El heróico Guzman contestó sin vacilar: *Antes querré que me mateis este hijo y otros cinco si los tuviese que non vos dar esta villa del rey mi señor, por la que le fice omenaje* (cron. gen. c. 10.) Y esto diciendo arrojó, desde el adarve al cam-

po, su propio cuchillo. El inhumano D. Juan mandó cercenar en el acto la cabeza al hijo de D. Alfonso, con el mismo puñal de su padre. Luego para colmo de feroz barbárie, mandóla arrojar con un *trabuquete* por encima de la muralla dentro de la plaza. El clamor que aquel horrible espectáculo levantó entre los cercados, sobresaltó á D. Alfonso de Guzman, quien despues de arrojar su puñal al infante se habia retirado á dar consuelo á su atribulada esposa. «*Cuidé*, esclamó, despues de enterado de la causa del vocerío *que los moros habian entrado la ciudad:*» y esto dicho volvió la espada á la vaina y se retiró con sereno continente.

Tan feroz sacrificio en lugar de cohibir el ánimo de la víctima que habia sobrevivido, aumentó, si cabe, su entereza para defender la plaza. Así que el bárbaro príncipe cristiano y sus auxiliares los moros tuvieron al fin que levantar el cerco de la plaza y retirarse vergonzosamente á Aljeciras (1294).

Aquel acto de heroismo sin ejemplo en los anales del mundo, valió á D. Alfonso el renombre de *Guzman el Bueno* conque ha llegado hasta nosotros su memoria, y con el que vivirá eternamente en la historia.

El suceso de Tarifa y el creciente é incontrastable poder terrestre y marítimo de las armas castellanas hizo comprender al emperador de Marruecos lo imposible que le seria conservar la ciudad de Aljeciras, única fortaleza que los moros poseian á la sazon en España. En su vista vendiósela al rey de Granada en una crecida cantidad de mitcales de

oro, con lo cual no quedó á los africanos un solo palmo de terreno en la Península donde asentar el pié.

Recobrada Aljeciras á tan poca costa, Mohamed II de Granada pensó en recuperar tambien por aquel medio la plaza de Tarifa. Al efecto, «solicitó del rey D. Sancho (conde t. 3.° cap. XIII) la restitucion de Tarifa que era suya habiéndosela usurpado el emperador de Marruecos. D. Sancho de Castilla le contestó que la plaza era suya por derecho de conquista, y que si valia alegar títulos antiguos él podia pedirle toda la tierra de Granada. Esto fué causa de que se rompiese la paz entre los dos reyes. El año 1294 entraron los fronteros de Granada en tierras de cristianos, y las talaron y saquearon. D. Sancho, hijo de Alfonso, sembró el terror entre los muslimes; é impetuoso y bravo, conquistó con gran hueste la fortaleza de Quesada, despues puso cerco á Medina-Al-Cabdat, combatida con máquinas é injenios, y la entró por fuerza de armas pasando á cuchillo y cautivando todos sus moradores; así mismo se apoderó de otros castillos de aquella tierra.»

Entretanto habiasele agravado á D. Sancho la enfermedad que contrajo en el cerco de Tarifa, en términos que sintiendo próximo su fin, pasó á Alcalá de Henares, donde otorgó su testamento ante el arzobispo de Toledo. En él dejó por heredero del trono á su primojénito D. Fernando, y nombró por tutora del rey y gobernadora del reino durante la menor edad del príncipe, á su mujer la reina

D.ª María de Molina, señora de gran prudencia y discrecion.

Esto hecho, hízose trasladar á Madrid, de donde fué llevado en hombros humanos á Toledo, y allí espiró en la noche del 25 de Abril de 1295 á los treinta y seis años de edad y once de reinado. Tuvo D. Sancho III, el *Bravo*, de su mujer D.ª María de Molina cinco hijos lejítimos y dos hijas: D. Fernando que le sucedió en el trono; D. Alfonso que murió poco antes que su padre; D. Enrique, D. Pedro, D. Felipe, D.ª Isabel y D.ª Beatriz.

En tiempo de este malogrado rey, cuyo amor á la integridad, dignidad é independencia de su reino rayó á la mayor altura, y que fué, indudablemente, el monarca español en quien brilló con mas intensidad aquella virtud, no solo no se desmembró una pulgada el territorio de Castilla, sino que se estendió y consolidó con la total y definitiva espulsion de España de la raza Mauritana; obra empezada con tanto vigor por Fernando III; proseguida con fortuna por Alfonso X y terminada de una vez y para siempre por Sancho el Bravo.

IX.

Reinado de Fernando IV.

1295 á 1312.

La arrogancia, el carácter independiente y el espíritu turbulento y batallador de la nobleza castellana, se exacerbaban y cobraban nuevos brios á medida que se robustecia y adquiria mas estension el poder real. Así que, vémosla aprovechar ó provocar todas las ocasiones para disputar á los reyes un poder que á ella se le iba de las manos, porque habia terminado su mision, desde el momento en que el reino de Castilla se dió por fronteras al norte el Occéano y al sur el Estrecho de Gibraltar, en tanto que este mismo poder se reconcentraba y fortalecia sobre el trono soberano, que comenzaba resueltamente la suya, y que no debia terminarla hasta el dia en que quedase definitivamente establecida la unidad nacional.

Si la sociedad debiera rejirse únicamente por las leyes que hacen los hombres, es indudable que el

COLECCION

derecho de la nobleza castellana no admitia discusion. Era un derecho no usurpado, sino lejítimamente adquirido; basado en leyes positivas y en una constitucion real, sancionada por todos los reyes de Castilla que se habian venido sucediendo desde los tiempos del conde Fernan Gonzalez. Pero como sobre las leyes que hacen los hombres con arreglo á circunstancias dadas y transitorias, están las leyes eternas que regulan la marcha y desarrollo de la sociedad, fuerza le es al historiador, aun á aquel que de mas imparcial blasone, absolver á los reyes castellanos de aquella época—instrumentos de que se valia la Providencia para los fines de su sábia voluntad—de las arbitrariedades y de los abusos de fuerza que cometieron, y calificar de facciosa la actitud que tomó la nobleza castellana para resistir el inmenso y necesario poder de que se queria rodear el trono.

Por otro lado, parece que un destino fatal se complacia en dar alimento á aquel espíritu faccioso de la nobleza castellana, inaugurando la mayor parte de los reinados con una larga minoría; espacioso campo donde podian batallar á sus anchas todas las ambiciones, y en las cuales se perdia, en la hora en que un niño ceñia la corona, todo cuanto habia granjeado su padre y antecesor, durante largos años de porfiada lucha, en beneficio de la unidad y estension del poder real.

Este triste espectáculo al cual nos viene acostumbrando la série de hechos que dejamos brevemente apuntados en el curso de nuestra historia,

se nos presenta bajo un aspecto mucho mas imponente todavia á partir del reinado de D. Fernando IV hasta el advenimiento de los Reyes Católicos. Fueron las últimas batallas empeñadas entre una institucion político-social que pasa y otra institucion de la misma índole que llega, traida de la mano por la Providencia, para llevar á cabo una grande evolucion social.

Afortunadamente Andalucia se libró de aquellos desórdenes, de aquella indescriptible anarquía y calamidades sin cuento que trabajaron durante una larga série de años el reino de Castilla allende los montes Marianos. Verdad es, que no radicaban en su suelo familias tan poderosas *á par de reyes*, como las de los Castros, de los Laras y de los Haros, y que su nobleza se constituyó desde los primeros dias de la reconquista sobre el *Fuero Real*, publicado para derogar el *Fuero de los Hijos-dalgos*, privativo de la nobleza Castellana. Sin embargo, andando el tiempo, dos familias poderosas nacidas en su suelo, arrastradas por ese espíritu ambicioso turbulento y batallador que caracterizó á la aristocracia española durante la Edad media, provocaron con sus rivalidades lamentables desórdenes y derramaron mucha sangre en sus campos y ciudades principales; mas no fué en guerra contra el trono, harto poderoso ya para que nadie osara alzarse contra él; sino por celos de supremacía la una sobre la otra, por afan de prestigio, influencia y respetabilidad en Andalucia.

Esto sentado, no hay que estrañar que paseemos

rápidamente sobre los lamentables acontecimientos que mancharon con sangre y con todo género de escesos el curso de los años de la minoría de don Fernando IV, sucesor de su padre Sancho III el Bravo, bajo la tutela-regencia de su Madre D.ª María de Molina; «¡noble carácter, como dice de ella un escritor ilustre, ideal y casta figura que resalta sobre este fondo monótono de crímenes y de infamias, y consuela al historiador de este cuadro de miserias que se vé precisado á delinear!»

En efecto; pocos ejemplos nos ofrece la historia de España, ya de suyo muy ocasionada á ellos, de una situacion mas vergonzosa é incalificable que la que subsistió en Castilla durante aquellos años; y «pocos príncipes de menor edad subieron al trono «en circunstancias mas difíciles y espinosas, y po-«cos habrán encontrado reunidos y prontos á esta-«llar mas elementos de discordias, de ambicion, de «turbulencias y de anarquía que las que entonces »fermentaban en derredor del trono Castellano. «Príncipes de la sangre real, monarcas estraños y «deudos, apartados y vecinos, sarracenos y cristia-»nos, magnates tan poderosos como reyes y con «mas orgullo que si fuesen soberanos, aliados que «se convertian en traidores, y vasallos inconsecuen-«tes y desleales, enemigos entre si y enemigos del «tierno monarca, cuya legitimidad, por otra parte, «como rey y como hijo, no era tan incuestionable «que faltaran razones para disputarla; todo conspi-«raba contra la tranquilidad del reino, todo contra «la seguridad del rey, sin que valiera á su madre la

«prevision con que procuró captarse la voluntad de los pueblos.....»

«El primero que levantó la bandera de la rebe-«lion fué el tio del rey, el bullicioso y turbulento «infante D. Juan, el perturbador del reino en tiem-«po de D. Sancho el Bravo, el aliado del rey de «Marruecos contra su hermano, el que asesinó al «hijo de Guzman el Bueno en el campo de Tarifa, «el que habia debido su vida y su libertad á la ma-«dre del jóven Fernando: aquel inquieto príncipe, «apoyado ahora por el rey moro de Granada, se hi-«zo proclamar en aquella ciudad rey de Castilla y «de Leon, y con el auxilio de tropas musulmanas «invadió los estados de su sobrino aspirando á ar-«rancarle la corona. Por otra parte don Diego de «Haro, que se hallaba en Aragon, apoderóse de «Vizcaya, y corria las fronteras de Castilla. La rei-«na, contando con la lealtad de los hermanos Laras, «á quienes D. Sancho encomendara la guarda de su «hijo, los llamó para que combatieran al conde de «Haro, y les suministró recursos para que levanta-«ran tropas. Mas estos correspondieron á la con-«fianza que en ellos depositaran el padre y la ma-«dre del niño rey, uniéndose á los rebeldes á quie-«nes habian de combatir y siendo dos enemigos mas «del nuevo monarca y de su madre.» (Lafuente, Historia de España. Par. II L. III.)

Llegaron á tal estremo los escesos en aquella calamitosa temporada, que se formó una confederacion contra el jóven rey de Castilla entre los infantes de la Cerda, el rey de Granada, los de Portugal,

Aragon, Francia y Navarra, para proclamar la legitimidad de D. Alfonso de la Cerda. El alma de aquella confederacion lo fué el infante D. Juan, quien puesto de acuerdo con el de la Cerda, repartieron los reinos dependientes de la corona de Castilla de la siguiente manera: reservábase D. Alfonso Castilla, Toledo y Andalucía; D. Juan tomaba para sí Leon, Galicia y Asturias; cedíase al Aragon el reino de Murcia y ofrecíase á Portugal muchas plazas fronterizas, amen de otras concesiones hechas á Francia, Navarra y al rey de Granada. Afortunadamente la varonil é imperturbable D.ª María de Molina acudió á todo con discreta y maravillosa prontitud.

La miserable situacion del reino de Castilla brindaba coyuntura favorable á los granadinos para enriquecerse con sus despojos; así es que su rey Mohamed II rompió por tierras de Andalucía talandó los campos y apoderándose de poblaciones y fortalezas. (1296). Esto visto, el viejo infante D. Enrique, hermano de D. Alfonso X, nombrado regente por las Córtes de Valladolid, sin perjuicio de los derechos que como tutora del rey menor se reservó D.ª María de Molina, dispuso marchar con numerosa hueste contra los Granadinos. El resultado de aquella campaña fué desgraciado, y estuvo á punto de ser fatal para Andalucía. Vencido el infante D. Enrique en un encuentro por el sultan Mohamed, entró en tratos con el musulman, para venderle por 20.000 doblas de oro la fortaleza de Tarifa; «*y si bien don Anric venia en ello los wasires de la reina y el*

alcaide que tenia la ciudad no lo consintieron. (Conde T. 3.° cap. XIII.) Rotas las negociaciones para la cesion de aquella importante plaza, el Sultan de Granada corrió la tierra, y dió una batalla á los cristianos cerca de Arjona en que los venció y rompió su caballeria con gran matanza. Fuése luego sobre Tarifa y la combatió con injénios y máquinas, pero no fué posible tomarla que los cristianos (D. Alfonso Perez de Guzman el Bueno) la defendia muy bien. Revolvió Mohamed con su hueste por Andalucía, puso cerco á Jaen, quemó los arrabales de Baena y dió recios combates á la ciudad; mas considerando difícil por entonces su conquista, levantó el campo, corrió aquella tierra y se apoderó de la fortaleza de Belmar. (Conde)

Entre tanto continuaban en Castilla las rebeliones, las guerras, el perjurio, la falsía y el tráfico de conciencias que constituian un estado mas fácil de comprender que de describir Sin embargo, en los dos últimos años del siglo XIII y primeros del XIV la situacion del reino mejoró un tanto. Las córtes de Valladolid concedieron nuevos subsidios á la reina viuda y tutora de D. Fernando; D. Juan de prestó juramento de obediencia; el papa lejitimó los hijos de D. Sancho III habidos en su esposa D.ª Maria de Molina; el jóven rey de Castilla contrajo matrimonio con la infanta de Portugal; las córtes leonesas convocadas en Medina del Campo hicieron justicia á la integridad con que la reina tutora habia administrado las rentas de su hijo, y, por último el hijo primojénito de D. Fernando de la Cerda re-

nunció á sus derechos á la corona mediante una indemnizacion de cuatrocientos maravedís de renta.

En 1302 falleció el sultan de Granada Mohamed II. Sucedióle su hijo Abu-Abdala Mohamed, príncipe de grande injenio y belleza varonil, excelente poeta, distinguido orador, afable y muy celoso por el buen gobierno de sus pueblos; empero de menguada fortuna durante su reinado, que comenzó con la rebelion del walí de Guadix, que tardó cerca de tres años en sofocar. Menos afortunado en la guerra contra los cristianos, vióse en la necesidad de pedir la paz, que le fué otorgada por Fernando IV, á condicion de que se reconociese vasallo suyo. En el curso de aquellas negociaciones, Abu-Abdala solicitó del rey de Castilla que le vendiese ó cambiase por otra plaza la de Tarifa, lo cual no pudo conseguir. La conquista de Ceuta (1306) le indemnizó de aquel quebranto; así como la derrota que hizo sufrir al walí de Almería, que intentara hacerse independiente con su waliato (1307), restableció el crédito de sus armas.

Por mas que hubiesen cesado los *grandes pretestos* que invocaba la turbulenta nobleza castellana para mantener viva la discordia civil en el reino; subsistian, sin embargo, las intrigas, las querellas y las rivalidades que hacian imposible el definitivo establecimiento de la paz. Como remedio heróico para tan pertinaz dolencia, Fernando IV, por consejo de su madre, recurrió á la política de sus antecesores; esto es, á promover la guerra contra los musulmanes. Con este pensamiento coincidió feliz-

mente D. Jaime II de Aragon—á quien incitara á acometer la empresa el wali rebelde de Almería, que se refugió en su córte (Conde).—Puestos de acuerdo los dos monarcas cristianos, solicitaron y obtuvieron del papa Clemente V. las gracias espirituales que solian otorgar los pontífices para este género de empresas, y además el tercio de las rentas de la iglesia por el tiempo de tres años.

Por su parte las Córtes de Madrid convocadas en este mismo año de 1308, no solo aprobaron el proyecto del rey, sino que tambien votaron cuantos subsidios les fueron pedidos para llevarlo á cabo; acordando, por último, en union con el rey, que durante su ausencia quedaria encomendada la gobernacion del Estado á la reina madre D.ª María de Molina.

Terminados los preparativos para emprender la campaña, el ejército castellano, numeroso y bien pertrechado salió de Toledo y llegó sobre Algeciras, ante cuyos muros puso su campo en principios de julio de 1308, en tanto que el rey de Aragon cercaba por mar y tierra la ciudad de Almería. Los momentos eran los mas oportunos para hacer aquella guerra. El África ardia en el fuego de la discordia civil, y en cuanto al sultan de Granada, falto de aliados, no podia resistir á tan poderosos enemigos aunados en su daño.

Sin embargo, Mohamed III hizo un esfuerzo supremo, «y allegó su caballería para acudir en socorro de los cercados de Algeciras (Conde). Pero las copiosas lluvias y récios temporales no le deja-

ron hacer cosa de provecho. Como el rey de Castilla entendiese que la fortaleza de Gibraltar estaba mal guardada, envió una parte de su hueste que combatió la plaza con injénios y *máquinas de trueno* (cañones de artillería) tan réciamente que los cercados hubieron de rendirse por capitulacion, salvando sus personas y bienes. Como unos quinientos muslimes se pasaron á África, los cristianos repararon los muros, la torre del monte y las Atarazanas de la plaza que estaban medio caidas.» (Conde).

No le escasearon los disgustos al rey D. Fernando IV, en el cerco de Aljeciras. El versatil infante D. Juan que concurrió á la hueste, desamparó el cerco arrastrando consigo mas de quinientos caballeros, entre ellos el infante D. Juan Manuel, tio del rey de Castilla. Este quedó al frente de la plaza con su hermano D. Pedro y un reducido cuerpo de ejército fuerte de unos seiscientos hombres de armas; luchando denodado contra los enemigos, la crudeza de los temporales, la escases de mantenimientos y una epidemia que arrebató á D. Diego de Haro y otros ricos-hombres, y «mostrando (como »dice su Crónica cap. 55), muy gran esfuerzo y »muy gran reciedumbre, y por muchos afincamien»tos que le hicieron á la cima, respondió que antes »querria allí morir que no levantarse dende des»honrado.» Al fin acudieron en su auxilio el infante D. Felipe su hermano y el arzobispo de Santiago con un refuerzo de cuatrocientos caballeros, que restablecieron la confianza en el ejército sitiador.

El inquebrantable teson con que D. Fernando mantenia el cerco de la plaza, á pesar de tantos elementos conjurados en su daño, y la apurada situacion en que se encontraban los sitiados, movieron á Mohamed III de Granada apremiado, además, por la situacion de Almería estrechamente bloqueada por las armas de Aragon, á pedir la paz al rey de Castilla, ofreciendo entregarle las fortalezas de Bezmar, Quesada y otras dos plazas fronterizas, pagarle cincuenta mil doblas de oro y hacerle pleito homenaje de su reino á condicion que levantase el cerco de Aljeciras. El rey Fernando aceptó la proposicion, y firmada la paz, se retiró á Búrgos para asistir á las bodas de su hermana la infanta Isabel con el duque Juan de Bretaña (Enero 1310).

La paz de Aljeciras dió ocasion á una numerosa parcialidad que maquinaba en Granada por destronar al Sultan Mohamed III, y dar la corona á su hermano el príncipe Nazar, para alzarse en armas contra su lejítimo soberano. A pretesto de que el rey estaba enfermo de los ojos, y de que de esta dolencia le imposibilitaba para mirar por los intereses de su pueblo, que necesitaba un príncipe de *hermosos y penetrantes ojos*, estalló un espantoso motin popular á la hora del alba del dia de la fiesta de Afiltra, ó salida del Ramazan, que obligó al buen Mohamed á escojer entre la muerte y la abdicacion en favor de su hermano. El atribulado Sultan obtó por el segundo estremo, y aquel mismo dia quedó proclamado rey de Granada, Muley Nazar, quien mandó conducir á su hermano Mohamed á Almu-

ñecar, donde sobrevivió pocos años á su infortunio.

No bien llegó á Castilla la noticia de la revolucion de Granada, D. Fernando dispuso una nueva espedicion á Andalucía. Las córtes de Valladolid votaron cinco servicios y una *moneda forera* para los gastos de la guerra. El ejército castellano bien pertrechado y al mando del infante D. Pedro, llegó sobre Alcaudete, en la provincia de Jaen, y puso sitio á la plaza. Dos meses hacia que el infante la tenia cercada, cuando se presentó en los reales el rey D. Fernando, cuyo paso por Martos quedó señalado con un hecho memorable que ha dado motivo á que se conozca en la historia al hijo y sucesor de D. Sancho el Bravo, con el sobrenombre de *el Emplazado*.

Hélo aquí: Cuenta la crónica, que al salir una noche del palacio real en Palencia, D. Juan de Benavides favorito del rey, fué asaltado y muerto por dos hombres. A su paso por Martos, D. Fernando encontró dos caballeros de quienes se sospechaba fuesen los asesinos de Benavides. Mandólos prender; y aunque ellos ofrecieron hacer una plena justificacion de su inocencia, inexorable D. Fernando se negó á admitirla, y sin forma de proceso los mandó «despeñar de la peña de Martos.» Al tiempo de morir apelaron de tan inicua sentencia ante el tribunal de Dios, y emplazaron al rey para que compareciese con ellos á juicio dentro de treinta dias. Eran estos caballeros D. Pedro y D. Juan de Carvajal.

Verificada la ejecucion D. Fernando se dirijió al campamento de Alcaudete donde le acometió una

dolencia que hizo necesaria su traslacion á Jaen. A los pocos dias recibió en esta ciudad la noticia de haber rendido por capitulacion la plaza, su hermano el infante D. Pedro, y haber solicitado el rey de Granada una tregua que le fué concedida.

No mucho tiempo despues, el 7 de setiembre de 1312, dia en que cumplia el plazo de los treinta que le habian señalado los hermanos Carvajales para comparecer con ellos ante Dios, halláronlo muerto en su cama. Suceso extraordinario por el que mereció el nombre de *el Emplazado* con que le designa la historia.

Murió Fernando IV de edad de veinticinco años, de los cuales reinó algo mas de diez y siete. Dejó un hijo varon, el infante D. Alfonso, de tan tierna edad, que solo contaba un año y veinticuatro dias cuando fué aclamado sucesor de su padre.

X.

Reinado de D. Alfonso XI.

1312 á 1340.

Parecía imposible que el reino de Castilla se pudiese encontrar en una situacion mas anárquica, ni presentar un cuadro mas lastimoso y desconsolador, que el que ofreció durante el tormentoso reinado de D.ª Urraca, la hija de Alfonso VI, y durante las menorias de D. Alfonso VIII y D. Fernando el Emplazado; y, sin embargo, la situacion en que se vió en los años de la larga menor edad de D. Alfonso XI, fué indudablemente, mas anárquica y calamitosa que aquellas que tan hondo y vergonzoso surco dejaron en la historia de Castilla.

Un distinguido escritor de nuestros tiempos, ha dicho, que en España á falta de grandes génios ha habido abundancia de grandes caractéres. Nuestra historia de todos los tiempos responde de la esactitud de esta observacion, y da testimonio de que á esta señalada circunstancia debe el pais su salvacion.

En efecto; no el génio sino el gran carácter de los Alfonsos VII, VIII y XI, pudo hacer que despues del espantoso desórden político y social que acompañó los años de sus largas menorías, al poco tiempo de tomar en sus manos las riendas del gobierno quedasen borradas las huellas de aquel indescriptible caos, y llegase el primero á constituir un imperio feudal, el único posible en aquellos tiempos; el segundo salvase con la victoria de las Navas de Tolosa, á la Europa de verse convertida, en provincia del imperio de Marruecos, y el tercero pusiese entre el Africa y la península Ibérica el mar de sangre del Salado, que los reyes de la Mauritania no se han atrevido á cruzar desde 1340.

Hemos dicho anteriormente, que los años de la larga menoría de D. Alfonso XI—que sucedió á su padre cuando á penas contaba trece meses—fueron los mas anárquicos y turbulentos que rejistra la historia del reino de Castilla, tan anárquico y turbulento de suyo desde su primitivo orijen en las montañas de Astúrias y Leon, y ahora añadimos, que lo fueron tanto, que no acertamos á esplicarnos como se salvó el país de su completa disolucion y ruina, dado el espíritu indisciplinado y faccioso de su altiva y poderosa nobleza; la tendencia al fraccionamiento que caracterizó á toda la raza ibérica, y esa oposicion general, sistemática á la unidad que constituye el rasgo mas señalado de su fisonomía moral en aquella edad.

Andalucía no participó de los indescriptibles desórdenes que acompañaron los años de la larga me-

noria de D. Alfonso XI; lo cual, y es una satisfaccion para nosotros, nos exime, á fuer de historiadores particulares, del penoso trabajo de narrar aquel tráfago de intrigas, rebeldías y bastardas ambiciones; aquel desquiciamiento social que no se dejó sentir aquende los montes Marianos, sino es para buscar en los campos de batalla una gloriosa compensacion á los vergonzosos escesos que se cometian allende. Tan vergonzosos como se desprende de la siguiente compendiada, gráfica y á la par elocuente narracion de aquellos acontecimientos, hecha por un cronista que creemos contemporáneo de los sucesos que refiere.

Dice asi:

«Y puesto que en este año (1325) cumplió el rey »los catorce y salió de las tutorias, la historia con»tará de qué manera estaba la tierra en aquel tiempo.»

«Habia en el reino muchas opiniones y muchas »maneras de administrarle y hacer justicia; con lo »cual las villas del rey y los demás lugares de su »reino, recibian mucho mal y se veian estragados; »dado que, todos los ricos-hombres y los caballeros »vivian de robos y de talas que hacian en la tierra; »y los tutores (regentes durante la menor edad de »D. Alfonso) se lo consentian cada uno de ellos por »que se mantuviesen en su partido. Cuando algu»no de los ricos-hombres ó caballeros se apartaba »del bando de alguno de los tutores, este en ven»ganza destruia los lugares y los vasallos del de»safecto, pretestando que lo hacia para castigarle

»de los desafueros que cometiera en el tiempo que »estuvo á su servicio, por mas que se los hubiera »tolerado mientras fueron amigos. Los vecinos de »las villas estaban divididos en bandos en su mis»ma localidad, asi las que habian tomado partido »por un tutor como las que no habian querido »abanderizarse por ninguno de ellos. En las villas »que habian tomado parte por uno de los tutores »del rey menor, hervian las rencillas y los ódios; »unos porque pretendian sacarla del poder de aquel »tutor, otros porque querian conservarse en su »obediencia, y todos pugnaban por destruir á sus »contrarios. En algunas villas que no habian reco»nocido la autoridad de ninguno de los tutores, los »hombres principales que entendian en su regi»miento disponian á su antojo de las rentas del »rey, mantenian con ellas gente armada, imponian »escandalosas contribuciones y apremiaban y atro»pellaban á los que no podian pagarlas. Los desa»fueros cometidos en algunas de estas villas produ»jeron grandes asonadas, en las que unidos los la»bradores á voz de comun, mataron á los que los »apremiaban y destruyeron toda su hacienda. En »ninguna parte del reino se hacia justicia ni se am»paraba el derecho; y llegaron las cosas á tal esta»do que los hombres no osaban andar sino arma»dos y en grandes compañias por los caminos para »defenderse de los salteadores. Las poblaciones no »fortificadas quedaron desiertas; y las que estaban »muradas mantenianse en su mayor parte del robo »y de las rapiñas á que se entregaban muchos ciu

»dadanos, labradores é hijos-dalgos. El desórden y »la impunidad en el crímen llegó á tal estremo que »nadie estrañaba encontrar hombres muertos por »los caminos; ni causaba novedad la noticia de ro»bos, rebatos, daños y estorsiones causados en los »pueblos y en el campo. A mayor abundamiento »de males los tutores imponian exorbitantes con»tribuciones al país, sin perjuicio de los servicios »anuales con que hacian contribuir la tierra; es»tas fueron causas para que quedasen despobladas »muchas villas y yermos muchos campos así del »rey como de los ricos-hombres y caballeros. De »esta suerte, pues, cuando el rey salió de menor »edad, encontró su reino en un estado de ruina y »miseria que no es para dicho, pues las gentes en «vista de tantos crímenes y desafueros desampara»ban sus casas y heredades y huian á los reinos de »Aragon y Portugal.»

Con estas lacónicas y sentidas frases, se describe la angustiosa situacion en que se encontró el reino de Castilla durante la menor edad de D. Alfonso XI, en la muy apreciable crónica (cap. 40) de este rey, que su hijo D. Enrique II, hermano bastardo de D. Pedro I de Castilla, mandó á «Joan Nuñez de Villasan, Alguacil mayor de la su casa «que la *ficiese* TRASLADAR *en pergaminos*».

Empero, si Andalucía, como dejamos anteriormente indicado, no participó de aquellas aciagas turbulencias que fueron durante tantos años el estado normal de Castilla, no por eso puede decirse que toda ella disfrutara, ni mucho menos, de una

paz octaviana. En el reino Musulman, lo mismo que en el Cristiano, subsistian en toda su intensidad los vicios orgánicos de su constitucion político-social á pesar de las duras y costosas lecciones recibidas. Así, pues, en tanto que en Castilla los príncipes de la familia real y la poderosa nobleza de este reino se disputaban con las armas y con todo género de malas artes la regencia y tutoría del rey niño, los príncipes de la familia del sultan de Granada ascendian al trono por medio del puñal y de los amaños palaciegos.

Recordaráse que en 1310, á consecuencia de la paz de Aljeciras ajustada entre Fernando IV y Mohamed III, estalló en Granada una conspiracion que destronó á este sultan y alzó en su lugar á su hermano Muley Nazar. Unos cuatro años despues bajo nuevo y frívolo pretesto urdióse en Granada otra conspiracion que destronó á Muley Nazar, y aclamó en su lugar á Ismail Abu-el Walid, sobrino del sultan depuesto. Mas este en los últimos dias de la crísis que le despojó del trono, pidió auxilio al infante D. Pedro de Castilla, vencedor de Alcaudete, tio de D. Alfonso y uno de sus tutores, cuya amistad solicitara Nazar en los primeros años de su reinado. D. Pedro, que á la sazon se hallaba en Córdoba, se apresuró á acudir al llamamiento del sultan, y con crecida hueste se dirijió hácia Granada. Noticioso en el camino de que la rebelion habia triunfado y de que el príncipe depuesto se retiraba á Guadix, desistió de su propósito; mas no queriendo dejar sin resultados los preparativos que

habia hecho para aquella campaña, revolvió sobre la fortaleza de Rute que combatió y entró por fuerza de armas, pasando á cuchillo ó cautivando su guarnicion que se habia defendido gallardamente. Contento con su victoria, se retiró á Córdoba y de aquí pasó á Castilla llamado por las incesantes revueltas que ajitaban el reino.

El nuevo sultan de Granada, Ismail Abu-el-Walid, fervoroso muslim, y deseoso de granjearse el áura popular con alguna de esas empresas que tanto halagaban los instintos musulmanes, buscó y aprovechó la primera coyuntura favorable para hacer la guerra á los cristianos. Es así que al saber que los castellanos que vivian en buenas relaciones con el ex-sultan Nazar, desterrado en Guadix, le remitian, á peticion suya, un gran convoy de provisiones fuertemente escoltado por los fronteros de Martos, envió su caballería para apoderarse del convoy. «Eran los cristianos muchos y esforzados y se trabó entre ambas huestes una reñida batalla, en la que los granadinos tuvieron que ceder el campo, y retirarse dejando tendidos en él mil y quinientos jinetes. Esta fué la batalla llamada de Fortuna, que para los fieles fué bien infausta. Verificóse á principios del año 1316.» (Conde t. 3.° cap. 18.)

Alentados con este próspero suceso los castellanos, continuaron con éxito y sin levantar mano la campaña abierta por casualidad en aquel año. Combatieron las fortalezas de Cambil, Matame os, Bejijia y Tiscar; asaltaron y entraron los castillos de Cambil y Alhawar en el reino de Granada, y corrie-

ron y talaron los pa·es, viñas y huertas de la tierra. En vista de aquellos estragos dispuso el sultan Ismail el envio de un crecido ejército para combatirlos; mas al saber su aproximacion los cristianos emprendieron la retirada hácia sus fronteras contentos con la rica presa que acarreaban.

No habiendo podido el ejército granadino avistar al enemigo, dispuso el sultan aprovechar su reunion para realizar alguna empresa provechosa á su reino. Al efecto lo envió contra Gibraltar, llave de sus estados que estaba en poder de los castellanos, y ademas presa codiciada por el emperador de Fez y Marruecos que estaba en posesion de Ceuta. Los Granadinos combatieron reciamente la plaza; pero habiendo acudido en su socorro las banderas y naves de Sevilla, los sitiadores tuvieron que retirarse no atreviéndose á aventurarse en una batalla.

Encendida formalmente la guerra entre castellanos y granadinos, el infante D. Pedro acudió á Andalucía para dirijirla en persona. Activo, emprendedor y buen caudillo, recorrió todo el pais comprendido entre Jaen y la Sierra, y llegó á cinco leguas de Granada (Conde) sobre Isnallos cuyo arrabal quemó con muchas provisiones que allí habia almacenadas. De aquí pasó á Pinar donde hizo las mismas devastaciones, luego á Montejicar donde taló y quemó una hermosa huerta; en este punto tuvo noticia que el sultan llegaba á combatirle al frente de la caballeria granadina. No contando con fuerzas suficientes para resistir, levantó el campo

y se retiró, perdiendo mucha presa y cautivos, siguiendo la falda oriental de la Sierra del Rayo, por Cambil y Jaen á Ubeda.

Fué una fortuna para Castilla que en aquel largo período de turbulencias, el génio díscolo y batallador de su nobleza encontrase siempre abierto un vasto campo donde dar rienda suelta á sus instintos guerreros, y donde granjearse el aplauso del país á quien encontraba siempre propicio á secundar sus proyectos. Es así que al año, ó á los dos años siguientes al de la campaña de 1316 del infante D. Pedro en Andalucía, este infatigable caudillo dispuso una nueva y mas formal espedicion contra el reino de Granada. Desde Jaen, donde reunió su ejército, marchó sobre Belmez (de la Moraleda) poblacion fuerte por la situacion; combatióla y la entró por fuerza de armas, y luego sitió el castillo donde se habian retirado y hecho fuertes sus moradores. Acudieron en auxilio de la plaza los fronteros granadinos, mas hubieron de retirarse sin intentrr nada contra los castellanos vista la superioridad de sus fuerzas, por lo cual los cercados del castillo se rindieron á discrecion.

Entre tanto el infante D. Juan de Castilla,—Señor de Vizcaya, hermano de D. Sancho el Bravo, y rejente del reino con su sobrino D. Pedro y la reina viuda D.ª María de Molina abuela de D. Alonso XI—veia con celosa emulacion el crédito y autoridad que se granjeaba su sobrino D. Pedro con sus esclarecidas hazañas en la guerra contra los Granadinos, y mortificábale la estimacion é influjo en los

negocios del reino que su compañero de regencia iba ganando. Tenia á la sazon, D. Juan, una crecida hueste sobre las armas en Castilla la Vieja, y cediendo, parece, á juiciosas indicaciones de D.ª María de Molina, consintió en dirijirla contra el Sultan de Granada, obrando en combinacion con don Pedro, á fin de asegurar el triunfo de aquella campaña atacando al enemigo por dos lados á la vez. Puestos de acuerdo los dos infantes operaron su conjuncion sobre la importante fortaleza de Tiscar, en el reino de Granada. Defendióla con teson su alcaide Mohamed Hamdun; «pero en una noche muy oscura (Conde Cap. 18) los cristianos escalaron la peña negra, escarpada altura que domina el Castillo, sorprendieron á los que la guardaban que confiados en su escabrosidad y natural defensa no velaban como debieron, y los pasaron todos á cuchillo,—*justo castigo porque no velaban como convenia.* —Al dia siguiente ocuparon por fuerza la villa, y el alcaide Mohamed y los vecinos se retiraron peleando como valientes al castillo, cuya defensa se habia hecho imposible estando la peña negra en poder de los sitiadores. Sin embargo; resistió su guarnicion hasta que la falta de provisiones y el desaliento la obligaron á capitular bajo las mejores condiciones, puesto que todos salieron con sus armas, vestidos y cuanto pudieron llevar, en número de cuatro mil y quinientos hombres con sus mujeres é hijos que se refugiaron en Baeza.

Dueños de la fortaleza de Tiscar, los dos infantes D. Pedro y D. Juan entraron talando la Vega

desde Alcaudete hasta Alcalá la Real; combatieron el fuerte de Illora cuyo arrabal incendiaron; luego marcharon sobre Pinos, y en la mañana del dia de San Juan, del año 1319 aparecieron con su hueste á la vista de Granada. Lo nuevo y audaz de la empresa y la série de victorias que la habian precedido sembraron la consternacion en Granada, cuyos habitantes temieron ser acometidos por la numerosa y vencedora hueste castellana. No menos sobresaltado é indignado el Sultan Ismail, reunió sus caudillos y los hombres principales de la ciudad, y haciéndoles presente el peligro que les amenazaba á todos y la afrenta que á los musulmanes hacian los castellanos con sus incesantes y victoriosas correrías por el país granadino, despertó su valor y exaltó su entusiasmo en términos que todos clamaron por salir á combatir al enemigo. En su consecuencia dispuso el sultan que se armase toda la juventud de la ciudad, y que unida á la caballería de su guardia, bajo las órdenes del caudillo Mahrajian, saliese á dar batalla á los cristianos. No menos numeroso que entusiasta y bien pertrechado salió al campo el ejército Granadino, seguido de las reservas capitaneadas por el Sultan en persona. Al avistar al enemigo el esforzado Mahrajian ordenó sus haces, y dió el primero la señal de ataque. El encuentro fué recio y desesperado por ambas partes; mas el ejército castellano, inferior en número, debilitado por las penalidades de la campaña, y embarazado con el inmenso botin que habia recogido, no pudo resistir el empuje de las tropas Gra-

nadinas descansadas y animadas todavía con los primeros hervores del entusiasmo, y comenzó á perder terreno concluyendo por pronunciarse en desordenada fuga. Los dos esforzados infantes de Castilla hicieron prodigios de actividad y valor por contener la derrota de sus soldados; pero tuvieron la desgracia de morir ambos en lo mas encarnizado de la refriega, peleando como *bravos leones*.—Así dice la crónica musulmana traducida por Conde; la de D. Alfonso XI dá á entender que el pundonoroso infante D. Pedro, se *suicidó* desesperado al verse desobedecido por sus caballeros que se negaban á batirse contra el enemigo, y que D. Juan al saber la muerte de su sobrino cayó como muerto en tierra: «D. Pedro, dice la citada crónica Cap. 17, metió mano á la espada por los acapdillar, é nunca pudo: et á *golpes se tolló todo el cuerpo*, et perdió la fabla, et cayó del caballo muerto en tierra... et desque lo sopo el infante D. Joan tomó tan gran pesar que perdió luego el entendimiento et la fabla, et toviéronle así desde media dia fasta hora de vísperas, que nin moria nin vivia..... et desque fué la noche murió el infante D. Juan, et en llevándolo, perdiéronlo como era de noche, et fincó (su cádaver) en tierra de moros..... et al infante D. Pedro pusiéronlo en un mulo atravesado et fueronse su camino.»

Reclamado el cadáver del infante D. Juan por su hijo D. Juan el Tuerto (el torcido ó corcovado), fuéle devuelto en un féretro cubierto con ricos paños bordados de oro y acompañado de muchos ca-

balleros hasta tierra de cristianos, por mandato del Sultan.

Despues de aquel memorable triunfo que fué celebrado con grandes fiestas en Granada, el vencedor Ismail recobró todas las fortalezas que los castellanos habian conquistado en tierra de Granada, y concedió á estos una trégua de tres años que solicitaron.

Por muerte de los dos infantes y de conformidad con el acuerdo de las Córtes de Búrgos, quedó única tutora del rey D. Alfonso su nieto, la reina viuda D.ª María de Molina, cuya prudencia, discrecion y larga práctica de los negocios del gobierno no alcanzaron á remediar la discordia que continuó en el reino despues de la muerte de sus dos co-rejentes, á quienes pretendieron suceder los infantes D. Juan Manuel y D. Felipe, y D. Juan el Tuerto, hijo del infante D. Juan, el vencido y muerto en la vega de Granada, á quien se unió D. Fernando de la Cerda.

En tan borrascosa situacion, sorprendió la muerte á D.ª María de Molina, en Valladolid en Julio del año 1321, dejando encomendada á los caballeros y rejidores de la ciudad, la guarda y educacion del régio menor, que á la sazon contaba solo diez años de edad. «Faltando á Castilla el amparo de la mujer fuerte, única que en tres reinados consecutivos habia impedido con su brazo siempre aplicado al timon y al remo que acabara de naufragar la nave del Estado, quedó este á merced de sus encontrados y desencadenados vientos, sufriendo el azote

de los partidos y de las miserables ambiciones,» hasta que en 1325, llegado D. Alfonso XI á los 14 años empuñó el cetro de sus mayores para ver de poner término á tan deplorable anarquía y á tan lastimoso desórden.

«A penas tomó D. Alfonso las riendas del gobierno que manifestó en su corta edad, los mayores talentos para reinar, conoció los males de que adolecia el Estado, y aplicó desde luego el remedio conveniente. Limpió el reino de forajidos y malhechores, restableció la tranquilidad pública, contuvo á los señores y ricos-hombres dentro de los límites de la debida moderacion, vindicó los derechos de la soberanía, dió fuerza y valimiento á las leyes, y estableció la uniformidad de cilas, que tanto desearon y nunca consiguieron sus antecesores. En la crónica de este rey, cap. 83, se insinua que en las Cortes de Madrid de 1329 se arreglaron los tribunales de justicia; y que era tanto el temor de los hombres á lo recto y justiciero de D. Alfonso XI, que todos los comestibles se abandonaban de noche en las plazas públicas y quedaban seguros.» «Asso y Manuel, discurso preliminar al Ordenamiento de Alcalá.)

En este tiempo espiró el plazo de las tréguas ajustadas en 1319 entre castellanos y granadinos. El Sultan Ismail noticioso de las revueltas que inquietaban el reino de Castilla, juzgó la ocasion oportuna para hacer la guerra á los cristianos. Así que, convocó las banderas musulmanas y puesto á su frente salió de Granada y fuese á cercar la ciu-

dad de Baza de la que los castellanos se habian apoderado en la guerra pasada, y en la que se mantenian sólidamente fortificados. Puesto su campo frente á la ciudad, combatió sus muros dia y noche con máquinas é ingenios que *lanzaban globos de fuego con grandes truenos, todo semejante á los rayos de las tempestades* (conde, t. 3.° cap. I.), y hacian grande estrago en las fortificaciones de la plaza. Tanto la estrechó y tan réciamente la combatió, que al fin hubo de entregársele por capitulacion. Al año siguiente el Sultan Ismail se dirijió al frente de una numerosa hueste, y bien provisto de máquinas é ingenios, á sitiar la ciudad de Martos. Combatióla muchos dias con incesante fuego de máquinas de trueno y se apoderó de ella por fuerza de armas. Entraron los granadinos á sangre y fuego en la ciudad, y á penas si dejaron un hombre á vida en ella; así que las calles estaban inundadas de sangre y cubiertas con una tupida alfombra de cadáveres. Despues de esta victoria regresó Ismail á Granada, donde fué recibido triunfalmente.

Entre las cautivas que los Granadinos hicieron en Martos, venía una hermosa cristiana que un primo del Sultan, llamado Mohamed, habia libertado con riesgo de su vida de los ultrajes de la soldadesca. Prendóse de ella Ismail, y se la apropió como parte de su presa. Quejóse Mohamed de aquel abuso de fuerza y autoridad; pero recibió por contestacion á sus reclamaciones una órden de destierro. El ofendido interesó en la venganza de su ultraje á sus parientes y amigos, que eran numerosos, y

á los tres dias de acontecido el suceso, Mohamed acompañado de algunos de sus deudos cosió á puñaladas en una de las puertas del alcázar de la Alhambra al Sultan Ismail. Cuando acudieron los eunucos y la guardia de palacio, ya los asesinos se habian puesto en salvo.

«Este virtuoso rey (Conde t. 3.° cap. 19,) en el »tiempo que sus guerras le permitieron edificó en »Granada hermosas mezquitas, labró fuentes, plan»tó jardines y mejoró la policía de la ciudad; distri»buyó los gremios, distinguió las clases, y en los »ratos que hurtaba á estas sérias ocupaciones, se »entretenia en la caza de aves y en ejercicios de »caballería y otras gentilezas.».

Muerto Ismail, fué jurado y proclamado príncipe Mohamed su hijo primogénito, que á la sazon contaba solo doce años.

Como se vé, dos príncipes niños, y los dos de muy semejantes prendas y fortuna, ascendieron al trono en la misma temporada; el uno en Castilla y el otro en Granada. D. Alfonso XI comenzó su reinado dando muestras de aquella entereza de carácter que tan célebre le ha hecho en los fastos de la historia de España, reuniendo desde luego córtes en Valladolid, y exijiendo en ellas la renuncia á sus tutores. Prestáronse mal agrado á ella; mas no fué de larga duracion su obediencia, puesto que en el mismo año renováronse las confabulaciones de los ambiciosos ex-tutores contra la autoridad del rey, produciendo nuevas perturbaciones en el reino, que al fin fueron vencidas por la inexorable severidad

de aquel rey de quince años, que hizo dar de puñaladas en su propio palacio al turbulento infante don Juan el Tuerto.

Una vez pacificado el reino, D. Alfonso determinó proseguir la guerra contra los granadinos, utilizando la favorable circunstancia de las revueltas que á la sazon traian desasosegado aquel reino. Con este propósito salió de Segovia y se dirigió por Mérida á Sevilla donde fué recibido con trasportes de alegria y en medio de públicos festejos dispuestos por los Ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que celebraron en tal forma la visita del rey y la terminacion de su larga y calamitosa minoría. (1327).

Esta primera campaña de D. Alfonso XI contra los musulmanes no produjo grandes resultados puesto que se limitó á combatir las villas de Olvera y Pruna, y los castillos «que decian al uno Ayamonte y al otro la Torre del Alfquin.» Sin embargo, se señaló por una victoria naval que obtuvo el almirante Jufre de Tenorio, sobre una flota combinada africana y granadina, que perdió en el combate tres galeras apresadas y cuatro echadas á pique, con mil y doscientos hombres entre muertos y cautivos, que fueron, estos últimos, conducidos á Sevilla.

Esta guerra no fué motivo suficiente para que en Castilla y en Granada cesasen un punto las revueltas intestinas, los amaños y las escandalosas defecciones que eran desde tantos años el tema obligado de la política en ambos reinos; y cuya

relacion condensaremos, tanto por no ser de este lugar su esplanacion, cuanto porque merecen marcada preferencia los importantes sucesos de otro órden que se sucedieron sin interrupcion hasta la batalla del Salado, y la reconquista de Aljeciras; acontecimientos militares los mas trascendentales que tuvieron lugar en Andalucía, si se esceptuan las batallas del Guadi-Becca y de las Navas de Tolosa, desde su conquista por Muza y Tarik.

El año 1327, D. Alonso XI cediendo á la presion de las circunstancias, admitió las proposiciones del rey de Portugal para enlazarse con su hija D.ª María, y anuló su matrimonio, no consumado todavía, con D.ª Constanza hija del infante D. Juan Manuel, quien justamente indignado de aquel ultraje se desnaturalizó de los reinos de Castilla, y buscó por aliados á los reyes de Aragon y de Granada. Este suceso y la mala administracion y altanería de los favoritos del rey, Garcilaso de la Vega y Alvar Nuñez de Osorio, fueron causa de graves turbulencias en Castilla que D. Alfonso XI ahogó en sangre.

Vencidos los rebeldes y descontentos, y verificado su enlace (1328) con D.ª María de Portugal, el rey de Castilla pensó en renovar la guerra de reconquista y religion. Para el mas pronto y feliz éxito de su empresa recabó el auxilio de su suegro el de Portugal, quien le envió un cuerpo de quinientos ginetes, que se unieron en Córdoba á la hueste pronta á entrar en campaña, contra el sultan de Granada, cuya situacion política era bastante comprometida en aquellos momentos.

En efecto, habíase levantado una poderosa faccion que pretendia destronar á Mohamed ben-Ismail para poner en su lugar á un hermano de su padre llamado Mohamed ben-Feray, residente, á la sazon en Africa, de donde acudió llamado por sus parciales á España, al frente de numerosos voluntarios Beni-Merines. A pesar de los refuerzos y órdenes enviadas por el sultan al wali de Aljeciras para que defendiese el paso del Estrecho y la ciudad cuyo gobierno le estaba confiado, los africanos verificaron su desembarco y se apoderaron por fuerza de armas de Aljeciras, y á los pocos dias de Ronda y de Marbella. Con este atentado coincidió la entrada de D. Alfonso XI en territorio granadino, de manera que su soberano, se vió combatido por dos guerras á la vez, una civil y otra estranjera.

No por esto se intimidó el animoso Mohamed, IV, por el contrario, atendió diligente á todas partes, y en todas dejó bien puesto el pabellon. Estando sitiando á Casares, tuvo noticias de que la fortaleza de Gibraltar estaba mal guardada. En su vista salió de sus reales con un campo volante, y se presentó de improviso sobre la plaza que combatió y cercó en términos que se apoderó ejecutivamente de ella á «pesar de las máquinas é ingenios con que los castellanos la defendieron.» Dueño de esta importante plaza, Mohamed volvió sus armas contra los africanos y les arrebató las ciudades de Ronda, Marbella y Aljeciras, de las que poco tiempo antes se habian apoderado. Entre tanto volvieron los castellanos sobre la fortaleza de Gibraltar, y la cerca-

ron por mar tierra. Vencedor Mohamed de los Beni-Merines, retrocedió sobre Gibraltar y obligó á los cristianos á levantar el cerco. Prolongóse la campaña todavia algunos meses durante los cuales los triunfos y reveses se repartieron por partes iguales entre castellanos y granadinos.

Por estos tiempos fué, (1330) cuando D. Alfonso XI se enamoró en Sevilla de una noble dama de rara belleza, llamada D.ª Leonor de Guzman, viuda de D. Juan de Velasco, y jóven de 19 años, dos mas que el rey. De aquellos amores fatal y apasionadamente correspondidos por la hermosa viuda, fué el primer fruto un hijo nacido en Valladolid en 1331. El júbilo que este suceso causó al rey y á los aduladores de la real concubina, estuvo á punto de traducirse en un hecho escandaloso que hubiera sido fecundo manantial de desgracias para el reino, si la Providencia no hubiese dado á Castilla un legítimo heredero del trono. D.ª María de Portugal esposa de Alfonso XI, dió á luz en Valladolid (1332) un infante que recibió el nombre de Fernando; fugaz alegría para su madre, que le vió morir en el mes de setiembre del año siguiente. Por fortuna, once meses despues (agosto de 1334) alumbró en Búrgos otro hijo á quien pusieron por nombre Pedro. «Mas si la reina andaba como perezosa y tardia en dar herederos legítimos al trono, en cambio la real concubina D.ª Leonor de Guzman, daba repetidas pruebas de una fecundidad prodigiosa.»

En el curso de estos años surjió inesperadamente en Andalucia una complicacion estranjera que

imprimió una nueva marcha á la incesante guerra que los castellanos y los musulmanes-andaluces se hacian sobre su suelo. A resultas de una revolucion que lanzó del trono de Fé y Marruecos al anciano Otman Abu-Said, su hijo y parricida sucesor en el imperio, Abu-el-Hasan Aly, con objeto sin duda de hacer olvidar su criminal usurpacion, ó con el de ilustrar su reinado con una de esas gloriosas y memorables empresas que tanto lustre dieron á algunos de los emperadores sus predecesores, dispuso realizar una formidable invasion en Andalucía. Pero como careciese de plazas en el litoral español para operar un desembarco, operacion comprometida y muy arriesgada sin esta circunstancia, cruzó secretamente el Estrecho y arrrebató por sorpresa la plaza de Gibraltar á los Granadinos. Profundo pesar causó al Sultan de Granada aquel atrevido despojo; mas conociendo su flaqueza hizo de la necesidad virtud, y escribió á Abu el-Hasan, cediéndole aquella fortaleza y pidiéndole en cambio su amistad y alianza.

Pero D. Alfonso de Castilla á quien no podia ocultársele los peligros que amenazaban á Andalucía en tanto permaneciese en poder de los africanos una de las llaves del Estrecho, marchó al frente de un numeroso ejército bien provisto de máquinas de batir, para lanzar de ella á los Beni-Merines. Sitiaron los castellanos la plaza por mar y tierra tan estrechamente, y la combatieron con tanto teson que los africanos que la guarnecian se vieron reducidos á la última estremidad, faltos de víveres

y perdida la esperanza de ser socorridos de los suyos de allende el Estrecho. En esta situacion recurrieron á Mohamed de Granada, quien acudió con presteza en su auxilio. El ejército granadino obrando en combinacion con los caudillos Beni-Merines que guarnecian la plaza de Aljeciras, combatió á los castellanos con tanto acierto y pericia militar, que obligó á D. Alfonso á levantar el cerco y á retirarse, si bien ordenadamente, hácia Sevilla.

Este triunfo fué, sin embargo, causa de la desastrosa muerte del sultan Mohamed ben-Ismail; muerte cuyos pormenores vamos á tomar de las crónicas magrebinas traducidas por Conde—que difieren algo de los que nos suministra la de D. Alfonso XI—porque en ellos se manifiesta un nuevo testimonio de lo que dejamos repetidas veces dicho acerca del irreconciliable antagonismo que en todos tiempos existió entre los cultos musulmanes Andaluces y los semi-bárbaros Africanos.

«El rey Mohamed, dice Conde t. 3.° cap. 20, co-«mo mozo y vanaglorioso de sus triunfos moteja-«ba á los caudillos africanos y les decia: *que los cris-«tianos eran muy buenos caballeros, que no se habian «querido meter con los de África* porque todos los an-«daluces lo tenian á mengua; *que habian sido muy «corteses y comedidos con sus* PAISANOS LOS GRANADI-«NOS; *que habian quebrado muy buenas lanzas y les ha-«bian cedido el campo, y la gloria y el mérito de dar «pan á los mezquinos y hambrientos africanos.* Esta «franqueza y desenfado en el decir ofendió á los

«caudillos Beni-Merines; y como entendiesen que «Mohamed trataba de despedir su hueste para pa- «sar á visitar á su amigo y aliado el Emir Abu-el- «Hasan, concibieron el aleve pensamiento de ma- «tarle. Así fué, que despedida la caballeria grana- «dina, y quedado solo con los pocos que debian «acompañarle á su paso á Africa, los vengativos «africanos pagaron ciertos asesinos para que le si- «guiesen de cerca; y como al dia siguiente á la par- «tida de los granadinos le viesen subir al monte con «poca compañia de su guardia, tomaron ciertas an- «gosturas ásperas que allí hay, y en lo mas angosto «le acometieron y pasaron á lanzadas donde no pu- «do revolver su caballo ni le pudieron defender sus «guardias, que todos iban caballero tras caballero, «por lo estrecho y áspero de la subida. El cuerpo «de Mohamed quedó abandonado y desnudo en el «monte, hecho el escarnio de los soldados de Africa «á quienes acababa de salvar de la muerte.» La Crónica de D. Alonso XI dice que los Africanos le asesinaron en su tienda, porque sospechaban, en vista de sus tratos con el rey de Castilla, *que era Cristiano*.

Muy sentida fué en Granada la muerte de aquel príncipe, á quien todos lloraron como si cada uno hubiese perdido su propio padre. Los wasires y jeques proclamaron á su hermano Yussuf Abu-el-Hajiag, jóven de hermosa presencia, de trato afable, erudito, poeta, y docto en diferentes ciencias pero mas dado á las dulzuras de la paz que á las violentas emociones de la guerra. Así que no tardó

en enviar mensajeros á D. Alfonso, que se hallaba en Sevilla, para ajustar unas treguas que el rey de Castilla aceptó por cuatro años y bajo buenas condiciones. (1333)

Los años que duró la suspension de hostilidades entre Castellanos y Granadinos fueron desgraciadamente invertidas en contiendas civiles promovidas por las incesantes rebeliones de los Ricos-hombres y magnates de Castilla, ácaudillados por el infante D. Juan Manuel, por D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Alfonso de Haro; funestas disenciones que D. Alfonso XI sofocó, aunque por corto tiempo, con su inexorable justicia que se acercaba á la crueldad, y que á las veces fué violenta hasta la traicion y alevosía para castigar á sus rebeldes vasallos.

Seguian, entre tanto, con general escándalo, los amores adulterinos de D. Alfonso con D.ª Leonor de Guzman en mengua de la dignidad del trono y en deshonra de la reina legítima de Castilla. Llegaron las cósas al estremo de que el rey de Portugal se vió obligado por su propio decoro á volver por el de su hija, tan escarnecida y humillada, y al efecto, dirijió una enérgica reclamacion á su yerno D. Alfonso, quien respondió á ella con tanta altaneria, que el portugués le declaró la guerra. (1336.)

En los comienzos de esta guerra los Ricos-hombres y los Concejos de Andalucía, en particular los de Sevilla, Córdoba y Jaen, reunidos en hueste, y sin que se lo *enviase á mandar el rey*, dieron una batalla á los portugueses, que tenian cercada á Bada-

joz, con tanta fortuna para las banderas andaluzas, que de la «mui gran compaña de caballeros de Portogal que vinieron allí con Per Alfonso, escaparon ende mui pocos, et la jente de pie morieron y todas.» (Crónica de D. Alfonso XI, cap. CLXX.)

Dos años se mantuvo aquella guerra, cuyo desenlace precipitó un triunfo naval que sobre la armada portuguesa obtuvo el Almirante de Castilla Jofre de Tenorio. Hé aquí los interesantes pormenores que de este combate se consignan en la citada Crónica:

«Estando la flota del rey de Castilla talando y saqueando las costas del Algarbe, el de Portugal dispuso armar la suya en Lisboa al mando del almirante genovés, Manuel Pezano, á quien dió órden de salir á combatir la castellana donde quiera que la encontrase. Noticioso Jofre de que los portugueses se habian hecho á la mar con el intento que queda indicado, hizo rumbo con la suya hácia Lisboa. Al amanecer de un dia avistó las naves enemigas, y haciendo fuerza de remo y vela llegó sobre ellas y les presentó el combate á la hora de tercia. En el acto *comenzaron la pelea mui bravamiente et mui fuerte de anas las partes*. La galera capitana que montaba el almirante Pezano y otra que mandaba su hijo Carlos, acometieron con denuedo la de Jofre de Tenorio que enarbolaba el estandarte de Castilla, en tanto que cada una de las otras, castellanas y portuguesas, se acometieron *mui fuerte et facian mucho por morir ó por vencer*. Dos galeras castellanas que acababan de echar á pique otras dos

portuguesas, vieron que la de su almirante Jofre estaba en *afincamiento* combatida por la de Pezano y la de su hijo Cárlos. Una de aquellas acudió en su auxilio, y atacó la de este último, con lo que las dos capitanas quedaron combatiéndose solas. Por fin la castellana tomó al abordaje la portuguesa, mató é hirió la *mayor* parte de su tripulacion, é hizo prisioneros á los demás, incluso al almirante Pezano. Entrada la capitana enemiga, Jofre puso la proa á la que montaba Carlos, y con ayuda de la que tan oportuno auxilio le habia dado, la apresó tambien. Los portugueses, que hasta este momento habian peleado con mucho valor y teson, viendo derribado el estandarte de su rey, apresadas las galeras que montaban el almirante Pezano y su hijo Carlos, y tomadas ó echadas á pique otras de su escuadra, perdieron ánimo y comenzaron á huir. La armada castellana perdió dos galeras en este combate, y la portuguesa catorce, ocho apresadas y seis echadas á pique. El almirante Jofre Tenorio vino con su flota y rica presa á Sanlúcar de Barrameda, y entró por el Guadalquivir hasta Sevilla. D. Alfonso XI salió á recibir con lucido cortejo á su victorioso almirante, y le colmó de distinciones y parabienes.» (1337.)

Dos años, repetimos, (1336 á 1338) duró esta funesta guerra, que malgastó en contienda, que pudiéramos llamar doméstica, la sangre y los recursos de dos pueblos hermanos gemelos que se veian amenazados, á la sazon, los primeros y mas directamente por un enemigo esterior que pretendia re-

novar el tremendo dia del Guadi-Becca, Zalaca y Alarcos. Afortunadamente las reiteradas gestiones del papa Benito XII lograron una suspension de hostilidades entre los dos reyes enemigos y parientes al mismo tiempo; suspension ó tregua de diez y ocho meses que el de Castilla firmó en Mérida y que ratificó muy luego el de Portugal.

Ya era tiempo. Años hacia que eran notorios en España los formidables armamentos que el emperador de Fez y Marruecos estaba haciendo para invadir la Península, que en su loca temeridad creia serle á él tan fácil presa como lo fué para los Emires de las dinastías Árabe, Almoravide y Almohade. La ocupacion de Aljeciras y Gibraltar realizada por sorpresa por los africanos; la actividad que desde entonces desplegara en el trasporte de sus huestes á Andalucía, donde eran acojidas por el sultan de Granada, y la incesante predicacion de la *Guerra Santa* en todas las mezquitas del imperio de Marruecos y del reino de Granada, síntomas eran inequívocos de que se acerca aquel terrible acontecimiento.

Esto visto, los reyes de Castilla, Portugal y Aragon amenazados en comun de la nueva invasion de los Beni-Merines, se concertaron para resistir al implacable é incorregible enemigo de España; y se dispusieron para combatirle, sobre todo el último, puesto que era notorio que los africanos tenian el propósito de dar principio á la reconquista por Valencia, á fin de que, segun decian, lo primero que rescatasen en la Península fuese lo último que ha-

bian perdido. Esto aconteció en la primavera de 1339, durante cuyo curso activaróuse en España los preparativos de defensa. El rey de Aragon alcanzó del papa que le concediese el diezmo de las rentas eclesiásticas que era costumbre otorgar para las guerras contra los infieles; el de Castilla convocó las córtes en Búrgos y obtuvo de ellas algunos subsidios, y finalmente, los dos monarcas convinieron en enviar cada uno una armada al Estrecho para vijilar el desembarco de los africanos, en tanto que ambos darian principio á las hostilidades por tierra contra los musulmanes de España.

En cumplimiento de lo pactado, el activo y valeroso D. Alfonso XI salió de Sevilla al frente de una lucida hueste compuesta de muchos caballeros y cuerpos de las órdenes militares así como de los consejos de Castilla y Andalucía, y con ella entró ejecutivamente en los Estados del sultan de Granada, recorriendo en son de guerra y sin hallar resistencia los distritos de Ronda, Antequera y Archidona hasta el rio Genil; q e encontró casi dessiertos por haber huido los granadinos á refujiarse los unos en las plazas fuertes y los otros á lo mas inaccesible de sus sierras. Talados aquellos campos y pueblos el ejército castellano regresó cargado de botin á Sevilla, donde D. Alfonso tuvo noticias de haberse unido en las aguas del Estrecho la armada aragonesa, compuesta de 12 galeras al mando del almirante Gilaberto de Cruyllas, á la castellana que capitaneaba el bizarro marino Jofre de Tenorio, fuerte de unas veinticuatro naves de combate.

No menos previsor que valeroso el ínclito don Alfonso de Castilla, dispuso el abastecimiento y refuerzo de las guarniciones que defendian las mas importantes plazas cristianas de Andalucía, aquellas que estaban amenazadas de ser las primeras que los africanos combatieran en el dia su invasion. Así pues, dió la tenencia de Tarifa á D. Fernando Perez de Portocarrero; la de Arcos á D. Fernando Perez Ponce de Leon; la de Jerez á D. Alfonso de Biezma, obispo de Mondoñedo, y, por último, el mando general de la frontera al gran maestre de Alcántara D. Gonzalo Martinez de Oviedo. Cumplidas estas disposiciones, y con noticias de que la flota combinada castellana-aragonesa no podia evitar en absoluto el contínuo desembarco de los africanos en las costas de Andalucía, así como que el emperador de Fez y Marruecos activaba los formidables preparativos para realizar la invasion de España, D. Alfonso pasó á Madrid, donde reunió las Córtes, de las que obtuvo crecidos subsidios en hombres y en dinero para hacer la guerra; dispuso enviar una embajada al papa residente entonces en Aviñon, en solicitud de las gracias é indulgencias de Cruzada para los que asistiesen á la próxima campaña, ordenando, finalmente, que todo estuviese dispuesto para los primeros dias de la primavera de 1340.

VIII.

Desastres Navales. Victoria del Salado.

1340.

Entre tanto continuaba, si bien con lentitud, el trasporte de tropas Africanas á las playas de Aljeciras, punto estratéjico que el emperador Abu-el-Hasan, habia elegido como base de las operaciones que proyectaba en Andalucia.

Al despuntar la primavera del año 1340, el príncipe Abd-el-Melik, hijo del emperador de Marruecos, que habia invernado en Aljeciras para dirigir las operaciones del desembarco de las tropas que enviaba su padre, con noticia que tuvo de la marcha del rey D. Alfonso á Castilla, intentó apoderarse de los almacenes de víveres que los castellanos tenian en Lebrija con destino al abastecimiento de la flota que cruzaba las aguas del Estrecho. Un cristiano, que cautivo tenian los Africanos en Aljeciras, pudo romper su cadena en estos dias, y pasar á Tarifa donde dió cuenta del proyecto de

Abd-el-Melik, al alcaide de esta ciudad Fernan Perez de Portocarrero; quien se apresuró á pasar aviso del suceso al consejo de Jerez y á los alcaides de los lugares y castillos fronteros de aquella comarca á fin de que estuvieran sobre aviso, en tanto que él con algunas fuerzas de caballería acudió á Lebrija para salvar los almacenes de la rapacidad de los Africanos.

El príncipe Abd-el-Melik salió de Aljeciras con una fuerte division de caballería é infantería, marchó por Medina-Sidonia sobre Jerez, y estableció su campo en un olivar inmediato á esta plaza, para dar lugar á que sus tropas saquearan la comarca en busca de víveres de que carecian los de Aljeciras, á resulta de la vigilancia de los cruceros castellanos en las aguas del Estrecho. Desde su campamento destacó mil y quinientos caballos para sorprender á Lebrija; lo cual no consiguió gracias á la defensa que hizo Fernan Perez de Portocarrero. Burlado su intento los Africanos retrocedieron hasta *el bodegon de Pascual Rubio, que es cerca del Guadalquivir* (copiamos textualmente la fidedigna crónica de D. Alfonso XI) y se apoderaron de cuanto ganado boyal y lanar encontraron en esta comarca, de donde revolvieron sobre la de Arcos con propósito de aumentar la presa. Fernan Perez de Portocarrero, que los seguia de cerca con cuarenta caballos de su escolta y sesenta de Lebrija, envió aviso de lo que pasaba al consejo de Sevilla, y á los caballeros que con sus mesnadas se reunian en la ciudad de Utrera siempre que los musulmanes en-

traban á correr tierra de cristianos. Estos caballeros y los jinetes enviados por el consejo de Sevilla, hicieron cuanta dilijencia pudieron para reunirse á Portocarrero. Encontrábanse á la sazon en Ecija el Maestre de Alcántara y los caballeros vasallos al Rey, de vuelta de una expedicion contra Alcalá la Real. Noticiosos de lo que ocurria en el distrito de Jerez, acudieron en auxilio de los caballeros que seguian el rastro de los Africanos con tanto celo y buen deseo de ayudarlos, que en un dia anduvieron las catorce leguas que los separaban de la pequeña hueste de Portocarrero. Unidos todos y en número hasta ochocientos hombres á caballo, avistaron al amanecer del siguiente dia, en un valle situado media legua mas allá de Arcos, la caballería Africana que los esperaba dividida en dos cuerpos, el uno como de mil doscientos hombres en órden de batalla, y el otro de trescientos custodiando la presa y los ganados. Los cristianos aunque menos numerosos, estaban, segun la Crónica, bien armados, llevaban buenos caballos, y *habia grandes corazones*, y no menores fuerzas para soportar el peso de las armas, y dar grandes golpes para derribar y matar muchos moros; asi que la refriega fué de las mas bravas y porfiadas. Cuando mas empeñada estaba, el alcaide de Arcos, Fernan Perez Ponce, salió dela ciudad con cuanta gente de armas pudo reunir, y acometió reciamente á los trescientos africanos que guardaban la rica presa fruto de su vandálica correría. Este inesperado refuerzo decidió la victoria en favor de los cristianos, que acuchillaron gallar-

damente á los enemigos, de los cuales solo un corto número pudo salvarse de las lanzas castellanas que *siguieron el alcance fasta una legua*. Vencidos los Africanos, los nuestros cogieron el despojo del campo, recobraron el ganado y fuéronse á reposar de su gloriosa fatiga al Castillo de Arcos.

En la mañana del dia siguiente recibióse la noticia en la fortaleza de Arcos, de que el príncipe Abd-el-Melik habia levantado su campo de las cercanías de Jerez y que se dirijia con mucha presa y ganados hácia el castillo de Alcalá de los Gazules, cuyas puertas se ofreciera un desertor á abrirle. Dudosos estaban el maestre de Alcántara y los caballeros acerca del partido que les convenia tomar, visto que sus fuerzas eran poco numerosas y las del príncipe africano ascendian á cinco mil jinetes y mucha mas gente de á pié, cuando la llegada del consejo de Ecija, con su caudillo Fernan Gonzalez de Aguilar, y la del de Jerez con D. Alvaro, obispo de Mondoñedo, así como la opinion de los caballeros de génio mas batallador obligaron al Maestre á salir de Arcos en persecucion de la hueste africana, al frente de dos mil caballos y algunos mas infantes. El inmenso bagaje que arrastraba la division musulmana y un récio temporal de agua que la sorprendió en el camino hicieron su marcha lenta y trabajosa, en términos que los castellanos pudieron darle alcance y sorprenderla una mañana al amanecer, acampada en la orilla derecha del pequeño rio Alamo, tributario del Barbate. Pero unos quinientos ginetes Bereberes que velaban el cam-

po, capitaneados por un sobrino del emperador, Abu-el-Hasan, llamado Ali-Hatar, se apercibieron de la llegada de los cristianos y montaron diligentes á caballo para defender el paso del rio. El obispo, el Maestre y los ricos-hombres viéndose descubiertos no vacilaron un instante en acometer al enemigo que los rechazó con denuedo y obligó á repasar el rio. En lo mas récio de la refriega, un caballero freire de Alcántara arremetió lanza en ristre contra el caudillo Ali-Cazar, quien le esperó á pié firme, y cuando lo tuvo á conveniente distancia le arrojó con tan descomunal brio su azagaya que le atravesó un *lorigon et un gambax que traia, et salióle el fierro á las espaldas, cayendo el freire muerto del caballo á tierra.* Los castellanos volvieron con mucho empuje á la carga, y esta vez mas afortunados, rompieron los escuadrones bereberes y lancearon al valiente Ali-Hatar. Esto hecho, penetraron como un torrente en el campo musulman, donde á pesar del suceso pasado no se queria dar crédito á su llegada, y lo recorrieron á sangre y fuego sin dar cuartel á ningun enemigo que se encontró bajo el filo de sus espadas. El desórden y la confusion fué tal, que los africanos se dejaron matar sin defenderse, ó escaparon á la desbandada hácia la vecina sierra. Uno de los fugitivos fué el príncipe Abd-el-Melik, que á pié y desamparado de los suyos huyó hasta que agotadas sus fuerzas se ocultó en una breña de zarzas en la orilla del arroyo Alamo. Allí lo encontraron los cristianos, uno de los cuales, á pesar de que el príncipe se fingió muerto,

le dió dos lanzadas. Idos los cristianos, el príncipe se levantó prorumpiendo en sordos lamentos. Un africano que lograra ocultarse cerca de aquella breña, oyó sus quejidos, le conoció y acudió en su auxilio, ofreciéndose á conducirle á cuestas. Mas el príncipe que se sentía desfallecer á resultas de la mucha sangre que perdía por sus heridas, se negó á dejarse llevar, y le rogó fuese á buscarle auxilios mas eficaces. Obedeció el africano; y cuando regresó con alguno de los suyos para recojer al príncipe, encontráronlo cadáver en la orilla del arroyo donde se arrastrara devorado por la sed de su mortal agonía.

El desastre de aquella espedicion y la muerte de su hijo Abd-el-Melik, llenaron de saña y congoja al emperador Abu-el-Hasan, así como al Sultan de Granada, que se propusieron tomar rápida y cumplida venganza del infausto suceso, para lo cual hicieron un nuevo llamamiento á sus banderas y activaron el paso de las tribus africanas á España.

La alegría que este fausto suceso militar causó en Andalucía se vió muy luego turbada por el siguiente triste acontecimiento. El almirante de la flota aragonesa, Gilaberto de Cruyllas, que con la armada castellana guardaba el paso del Estrecho, operó un temerario desembarco en la costa de Algeciras, y empeñó en tierra firme un combate desigual con los africanos. En lo mas apretado de la refriega cayó muerto atravesado de una flecha; visto lo cual sus soldados y marinos se retiraron apresuradamente á las naves, que muy luego por acuerdo

de sus capitanes faltos de gefe dieron la vela para las costas de Cataluña, dejando sola la armada de Castilla para guardar el Estrecho.

Dos meses despues, esto es, en abril del mismo año 1340, D Alfonso XI, mas atento á satisfacer la ambicion y las venganzas de su favorita D.ª Leonor de Guzman, que á celar los verdaderos intereses de su reino y corona, despues de haber estremado su justicia, que tantas veces degeneró en fria crueldad, en el castigo del mas desgraciado que desleal maestre de Alcántara el vencedor del príncipe Abd-el-Melik, regresó á Andalucía para asistir al desastre de su armada y á la heróica muerte del valeroso almirante Jofre de Tenorio.

Ya hemos dicho que deseoso de vengar la derrota y muerte de su hijo á orillas del arroyo Álamo, el emperador Abu-el-Hasan habia mandado activar el trasporte de tropas africanas á las playas de Algeciras y Gibraltar. Tanta actividad se desplegó en el cumplimiento de sus órdenes, que en la fecha que queda indicada en el párrafo anterior, el rey D. Alfonso, que se hallaba en Sevilla, recibió comunicaciones del almirante Jofre de Tenorio dándole cuenta de haber cruzado el Estrecho una flota marroquí de doscientas setenta velas, de ellas sesenta galeras armadas para la guerra, que habian efectuado un considerable desembarco de tropas en la bahía de Gibraltar, y pidiéndole al mismo tiempo refuerzos de hombres y de barcos para combatir tan formidable armamento, dado que las naves de su mando se encontraban en mal estado, faltas de

tripulacion y muy averiadas á resultas de aquella larga campaña marítima. Envióle D. Alfonso seis galeras recien construídas en las Atarazanas de Sevilla y ademas suficiente tripulacion para guarnecer estas y otras ocho que estaban desarmadas en el puerto de Santa Maria. Con este refuerzo la flota castellana contaba treinta y tres galeras; número bastante inferior al de las africanas.

Desgraciadamente con el refuerzo llegó á conocimiento del almirante Jofre cierto rumor que circulaba en la córte del rey de Castilla, ó mas bien diremos, una falsa interpretacion de algunas palabras de D. Alfonso XI, referentes á la facilidad que las naves africanas habian encontrado para cruzar el Estrecho; rumores ó palabras que hirieron en lo mas vivo el pundonor del valeroso y leal almirante, quien en su virtud y cediendo á los impulsos de su gran corazon dispuso atacar inmediatamente con fuerzas tan desiguales las formidables que el enemigo podia presentarle en línea de combate.

Al efecto, «mandó tañer las trompas y los atabales, et movió la su galea con el estandarte del rey contra do estaba la flota de los moros. Et de las treinta et tres galeas que él tenia *fueron muy pocas con él*, et eso mesmo de las naves.» Como dice con su lacónica y vigorosa sencillez la crónica de don Alfonso XI. Visto por la flota africana el reducido número de barcos castellanos que provocaban el combate, saliéronles desaforadamente al encuentro y muy luego los tuvieron tan estrechamente rodeados, que cada uno de ellos tuvo que resistir el abor-

daje de tres ó cuatro naves africanas que los tenian aferrados. En lucha tan desigual la resistencia no pudo ser de larga duracion. Así que á los pocos momentos de empezado el combate «las mas de aquellas galeas fueron tomadas, y las otras anegadas, et las gentes de los cristianos muertas ó captivas.» Entre tanto la galera capitana que montaba el almirante castellano se defendia heróicamente de cuatro galeras enemigas que la tenian aferrada y la combatian sin cesar; pero, como dice la crónica, describiendo los pormenores de este glorioso episodio de aquel combate naval, estaban con el almirante muchos y buenos caballeros y escuderos, sus parientes ó criados de su casa que rechazaban con inaudita bravura los repetidos abordajes del enemigo. Habia seguido á la galera capitana una nave de alto bordo, cuyos tripulantes creyendo obrar bien saltaron en aquella para ayudar á su defensa. Tomaron los africanos la nave abandonada que estaba muy cerca de la galera del almirante y la dominaba siendo mas alta, y desde ella hicieron llover sobre los cristianos un diluvio de barras de hierro, piedras, saetas y toda clase de armas arrojadizas que causaron mucho estrago en la gente del almirante. Sin embargo, no se intimidaban aquellos héroes; por el contrario, *cuando alguno se sentia ferido de muerte, venia al almirante et besábale la mano, et con las feridas tornaba á morir en la pelea.* Los africanos entraron tres veces la galera capitana, y otras tantas tuvieron que abandonarla rechazados por Jofre de Tenorio, que tenia puesta una mano en el

estandarte y en la otra la espada con *la que feria en los moros, et luego que los echaba tornábase al estandarte.* Por último, *muertos todos* aquellos héroes delante de su general, este se abrazó con el estandarte y peleó con la espada que tenia en la mano *fasta que le cortaron una pierna, et ovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro et diéronle un golpe en la cabeza de que morió.*

Cuatrocientos sesenta y cinco años despues, y en las mismas aguas, el héroe Alfonso Jofre de Tenorio debia encontrar un generoso émulo de su proeza en el valiente entre los valientes D. Cosme de Churruca. Esto prueba que los siglos pasan, pero la raza de los héroes no pasa en España.

Muerto el almirante castellano, los africanos le cortaron la cabeza que arrojaron al mar—contra su costumbre; sin duda porque quedaria muy destrozada á resultas del golpe descomunal que acabó con su vida—y el cuerpo lo conservaron como trofeo de su victoria para presentárselo al emperador Abu-el-Hasan. Los cristianos de las galeras que no quisieron entrar en combate, viendo derribado el estandarte real, trasbordáronse á las naves de alto bordo, y aprovechando un poco de viento que se levantó, largaron velas é hicieron rumbo al puerto de Cartajena, dejando desamparadas las galeras. Los africanos se apoderaron de ellas con todos sus remos, velas y aparejo. *Así que de toda la flota que el rey de Castilla allí tenia non escaparon mas de cinco galeas.*

Don Alfonso, que se encontraba en las Cabezas de San Juan, camino de Jerez de la Frontera, reci-

bió en aquella villa la noticia del terrible desastre que le dejaba completamente exausto de marina de guerra. No se abatió por tamaño infortunio la grandeza de su ánimo; por el contrario, en aquellos momentos se mostró mas previsor, mas político y decidido que nunca. Conceptuando que la total pérdida de su armada dejaba espuesta, en primer lugar, la importante plaza de Tarifa, y despues todos sus estados de Andalucía á ser presa de las huestes africanas, envió desde luego víveres y un crecido refuerzo de caballeros y escuderos para su defensa, y esto hecho regresó diligente á Sevilla, donde se proponia reunir todos los medios necesarios al sostenimiento de la guerra que ya conceptuaba inevitable y próxima.

Al efecto hizo que la reina D.ª Maria, que vivia retirada en un monasterio con su hijo D. Pedro, escribiese á su padre el rey de Portugal; quien no menos generoso que su hija, olvidando los agravios hechos á su honra, envió al rey de Castilla su flota al mando del almirante Pezano y de su hijo Cárlos, los mismos que dos años antes habian sido vencidos y hechos prisioneros en las aguas de Lisboa por el tan valeroso como desgraciado Jofre de Tenorio. Esto hecho comisionó á Juan Martinez de Leyva, con especial embajada á la república de Génova en solicitud de una armada, que en número de quince galeras le facilitó la *Señoria*, á precio de ochocientos florines de oro mensuales por cada una, y de mil y quinientos la capitana, al mando del almirante Ejidio, hermano de Simon Bocanegra, primer

Dux de aquella república. De regreso para España y á su paso por Aviñon, el embajador Leyva obtuvo del pontífice una bula concediendo las indulgencias de Cruzada para la guerra de Castilla contra los Mahometanos; así como negoció en Zaragoza con Pedro IV un tratado de alianza entre Castilla y Aragon en virtud del cual este último monarca debia poner á disposicion y sueldo del primero doce galeras armadas para la guerra.

Entre tanto, el activo D. Alfonso XI ajustó con su suegro el rey de Portugal un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra el emperador de Marruecos; tratado que se firmó en Sevilla, en 10 de julio de 1340, y en el cual quedaron satisfactoriamente resueltas y concluidas todas las diferencias, todos los motivos de queja que durante largos años mantuvieron mas ó menos enemistados á los dos reyes. Durante el curso de estas negociaciones, el hábil político y previsor guerrero D. Alfonso, se esmeró en reparar en cuanto pudo el desastre de su armada ocurrido en las aguas de Gibraltar, mandando construir nuevas galeras, reparar las que se encontraban desarmadas en los puertos de Andalucía y traer las pocas que existian en los de Asturias y Galicia; formando con todas ellas una reducida flota de quince galeras y algunos trasportes, que puso á las órdenes de Frey D. Alfonso Ortiz Calderon, prior de S. Juan, con encargo de cruzar las aguas de Tarifa, dado que el almirante portugués Manuel Pezano, se obstinaba, por medida de precaucion, en permanecer con su armada en Cádiz.

Dicho se está que el emperador de Marruecos aprovecharía grandemente los cinco meses cumplidos durante los cuales fué dueño absoluto del paso del Estrecho, para activar el trasporte de tropas á las playas de Andalucía. Así es que á beneficio de su numerosa armada, reforzada con las galeras castellanas que apresó en el último combate naval, con las del sultan de Granada su aliado, y con las que le enviaron el rey de Tunez y el de Bujía, pudo pasar con todo descanso y sin peligro de las costas africanas á las españolas *setenta mil caballeros, et cuatrocientas veces mil omes de pié*, como dice el cronista de D. Alfonso, que acamparon entre Gibraltar y Aljeciras. Número no exajerado si se tiene en cuenta que en él debieron figurar por una gran parte las familias y acaso tribus enteras africanas que desembarcaron con la esperanza de establecerse definitivamente en Andalucía, como habia acontecido en todas las invasiones musulmanas realizadas desde los tiempos de Musa y Tarik.

Terminado con tanta felicidad el desembarco, Abu-el-Hasan despidió su armada, «coidando que el rey de Castilla no podia haber flota ayuntada en aquel año, que le destorvase de pasar los navios pequeños con viandas,» y marchó ejecutivamente á poner sitio á Tarifa; cuya plaza bloqueó estrechamente, (23 de setiembre) salvo por el lado del mar, y cuyos muros batió con veinte máquinas é injénios de trueno que lanzaban *balas grandes de hierro con nafta*, causando terribles destrozos en sus bien torreados muros.

Defendiéronse gallardamente los sitiados al mando de Juan Alfonso de Benavides; pero combatidos réciamente por fuerzas tan superiores hubieron de pedir con repetidas instancias auxilio al rey de Castilla, quien dió órden á su almirante, el Prior de San Juan, para que con la armada, fuerte de quince galeras, doce navíos y cuatro leños, (embarcaciones pequeñas y de mucho andar) fuese en socorro de Tarifa. La vista de aquella flota colmó de alegría á los sitiados; «et á los moros pesóles mucho, ca los navíos pequeños que les traian la vianda non osaban andar por miedo de los leños, et luego encarecioles mucho la vianda en el real.»

No bien tuvo noticia D. Alfonso de haber llegado su armada sin novedad al punto de su destino, convocó en su palacio, *que es so el caracol* á los prelados, todos los ricos-hombres, los maestres de las órdenes militares, todos los caballeros y escuderos hijos-dalgo, de su señorío, y muchas gentes de las ciudades villas y lugares de sus reinos que estaban con él en Sevilla y les espuso la necesidad, en evitacion de mayores males, de ir á combatir á los africanos que tenian sitiada á Tarifa. Movióse sobre esto una larga discusion, en que los pareceres se manifestaron encontrados, hasta que «fincó el acuerdo de que fuesen á correr la villa de Tarifa, y que el rey de Castilla solicitase el auxilio de los de Aragon y Portugal para asegurar el éxito de la empresa.

En su virtud comenzóse desde luego á hacer los grandes preparativos para la guerra; y la buena y generosa reina D.ª María, á solicitud de su in-

fiel esposo, marchó á Portugal para obtener de su padre los auxilios de que tanta necesidad tenia su marido. El noble D. Alfonso IV mostróse propicio á la solicitud de su yerno, y ofreció á su hija que marcharia en persona con una hueste en socorro del rey de Castilla.

Estaba escrito en el libro del destino, que la inmarcesible gloria del Salado habia de comprarse con tremendos desastres marítimos.

Es así que en tanto que D. Alfonso XI negociaba alianzas y ajenciaba auxilios estranjeros para hacer frente á la tormenta que se cernia sobre sus Estados, y que Abu-el-Hasan en sus reales frente á Tarifa, abrigaba sérios y fundados temores de que las flotas de Aragon y Portugal llegasen á unirse á la de Castilla, cortándole toda comunicacion con África y colocándole en una situacion desesperada falto de todo socorro para mantenerse en Andalucía, pensaba ya «en catar manera como oviese alguna avenencia con el rey de Castilla,» cosas todas que parecian augurar el próximo y feliz término de la tremenda crisis que atravesaba Andalucía, cuando surjió de improviso un aciago suceso que hizo naufragar aquellas esperanzas y comprometió gravemente la causa de los cristianos.

Mantenia el prior de San Juan, Alfonso Ortiz Calderon, vijilante crucero con la armada castellana en las aguas de Tarifa, interceptando cuantos convoyes de víveres se despachaban de las costas de África para el campo musulman; motivo era este de grande regocijo para los cercados y de viva

preocupacion para el emperador de Marruecos, que, como dejamos anteriormente dicho, temia verse sitiado por hambre en sus mismos reales, y pensaba en tal virtud, proponer una avenencia al rey de Castilla. Así las cosas, y en los dias en que se entablaron los preliminares para negociar la paz, estalló en una noche del mes de Agosto, una furiosa y deshecha borrasca en los mares del Estrecho, que sumerjió ó dió al través contra las peñas de la costa doce galeras de la flota castellana, salvándose solo la que montaba el almirante y otras dos: en cuanto á las naves de alto bordo pudieron correr el temporal las unas hasta Cartajena y las otras hasta los puertos del reino de Valencia.

Aquel nuevo desastre, que en lo mas crítico de las circunstancias dejaba por segunda vez enteramente desprovisto de marina al rey de Castilla, reanimó el acongojado espíritu del emperador Abuel-Hasan, quien viéndose otra vez dueño del mar renunció á sus propósitos de avenencia y mandó activar con desesperados brios las operaciones del sitio de Tarifa. Al soberbio arranque de su afortunado enemigo, contestó D. Alfonso XI enviando repetidas comunicaciones al gobernador de la plaza, mandándole que no desmayase por la pérdida de la flota, y que se mantuviese firme en la seguridad de que muy en breve seria socorrido por el ejército aliado castellano-portugués.

Así fué, y mas pronto de lo que podia esperarse. En los primeros dias del mes de Octubre llegó á Sevilla D. Alfonso IV de Portugal, al frente de una

division de mil caballos formada con los principales hidalgos de su reino, que unida á la hueste castellana, fuerte de *ocho mill omes de caballo, et fasta doce mill omes de pie*, constituyó un corto pero brillante y disciplinado ejército veterano, que salió de esta ciudad hácia mediados del mes, acaudillado por ambos reyes ganosos de correr los peligros y de conquistar la gloria de aquella memorable campaña.

Andando á cortas jornadas para proveerse de víveres y dar lugar á que se le fuesen incorporando las banderas y Concejos que habian sido convocados, llegó el ejército cristiano en doce dias de marcha pasando por Alcalá de Guadaira, Utrera, cabezas de S. Juan, Torres de Alocaz, Cuevas de Coyo y Jerez; de aquí continuó por Medina-Sidonia, vadeó el rio Celemin que desagua en la laguna de la Janda, luego por la mesa de Benalú y por Almodovar hasta el montecillo de la Peña del Ciervo, posicion estratéjica situada cerca de Tarifa que los africanos habian ocupado hasta el momento en que se dejó ver el ejército cristiano. En este punto estableció sus reales D. Alfonso XI; coincidiendo con su llegada á él, la aparicion en las aguas de Tarifa de la flota de Aragon á sueldo de D. Alfonso, y de las tres galeras y doce naves castellanas que se salvaron del pasado naufrajio con el prior de S. Juan, Ortiz Calderon.

Alzadas tiendas y tomadas todas las precauciones que para la defensa del campamento requeria la proximidad del enemigo, D. Alfonso mandó

practicar un reconocimiento sobre el terreno para saber las posiciones que aquel ocupaba. De él resultó que el emperador Abu-el-Hasan y su aliado el Sultan de Granada al tener noticia de la llegada del ejército cristiano, habian levantado el cerco de la plaza, mandado quemar todos los ingenios con que la combatieron y tomado posiciones para dar la batalla; los africanos al pié de una colina sobre cuya meseta Abu-el-Hasam hizo poner su *alfaneque* (pabellon) rodeado de las tiendas de su familia y servidumbre, y en otra colina mas separada, pero como la primera dando vista á Tarifa, los granadinos con el Sultan Yussuf ben-Ismail, por último, que el número de los musulmanes, segun declaracion de un desertor moro, ascendia á mas de «cincuenta et tres mill caballeros, et mas que setecientas veces mill omes de pie» cifra en la que sin duda se comprenderian las tribus y familias africanas que emigraron á España, pues los cálculos mas racionales de los historiadores cristianos y magrebinos, solo señalan 150 á 200 mil combatientes.

Acto continuo, D. Alfonso llamó á concejo á los prelados, ricos-hombres y caballeros principales de la hueste, para acordar el plan de la batalla que debia empeñarse al dia siguiente. Trazóse este en medio de entusiastas manifestaciones de adhesion al *Señor Rey* y de ofrecimientos de morir por la fé de Jesucristo; conviniéndose entre otras cosas, que el rey de Castilla atacaria con el grueso del ejército al emperador de Marruecos, y que el de Portugal, aumentada su division de mil caballos con otros

tres mil castellanos, acometeria al Sultan de Granada, que contaba unos siete mil combatientes en su hueste. La militar prevision de D. Alfonso fué mas allá; pues hecho cargo de las posiciones que ocupaba el enemigo, elegidas con incalificable torpeza, dispuso que á noche cerrada los pendones de sus hijos (bastardos) D. Enrique y D. Tello con los del obispado de Jaen, en número de mil caballos y cuatro mil infantes entrasen en Tarifa, con órdenes para que la guarnicion de la plaza y la dotacion armada de las galeras de Aragon y Castilla se les reuniesen y estuviesen todos dispuestos para cargar impetuosamente al enemigo en el momento oportuno.

Verificóse con éxito lisonjero aquella atrevida operacion á la vista y á despecho del enemigo, que con tres mil caballos intentó en vano oponerse al paso del rio Salado por la fuerza castellana que entró triunfante en Tarifa antes de la media noche.

Toda ella la pasó el ejército castellano sobre las armas. Al romper el dia del lúnes 30 de Octubre de 1340, el rey D. Alfonso de Castilla y de Leon salió de su tienda, y despues de oida la misa que celebró el arzobispo de Toledo, mandó hacer la señal, «et en todas las huestes los cristianos armaronse de sus armas, et los Ricos-homes et caballeros armaron los caballos.» Esto hecho y ordenadas las haces el ejército se puso en marcha hácia el enemigo, dejando encomendada la guarda de los reales asentados en la Peña del Ciervo, á D. Pero Nuñez con parte de la infantería compuesta «de labradores et omes de

poca valia que fueron en la hueste» como los califica la Crónica. En el momento de moverse los pendones cristianos, la guarnicion de Tarifa con el refuerzo llegado la noche anterior y la dotacion armada de la flota castellana obedeciendo, sin duda, á las instrucciones recibidas, salió de la plaza y se formó en batalla delante de sus murallas amenazando la estremidad del ála izquierda del ejército Africano.

Abu-el-Hasan ordenó ejecutivamente el suyo en actitud de combate, y destacó gruesas masas de caballería para defender el paso del Rio Salado que dividia los dos campos. D. Alfonso de Castilla avanzó de frente protejido su costado derecho por el mar, contra el emperador de Marruecos; el rey de Portugal «tomó su camino por la izquierda cerca de la Sierra contra do estaba el rey de Granada.» Entre tanto la vanguardia acaudillada por D. Juan hijo del infante D. Manuel, contraviniendo las órdenes recibidas, hizo alto al llegar á la orilla del rio. Envióle el rey con un caballero la órden de avanzar, á lo que se negó este caudillo en términos que hizo sospechar de su lealtad al rey: «et el su Alferez de este D. Joan desque oyó lo que el Rey le enviara á decir, quisiera mover con el pendon para pasar el rio; et D. Joan dióle una mazada que lo oviera derribar del caballo.» La vanguardia permaneció inmóvil. Afortunadamente en aquel crítico momento en que la inesperada conducta del infante comprometia gravemente el éxito de la batalla, un cuerpo como de ochocientos hombres de caballería,

mandado por los hermanos Garcilaso, se lanzó denodadamente á la carga pasando el rio por un puentecillo de madera que defendian dos mil y quinientos jinetes Africanos que fueron arrollados. Casi en el mismo tiempo que los Garcilasos daban la carga, D. Juan Nuñez de Lara y el maestre de Santiago vadeaban el rio con sus banderas, venciendo la resistencia que les opuso el enemigo. En estos momentos llegó á la orilla del Salado D. Alfonso con sus mesnadas. Mientras que el rey pasaba el rio, las primeras banderas de la derecha que habian entrado en accion llegaron, persiguiendo á los fujitivos, hasta el cerro donde estaban los reales, el pabellon y la familia del emperador Abu-el-Hasan, defendidos por un cuerpo de once mil africanos, Zenetas, tres mil de ellos á caballo. Ni el número ni la ventajosa posicion del enemigo detuvieron el impetu de los Castellanos, que acaso hubieran pagado caro en aquel punto su temerario arrojo y codicia de presa, si la guarnicion de Tarifa con los refuerzos que recibiera la noche anterior no hubiese entrado en aquella hora en accion, combinando su ataque á los reales de Abu-el-Hasan con el de las banderas de D. Juan Nuñez de Lara y del maestre de Santiago. Aquella doble é impetuosa embestida desconcertó á los Zenetas, que huyeron á la desbandada los unos hácia el mar y los otros hácia Aljeciras, dejando en poder de los castellanos el pabellon y las tiendas de la familia del emperador.

Entre tanto el rey D. Alfonso habia pasado el rio, y empeñado la formal batalla con el grueso del

ejército Africano que habia tomado posiciones en el valle. Ruda y porfiada fué la refriega, y tan cerca se combatieron capitanes y soldados que D. Alfonso vió clavada una saeta en el «arzon delantero de la silla del caballo que montaba.» *Feridlos*, esclamó, levantándose sobre los estribos, *que yo so el Rey Don Alfonso de Castiella et de Leon: ca el dia de hoy veré yo quales son mis vasallos, et verán ellos quien soy*. Y esto diciendo espoleó su caballo para arrojarse en lo mas recio de la refriega; mas el arzobispo de Toledo D. Gil de Albornoz, que no se separó en aquel dia de su lado, «travóle de la rienda, et dixo: *Señor, estad quedo, et non pongais en ventura á Castiella et Leon; ca los moros son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor*.

Cumplióse la profecia; pues á los pocos momentos el cuerpo de zenetas que quedara en la guarda de los reales, bajaba por el «recuesto ayuso» acosado con rigor por las espadas castellanas, introduciendo con su desordenada fuga el desconcierto en las taifas de la izquierda de la linea de batalla de los Africanos. Al mismo tiempo que esto sucedia, la hueste Granadina vencida y arrollada por la division Castellano-portuguesa acaudillada por el rey de Portugal, se precipitaba tambien huyendo á la desbandada sobre la derecha de aquella línea; que combatida simultáneamente en el centro por las armas castellanas y en sus estremos por la confusion que introdujeron en ellos los fugitivos Zenetas y Granadinos, se desordenó en toda su estension, pronunciándose muy luego toda ella en arrebatada fuga.

Unidos los dos reyes de Castilla y Portugal siguieron el alcance de los vencidos hasta el rio Guadalmesi, dejando entre este y el Salado una tupida alfombra de cadáveres africanos; cuyo número debió ser espantoso (doscientas veces mil, dice la crónica) atendido que la persecucion duró mas que la batalla; atendida la superioridad de las armas defensivas y ofensivas de los castellanos, dado que los Africanos carecian completamente de las primeras y en cuanto á las segundas eran muy inferiores, y atendido, en fin, á que, segun declaracion de los vencidos, los moros que pasaron aquende la mar tardaron cinco meses y emplearon sesenta galeras por dias, «et los que tornaron despues hicieronlo en doce galeas et quince dias.»

Cuenta la crónica de D. Alfonso XI, con su nervioso y gráfico laconismo, que los Africanos fueron cruelmente maltratados en aquella lid; pero que mucho mas los hubieran sido, «si no fuera porque muchos cristianos se detuvieron á devastar los reales del emperador de Marruecos, donde dieron muerte ó cautivaron á las mugeres é hijos de Abu-el-Hazan. Entre las primeras se contaron la hija del rey de Tunez, Fatima, esposa predilecta del emperador, una hermana de esta llamada Fomalfat, tres mugeres horras de aquel príncipe y otras moras, así como cautivas varias cristianas y moras de su harem. Matáronle, dice, dos hijos pequeños é hicieron prisionero á su hijo Abu-Ahmer, la mejor lanza del ejército, á su sobrino Abu-Aly, rey

que fué de la antigua Sedjelmesa, en Berberia, y otros ilustres jeques y caudillos.

Los príncipes vencidos se salvaron á uña de caballo entrando en Aljeciras donde se detuvieron el tiempo indispensable para les aparejasen las naves que los condujeron al uno á Marbella, de donde pasó luego á su capital, Granada, y el otro á Gibraltar donde se embarcó precipitadamente para ganar la costa de Africa.

Es indudable, al menos para nosotros, que la batalla del Salado, lo mismo que la de las Navas de Tolosa, mas bien que una grandiosa accion de guerra en la que la victoria se viese larga y tenazmente disputada por dos ejércitos igualmente poderosos en recursos, en soldados y en ciencia militar de sus respectivos caudillos, fué una espantosa carniceria de Africanos mal armados y medio desnudos, realizada por un ejército tan inferior en número como superior en organizacion, disciplina y armamento, y á la cual contribuyeron los musulmanes andaluces, que en su odio inveterado á la raza berberisca, ó se negaron á combatir ó lo hicieron tan flojamente que comprometieron la situacion de sus correligionarios. En 1212, el reino Castellano era, á pesar de las discordias intestinas que le trabajaban sin cesar, una potencia militar muy superior al pueblo musulman que habia quedado establecida en España, y á la raza africana que no podia conformarse con la idea de renunciar á la posesion de Andalucía; en 1340, es decir, ciento veintiocho años despues, era no solo potencia militar

sino que tambien naval y habia caminado tanto por las vias del progreso moral y material, que solo la grosera ignorancia de los reyes de la Mauritania pudo hacerse la ilusion que seria fácil presa para los *hambrientos* y *haraposos* kabilas africanos.

Entre la España de 711 y la España de 1340 habia la misma diferencia que entre el número de los Bereberes de Tarik y el número de los Africanos de Abu-el-Hasan. Por eso cien mil Godos no pudieron vencer doce mil Bereberes en las márgenes del Guadi-Becca; por eso bastaron veinticinco, ó á lo sumo treinta mil Españoles para esterminar medio millon de Africanos en las del rio Salado.

Y, cosa verdaderamente providencial, la misma region—la cora de Algeciras—testigo del desastre de la España de los Godos, fué teatro de la última y definitiva victoria de la España de los Españoles sobre sus eternos enemigos, desde el tiempo de la dominacion romana, los Bárbaros de ámbos Magrebs.

¡Seiscientos veinte y nueve años de lucha que se renovaba todos los dias, separan á Tarik de Abu-el-Hasan; á Rodrigo de Alfonso XI, á la jornada del Guadi-Becca de la jornada del Salado; rios, que de seguro no acarrean tantas aguas como sangre cristiana y musulmana se derramó en Andalucia, desde el dia en que el primero asistió á la agonia de España, hasta el en que el segundo presenció su resurreccion.

Dejando para otro lugar el dar mas ámplios detalles acerca de la batalla del Salado y sus mas in-

mediatos resultados, nos limitaremos en este á decir, que en el Salado combatieron solos los Leoneses, Castellanos y Andaluces, auxiliados de *mil* portugueses; y que si gloriosa fué la batalla bajo el punto de vista político y militar, no menos provechosa fué bajo el aspecto económico, puesto que fueron tantas las riquezas que los cristianos tomaron en los reales africanos y principalmente en las tiendas de Abu-el-Hasan, que, segun dice la Crónica (Cap. 296) «el Rey cobró mucho de ello (del haber), pero algunos de los que lo ovieron tomado, fuxieron con ello fuera del regno á Aragon et Navarra: et muchos de ellos fueron á la ciubdad de Aviñon, dó era entonces el Papa Benedicto. Et tanto fué el aver que fué levado fuera del regno, que en Paris, et Aviñon, et en Valencia, et en Barcelona, et en Pamplona et en Estella, en todos estos logares *baxó el oro et la plata la sesma parte menos de como valió.*»

La escasez de subsistencias, en medio de aquella abundancia de metales preciosos, impidió á Don Alfonso seguir el alcance de los fugitivos, viéndose obligado á regresar á Sevilla, en compañía del rey de Portugal, donde fueron recibidos en solemne procesion por el clero y el pueblo reunidos para celebrar con trasportes de júbilo aquel espléndido triunfo. El generoso portugués solo quiso aceptar como recuerdo de su participacion en los peligros y en la gloria de la jornada, algunas armas y arreos militares notables por su maravillosa labor, con lo cual se despidió satisfecho del rey de Castilla, que

le acompañó en su viaje de regreso hasta Cazalla.

No menos piadoso que guerrero y político, Don Alfonso XI dispuso enviar desde Sevilla al Papa Benito XII un magnífico regalo en memoria del triunfo que las armas cristianas habian obtenido sobre las mahometanas. El regalo, que consistia, entre otros objetos preciosos, en el pendon que enarbolara el rey, y el caballo que montara el dia de la batalla, los mejores caballos árabes tomados al enemigo, y veinticuatro cautivos africanos con otros tantos estandartes berberiscos, fué recibido en Aviñon por el papa, en su palacio, rodeado de los cardenales, obispos y todo el clero, que á la voz del pontífice, que habia bajado de su silla para tomar en la mano el estandarte de Castilla, repitió á coro el himno *Vexilla Regis prodeunt, fulget Crucis misterium*. Terminado el acto, el papa decretó que se celebraran en Aviñon, en memoria del triunfo del Salado, fiestas con iluminaciones y juegos públicos.

XII.

Desde la batalla del Salado hasta la muerte de D. Alfonso XI.

Sitio y conquista de Algeciras.

1340 á 1350.

La victoria del Salado ganada por Alfonso XI con las solas fuerzas de sus reinos de Leon, Castilla y Andalucía y sin auxilio alguno de los demás reinos de la península ni de los estranjeros, dió al rey una alta idea de sus recursos militares, y además, poderoso estímulo para intentar la realizacion del pensamiento de todos sus predecesores, desde Don Alfonso VIII, que fué el cerrar de una vez y para siempre las puertas de España á las invasiones musulmanas, reconquistando, al efecto, de los sarracenos las plazas que desde tantos siglos se vienen considerando como las llaves del Estrecho de Gibraltar, y simultáneamente combatir sin tregua hasta espulsarlos del suelo de la Península los restos de la dominacion musulmana encerrados en el pequeño reino de Granada.

Con este propósito salió de Sevilla al frente de

una lucida hueste, en la primavera de 1341, y en seis meses de activa y afortunada campaña arrebató por fuerza de armas al Sultan de Granada, las importantes villas fortificadas de Alcalá la Real; Priego, Rute, y los castillos de Locovin, Cartabuey, Benamejí y torre de Matrera. En medio de estos parciales triunfos, vino á sorprenderle la nueva que el emperador Abu-el-Hasan, equipaba, con la mayor actividad, una poderosa flota en los puertos de Africa, para intentar un nuevo y formidable desembarco en las costas españolas, siendo el punto objetivo de su proyectada invasion la plaza de Algeciras, que en todos tiempos fué la causa de la pérdida ó de los tremendos conflictos en que se vió Andalucía desde la época de la primera conquista musulmana.

Esta noticia obligó á D. Alfonso á apresurar la ejecucion del proyecto que meditaba contra aquella plaza; para lo cual se trasladó inmediatamente á Castilla, convocó córtes en Búrgos, y obtuvo de ellas, además de los servicios ordinarios, las *alcabalas* de todo el reino, impuesto de un tanto por ciento que todo vendedor pagaba al fisco de cuanto vendia, y en el cual se comprendieron, en esta ocasion los hijo-dalgo y caballeros con una generalidad y bajo unas bases cuales hasta entonces no se habian usado. D. Alfonso pasó los primeros meses de aquel año (1342) visitando las ciudades de Castilla y Leon con objeto de hacer efectivo el impuesto que le concedieran las córtes de Búrgos, y cuando hubo satisfecho su deseo púsose en camino para Andalu-

cia á fin de activar los preparativos de la campaña contra Aljeciras.

Durante su marcha recibió frecuentes comunicaciones del Almirante de las flotas confederadas, Castellana, Genovesa y Portuguesa estacionadas en las aguas del Estrecho, dándole cuenta de haber salido de las costas de África para las de Andalucía la formidable escuadra de Abu-el-Hasan; que esta había anclado cerca de la desembocadura del rio Guadamecil, y, finalmente, de haber conseguido algunos triunfos parciales sobre las galeras Africanas y Granadinas.

Estas nuevas le hicieron apresurar su viaje á Sevilla, de donde salió á los muy pocos dias al frente de una corta hueste con propósito de tomar parte en las operaciones de la campaña naval que debia emprenderse inmediatamente.

El dia de su salida de Sevilla «fué á dormir una legua ellende la torre de los Herveros; et otro dia fué comer á la Cabezas de San Juan. Et acabado de comer llególe una carta del su almirante anunciándole que teniendo cercada la flota de los moros, salieron trece galeras de Aljeciras en ayuda de los cercados; et que envió á ellas diez galeas de las suyas que hubieron muy fuerte pelea con aquellas; pero que gracias á Dios vencieron los cristianos; que tomaron dos de aquellas galeas, anegaron cuatro et las siete que fueron quebrar en tierra vencidas.....» En la noche de aquel mismo dia llegó á las Cabezas el adalid Juan Martinez Homar, anunciándole que la flota Castellana acababa de vencer

y derrotar completamente, con muerte de sus almirantes, la armada Africano-Granadina fuerte de ochenta galeras y otras naves, de las cuales perdió el enemigo veintiseis, dispersando las demás, viéndose algunas hacer rumbo para Ceuta, y que de la flota Castellana solo tres galeras se habian perdido.

Inmensa fué la satisfaccion que causó á D. Alfonso la noticia de esta victoria naval, recibida precisamente en el mismo pueblo donde dos años antes le anunciaron la destruccion de su flota y muerte del pundonoroso almirante Jofre de Tenorio. En su vista y con tan feliz presajio desplegó una actividad asombrosa para reunir los medios de sitiar y conquistar el último baluarte de los Africanos en España. Así que mandó construir nuevas galeras en las Atarazanas de Sevilla; máquinas é ingénios de batir; acopiar víveres y que se le remitieran por mar y tierra, y convocó los ricos-hombres, caballeros y concejos de Castilla y Leon. Entre tanto y en el discurso de pocas semanas viósele tan pronto en Jerez como en Tarifa, en el puerto de Jetares, donde tenia reunida la flota como embarcado en un leño, reconociendo la posicion de la plaza de Algeciras; luego otra vez en Jerez de paso para Sanlúcar de Barrameda. De aquí marchó á Sevilla por el rio; regresó á los pocos dias á Jerez, y finalmente, despues de haber hecho componer los caminos desde esta ciudad á Algeciras y mandado construir un puente de madera sobre un arroyo cerca de Jerez, otro de barcas sobre el Guadalete, y otro de ma-

dera tambien y sobre estribos en el rio Barbate, cerca de Vejer, para tener espeditas las comunicaciones, llegó el dia 3 de agosto de 1342 á la vista de Aljeciras, acaudillando una reducida hueste formada con los Concejos de Jaen, Córdoba, Sevilla, Niebla, Ecija y Carmona, que reunian «no mas de dos mill seiscientos omes de caballo, et cuatro mill omes de pie ballesteros et lanceros» y estableció sus reales «entre la villa et el rio de Palmones en un otero cerca de una torre, que dixieron despues la torre de los Adalides.»

En este dia, pues, tuvo principio aquel largo y memorable sitio que forma época en los anales militares de España, y del cual apenas si se han ocupado nuestros historiadores generales, latinos y musulmanes por mas que el cronista de D. Alfonso XI, que parece fué testigo ocular de los sucesos que refiere, le haya dedicado 69 capítulos de su libro; es decir, haya escrito con una prolijidad, á las veces fatigosa, un diario de aquel sitio que duró veinte meses.

Y no es, ciertamente, su larga duracion lo que le inmortaliza; es el indomable valor, el inquebrantable teson, y la sin igual constancia en el sufrimiento de aquel rey de treinta y cuatro años de edad, de aquellos Prelados ricos-hombres y caballeros, de aquellos soldados que durante veinte meses lucharon dia por dia contra todos los horrores, miserias y privaciones de la guerra, contra los incendios, las inundaciones, el hambre y las enfermedades; contra un enemigo entendido, numeroso

y valiente que sabia defenderse y ofender poseyendo todos los medios, todos los adelantos que en aquellos tiempos tenia hecho el arte de la guerra; contra el emperador de Marruecos que desde Ceuta auxiliaba eficazmente á los sitiados y acechaba el momento oportuno para cruzar el Estrecho con una poderosa armada y formidable ejército, y contra el sultan de Granada acampado con el suyo á cinco leguas de Aljeciras, á la espectativa de la pasada de los africanos para arrojarse sobre los sitiadores.

Además, otra circunstancia muy notable caracteriza la descripcion que de este sitio nos ha dejado la crónica de D. Alfonso XI; y es, que en ella están detallados con precision y claridad, y como no lo hemos visto en ninguna crónica anterior ni posterior de muchos años á ella, todos los recursos estratéjicos, todos los medios que los ejércitos de aquella época poscian para el ataque y defensa de las plazas; las armas manuales y las máquinas neurobalísticas militares usadas por los cristianos y musulmanes para arrojar toda clase de proyectiles algunos del peso hasta de mil libras; sistema de fortificacion permanente y de campaña; arte de ordenar los campamentos; estratejia y táctica terrestre y naval, y, lo que no es menos importante para el estudio de los progresos de la ciencia militar, los primeros ensayos formales que en este sitio se hicieron de la artillería, y cañones que en él se usaron, en los cuales estaba bastante bien comprendida la relacion entre las dimensiones y alcance de la pieza; en suma, puede hacerse en ella, repetimos, un

estudio completo del estado y progresos de la ciencia militar en aquella época.

Bajo este solo punto de vista lo examinaremos, dado que no es posible concederle otra importancia en atencion á que cuando D. Alfonso XI puso sus reales delante de los muros de Aljeciras, la raza africana que desde los tiempos de los emperadores romanos venian siendo una constante y temida amenaza para la independencia y tranquilidad de Andalucía, habia ya recibido el golpe de gracia en las márjenes del rio Salado, y no se encontraba ni volvió á encontrarse en aptitud para intentar nuevas invasiones en la península Ibérica.

Esto sentado, vamos, pues, á condensar cuanto nos sea posible, sin quitarle nada del palpitante interés que encierra, la narracion de la crónica de don Alfonso XI reproduciéndola estractada en la forma que tiene; es decir, de casi diario de las operaciones del sitio desde que se formalizó hasta el dia de la rendicion de la plaza á las armas castellanas.

La ciudad de Aljeciras, ó *las Aljeciras*, como no sin razon la llamaron nuestros historiadores de fines de la Edad Media, era, en la época que venimos historiando, la plaza fuerte mas importante de Andalucía. Situada en la costa O. de la bahia de Gibraltar y á la márjen del rio de la Miel, dividiase en dos grandes poblaciones llamada la una la ciudad *Vieja* (verdadera ciudadela construida sobre una eminencia) y la otra la *Nueva*, ocupaba una situacion marítima de inmensa importancia militar como lo demuestra el empeño que tuvieron por po-

secría Yussuf Ben-Taschfin y Abd-el-Mumen fundadores de las dinastías Almoravide y Almohade que reinaron en Marruecos y en España. Fué para estos soberanos mauritanos la puerta franca para verificar sin tropiezo sus invasiones en la Península, y tambien la posicion estratéjica que les aseguraba la retirada á África en todos cuantos descalabros sufrieron ó pudieran sufrir sobre el suelo Andaluz. Así es que los Africanos fortificaron ambas poblaciones en términos de hacerlas cási inexpugnables; acopiaron dentro del recinto de sus murallas víveres en abundacia y un inmenso material de guerra; defendiéronla con numerosas y potentes máquinas neurobalísticas militares y con cañones de artillería á la sazon muy poco usados en el resto de Europa, y la convirtieron, en fin, en el primer puerto militar y comercial de todas aquellas costas desde Almería hasta el promontorio Sacro y mas allá.

Cuando D. Alfonso XI llegó sobre Aljeciras el dia 3 de agosto de 1342, al frente de mil seiscientos caballos y cuatro mil infantes, la plaza contaba para su defensa con ochocientos caballeros Beni-Merines, mas de doce mil hombres de infantería arqueros y ballesteros, y otros muchos «omes para pelear de la otra jente de la ciubdat,» hasta el número total de unos treinta mil hombres.

Dicho se está que considerando lo desproporcionado de sus fuerzas, D. Alfonso cuidaria mas de establecer y fortificar convenientemente su campo que de ofender directamente á la ciudad. Así es

que en tanto le llegaban los Ricos-hombres, Caballeros y Concejos de Castilla, de Leon y las máquinas de batir, todo lo cual necesitaba para emprender las formales operaciones del sitio, asentó su campo desde la torre de los Adalides hasta el mar, protegido por las flotas de Castilla y Aragon cuyas galeras se situaron de manera á combinar sus medios de ataque y defensa con los de la hueste de tierra.

Apesar de las precauciones tomadas por el rey, de la considerable distancia que mediaba entre la plaza y su campamento, y de algunas bravas escaramuzas empeñadas desde los primeros dias con los sitiados y de resultado favorable para las armas castellanas, la hueste cristiana sufrió algun quebranto á resultas del fuego de la *artillería de la plaza;* pues los sitiados «lanzaban muchos truenos et pellas de fierro muy grandes; et lanzabanlas tan lexos de la ciubdat, que pasaban allende la hueste algunas dellas, et algunas ferian en la hueste: et otro si, lanzaban con los truenos (cañones) *saetas muy grandes et muy gruesas,* tanto que algunas habia mucho que facer un ome para las alzar de tierra.» Entre tanto iban llegando al real vários caballeros vasallos del rey y de sus hijos (bastardos) lo cual movió á D. Alfonso á acercar su campamento á la ciudad, mandando abrir para su defensa un ancho foso frente á la Villa Vieja, que se prolongaba desde el rio de la Miel hasta el mar. Dejaron en este foso tres salidas frente al enemigo, y lo guarnecieron de castillos de madera, cuyas guardias se rele-

vaban de noche para ponerse á cubierto de los tiros de la plaza. A pesar de los refuerzos recibidos no fué posible hacer el cerco estensivo á la ciudad Nueva; sin embargo, merced á ellos los castellanos se apoderaron de una fortaleza aislada llamada la torre de Cartajena, situada entre Aljeciras y Gibraltar.

A principios del mes de Setiembre el rey de Aragon pidió al de Castilla la devolucion de su flota, peticion que este último no pudo denegar por mas que infrinjia las condiciones del convenio recien celebrado entre los dos monarcas. A fin de reparar este contratiempo, D. Alfonso pidió al de Portugal el envio de la suya, y al mismo tiempo se dispuso á activar las operaciones del sitio, mandando establecer en el foso delante de sus reales, dos injenios (catapultas) para batir las dos torres mayores de los muros de la ciudad. El establecer estas dos máquinas, las primeras que jugaron contra Aljeciras, costó una recia escaramuza en la que murió Joan Niño, escudero del rey y otros varios buenos soldados. En este mes falleció de enfermedad en el real el Maestre de Santiago; y en él tambien llegó al campamento el pendon y los vasallos de Don Pedro, hijo lejítimo y heredero del rey, y con él D. Juan Alfonso de Alburquerque ayo y mayordomo mayor del infante. A estos vasallos con el Consejo de Córdoba y los del obispado de Jaen, mandó el rey que pasasen el rio de la Miel y estableciesen su campo atrincherado delante de la villa Nueva.

El mes de Octubre fué fecundo en acontecimientos. Los caballeros de Santiago no pudiéndose poner de acuerdo para la eleccion de sucesor del gran maestre de la órden muerto en aquellos dias, «determinaron ofrecer al rey aquella dignidad para su hijo D. Fadrique, sin reparar en que fuese menor de edad ni en su calidad de bastardo como hijo de D.ª Leonor de Guzman. Todo se remediaba con la dispensa del papa que D. Alfonso solicitó y obtuvo fácilmente; y D. Fadrique quedó hecho gran maestre de Santiago.» Noticioso el rey de que algunas tropas africanas habian pasado el mar y unidose á un cuerpo de seis mil jinetes granadinos, envió á Granada en calidad de ajente secreto á un escudero llamado Ruy Pavon, para que le tuviese al corriente «de muchas cosas de las que querian facer los moros, como quier non todas.» Como todo anunciaba que el sitio de Aljeciras se prolongaria indefinidamente en tanto que los recursos y provisiones apenas si alcanzarian para el mantenimiento de la hueste y de las flotas castellana y genovesa durante seis meses, D. Alfonso dispuso enviar embajadores al rey de Francia en solicitud de un empréstito, dándole en prenda y garantía «sus coronas de oro con piedras de mui gran precio, et copas de oro de gran valia;» otros al papa pidiéndole las gracias de Cruzada y los diezmos de la iglesia para atender á la conquista de Aljeciras de que tantos bienes habia de reportar la cristiandad; y por último, otros al rey de Portugal, pidiéndole un empréstito de dos millones de la moneda castellana, y dejándole en

garantia del pago las villas y castillos de Jerez, Badajoz, Burguillos y Alconchel. El papa y el rey de Francia contestaron con el silencio á la peticion del rey de Castilla, y el portugués le envió diez galeras pero no el empréstito. En este mes de octubre sobrevinieron grandes temporales y lluvias tan abundantes y pertinaces, que el campamento se vió convertido en un lago, y las tiendas y barracas arrebatadas por el viento ó arrastradas por los torrentes que descendian de las montañas. El rey, ricos-hombres, caballeros y soldados vivian medio sepultados en agua y lodo y sufriendo todo género de privaciones á las que muy luego se agregaron enfermedades que arrebataban centenares de hombres y de caballos. D. Alfonso hizo trasladar su real y mesnada á las arenas de la playa, y para reparar los males que habia causado aquella calamidad, mandó ocupar maderas en los pinares de Moya, que embarcadas en Valencia fueron traidas á Aljeciras para rehabilitar el campamento. Segun cuenta la crónica trajéronse muchas casas «fechas de madera que non hubieron de facer otra cosa sino asentarlas.» Duró aquel deshecho temporal hasta muy entrado el mes de noviembre, época en la cual habiendo cesado las lluvias comenzaron de nuevo los ataques de los sitiadores, las salidas de la guarnicion, los encuentros y combates parciales empeñados todos los dias con éxito vario, así como la llgada de refuerzos que permitieron al rey estrechar mas y mas el cerco de las dos Aljeciras, en términos de que la Nueva quedó completamente cercada. En fines

de este mes de noviembre llegaron diez galeras de Aragon, al mando del «Vis-Almirante Matheos Mercader ciudadano de Valencia, et el rey mandó que estuviesen de la parte de la Villa Nueva, cerca del puerto dp posaban el pendon et los vasallos del infante D. Pedro.»

En el mes de diciembre «veyendo el rey que se pasaba el tiempo, et que cumplia hacer alguna cosa mas contra la ciudad» y en tanto le llegaban los consejos de Castilla, Leon y las Estremaduras, así como otros muchos caballeros y vasallos suyos, de sus hijos y de los Ricos-hombres que estaban en sus reales, dispuso poner en juego nuevos injenios para batir las torres y muros de la ciudad. Al efecto encargó á un es udero, hombre de buen solar, llamado Iñigo Lopez de Orosco—primer injeniero militar español cuyo nombre nos ha conservado la historia—«ome que sabia muy bien servir,» que abriese una trinchera para montar dos *trabucos* de los que habian construido en Sevilla los genoveses; «que es cada uno dellos de un pie, et tienen dos arcas, et son muy sótiles, et tiran mucho,» á fin de desmontar los injenios de la ciudad que por aquella parte ofendian á la hueste. Los sitiados trataron de impedir aquellos trabajos de zapa y montaje de las máquinas haciendo una vigorosa salida y combatiendo á los trabajadores con disparos de artillería y de saetas lanzadas con ballestas de torno; mas fueron rechazados y los sitiadores dieron cabo á su labor. Terminada la trinchera y armados los dos *trabucos*—como si dijéramos, la primera paralela y

establecimiento de la batería primera, ó de desmonte, para apagar los fuegos del enemigo y destruir sus defensas esteriores—D. Alfonso mandó armar seis injenios de mayor fuerza y potencia, que quedaron montados *en una noche*, y comenzaron á jugar al romper el alba contra las torres y muros de la ciudad. Al abrigo de esta segunda batería armáronse otras mas próximas á las barreras, cuyos frecuentes y certeros tiros obligaron á los sitiados á «mudar á otra parte los sus engeños.»

Llegado el mes de enero de 1343, Iñigo Lopez de Orosco, gefe facultativo de las operaciones de sitio, tuvo ocasion de conocer que la parte mas débil de la villa Vieja, estaba por el lado del fonsario (foso). En su consecuencia proyectó la construccion de una *bastida* (torre de madera, colocada sobre un carro fuerte con ruedas, y de suficiente altura para dominar la muralla de la plaza sitiada) á fin de hostilizar á los sitiados, impedirles las salidas y protejer las baterías de injenios y trabucos. Aprobado el proyecto por el rey, púsose inmediatamente por obra; y fué tal la actividad desplegada por Iñigo Lopez, que á los pocos dias quedó terminada la obra y guarnecida por caballeros vasallos de D. Juan Nuñez y del maestre de Santiago y por ballesteros genoveses y de las nóminas de la villa del rey. Alarmados los sitiados con el mucho daño que aquella torre les hacia, realizaron una vigorosa salida, que lanzó de la bastida á sus defensores, y le puso fuego por los cuatro costados. Acudieron crecidos refuerzos, que rechazaron á los moros y apagaron el

incendio antes de que hubiese causado grandes estragos en la torre, que quedó restablecida en las primeras veinticuatro horas. El buen resultado que daba la obra de Iñigo Orosco, movió al rey á mandar construir otra torre semejante, con lo cual los cristianos se hicieron dueños de «gran parte de la plaza del fonsario do los moros salian á pelear ante de esto mas osadamiente.»

Las frecuentes y en lo general desgraciadas salidas que la guarnicion de la villa Vieja habia verificado contra los sitiadores, así como los considerables destrozos que las máquinas de batir de estos últimos hicieron en las fortificaciones de la plaza, tenian ya en el mes de Febrero tan enflaquecido al enemigo, que D. Alfonso pudo volver su atencion hácia villa Nueva que hasta aquella fecha solo habia esperimentado las molestias del bloqueo. En su virtud dispuso atraer diestramente la guarnicion á un combate general fuera de la plaza, y lo consiguió con éxito lisonjero. La crónica describe muy al pormenor esta batalla, cuya narracion vamos á reproducir porque encontramos en ella preciosos detalles que dan una idea completa de la estrategia militar en aquella época.

Don Alfonso celebró consejo con algunos ricos-hombres y caballeros, y en él se acordó el plan de la batalla que fué el siguiente: Situar entre el Salado y la villa Nueva á los caballeros y vasallos del infante D. Pedro, al mando de D. Juan de Alburquerque; los consejos del obispado de Jaen y de Jerez de la Frontera, acaudillados por D. Pero Ponce

y D. Enrique Enriquez, á espaldas de la colina donde estaba asentado el real del infante; los pendones y vasallos de sus hijos bastardos D. Fernando y D. Tello, con los maestres de Calatrava y Alcántara, los caballeros de la mesnada del rey y otros muchos caballeros y escuderos, emboscados detrás de los reales de D. Tello y de los Maestres, y por último, que Alfonso Fernandez, alcaide de los Donules, fuese con cien caballos de esta que podemos llamar guardia personal del rey, montados á la jineta—es decir, en silla de borrenes muy altos, estribos cortos y las piernas encojidas, posicion que los antiguos conceptuaban la mas propia para el manejo de la lanza—á desafiar á los moros de la ciudad. Esto convenido, y dadas las instrucciones á los respectivos caudillos, cada division fuese á ocupar la posicion que se le habia señalado; y don Alfonso se situó en una altura desde la cual pudiese ver y ser visto, y dirijir la batalla. Hecha la señal por el rey, el Alcaide y sus cien Donceles se acercaron en son de desafío á tiro de ballesta de la plaza, que muy luego se abrió para dar salida á un crecido y gallardo escuadron de musulmanes. Dejáronlos llegar los Donceles á tiro de azagaya, y volvieron grupa á trote corto, segun les estaba mandado, hácia la emboscada de D. Pero Ponce y D. Enrique Enriquez. Cebados en la persecucion de los que creian vencidos, los moros dieron en la celada, cuyos caballeros salieron de improviso y en union con los Donceles cargaron tan impetuosamente al enemigo que le obligaron á replegarse

casi en desórden hácia una colina situada cerca de la puerta de la villa Nueva. Rehiciéronse en ella los moros; intentaron los cristianos desalojarlos de la posicion, mas fueron rechazados por un nublado de saetas que les tiraban desde las empalizadas que defendian el foso, desde las torres de la muralla y desde el campo donde estaban convenientemente apostados los flecheros y ballesteros enemigos. Iniciado el movimiento de retirada, los jinetes musulmanes se precipitaron á la carga espada en mano despues de haber lanzado las azagayas contra los cristianos. En este momento arremetió briosamente D. Juan Alfonso de Alburquerque con el pendon y los vasallos del infante D. Pedro; rehiciéronse los Donceles y volvieron á la carga sobre los musulmanes, que se mantuvieron firmes viendo llegar en su socorro gran parte de la guarnicion de la villa Vieja. Entonces se formalizó la batalla que fué bizarramente sostenida, por los musulmanes, «que avian voluntad de pelear,» y por los cristianos, «que eran allí muchos buenos caballeros.» Los primeros procuraban mantenerla al amparo de las fortificaciones de la plaza para que sus tiros los ayudasen en la refriega, y los segundos maniobraban para atraer el enemigo á campo despejado. Por fin, cuando mas empeñada estaba la pelea, D. Alfonso hizo la señal para que los pendones y vasallos de sus hijos bastardos, los maestres de las órdenes y demás caballeros que formaban la tercera division situada á espaldas de los reales de D. Fernando y D. Tello, entrasen de refuerzo en la bata-

lla. Sus órdenes fueron obedecidas con puntualidad, y la nuevo division se lanzó á la carga sobre un costado del enemigo. La situacion era crítica para los musulmanes que llevando algunas horas de porfiada é indecisa refriega se veian cargados y amenazados de ser envueltos por tropas numerosas y descansadas. En su virtud comenzaron á batirse en retirada procurando con el mayor empeño conservar su formacion para evitar las desastrosas consecuencias de una retirada desordenada delante de un enemigo muy superior en caballería. Mas no pudieron conservar mucho tiempo el órden en que libraban su salvacion, tan incesantes é impetuosas fueron las cargas de los caballeros cristianos, y rompieron, al fin, en precipitada fuga hácia la ciudad. Sin embargo; todavía intentaron rehacerse sobre la colina desde la que tantas veces habian rechazado en aquel dia las banderas castellanas, y de la que muy luego fueron desalojados dejando sus vertientes cubiertas de cadáveres. Persiguiéronlo los vencedores con encarnizado ardor hasta la misma puerta de la ciudad «matando et firiendo en ellos; ca los christianos que andaban en esta pelea eran muy escojidos caballeros. Tan escarmentados quedaron los moros, que non salieron luego en pos de los christianos, asi como *lo solian facer las otras veces*. Los christianos salieron á su salvo et redraronse de la ciubdat, porque les ferian los caballos de muchas saetas que les tiraban de las barreras et de las torres. El rey envió mandar á los cristianos que se veniesen para el real.»

Tales son los detalles que de este victorioso encuentro nos ha conservado la Crónica de D. Alfonso XI; los cuales hemos reproducido, por que, repetimos, nos dan una idea bastante exacta de la estratejia militar de aquella época, y por escusarnos la descripcion de los combates parciales que iguales y semejantes á este se dieron cási todos los dias en el largo espacio de tiempo que duró el memorable sitio de las Aljeciras.

Pasaremos por alto otro sin número de sucesos asi políticos como militares, navales y económicos de que nos da circunstanciada y fatigosa cuenta la Crónica para ceñirnos, dado el poco espacio de que podemos disponer, á la relacion de los acontecimientos mas culminantes que decidieron la última contienda entablada en Andalucía entre los estandartes de Castilla y las banderas Africanas.

Diremos, pues, que viendo los Ricos-hombres del Concejo del Rey que el sitio se prolongaba demasiado; que el papa, ni el rey de Francia ni el de Portugal contestaban á las peticiones de D. Alfonso, y que los esquilmados pueblos del reino no podian acudir con nuevos servicios para el mantenimiento de la hueste, entablaron secretas negociaciones, por conducto de Ruy Pavon, con el Sultan de Granada para que hiciese proposiciones de paz á D. Alfonso. Al efecto, el granadino envió una embajada á los reales castellanos para abrir las negociaciones, que fracasaron desde luego por las desmedidas é *intencionadas* exijencias que manifestó el inquebrantable teson de aquel rey de treinta años

que él solo valia por una escuadra y un ejército.

Entre tanto el emperador de Marruecos habiase trasladado á Ceuta donde reunia un considerable ejército de desembarco, y una poderosa flota á la que debian unirse una division de galeras Tunecinas y otra de galeras Turcas, para venir en socorro de Aljeciras. Noticiosos de estos formidables aprestos, D. Alfonso ordenó activar las oporaciones del sitio; y como todos los dias le llegaban refuerzos procedentes de Leon, Castilla y Estremadura mandó aproximar los reales á la ciudad, en términos de que muy luego la tuvo toda cercada, y por algunos puntos tan inmediato á sus murallas, que desde el adarve «tiraban muchas pellas de fierro con los truenos que ferian et mataban algunos de los christianos» que trabajaban en las trincheras y en el montaje de las máquinas de batir; labores que se practicaban de noche para hacer menos certeros los tiros de la plaza.

Como en el mes de marzo abonanzara completamente el tiempo y la tierra comenzara á enjugarse, activáronse con nuevo ardor los trabajos del sitio, y menudearon tanto las salidas de la guarnicion y los encuentros parciales qoe raro era el dia que no se trabase una brava escaramuza, en muchas de las cuales tomó parte D. Alfonso como general y como soldado. Multiplicóse la construccion de torres de madera montadas sobre ruedas, algunas revestido su interior de adoves para hacerlas mas sólidas y resistentes, lo que no impedia que muchas fuesen destrozadas por el fuego de la arti-

lleria de la plaza; pusiéronse en juego nuevas catapultas, trabucos y trabuquetes que tiraban sin cesar ya peñascos enormes, ya balas esféricas de piedra, ya cantos rodados y hasta caballos muertos, y por último, fueron tantos los refuerzos que llegaron al real procedentes de todos los concejos de los reinos de D. Alfonso, que las dos Aljeciras, la nueva y la vieja, quedaron completa y estrechamente cercadas desde los comienzos del mes abril.

Como la proximidad á los muros de la plaza dejaba espuestos á los cristianos al fuego de la artillería «de que los omes avian muy grand espanto, ca «en cualquier miembro del ome que diese, (la bala) «levábalo á cercen, como si gc lo cortasen con co«chiello; et cuanto quiera poco que ome fuese feri«do della, luego era muerto, et no avia cerugia «nenguna que le podiese aprovechar; lo uno por«que venian ardiendo como fuego, et lo otro por«que los polvos con que las lanzaban eran de tal «natura que cualquier llaga que ficiesen luego era «el ome muerto, et venia tan recia, que pasaba un «ome con todas sus armas,» como ese riego de muerte, era, repetimos, tan inminente, D. Alfonso dispuso que la cresta del parapeto del foso de circunvalacion se coronase, en los puntos de mayor peligro, *con toneles llenos de tierra y piedra* «con los que facian grandes antipechos donde se resguardaban las gentes, que maguer estaban cerca de la ciubdat non les ferian las saetas et los truenos que les tiraban de los muros et de las torres.» Dicho se está que al abrigo de este parapeto, los cristianos

hacian jugar sus máquinas de batir sin peligro de que se las desmontase el enemigo, y sus flecheros y ballesteros podian tirar á mansalva contra las almenas de la plaza.

En este tiempo, pues, la situacion de los cercados comenzaba á ser notablemente apurada, dado que si el bloqueo por tierra los estrechaba con vigor, el establecido en la mar no era menos apremiante. En efecto; además de las cincuenta galeras Castellanas y Genovesas, diez de Aragon, cuarenta naves de Castilla armadas en guerra, y gran número de zabras y de leños que andaban en la guarda del mar, (Crónica. Cap. 240.) D. Alfonso habia hecho cerrar la entrada del puerto de Aljeciras por medio de una cadena flotante de piezas de madera, unidas por anillos de hierro, para impedir que entrase durante la noche en la villa Nueva buque alguno portador de socorros á los sitiados. Desgraciadamente una deshecha borrasca que estalló á principios del mes de abril, causó grandes averías en la flota y rompió aquella cadena, dejando por algunos dias franca la entrada del puerto á las naves musulmanas.

En este mismo mes de Abril mandó el rey reunir todos los injenios que tenia puestos en derredor de la villa Vieja, para batir en brecha el lienzo de muralla comprendido entre la torre de la puerta del fonsario (foso) y la torre del Espolon que estaba cerca del mar, á fin de construir en aquel punto dos fuertes castillos de madera que protejiesen el asalto que proyectaba para entrar en la ciudad.

Con objeto de facilitar la obra de las bastidas, sin daño para los operarios, «mandó facer una cava »(foso) so tierra. Et era muy fonda mas que una »hasta de lanza de alto, et mucho ancha et muy »luenga. Dejaban encima un palmo de tierra et po»nían tablas et cuentos de madera en que se sos»tuviesen. Et ficiéronla fasta que llegó cerca de la »mar; et desque fué fecho tiraron la madera de yu»so (de debajo) et cayo aquella poca de tierra et »fincó la cava fecha..... et pusieron luego mantas »de madera en el canto de esta cava.» Es decir, BLINDARON *con vigas y tablones el parapeto* de este foso. Aquellas obras costaron tantas peleas, que segun dice la crónica «si todas las escribieron, fuera muy luenga de contar.»

Iguales trabajos mandó D. Alfonso se practicasen contra la parte mas débil de las fortificaciones de la villa Nueva; pero mas afortunados los sitiados en este punto, obligaron á los cristianos á desistir de la empresa. En su lugar construyeron un castillo de madera para combatir por aquella parte la villa; inmenso armatoste en el que se contenian dentro y encima «muchas campañas» y que, sin embargo, segun dice la crónica, era muy lijero y le conducian sobre ruedas y con grande facilidad.

Nueve meses llevaban los castellanos sobre las Aljeciras sin que durante tan largo tiempo Africanos ni Granadinos hubiesen intentado empresa formal alguna para socorrer á los sitiados, cuando á principio del de Mayo de 1343, acampó en las márjenes del Guadiaro, cinco leguas de los reales cris-

tianos, el Sultan de Granada al frente de un numerosísimo ejército reforzado con tropas africanas que habian desembarcado en Estepona. D. Alfonso, tomó ejecutivamente sus disposiciones para sin desatender el bloqueo de la plaza, aceptar la batalla terrestre y naval que ya juzgaba inevitable; y no menos hábil político que consumado general, abrió nuevas negociaciones con el de Granada mas bien que con objeto de obtener una paz que no queria sin la rendicion de la plaza, con el de ganar tiempo á fin de que le llegasen los refuerzos que esperaba, y los recursos metálicos que necesitaba con urgencia.

Entre tanto cundia por toda Europa la fama de aquel prolongado asedio, y la cristiandad entera se estremecia de gozo oyendo contar los altos y heróicos hechos del valor y perseverancia castellana. Asi es que comenzaron á llegar á los reales de don Alfonso numerosos cruzados procedentes de Francia, Alemania y de Inglaterra con los condes de Arbi y de Solusber, como los nombra la Crónica y el duque de Lancaster príncipe de la sangre real. Vinieron tambien Gaston de Bearne, conde de Foix y otros muchos caballeros de Gascuña; y el rey Felipe de Navarra envió al de Castilla una flota cargada de bastimentos, anunciándole que no tardaria en llegar en persona, como lo verificó al poco tiempo seguido de cien caballeros y trescientos infantes. El papa envió veinte mil florines y el rey de Francia cincuenta mil, que se invirtieron en pagar la flota genovesa, cuyos marinos se negaban á conti-

nuar sirviendo á D. Alfonso si no se les satisfacian sus atrasos, y por último el rey de Aragon añadió diez galeras á las que tenia en la armada castellana.

Dicho se está cuan en sazon llegarian todos estos recursos á D. Alfonso, y cuan obsequiosa y honradamente recibiria en sus reales aquellos nobles estranjeros á quienes señaló para acampar lugares escojidos á cubierto de los rebatos y sorpresas de los moros, y á quienes encargó que fuesen muy cautos en provocar refriegas con un enemigo cuya estratéjia militar desconocian asi como que no entrasen en batalla sino «quando viesen salir alla el pendon del rey de Castiella.»

A pesar de estas prudentes recomendaciones, algunos estranjeros deseosos de realizar una vistosa hazaña, sin ser mandados por el rey pasaron un dia del mes de Agosto el foso de circunvalacion y acometieron á los moros entre las dos villas. El ejemplo fué contajioso y en pos de aquellos tambien pasaron los condes de Arbi y de Solusber y otros muchos caballeros ingleses y alemanes. Los moros efectuaron una vigorosa salida, y hubiéranles hecho pagar cara su temeridad, por mas que los estranjeros peleasen como buenos, si el rey don Alfonso no hubiese mandado que de muchos puntos á la vez salieran los castellanos en su auxilio.

En el mes de Julio, pocos dias despues de este suceso, declaróse un violento incendio en los reales; «et ardieron las casas del Almirante et todas »las otras casas de los que posaban en la ribera; et

»ardió la rua de los mercaderes que tenian muchos »paños de oro, de seda et de lana, et otras joyas de »grande valia; et otro si, los almacenes de pan para »el abastecimiento de la hueste y los particulares de »los mercaderes. Mandó el rey á sus alguaciles que »fuesen á atajar el fuego et evitar que se cometiesen »robos; et despues armose et fué allá, et mandó »derribar muchas casas et chozas, et con esto ata»jose el fuego.» Este deplorable acontecimiento fué causa de que se encareciese en el real, como dice la Crónica, el alquiler de las casas y el precio de los víveres, que hasta entonces habia valido la fanega de cebada seis maravedís y la de harina quince.

No mucho tardaron los reales en reponerse de aquel desastre, puesto que en este mismo mes de Julio llegaron al campamento cristiano enviados del Sultan de Granada, que continuaba acampado en las márjenes del Guadiaro, con objeto de reanudar las interrumpidas negociaciones de paz. Despues de celebrar con el rey D. Alfonso algunas conferencias en las que no se pudo llegar á un acuerdo definitivo, los enviados Granadinos pidieron permiso para visitar los reales, creyendo encontrarlos en mal estado á resultas del pasado incendio. Otorgóselo el rey, y mandó que algunos de su casa los acompañasen. Y vieron, dice la crónica, la ciudad muy bien cercada, los campamentos muy bien establecidos y defendidos por trincheras y fuertes parapetos. «Et vieron que lo que fuera quemado que «estaba todo fecho, señalamiente la calle dó ven-

«dian los paños et las joyas. Otro si vieron en la «ribera muchas viandas et en las plazas grandes «carnicerias, et fueron muy maravillados del poder «del rey. Et andando veyendo esto, llegaron á do «posaban los condes et las jentes de fuera del rei«no, et vieron que todos tenian los yelmos puestos «á las puertas de las casas en sendas varas gordas «et altas; et en cada uno destos yelmos avia muchas «figuras et de muy partidas maneras; ca el uno avia «una figura de Leon, et otros de golpeja, ó de lo«bo, ó de cabeza de asno, ó de buey, ó de perro, et «de otras muchas animalias, et en algunos avia fi«guras de cabeza de omes con sus rostros, et caba«llos, et barbas. Et desto avia y de muchas guisas; «et estas figuras todas eran tan bien fechas que se«mejaban que eran vivos; et algunos yelmos avia «y que tenian alas de águilas, et otros que tenian «cuervos: et desto avia y fasta seicientos yelmos. Et «los moros de questo vieron fueron muy maravilla«dos del gran poder de gentes como allí tenia el «rey.»

A fines del mes de agosto los condes de Arbi y Solusber manifestaron al rey, con grandes muestras de sentimiento, que el de Inglaterra, su señor, los mandaba llamar para ajustar en su nombre, un tratado de paz con el rey de Francia; órden á la que no podian desobedecer por mas que contrariara su firme propósito de asistir al de Castilla hasta que se apoderase de Aljeciras. D. Alfonso les agradeció su delicado proceder y se despidió de ellos y de sus caballeros honrada y amistosa-

mente. Pocos dias despues despidiéronse tambien del rey, alegando motivos poco dignos de caballeros, el conde de Foix y el vizconde su hermano, que se habian señalado en los reales, el primero por su cobardía y el segundo por que «decia muchas albardanias (bufonadas truanescas) de que reian mucho los omes, et facialas sin vergüenza y siempre á su prod.»

La Providencia tomó á su cargo el castigo de aquella cobarde defeccion, puesto que no bien llegó á Sevilla el conde Gaston de Bearne falleció á resultas de una aguda dolencia; en la misma ciudad encontrábase, á la sazon, gravemente enfermo el conde de Solusber.

Con la retirada de los cruzados alemanes, franceses, ingleses y gascones, que, sea dicho en honor de la verdad, muy poco ó nada de provecho hicieron en el cerco de Aljeciras, coincidió el movimiento hácia adelante del ejército Granadino-africano, que desde las márjenes del Guadiaro vino á poner sus tiendas en el arenal cerca de Gibraltar. En su vista, el rey D. Alfonso juzgando próximo el dia de la gran batalla terrestre y marítima que habia de resolver el problema planteado delante de los muros de Aljeciras, tomó sus disposiciones á fuer de entendido general, y dió órden á su almirante para que situase veinte galeras en el puerto de Jetares en observacion de la flota africana que no podia tardar en salir del de Ceuta.

Sin embargo; todavía se retardó unos tres meses aquel temido y ansiado momento, durante los cua-

les no cesó un solo dia el juego de las máquinas de batir, ni tuvieron tregua las refriegas entre sitiados y sitiadores empeñadas al pié de las murallas de Aljeciras; ni hubo un momento de descanso para el esforzado D. Alfonso á quien obligaba á mantenerse en contínua vela la vanguardia del ejército Granadino-africano, que habia plantado sus tiendas en las márjenes del rio Palmones, á media legua del real castellano.

Con la proximidad del invierno moviéronse recios temporales en el mar, que no solo causaron grandes averías y pérdidas de consideracion así á la flota cristiana como á la musulmana, sino que tambien dificultaron el abastecimiento del ejército castellano. Asi que llegaron á escasear de tal manera los víveres en él, que la fanega de cebada que pocos meses antes habia valido seis maravedís, llegó á alcanzar en estos tiempos el precio de veinte maravedís y la arroba de harina veinticinco, «et mayor careza que esta en el tiempo que veno adelante.» Valíales á los castellanos para remediar en parte su cuita, las presas que en el mar solian hacer de grandes naves que cargadas de mantenimientos enviaba desde África el emperador de Marruecos para abastecer la ciudad sitiada; con lo cual, dicho se está, que si las privaciones eran muchas en el real cristiano, el hambre comenzaba á mostrar su escuálida faz dentro de los muros de Aljeciras.

Así las cosas, llegó á las playas de Gibraltar, «tres dias andados del mes de octubre» la armada Africana conduciendo una numerosa hueste á las

órdenes del príncipe Aly, hijo del emperador Abu-el-Hasan. Con este refuerzo el ejército aliado Granadino-africano ascendió al número de doce mil caballos y cuarenta mil infantes, acampados á la vista del real de D. Alfonso XI. Es así que en medio de tantos y tan inauditos trabajos, los Genoveses, antes mercaderes que militares, antes mercenarios que soldados, anunciaron al rey de Castilla que si no les mandaba dar inmediatamente las pagas que se les debian se retirarian con su flota de la guarda del mar. Recelando D. Alfonso que habian sido sobornados por el emperador de Marruecos, y que no tendrian escrúpulo alguno en pasar á su servicio siempre que se lo pagase bien, hizo cuanto pudo por conservarlos en el suyo, y al efecto, «tomó to»da cuanta plata tenia en que comia, et la con que »bebian en su casa; et otrosi toda la que tenian los »ricos-omes et Prelados que estaban allí con él, et »todo lo que tenian los oficiales de su casa, et ayun»tó la mas que pudo. Et con esta plata et con dine»ros que tomó prestados de algunas partes, fizoles »pago..... et los Ginoveses fincaron bien pagados »et bien sosegados en su servicio.» Desgraciadamente el almirante de la flota Aragonesa, á la que tambien se le debian algunos meses de paga, no queriendo ser de peor condicion que la de Génova, exigió el pago de sus atrasos con amenaza de retirarse con sus veinte galeras. D. Alfonso hizo un empréstito á mercaderes Catalanes y Genoveses, y con este dinero satisfizo el haber de dos meses á la flota de Aragon. Dicho se está con esto cual seria

la situacion del ejército Castellano. La miseria habia sustituido á la escaséz; las enfermedades cundian; moríanse á centenares los caballos y acémilas por falta de mantenimiento, y, en suma, durante los primeros diez y siete dias del mes de noviembre hubo muchos hombres que no comieron pan, manteniéndose con garbanzos y habas; «et aun muchos »omes dician et afirmaban, que en estos dias grand »pieza de la gente de los cristianos se mantovieron »comiendo carne de los caballos que se morieron en »el real. En este tiempo llegó á valer la fanega de »cebada cincuenta maravedís, et la de farina ciento »cincuenta maravedís..... ninguno de los cristianos »no tenían tiendas, ca todas eran rompidas, et las »casas que avian fecho eranles caidas las mas de »ellas, ansi que los non amparaban del sol nin del »agua quando llovia.....»

Necesitábase, dice un historiador de nuestros dias, un corazon de hierro, una constancia de héroe y una paciencia de mártir para sufrir sin desmayar tantas privaciones y fatigas, tantos desvelos y cuidados, tan contínua é incesante pelea, tantos personales peligros, tantas mortificaciones y contrariedades, así por parte de los elementos como de los hombres, así por parte de los enemigos y estraños como de los aliados y amigos.

Nada, sin embargo quebrantaba el teson de don Alfonso ni enflaquecia la grandeza de su ánimo, ni amenguaba su entereza, por mas que se impusiera las mismas privaciones que padecia el último escudero de su hueste: por el contrario, todo le da-

ban nuevos alientos para intentar mil medios de hacer daño al enemigo.

Viendo acercarse mas y mas el dia de la inevitable batalla con el ejército Africano-granadino, y sintiendo la necesidad de reforzar su hueste, harto menguada con los muchos caballeros que habia tenido que embarcar en su flota para tenerla bien guarnecida, «pensó que si pudiese destruir la de los moros quedaría seguro por el mar et podria reunir á la hueste las gentes que tenia en las galeas et en naves,» á cuyo efecto reunió su almirante, los vicealmirantes del rey de Aragon, los patrones de las galeras y maestres de las naves, y les preguntó si «avia manera como podiesen ir á quemar la flota de los Moros que estaba cerca de Gibraltar.» Dijéronle que sí, y habido acuerdo ante el rey, se dispuso, que un dia del mes de noviembre, que reinaba viento poniente contrario á la flota musulmana, aparejase la Castellana, y se moviesen luego todas las naves, galeras, leños y barcas hácia la enemiga, llevando por delante dos grandes naves y seis barcas llenas de madera seca y de materias fáciles de inflamar. Así navegaron hasta llegar á tiro de ballesta de la flota contraria, en cuyo momento pusieron fuego á las materias combustibles contenida en los *brulotes*, y los empujaron con varas largas hácia adelante. Pero los moros ya fuese que estuvieran avisados del suceso ya que tuviesen tiempo para prevenir el riesgo que amenazaba su flota, «tenian las galeas cubiertas con mantas de lana mojadas en el agua, et las proas dellas encoradas;» es decir, puestas en

ellas pieles de reses recien muertas, con la carnaza vuelta hácia fuera. Con esta precaucion, con una flotilla de lanchas tripuladas por marineros armados de largas perchas para retirar los brulotes y con buenas compañías de ballesteros para tirar sobre los que los empujaban lograron burlar la estratajema de D. Alfonso, que embarcado en una galera «andaba á todas las partes acuciando por que se posiese fuego á la flota de los Moros: et sobre esto avia y muchas saetadas de la una et otra parte, et muy fieros golpes de ballesta.» Duró la tenaz porfía desde la mañana hasta que las sombras de la noche obligaron á los combatientes á separarse, sin que de una ni otra parte se hubiese perdido una sola nave.

El mal éxito de esta tentativa ni mejoró ni empeoró la situacion de ninguno de los beligerantes que continuaron cada uno en sus respectivas posiciones celándose, combatiéndose sin tregua, y ansiando precipitar el desenlace de aquel drama heróico, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la inaudita constancia de los cristianos ó la sin par defensa que hicieron los musulmanes de Aljeciras.

En los primeros dias del mes de diciembre, la situacion de la plaza de Aljeciras era ya completamente desesperada, en tanto que la de los sitiadores habia mejorado un poco, gracias al feliz arribo de algunas naves que habian conducido víveres, y á la llegada de buen número de caballos que el rey hiciera venir de Castilla para distribuirlos en la hueste. Asi es que D. Alfonso activó con su ardor

de siempre los trabajos del sitio, mandando abrir nuevas trincheras, construir castillos de madera y montar nuevos injenios para batir la ciudad. Á mayor abundamiento y para quitar á los sitiados toda esperanza de humano sócorro, mandó cercar ambas villas la nueva y la vieja por el lado del mar con cadenas flotantes de toneles calafateados, sujetos entre dos gruesas maromas. Y para que estas maromas, dice la Crónica, «podiesen ser trabadas y estuviesen firmes trajeron piedras con las que muelen el pan, et foracabanlas en medio et metian en aquellos forados mastiles de nave: et echabanlas en la mar et fincaban los mastiles derechos, et á estos ataban las maromas conque estaban trabados los toneles.»

Hácia mediados de este mes de diciembre y en la mañana del dia víspera de Santa Lucía, la flota castellana se acercó á los muros de la villa vieja. Creyendo los moros que iban á ser combatidos por tierra y por mar simultáneamente, acudieron á los adarves y rompieron un vivo fuego de artillería sobre los buques cristianos, en tanto que hacian señales con grandes humaredas en la torre de la mezquita principal. Muy luego cundió la alarma por todo el campo, y llegó abultada con las señales de la torre y el tronar de la artillería hasta el campamento Africano-granadino situado en el arenal de Gibraltar. El Sultan de Granada y el príncipe Aly creyendo que la ciudad estaba á punto de ser entrada, movieron aceleradamente su ejército hácia el rio Palmones y tomaron posiciones en su orilla de-

recha dispuestos á obrar con arreglo á las circunstancias.

Encontrábase á la sazon D. Alfonso en la torre de los Adalides recorriendo los puestos y avanzadas, y al ver llegar el enemigo envió órden á sus reales para que repicasen las campanas en señal de que se armase todo el mundo y acudiesen al sitio donde se encontraba el rey. Sus órdenes fueron obedecidas con toda la celeridad que el caso requeria, de manera que apenas los primeros escuadrones musulmanes hubieron vadeado el rio la vanguardia del ejército castellano al mando de D. Juan Nuñez, se lanzó denodadamente sobre ellos y los obligó á retroceder causándoles grandes pérdidas. En cumplimiento de las órdenes del rey, D. Juan Nuñez se mantuvo sobre la orilla derecha del rio. Entre tanto una fuerte division castellana llegaba á paso de carga al vado del rio cerca de la Sierra, por donde intentaba pasar el Sultan de Granada con su hueste; los cristianos le obligaron á retroceder y cruzaron el rio en seguimiento de los musulmanes. Esto visto el rey mandó á D. Juan Nuñez cruzar el vado, operacion que practicó venciendo la tenáz resistencia que le opusieron los Africanos. En pos de la vanguardia pasó el rey con el centro de batalla. El enemigo retrocedió con órden hasta ocupar las cumbres de tres cerros contiguos que le colocaban en ventajosa posicion. Los tres cerros fueron embestidos simultáneamente por otras tantas diviones del ejército Castellano. Los enemigos abandonaron sus posiciones casi sin defenderlas, y

huyeron los unos hácia Gibraltar y los otros hácia Castellar. Los Castellanos siguieron al alcance haciendo una cruel carnicería en los musulmanes hasta que las sombras de la noche les obligaron á retroceder hácia su campamento frente á Aljeciras, donde llegaron pasada muy gran parte de la media noche.

Tal fué la batalla—si tal nombre puede darse al simulacro que ejecutó el ejército Africano-granadino—esperada por tanto tiempo para decidir la cuestion del sitio de Algeciras. Cuestion que, á pesar de la vergonzosa derrota del ejército que pretendia auxiliar la plaza, tardó todavia algunos meses en resolverse, por la resistencia que opuso el indomable valor de los cercados.

Sin embargo; en el mes de enero de 1344, aquellos valientes acosados por el hambre y perdida toda esperanza de recibir socorro alguno de fuera, trataron de negociar secretamente las bases de una honrósa capitulacion. Un accidente imprevisto interrumpió las negociaciones, y en su consecuencia D. Alfonso mandó emprender de nuevo y con toda cuanta actividad exijian las circunstancias, las operaciones del sitio.

Comenzó el mes de febrero con grandes temporales de agua y viento que causaron mortales quebrantos á sitiados y sitiadores, y en particular al ejército Africano-granadino, acampado en las arenas de Gibraltar. Sin embargo, no se paralizaron por esto las obras del sitio; por el contrario, el ínclito D. Alfonso á quien los sufrimientos y contra-

riedades servian de poderoso estímulo, envió por refuerzos á Sevilla, Córdoba, Jaen, Toledo, Villarreal, Trujillo, Cáceres, Plasencia, Badajoz y á la tierra de la Órden de Santiago, y llamó á sus reales los afamados ballesteros de Múrcia y Lorca, en tanto que se continuaba sin descanso la obra de construccion de nuevos injénios y torres de madera.

Por fin, llegó la suspirada hora de que los heróicos castellanos recogiesen el fruto de tan inauditos trabajos y largos y cruentos sacrificios. El dia 22 de marzo de 1344, presentóse en los reales castellanos un moro principal con la mision de proponer al monarca castellano, en nombre del emperador de Marruecos y del sultan de Granada, la entrega de la plaza, bajo las condiciones de que los sitiados saliesen libres y salvos con sus familias y haberes, que se firmasen tréguas por quince años entre los tres reyes, y que el de Granada se reconociese su vasallo, pagándole un tributo anual de doce mil doblas de oro. Consultado por D. Alfonso el negocio con los prelados y ricos-hombres de su consejo, hubo diverjencia de pareceres, opinando los unos que la ciudad debia ser entrada por fuerza pasando á cuchillo cuantos moros en ella hubiese, y apoderándose de todas sus riquezas, y otros fueron de dictámen que debian admitirse las condiciones propuestas. Adhirióse el rey á estos últimos, sin hacer mas modificacion á las proposiciones presentadas que la de limitar la trégua á diez años, en lugar de los quince que los moros solicitaban.

Ajustadas las bases de la capitulacion y ratifi-

cado el convenio por las altas partes contratantes, D. Alfonso XI de Castilla y Leon, con todos los Prelados, Ricos-hombres, caballeros y concejos de las villas y ciudades que componian aquel ejército de héroes, entró triunfante en Aljeciras, en Domingo de Ramos, dia 28 de marzo de 1344, dirijiéndose en solemne procesion á la mezquita mayor, á la que el rey puso *Santa María de la Palma*, en conmemoracion del dia en que los estandartes de la Cruz y las banderas de Castilla tremolaron sobre las torros y almenas de aquella ciudad, que durante seiscientos treinta años, con pocos dias de diferencia, permaneció en poder de la raza Musulmana.

Así terminó despues de veinte meses de riguroso cerco y de incesante batallar el sitio de Aljeciras, uno de los episodios mas interesantes del inmortal poema que se escribió durante siete siglos con sangre cristiana y musulmana en Andalucia. Memorable ejemplo de lo que puede la voluntad de un solo hombre asociado á un pueblo todo de héroes, y memorable ejemplo de las virtudes que atesora la raza ibérica que así sabe morir durante quince meses por defender á Numancia contra el inmenso poder de Roma, como sabe morir durante veinte meses por conquistar Aljeciras á despecho de su inespugnable fortaleza y del poder del emperador de Fez y Marruecos, aliado al sultan de Granada.

Desde el alcázar, donde moró algunos dias, Don Alfonso XI anunció al Santo Padre la conquista de Algeciras, cuya inmensa y trascendental importancia solo España en Europa supo apreciar. Despues,

el generoso rey, devolvió al de Marruecos sin rescate alguno, sus hijas que permanecian cautivas desde la batalla del Salado; rasgo magnánimo que el musulman recompensó con cuantiosos y riquísimos regalos.

Rendida Aljeciras, el ejército y armada africana regresaron á su pais; el sultan volvió á Granada, donde procuró hacer olvidar la humillacion de su derrota embelleciendo su ciudad y fomentando en ella el cultivo de las letras y todos los manantiales de la prosperidad moral y material de su reino, y D. Alfonso, sombreada su frente con los laureles de su espléndida victoria, pasó á Tarifa y de aquí á Sevilla, donde le esperaban embajadores del rey de Inglaterra para negociar el casamiento del infante D. Pedro con la princesa Juana hija de aquel rey; enlace que si bien quedó ajustado, nunca vino á cumplirse en realidad.

Cinco años despues (1348) con motivo de la rebelion del príncipe Al-Motwakil, que destronó á su padre Abu-el-Hasan, D. Alfonso creyéndose desligado del compromiso que habia contraido con el emperador de Marruecos en virtud del tratado de Aljeciras, se propuso continuar la guerra contra los musulmanes, dispuesto á no volver la espada á la vaina hasta lanzarlos á todos del suelo español. Consecuente con su patriótico propósito, resolvió arrebatarles la importante plaza de Gibraltar, último resto de la dominacion africana de Andalucía.

Al efecto, convocó las córtes del reino de Alcalá de Henares (1348), y pidióles subsidios para conti-

nuar la guerra contra los moros. Las Córtes habida consideracion al fin propuesto y atendido lo exhausto que se hallaba el tesoro del rey, concedieron, aunque no sin repugnancia, la continuacion de la *alcabala*, ruinoso impuesto cuyos inconvenientes comenzaban á tocarse.

Contando con recursos suficientes, con el entusiasmo de sus pueblos y con la buena voluntad de los Prelados y grandes vasallos de su corona, don Alfonso marchó á Andalucía al frente de un ejército castellano, y llegó en la primavera del año 1349 delante de Gibraltar, fortaleza que por haberse perdido la última vez durante su reinado tenia á empeño reconquistar. Asentó sus reales en el arenal, cerca del mar entre la plaza y Algeciras, y comenzó desde luego á batir sus muros con toda clase de máquinas é injenios.

Pero como Gibraltar era entonces, como lo es ahora ycomo ha sido siempre una plaza muy fuerte por su posicion y por sus obras de defensa, y contaba, además, con una guarnicion numerosa y decidida, tuvo que renunciar á tomarla por asalto, y hubo de convertir el sitio en rigoroso bloqueo contando con reducirla por hambre. En su consecuencia mandó talar toda la campiña hasta el pié de sus muros y trató de incomunicarla completamente por tierra y por la mar. Sin embargo, anunciábase el cerco muy largo y porfiado por estar la ciudad bien abastecida, y no ser imposible que le llegasen algunos socorros, ya por mar, ya procedentes de Ronda, Hazara, Jimena, Marbella, Estepona, Cas-

tellar y otras poblaciones, fortalezas que todavía poseian los Africanos en Andalucía. En Agosto de este año llegaron al real de D. Alfonso cuatrocientos ballesteros y algunas galeras enviadas por el rey de Aragon, con cuyo refuerzo y otros análogos que recibió de sus reinos si bien pudo mantener el estrecho bloqueo no pudo adelantar gran cosa, dada la inquebrantable resistencia que le oponia la plaza, y las incesantes alarmas y continuos rebatos que daban en su campo los granadinos. A pesar de tantos contratiempos no decaia el ánimo del rey y de sus bizarros castellanos cuando por desventura desarrollóse en el campamento la espantosa epidemia venida del Oriente por Italia y que en los años anteriores habia causado horrorosa mortandad en Sicilia, Toscana, Francia, Inglaterra y aun en la misma España en las provincias de Estremadura Castilla y Leon.

Declarado el contajio en la hueste sitiadora, el infante D. Fernando de Aragon, sobrino del rey hijo de D.ª Leonor su hermana; D. Juan Nuñez de Lara señor de Vizcaya; D. Fernando señor de Villena, hijo del infante D. Juan Manuel (que á la sazon habia muerto), D. Juan Alfonso de Alburquerque y otros Condes, Prelados, Maestros, Ricoshombres y caballeros que estaban con el rey en el cerco, aconsejáronle con instancia que desistiese de la empresa atendida la gran mortandad que el ejército sufria. «Mas esto nunca el rey lo quiso facer, »diciendo á los señores et caballeros que esto le de»cian que les rogaba que non le diesen tal consejo;

»que pues el tenia aquella noble fortaleza en punto »de se le rendir, et que la avian ganado los Moros »en el su tiempo, que le seria mui grând verguen»za por miedo de la muerte de la dejar en su po»der. *Et esta era la mayor manciella que el rey D. Al»fonso lenia en su corazon, porque en su tiempo se per»diera Gibraltar.*»

Tan heróica entereza fué fatal al monarca y á la monarquía. D. Alfonso XI falleció de aquella horrible enfermedad el dia 26 de Marzo de 1350, seis años y dos dias justos despues de aquel en que hizo su entrada triunfal en Aljeciras; á los treinta y ocho años de su reinado y poco mas de treinta y nueve de edad.

España entera vistió luto por la muerte de aquel gran rey, y los mismos musulmanes, sus mayores enemigos, honraron sus cenizas con un sublime testimonio de respeto. Hé aquí las palabras con que refiere el suceso un historiador arábigo: (Conde t. 3. c. 23).

«Cuando el rey de Granada entendió la muerte »del de Castilla, como quiera que en su corazon, y »por el bien y seguridad de sus tierras holgó de su »muerte, con todo eso manifestó sentimiento, por»que decia que habia muerto uno de los mas exce»lentes príncipes del mundo, que sabia honrar á to»dos los buenos, así amigos como enemigos: y »*muchos caballeros mustimes tomaron luto por el rey* »*Alfonso;* y los que estaban de caudillos con las tro»pas de socorro para Gebaltarik no incomodaron á »los cristianos á su partida cuando llevaban el cuer-

»po de su rey desde Gebaltarik á Sevilla.

Su Crónica nos lo retrata de la siguiente manera: «Et fué el rey D. Alfonso non muy grande de «cuerpo, mas de buen talante, et de buena fuerza, «et rubio, blanco et venturoso en la guerra.»

En corroboracion de estas palabras, dice el historiador arábigo: «Era D. Alfonso de mediana esta«tura, bien proporcionado y de buen talle; blanco «y rubio, de ojos verdes y mirada grave; de mucha «fuerza y buen temperamento; bien hablado y gra«cioso en su decir; *muy animoso y esforzado, noble, «franco y venturoso en la guerra para mal de los mus«limes.*»

Dicho habemos, y probádolo con el testimonio de la historia arábiga, que hasta los mismos musulmes empaparon con sus lágrimas las cenizas del malogrado D. Alfonso XI; sin embargo, cúmplenos aducir nuevas pruebas de aquel respeto que todos profesaron durante su vida y despues de su muerte al *muy noble rey D. Alfonso de Castilla y de Leon*, reproduciendo íntegro el interesante capítulo final de su crónica, porque además vemos aparecer en él el esbozo del cuadro de calamidades, disturbios y crímenes que presenció España, y en particular Andalucía durante el reinado de su hijo D. Pedro; *príncipe no menos malogrado que su padre.*

«Muerto el rey D. Alfonso en el real delante de Gibraltar, todos los señores y caballeros que estaban en él, así como todos los del reino de Castilla y Leon, proclamaron por Rey y Señor al infante don Pedro, su hijo lejítimo y heredero natural, el cual

estaba, cuando falleció su padre, en la ciudad de Sevilla, y tenia quince años y siete meses de edad. Luego ordenaron los señores y caballeros conducir el cuerpo del rey á Sevilla, sin perjuicio de trasladarlo mas tarde á Córdoba, donde él se mandara enterrar en la capilla donde yacia el rey D. Fernando, su padre, en la iglesia mayor de Santa Maria. Mas antes de ponerse en camino mandaron aquellos señores y caballeros, que el real permaneciese delante de Gibraltar, con espresa prohibicion de que ninguno lo abandonase; que se vijilase sin descanso para evitar un golpe de mano así de los moros de Gibraltar, como de los Granadinos y de los Africanos que de los castillos fronteros, venian todos los dias á inquietar los reales cristianos, y por último, las mismas órdenes fueron comunicadas á la flota que estaba en la mar.

Sin embargo, los Moros que estaban en la Villa y castillo de Gibraltar al saber la noticia del fallecimiento del rey D. Alfonso, se convinieron entre sí que ninguno fuese osado á provocar pelea con los cristianos, ni causarles la menor incomodidad; pues decian que debia respetarse la memoria de aquel noble rey y principe, que en vida no solo honrara á los cristianos, sino que tambien y muy señaladamente á los caballeros Moros que recibieron de él grandes mercedes. É hicieron mas; el dia que el fúnebre cortejo partió del real llevando el cuerpo del rey D. Alfonso *toda la guarnicion de Gibral salió del Castillo, y se formó al pié de las murallas para hacer los honores al ilustre finado.*

Los señores y caballeros que acompañaban el féretro, se encaminaron por Aljeciras á Medina Sidonia, donde se les separaron, *por recelos que habian del rey D. Pedro*, el Conde D. Enrique y el maestre de Santiago D. Fadrique; D. Pedro Ponce de Leon, D. Fernando Perez Ponce, su hermano maestre de Alcántara; D. Alvar Perez de Guzman, señor de Olvera; Fernan Enriquez y otros parientes de *Doña Leonor de Guzman*, y se fueron para Aljeciras. Moron, Olvera, tierra de la órden de Santiago y otras partes. Fuéronse tambien con ellos muchos caballeros, «por recelo que avian de ser presos por el «Rey D. Pedro et por la Reyna D.ª María su ma«dre, que estaban en Sevilla, por algunas cosas que «eran acaecidas en la villa de Medina Sidonia, las «cuales cuenta por menudo la Crónica del Rey don Pedro.»

El infante D. Fernando de Aragon, sobrino del rey D. Alfonso, marqués de Tortosa y señor de Albarracin; D. Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya; D. Fernando, señor de Villena; D. Juan Nuñez; D. Juan Alfonso, señor de Alburqueque; D. Juan Nuñez maestre de Calatrava, y otros señores y caballeros, partieron de Medina-Sidonia acompañando el cuerpo del rey, y pasaron por Jerez de la Frontera para llegar á Sevilla.

El rey D. Pedro, su madre la reina D.ª María, los señores y caballeros y vecinos todos, salieron lejos de la ciudad á recibir la fúnebre comitiva, con la que entraron en solemne y doliente procesion hasta la iglesia de Santa María, en la que fué enter-

rado, en la Capilla de los Reyes, donde permaneció hasta el año 1371, en que lo hizo trasladar á Córdoba su hijo el rey D. Enrique, el cuerpo del muy noble D. Alfonso XI, rey, que fué, por la gracia de Dios, de Castiella, de Leon, de Toledo, de Gallicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, del Algarbe, de Aljeciras, é Sennor de Viscaya, é Condado de Molina.

Hemos escrito acaso con mas estension de lo que la índole de este libro permite, la historia de uno de los príncipes mas señalados que en el largo trascurso de los siglos ha tenido España; pero sírvanos de disculpa la especialísima circunstancia de haber sido Andalucía la region Ibérica donde mas laureles recojió, y donde acometió las mayores empresas militares que ilustraron su memorable reinado.

Gran rey; mal esposo: padre desnaturalizado para su hijo lejítimo, y escesivamente complaciente para sus hijos bastardos, fué su vida una mezcla de grandes virtudes políticas y de lamentables flaquezas domésticas, que si por un lado engrandeció la monarquía castellana, consolidó el trono, é inauguró una época de moral política, de justicia y de tranquilidad interior para sus pueblos, por otro dejó sembrado el gérmen de grandes calamidades públicas que hicieron del reinado de su hijo sucesor uno de los mas turbulentos que rejistran los anales de España.

Considerado D. Alfonso XI y su reinado bajo el punto de vista que nos lo presentan su Crónica, los historiadores de la Edad Media y algunos de la moderna, aparece á nuestros ojos solo como un príncipe guerrero y batallador, hábil general y afortunado caudillo en quien concurrian todas las virtudes, todas las dotes militares que forman los grandes capitanes. El plan de la batalla del Salado y los trabajos del sitio de Algeciras son hechos históricos que bastan para labrar una de las mas envidiables reputaciones militares; por que téngase presente, que solo al génio, á la actividad, á la prevision y al golpe de vista de D. Alfonso, general y soldado al mismo tiempo, haciendo unas veces el *servicio de centinela* así en tierra como en la mar, y otras batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo como el último escudero de su hueste, se deben aquellos dos grandes triunfos que cerraron definitivamente el período de las guerras Hispano-africanas, y salvaron á la cristiandad de grandes tribulaciones; si bien la cristiandad, como dice un erudito escritor estranjero, «no comprendió la importancia de aquellos triunfos.»

Y, sin embargo, la grandeza y celebridad de este rey no se funda solamente en sus altos y gloriosos hechos como soldado, en el carácter cruel y vengativo que le atribuyen algunos historiadores, cuando quizá fué tan solo justiciero, sino que tambien y muy principalmente en el desarrollo y esplendor que adquirió la legislacion castellana durante su reinado; pues, como dicen Asso y Manuel, en su

Discurso Preliminar, al ordenamiento de leyes de Alcalá:

«Dejando á parte las admirables providencias, «que sobre gobierno del Reino, Derecho de Rega- «lía, y otros puntos de policía Eclesiástica y Se- «cular se tomaron en las córtes de Valladolid del «año 1325, en las de Madrid de 1329 y 1339, en «las de Leon de 1349, y particularmente en las de «Alcalá de Henares de 1348, será obra muy se- «ñalada y gloriosa en la historia de nuestro rey, »el haber reducido la jurisprudencia á aquel es- »tado de igualdad y firmeza que hasta entonces «nunca tuvo. Gobernábanse en este tiempo to- «davía casi todas las ciudades y villas cabezas «de partido, por sus fueros municipales y cartas- «pueblas, que á imitacion unas de otras habian ob- «tenido de los señores reyes. D. Alfonso el *Sabio* «dispuso el Fuero Real y el Código de las Parti- «das con el fin de hacer un sistema general de le- «yes para todo el Reino; es constante que el Fuero «Real solo conservó su fuerza y observancia en al- «gunos lugares, y principalmente en los Tribuna- «les de Córte (y en Andalucía); y que el estableci- «miento de las Partidas desde los dias de su lejisla- «dor hasta entonces, habia experimentado en los «pueblos la mas obstinada resistencia. Continuó «D. Alfonso concediendo Fueros á manera de Pri- «vilegios á las villas de Cabra, Alcalá la Real, á la «ciudad de Badajoz y otras. Con esta juiciosa poli- «tica iba disponiendo los ánimos de sus vasallos pa- «ra poner en ejecucion las ideas que llevaba preme-

«ditadas. Conocia muy bien los inconvenientes que «resultaban de esta muchedumbre de Fueros; pues «á mas de que su distinta variedad causaba sumo «embarazo á los jueces, y hacia dificultosa la admi«nistracion de justicia, es cierto que la mayor parte «de ellos no eran tan copiosos que pudiesen deter«minar aún los casos mas obvios que ocurrian en «los tribunales.»

«El primer medio que practicó el Rey para eje«cutar sus designios, imitando la política de su «abuelo D. Alfonso el *Sábio*, fué extender la auto«ridad del Fuero Real á aquellas provincias, que en «la parte lejislativa exijian la atencion del Gobier«no.... Pero lo que acabó de establecer la armonía «y conformidad de las leyes en toda la monarquía, «fué la correccion y reforma de las Partidas que «para publicarlas ejecutó D. Alfonso XI. Esta re«forma no solo tuvo por objeto poner el Código Al«fonsino en otro lenguaje algo distinto del que se «usaba un siglo antes; sino que tambien se dirijió «á alterar y correjir sustancialmente algunas le«yes.»

Hemos examinado brevemente á D. Alfonso XI como guerrero y como lejislador; cúmplenos ahora decir dos palabras de él como político.

Don Alfonso, á diferencia de la mayor parte de los reyes sus predecesores, rehuyó todas las cuestiones, que podemos llamar internacionales, y vivió en paz con todos los soberanos de España, si se esceptúa el episodio militar de la guerra con el Portugal, la cual mas bien que movida por intereses

políticos, lo fué por cuestiones puramente domésticas. ¿Obedecia esta política al pensamiento de reconcentrar toda su inteligencia, fuerza y actividad en el *punto negro* de aquella época, esto es, en la actitud rebelde que desde los tiempos de D. Alfonso el *Sabio* habia tomado la nobleza castellana? Creemos que sí; que D. Alfonso amaestrado por la esperiencia que le dejaron su padre y abuelos y por la que adquirió en su minoría y primeros años de reinado, comprendió que despues de realizada la unidad del reino de Castilla se hacia indispensable realizar la del poder real para llevar á cabo en poco tiempo la obra empezada muchos siglos antes en Covadonga.

Si hemos de juzgar por la actitud pacífica y respetuosa en que se mantuvieron durante los últimos diez años de la vida y reinado de aquel gran rey; es decir, desde la batalla del Salado hasta la catástrofe de Gibraltar, no es posible negar la evidencia del hecho que no hacemos mas que apuntar.

Y en cuanto á sus ilícitos amores con D. Leonor de Guzman—repetimos con uno de nuestros ilustrados historiadores contemporáneos, D. Modesto Lafuente—cadena no interrumpida de flaquezas que solo se quebró cuando faltó el eslabon de la vida del monarca, y que hacia resaltar mas la fecundidad de la ilustre concubina, seriamos algo mas indulgentes si á la flaqueza no hubiera acompañado el escándalo. Y en verdad nos asombra la tolerancia con que prelados y señores presenciaban el es-

pectáculo de la mujer adúltera siguiendo publicamente al rey á Sevilla, á Córdoba, á Mérida, á Leon y á Madrid y habitando en su palacio con desdoro de la majestad y con tormento y mortificacion de la que lejítimamente debia compatir sola con él el tálamo y el trono.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

Páginas.

I.

Andalucía bajo la dominacion de las razas Africanas. 5

II.

Desde la batalla de Uclés hasta la conquista de Coria.—1108 á 1142. 26

III.

Invasion de los Almohades en Andalucía.—Guerras civiles entre Árabes, Almoravides y Almohades.—Espulsion de los Almoravides.—1142 á 1161. 51

VI.

Dominacion de los Almohades en Andalucía.—Derrota de Alarcos.—Victoria de las Navas de Tolosa.—1161 á 1224. 72

V.

Termina la dominacion de los Almohades en

Andalucía.—Conquista de Córdoba, Jaen y Sevilla.—Reinado de Fernando III.—1224 á 1252. 106

VI.

Andalucía despues de la espulsion de los moros.—Constitucion del reino de Granada.—Reinado de D. Alfonso X.—1252 á 1274. . . . 128

VII.

Desde la invasion de los Beni-Merines en Andalucía hasta la muerte de D. Alfonso X.—1274 á 1284. 154

VIII.

Definitiva espulsion de la raza mauritana de Andalucía.—Reinado de D. Sancho el Bravo.—1284 á 1295. 180

IX.

Reinado de Fernando IV.—1295 á 1312. . . . 193

X.

Reinado de Alfonso XI.—1312 á 1340. 206

XI.

Desastres navales.-Victoria del Salado.—1340. 235

XII.

Desde la batalla del Salado hasta la muerte de D. Alfonso XI.—Sitio y conquista de Algeciras.—1340 á 1350. 262